

A person in silhouette, wearing a hat and a long coat, walks away from the viewer through a dark, arched tunnel. The tunnel is illuminated from above, creating a strong contrast with the bright light at the end of the passage. The person is walking on a cobblestone path. In the background, a building with a sign is visible through the opening of the tunnel.

VICENTE RAGA

Todo está
muy oscuro

Las doce puertas parte III

Todo está muy oscuro

Las doce puertas parte III



Vicente Raga Vicente Raga

(Valencia, España, 1966) Extracto de entrevista en *Tribuna Libre*

PREGUNTA: Estudió Derecho, un Máster, aprendió idiomas... para acabar de político y escritor.

RESPUESTA: Jajajaja, dicho así parece que he ido a menos, ¿verdad? En realidad no vivo de ninguna de las dos cosas. Ser concejal en mi pueblo, Alboraya, además de un orgullo, es vocacional, al igual que ser escritor.

P: ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

R: Porque creo que hay otro relato diferente que contar. La gente está cansada de lo mismo de siempre. Es curioso que estas frases se puedan aplicar tanto a la política como a la escritura.

P: ¿Es su tercera novela de la saga *Las doce puertas*?

R: Es su continuación, por ello es necesario leer primero *Las doce puertas* y *Nada es lo que parece*. He creado una historia que transcurre durante varios siglos, en diferentes novelas. Es la primera vez que escribo algo tan largo, aunque no soy novato. Mi primer relato lo escribí con catorce años, y ganó un modesto concurso literario en Inglaterra. Desde entonces no he parado. Ahora escribo artículos de opinión en diferentes medios y mantengo unas redes sociales activas.

Todo está muy oscuro

(Las doce puertas parte III) Addvanza Editorial, 2019

P: ¿Por qué este título?

R: Es una cita literal del humanista valenciano, español y europeo Luis Vives, después de una reflexión acerca de la Inquisición española, de hecho, es uno de los protagonistas de las próximas novelas. La cita literal fue «Todo es muy oscuro y la noche me envuelve».

P: ¿Ahora la inquisición?

R: Sí. En mis dos primeras novelas el trasfondo histórico era la vida de los judíos en la aljama de Valencia de finales del siglo XIV, en las próximas entregas saltamos hasta el primer cuarto del siglo XVI, con la acción del tribunal del Santo Oficio de Valencia, que fue uno de los más activos de España. Pasan los siglos, pero la situación para el pueblo judío no mejora, de hecho, y ya era difícil, empeora aún más.

P: La trama actual, la referente al siglo XXI, ¿sigue igual?

R: Los protagonistas principales siguen siendo los mismos, con alguna incorporación estelar, pero las sorpresas no terminan y son muy importantes.

P: ¿Se trata de una novela histórica más?

R: No me atrevería a clasificarla de novela histórica. Es otra cosa. Se trata de una novela de misterio e intriga actual, basada en hechos históricos reales.

P: ¿A quién va dirigida?

R: A todos los lectores con ganas de entretenerse, desde los catorce años.

aVISO MUY IMPORTANTE

Esta novela es la tercera parte de **Las doce Puertas**

Para poder disfrutar de una mejor experiencia, **es necesario respetar el orden de lectura de las novelas:**

1 - [Las doce puertas](#)

2 - [Nada es lo que parece](#)

3 - [Todo está muy oscuro](#) → Libro actual

4 - [Lo que crees es mentira](#)

5 - [La sonrisa incierta](#)

6 - [Rebeca debe morir](#)

7 - [El enigma final](#)

En cada una de las novelas se desvelan hechos, tramas y personajes que afectan a las posteriores. Si no respeta este orden, a pesar de que hay un breve resumen de los acontecimientos anteriores, es posible que no comprenda ciertos aspectos de la trama.

Primera edición, julio de 2019

© 2019 Vicente Raga

www.vicenteraga.com

www.lasdocepuertas.com

© 2019 Addvanza Editorial

www.addvanza.es

Fotocomposición y maquetación: Addvanza Editorial

Ilustraciones: Leyre Raga y Cristina Mosteiro

ISBN: 978-84-1201892-9

DEPÓSITO LEGAL

Queda prohibidos, dentro de los límites establecidos en la Ley, y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los Derechos de autor.

A mi familia, amigos y compañeros del colegio.

De forma consciente o inconsciente, todos habéis contribuido a crear el universo de *Las doce puertas*.

Índice

[1 20 DE MARZO DE 1500](#)

[2 EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 21 DE JUNIO](#)

[3 20 DE MARZO DE 1500](#)

[4 EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 2 DE SEPTIEMBRE](#)

[5 20 DE MARZO DE 1500](#)

[6 EN LA ACTUALIDAD, LUNES 3 DE SEPTIEMBRE](#)

[7 20 DE ENERO DE 1500](#)

[8 EN LA ACTUALIDAD, LUNES 3 DE SEPTIEMBRE](#)

[9 20 DE MARZO DE 1500](#)

[10 EN LA ACTUALIDAD, LUNES 3 DE SEPTIEMBRE](#)

[11 20 DE ENERO DE 1500](#)

[12 EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE](#)

[13 12 DE SEPTIEMBRE DE 1508](#)

[14 EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE](#)

15 [11 DE NOVIEMBRE DE 1508](#)

[16 EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE](#)

[17 2 DE NOVIEMBRE DE 1521](#)

[18 EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE](#)

19 3 DE NOVIEMBRE DE 1521

20 EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE

21 4 DE NOVIEMBRE DE 1521

22 EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE

23 4 DE NOVIEMBRE DE 1521

24 EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE

25 4 DE NOVIEMBRE DE 1521

26 EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE

27 5 DE NOVIEMBRE DE 1521

28 EN LA ACTUALIDAD, MIÉRCOLES 5 DE SEPTIEMBRE

29 21 DE NOVIEMBRE DE 1521

30 EN LA ACTUALIDAD, MIÉRCOLES 5 DE SEPTIEMBRE

31 21 DE NOVIEMBRE DE 1521

32 EN LA ACTUALIDAD, MIÉRCOLES 5 DE SEPTIEMBRE

33 22 DE FEBRERO DE 1522

34 EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 6 DE SEPTIEMBRE

35 22 DE FEBRERO DE 1522

36 EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE

37 23 DE MAYO DE 1522

38 EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE

39 24 DE MAYO DE 1522

40 EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE

41 29 DE MAYO DE 1522

42 EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE

43 12 DE SEPTIEMBRE DE 1522

44 EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE

45 16 DE SEPTIEMBRE DE 1522

46 EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE

47 18 DE NOVIEMBRE DE 1522

48 EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 8 DE SEPTIEMBRE

49 3 DE ENERO DE 1523

50 EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 8 DE SEPTIEMBRE

51 3 DE ENERO DE 1523

52 EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 8 DE SEPTIEMBRE

53 3 DE ENERO DE 1523

54 EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 8 DE SEPTIEMBRE

55 3 DE ENERO DE 1523

[56 EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 9 DE SEPTIEMBRE](#)

[57 15 DE ENERO DE 1523](#)

[58 EN LA ACTUALIDAD, LUNES 10 DE SEPTIEMBRE](#)

[59 16 DE ENERO DE 1523](#)

[60 EN LA ACTUALIDAD, LUNES 10 DE SEPTIEMBRE](#)

[61 16 DE ENERO DE 1523](#)

[62 EN LA ACTUALIDAD, LUNES 10 DE SEPTIEMBRE](#)

[63 3 DE MARZO DE 1524](#)

[64 EN LA ACTUALIDAD, LUNES 10 DE SEPTIEMBRE](#)

[65 3 DE MARZO DE 1524](#)

[66 EN LA ACTUALIDAD, MARTES 11 DE SEPTIEMBRE](#)

[67 4 DE ABRIL DE 1524](#)

[68 EN LA ACTUALIDAD, MIÉRCOLES 12 DE SEPTIEMBRE](#)

[69 23 DE MARZO DE 1524](#)

[70 EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 13 DE SEPTIEMBRE](#)

[71 4 DE ABRIL DE 1524](#)

[72 EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 13 DE SEPTIEMBRE](#)

[73 4 DE ABRIL DE 1524](#)

74 EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 13 DE SEPTIEMBRE

75 4 DE ABRIL DE 1524

76 EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 13 DE SEPTIEMBRE

77 15 DE ABRIL DE 1524

78 EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 13 DE SEPTIEMBRE

79 18 DE ABRIL DE 1524

80 EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 14 DE SEPTIEMBRE

81 18 DE ABRIL DE 1524

82 EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 14 DE SEPTIEMBRE

83 5 DE MAYO DE 1524

84 EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 14 DE SEPTIEMBRE

85 26 DE MAYO DE 1524

86 EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 15 DE SEPTIEMBRE

87 26 DE MAYO DE 1524

88 EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 15 DE SEPTIEMBRE

Nota previa del autor

En la parte histórica de la presente novela, correspondiente al siglo XVI, todos los personajes que aparecen son reales y existieron en su exacto contexto histórico. No obstante, los hechos que se narran son ficticios y no tuvieron por qué ocurrir de la manera descrita. En la parte actual de la novela, todos los personajes y los hechos narrados son ficticios. Los acontecimientos históricos que se describen en ambas partes se corresponden con la realidad.

En toda la novela se utilizan las fechas de acuerdo con el calendario gregoriano. A efectos de claridad y homogeneidad no se usa el calendario hebreo.

20 DE MARZO DE 1500

—Estamos en serio peligro —dijo Blanquina March, número uno del Gran Consejo.

—¿En peligro? —dijeron varias voces, con cierto nerviosismo.

—Debemos tomar medidas drásticas de inmediato —continuó Blanquina.

Todos los miembros la miraron con gesto de profunda preocupación. Blanquina había convocado una reunión extraordinaria del Gran Consejo. Parecía asustada de verdad. Se habían congregado en la casa del difunto Salvador Vives y de su viuda, Castellana Guioret, tíos de Luis Vives. En una de las habitaciones de la vivienda se ocultaba una sinagoga clandestina.

Los judíos de finales del siglo XIV en la península ibérica habían acumulado una ingente cantidad de conocimientos en multitud de materias, pero los tenían dispersos en diferentes lugares. Ante el cariz que estaba tomando su relación con los cristianos en aquella época, y ante el temor de perder ese gran tesoro, decidieron protegerlo, reuniéndolo y ocultándolo en un único emplazamiento. Eligieron la judería de Valencia. No era tan importante como las de Sevilla, Córdoba o Toledo, por ejemplo, pero precisamente por ello la escogieron. Tenía un tamaño medio, no era demasiado conflictiva y estaba bien comunicada. En definitiva, era discreta en comparación con otras mayores. Crearon una especie de confraternidad, formada por diez personas, cuya misión era preservar ese tesoro a través de los siglos, y lo llamaron Gran Consejo.

Sin duda fue una idea muy oportuna, ya que poco más de un año después de completar la tarea, en 1391, se produjo el asalto y la destrucción de más de sesenta juderías por todos los territorios del reino de Castilla y de la corona de Aragón, que supusieron la muerte de decenas de miles de judíos. La mayoría de las aljamas no se recuperaron jamás y desaparecieron para siempre. Afortunadamente los miembros del Gran Consejo tenían un plan de escape preparado, que habían llamado *Las doce puertas*, que hacía referencia a las doce puertas que se abrían en la muralla medieval de Valencia a finales del siglo XIV. Su objeto era de ponerse a salvo y preservar su tesoro cultural. Una vez ejecutado dicho plan, pasaron a designarse a ellos mismos *puertas*.

Por si todas aquellas desgracias no hubieran sido suficientes, cien años después de aquel desastre, en concreto el 31 de marzo de 1492, Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, conocidos posteriormente como los Reyes Católicos, ordenaron la expulsión de los judíos de todos los reinos que dominaban, destierro que se completó en el mes de agosto de aquel fatídico año.

—¿Tan grave es la situación? —preguntó el número seis.

—Es gravísima — contestó Blanquina.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Ocurre que estamos siendo vigilados —contestó Blanquina, con el semblante muy serio.

Los que estaban reunidos hoy en la sinagoga eran descendientes de los primeros miembros de

aquel Gran Consejo original, que se empezó a formar en 1356 y se completó en 1390. Aún se encargaban de proteger ese tesoro cultural, que ellos llamaban «el árbol». Su existencia era un gran secreto desde hacía más de cien años.

—¿Vigilados? ¿Por quién? ¿A quién le interesan nuestras actividades? —preguntó extrañado el número cinco.

«Allá va la primera bomba de la reunión», pensó Blanquina.

—Al Santo Oficio de la Inquisición.

La bomba causó el efecto esperado. La preocupación inicial de los miembros del Gran Consejo se transformó en un profundo temor. La simple mención al Santo Oficio les causaba terror. Todos sabían que el Tribunal de la Inquisición de Valencia era uno de los más activos de España y también uno de los que más judíos condenaba a la hoguera.

—¿Cómo sabes que nos vigilan? —preguntó un acobardado número seis.

—Creo que conocéis que tenemos a una persona muy importante en el Tribunal de la ciudad que nos protege y nos mantiene informados. Esta misma mañana me ha enviado una nota de advertencia. Aquí la tenéis —dijo Blanquina, mientras dejaba encima de la mesa un papel manuscrito.

La atención era máxima. Todos la leyeron. Efectivamente, la nota informaba de que el Santo Oficio había detectado «ciertas reuniones clandestinas» de un grupo de diez personas. Aunque parece que conocían su existencia desde hacía seis meses, el fiscal del Tribunal había ordenado una especial vigilancia en la última semana. El autor de la nota decía que no podía hacer nada más por protegerlos, ya que el Inquisidor General, fray Diego de Deza se había interesado personalmente en el asunto. Las órdenes venían de las más altas instancias, por lo que no podía obstaculizar más la investigación.

—Este es el motivo de que nos reunamos con urgencia —dijo Blanquina—. ¿No os parece lo suficientemente grave?

—Sí, desde luego, pero, aparentemente, no conocen la existencia del Gran Consejo. La nota solo dice que han descubierto ciertas reuniones clandestinas, sin más —dijo el número cinco.

—En realidad no lo sabemos, pero desde luego algo sospechan, por eso nos observan de cerca —contestó Blanquina—. Lo que más me preocupa es la especial vigilancia de esta última semana.

—¿No puede estar equivocada la persona que ha escrito esa carta? —insistió el número cinco.

Blanquina se le quedó mirando con cierta indulgencia.

—¿Sabes quién es el autor de esa nota? —le preguntó.

—No.

—El mismísimo don Juan de Monasterio.

Todos se sorprendieron al escuchar ese nombre, ya que lo conocían perfectamente. Era uno de los dos inquisidores del Tribunal del Santo Oficio de Valencia. No tenían ni idea de que los estuviera protegiendo, era algo inesperado e insólito. La sorpresa inicial se transformó en miedo cuando cayeron en la cuenta de que, dado quién los estaba advirtiendo, la amenaza debía de ir completamente en serio.

—¿Y a qué medidas drásticas te refieres? —preguntó el número seis, asustado.

—Hay que protegerse. Supongo que os habréis extrañado cuando os he citado en esta sinagoga y en pleno inicio del *shabat*.

El *shabat* era el sábado, día festivo para los judíos, que equivalía al domingo para los cristianos. Comprendía desde el *kidush* del viernes por la tarde hasta la *havdalah* del sábado por la noche. Durante ese periodo tenían prohibido por el *Talmud* la realización de casi cualquier actividad, por eso nunca se reunían ni en viernes por la noche ni en sábado. Por otra parte, las reuniones del Gran Consejo se celebraban de forma habitual en el almacén del número ocho, cuyo oficio era mercader de *draps i sedes*, y poseía unas instalaciones amplias y discretas.

—¿Protegerse? ¿Qué quieres decir? —preguntó el número siete.

—Dado que nos vigilan, he considerado prudente cambiar el día y el lugar de reunión. Sabéis que esta sinagoga dispone de una habitación secreta. Además, observar a vuestro alrededor.

Todos los miembros miraron con detenimiento la sinagoga.

—Como ya os habréis dado cuenta al entrar, hemos encendido las lámparas rituales. Estamos en plena celebración del *shabat*. Si fuéramos descubiertos, siempre podríamos alegar que estamos *judaizando*, que sabéis que es como le gusta llamar a la Inquisición a la práctica de nuestra religión. Entender que lo más importante es ocultar la propia existencia del Gran Consejo.

Intervino el número nueve, una voz de mujer.

—Está bien pensado, pero esto no se puede considerar una medida drástica. Supongo que no te referías a reunirse en una sinagoga y en pleno inicio del *shabat* cuando has empleado esa palabra, ¿verdad?

—Eres muy perspicaz, efectivamente, no me refería a eso —contestó Blanquina.

—¿Entonces?

—Nuestra protección es importante, pero por encima de nosotros está la salvaguarda del árbol. No olvidemos que el sentido mismo de la existencia del Gran Consejo es su custodia, para que pueda perdurar a través de los siglos.

—Eso ya lo sabemos, ¿por qué nos lo recuerdas?

«Allá va la segunda bomba de la noche», pensó Blanquina.

—Porque hay que cambiar el emplazamiento del árbol lo antes posible.

La sorpresa fue mayúscula. Se formó un pequeño alboroto en la sinagoga, todos querían hablar a la vez y con el barullo no se entendía nada.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—Eso es muy peligroso.

—¿Crees que está en peligro el propio árbol?

Blanquina intentó poner algo de orden, contestando con voz firme.

—Lo podría estar si descubren la existencia del Gran Consejo. Por eso he convocado esta reunión con tanta urgencia. Tengo la sensación que las cosas no marchan bien.

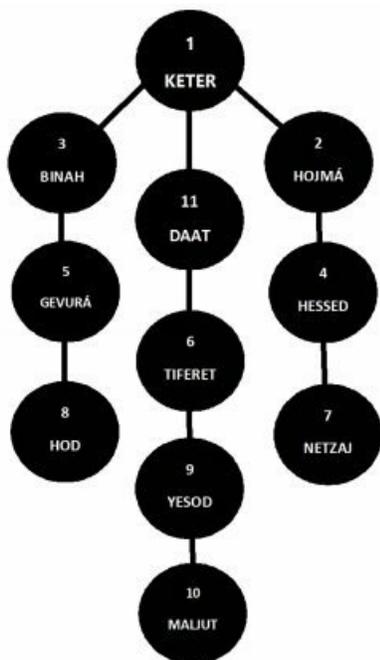
—Y si nos vigilan, ¿cómo pretendes que lo traslademos? Nos podrían sorprender con las manos en la masa, en pleno cambio de emplazamiento.

—Ya había pensado en ello, por eso sugiero encomendar el trabajo al número once. De él no sospechan nada, ya que es un cristiano viejo sin ninguna relación aparente con nosotros. Además, es miembro de la Iglesia católica.

—¿Pertenece a la Iglesia y es la undécima puerta? —preguntó con incredulidad una voz.

—Incluso es miembro de la orden de predicadores —contestó Blanquina.

El Gran Consejo estaba compuesto por diez personas, pero en realidad había un undécimo miembro, que no participaba de las reuniones, cuya identidad permanecía secreta y que tan solo era conocida por el número uno. El Gran Consejo se organizaba a semejanza del árbol *sefirótico* de los cabalistas. Aunque aparentemente dicho árbol contenía diez esferas o *sefirot*, en realidad, existía una undécima *sefiráh*, que es el singular de la palabra *sefirot*. Esa undécima *sefiráh*, llamada *Daat*, permanecía invisible y representaba la conciencia. Era otra forma, en este caso no material y oculta, del *Keter*, de la raíz del Gran Consejo, que en estos momentos era Blanquina March. En consecuencia, tan solo Blanquina conocía la verdadera identidad de la undécima puerta.



—¿Un dominico es la undécima puerta? —preguntó extrañado otra voz.

La orden de predicadores era también conocida por orden dominicana, porque fue fundada por Domingo de Guzmán en el año 1216. Sus integrantes eran conocidos como dominicos.

—Si, por eso es el único que puede trasladar el árbol con garantías de éxito. Al fin y al cabo, es uno de los suyos y no sospechan nada de él. Jamás lo han visto en compañía de ninguno de nosotros —dijo, con el tono más firme que fue capaz de imprimir a sus palabras.

El sentido de la existencia del *Daat*, del número once, oculto y secreto, era la propia preservación del árbol. Cada uno de los diez miembros visibles del Gran Consejo conocía una décima parte de un mensaje, que una vez reunido, conducía al emplazamiento de su tesoro cultural que habían agrupado y ocultado. Pero eran tiempos convulsos. Cualquier miembro del Gran Consejo podría morir o desaparecer sin transmitir a su heredero la parte de su mensaje. En este caso, entraba en acción el número once. Junto con el número uno, ambos disponían de dos mitades de un mensaje propio, que una vez unidos, también conducía al árbol. Así, entre los dos podrían reconstruir el Gran Consejo y el mensaje, en caso de necesidad. Era una medida de seguridad, para evitar que cualquier desgracia imprevista pudiera suponer perder la localización del árbol del saber milenario judío, que tanto esfuerzo y tantos años les había costado reunir y ocultar.

Se hizo el silencio durante unos segundos.

—Lo que propones es muy arriesgado —dijo al fin el número cuatro—. Nuestros antecesores en el Gran Consejo lo escondieron a conciencia, a salvo de miradas indiscretas.

Blanquina March insistió.

—Creerme, no sugeriría una medida tan drástica si no la considerara necesaria y urgente. Si somos descubiertos antes de trasladar el árbol, se podría perder para siempre. Estaréis de acuerdo conmigo en que la pérdida del árbol es un riesgo mucho mayor que su propio traslado. En ningún caso lo podemos asumir.

Todos los miembros estaban consternados por lo que estaban escuchando. Hasta ahora no eran conscientes de que la Inquisición pudiera seguir sus pasos. El miedo les paralizaba y nublaba su entendimiento. Además, ahora, el número uno les conminaba a aceptar el cambio del emplazamiento del árbol, que era una labor muy delicada.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —preguntó Blanquina, mirando a todos los presentes a la cara.

En realidad, no tenían otra opción. Uno a uno, todos fueron asintiendo con la cabeza. Era una medida extraordinaria para una situación también extraordinaria. Nadie se atrevía a decir ni una sola palabra. El silencio se podía cortar con un cuchillo.

De repente, Castellana Guioret, viuda de Salvador Vives y propietaria de la vivienda, irrumpió con gran estruendo en la sinagoga, casi derribando la puerta de entrada. Todos se quedaron mirándola, sorprendidos por su mirada. Tenía la cara completamente desencajada, era el vivo reflejo del terror. Algo espantoso debía estar ocurriendo.

EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 21 DE JUNIO

—¿Entonces encontraron un arcón vacío en el Patio de los Naranjos de la Lonja de Valencia? ¿Y qué demonios hacía allí?

—No tengo ni idea. Lo único que sé es lo que contó Rebeca. Estaba con su tía Tote, con el historiador judío Abraham Lunel, con la actriz Tania Rives y su marido, y con su amiga Carlota Penella en la Lonja. Parece que descubrieron el arcón junto a la fuente con forma de estrella, después de detectarlo con un georradar, y de desenterrarlo.

—Es muy extraño.

—Desde luego.

—¿Y qué pasó después?

—Rebeca demostró que la actual undécima puerta era Joana Ramos, la profesora de la Universidad y compañera de su tía.

—¡Qué dices! Eso no es verdad.

—Pues la propia Joana lo confesó delante de todo el grupo, con total sinceridad.

—¡Eso no puede ser!

—¡Claro que puede ser! Yo solo te estoy contando lo que pasó en la reunión, nada más.

—¿Seguro que no te confundes?

—Me ofende que dudes de mí. Me ordenaste que te informara acerca de mi amiga Rebeca, y creo que siempre he cumplido con todas tus instrucciones. No puedes tener ninguna queja de mí.

—No te enfades, no pretendía dudar de ti. Por supuesto que no tengo ningún reproche que hacerte, siempre te has comportado con total lealtad, pero comprende que lo que me acabas de contar es sorprendente y, sobre todo, completamente inesperado.

—¿Te crees que no lo sé? Yo tampoco consigo entenderlo.

—Y tú, que conoces la verdad, ¿cómo reaccionaste ante la confesión de Joana?

—La sorpresa fue general de todos los que estábamos sentados en la mesa y, como comprenderás, todavía más para mí. Espero que no se notara mi reacción. Traté de ocultarla todo lo que pude, pero ya conoces que, tanto Rebeca como Carlota, son extremadamente inteligentes. Me costó muchísimo disimular, espero haberlo conseguido—. Se quedó un momento en silencio, pensando—. ¿Sabes? En alguna ocasión he tenido la sensación de que Rebeca podría conocer, o al menos sospechar, mi identidad real.

—No puede ser, eso son imaginaciones tuyas. Piensa que, si desconfiara de ti, no te daría acceso a toda la información, y creo que jamás te ha ocultado nada. Siempre te ha hecho partícipe de sus descubrimientos.

—Eso es cierto —dijo, aunque no terminaba de convencerse.

—No debes preocuparte, seguro que tu identidad está a salvo. Lo que de verdad debe preocuparnos es el motivo por el que Joana dijo lo que dijo.

—Ya lo sé, es desconcertante. Te aseguro que estaba muy afectada. Después de su confesión, no pudo soportar la presión, se derrumbó y se fue a su habitación. Nos dejó a los demás mirándonos las caras, sin saber qué hacer ni qué decir. Fue una situación muy incómoda para todos. Inmediatamente después, Rebeca y su tía dieron por finalizada la reunión. Era evidente que también estaban conmocionadas por la revelación. Todo parecía muy real, te lo aseguro. No vi caras de fingimiento.

Durante un momento se quedaron en silencio.

—¿Por qué confesaría Joana algo que no es cierto? Te juro que parecía completamente sincera.

—Yo no estaba allí, pero si lo pensamos bien, tan solo hay una explicación lógica. Desde que me lo has contado, no he dejado de darle vueltas.

—¡Ah! ¿sí? ¿Cuál?

—Que estábamos equivocados desde el principio.

—¿De verdad crees eso?

—Tú conoces muy bien toda la información que manejamos. Sabemos incluso más que la propia Rebeca. Me temo que es la única explicación que encaja con todos los hechos.

—Entonces las cosas cambiarán.

—Desde luego, pero debemos actuar con la misma cautela. Sigue informándome directamente a mí. Nada de todo esto ha pasado, ¿lo tienes claro?

—Clarísimo, como siempre. No sé qué sucederá a partir de ahora. Hasta después del verano no se volverá a reunir el *Speaker's Club*.

—Pues a disfrutar del descanso, que lo tienes bien merecido.

Se despidieron. Probablemente no se volverían a ver en algún tiempo.

20 DE MARZO DE 1500

—¡Están aquí! —acertó a decir Castellana, con el pánico reflejado en su rostro.

—¿Quiénes? —preguntó Blanquina, casi de forma retórica. Viendo las caras de terror de todos los miembros del Gran Consejo, se dio cuenta de que ya intuían la respuesta.

—Han preguntado por el señor de la casa, dicen que tienen una carta para él, pero es evidente que no es cierto. Los he observado por una ventana. Son cinco personas. No me extraña que se dispongan a entrar en la vivienda de un momento a otro —contestó, mientras se dejaba caer sobre el suelo, completamente trastornada, sin saber qué hacer.

Castellana Guioret, más conocida como Castellana Vives, era una de las personas con más carácter dentro la comunidad judeoconversa de la ciudad, que continuaban, de forma clandestina, practicando los ritos de su verdadera religión, la hebrea. Por ello, a todos los miembros de Gran Consejo les causó una fuerte conmoción verla en ese estado de nervios. No era nada normal.

Se oían ruidos en la entrada de la casa. Parecía que estaban aporreando la puerta con notable insistencia.

—Pronto derribarán la cancela —dijo Castellana, presa del pánico—. A pesar de ser resistente, no creo que aguante mucho más.

—¡Todos al armario! ¡Ya! —gritó Blanquina.

El armario de la sinagoga, donde se guardaban los rollos de la *Torah* y el resto de libros rituales, escondía una puerta secreta, que daba acceso a una pequeña habitación. Muchas de las sinagogas clandestinas disponían de ella para poder ocultarse, en caso de necesidad. Eran tiempos muy difíciles para los practicantes de la religión hebrea, que estaba prohibida por los cristianos, y perseguida por el Santo Oficio de la Inquisición, así que debían tomar ciertas precauciones.

De repente, oyeron un fuerte estruendo. Parecía que la puerta de entrada a la casa había cedido. Blanquina se lanzó hacia el armario, entró y retiró la falsa plancha de madera que ocultaba la puerta secreta. La abrió, se apartó, y todos los miembros del Gran Consejo se abalanzaron hacia su interior, buscando ocultarse.

Los nervios estaban a flor de piel.

—Castellana, levántate del suelo. Tú debes entrar la última en el armario, ya sabes cuál es tu función —dijo Blanquina, simulando la máxima tranquilidad que pudo—, y es muy importante.

Castellana asintió con la cabeza, mientras se incorporaba con rapidez.

—No te preocupes, sé bien lo que tengo que hacer —dijo, con la voz entrecortada—. Lo hemos ensayado varias veces, lo tengo claro.

Blanquina entró en el armario. En realidad, aunque lo podían sospechar, no sabían lo que estaba sucediendo, pero el terror se reflejaba en la cara de todos los miembros del Gran Consejo.

Quizá fuera lo que Blanquina se temía. Si se confirmaba, aquello iba a suponer un auténtico terremoto para todos, de proporciones desconocidas para todo el grupo, e incluso para el propio árbol.

No era para menos.

EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 2 DE SEPTIEMBRE

Rebeca había terminado el grado de Historia. Al final los exámenes le habían ido mejor de lo esperado. No es que hubiera obtenido unas notas magníficas ni mucho menos, pero teniendo en cuenta que compaginaba sus estudios con un trabajo a tiempo parcial en el periódico *La Crónica*, tampoco estaba nada mal. Además, no se podía quejar, porque no las tenía todas consigo. El pasado mes de mayo había sido una auténtica locura, con el asunto de los dibujos de los condes y todos los hechos que después acontecieron. Apenas había tenido tiempo para estudiar.

Rebeca vivía con tu tía Tote desde los ocho años, cuando sus padres fallecieron en un accidente de tráfico. Junto con Joana, la pareja de su tía y profesora suya en la Facultad de Geografía e Historia, formaban una familia muy feliz. Las consecuencias de los acontecimientos que sucedieron en ese fatídico mes de mayo terminaron por dinamitar la familia. Joana había solicitado el traslado a una universidad estadounidense y se había ido de casa en el mes de julio, para no regresar jamás. La despedida fue desgarradora. Aún conservaban su vivo recuerdo en sus mentes.

Una vez más, se volvían a quedar solas en la vida. Fue un golpe muy duro, sobre todo para Tote, ya que perdió a su pareja, a su esposa. Rebeca también lo pasó mal, Joana era mucho más que la compañera de su tía, también era la duodécima puerta, figura original que fue creada en 1391, cuando se perfiló el plan de *Las doce puertas*. Su única finalidad era la protección del número once, que se encontraba solo y aislado de los demás miembros del Gran Consejo.

En la actualidad la undécima puerta era Rebeca. Debido a un cúmulo de circunstancias adversas, Joana se vio obligada a fingir que, en realidad, era ella el número once. Se sacrificó para conservar oculta la verdadera identidad de Rebeca y también para mantener a salvo el emplazamiento real del árbol judío del saber milenario. No hay que olvidar que estaba siendo buscado activamente por el número dos y el número tres del Gran Consejo, Abraham Lunel y Tania Rives, respectivamente, después de la muerte de la condesa de Dalmau, que había sido el último número uno. Nadie conocía a los restantes miembros del Gran Consejo, de hecho, parece que había dejado de existir desde hacía siglos. Ahora todos estaban convencidos de que el árbol se había perdido para siempre, después de que Rebeca les hiciera creer que el arcón vacío que encontraron en el Patio de los Naranjos de la Lonja de Valencia era, en realidad, el árbol que, con tanto ahínco estaban buscando. Ese arcón lo había colocado allí la propia Rebeca, con la finalidad de que fuera encontrado. Después de todos los sucesos acaecidos ese mes, Tote había sustituido a Joana como número doce, y nadie parecía sospechar que Rebeca era la verdadera undécima puerta, por lo menos eso creía ella. Todo parecía en calma.

Antes de todos los nefastos acontecimientos ocurridos durante el mes de mayo, las tres formaban una familia muy unida. Rebeca se encontraba en un bajo momento anímico. No podía evitar pensar que, cuando parecía encontrar cierta estabilidad en la vida, la maldición del número once la perseguía con cruel saña, y lo peor es que arrastraba a su tía con ella. Lo llevaba francamente mal, tenía la sensación de que nadie podría ser feliz a su lado. «¿Será para siempre?», se preguntaba, angustiada.

En consecuencia, fue un mes de julio deprimente y doloroso para las dos. Su tía estaba

abatida, y lo último que deseaba Rebeca era pasar el mes de agosto encerrada en casa. Convenció a Tote para que se tomara tres semanas de vacaciones y la engatusó para hacer un buen viaje, con el pretexto de celebrar el fin de sus estudios del grado universitario. En realidad, lo que quería era sacar a su tía de casa y tenerla distraída. Había que huir y salir del hogar familiar como fuera.

Rebeca siempre había querido conocer Noruega, así que volaron hasta Tromsø, el aeropuerto internacional situado más al norte del país. Alquilaron un coche y recorrieron toda la costa, disfrutando de la belleza indómita de las islas Lofoten, pasando por los abruptos fiordos y terminando el viaje en su cosmopolita capital, Oslo. Durante esas tres semanas consiguieron desconectar de todos los problemas que les perseguían. «Desde luego en este viaje no han conseguido alcanzarnos», pensó Rebeca, algo más animada.

Pero las vacaciones ya habían concluido. Tote se había reincorporado al trabajo hoy mismo. Era comisaria de policía, y estaba al frente de la Brigada Provincial de Extranjería. Rebeca lo haría mañana lunes en el periódico. No tenía ningunas ganas de ver al director Fornell o a su secretaria, Alba. En cambio, si le apetecía saludar a su compañera de mesa, a Teresa, con la que le unía una buena amistad.

Había un tema que le inquietaba. No se olvidaba que había descubierto que alguien la espía en el periódico. Además, para su absoluta sorpresa, su tía había identificado la única huella dactilar completa que tomó con su treta del celofán, y su identidad no se correspondía con nadie de la plantilla de *La Crónica*. Era algo insólito, no podía comprender como alguien ajeno al periódico podía acceder con tanta facilidad a su mesa. Siempre había gente en la redacción y un extraño hubiera llamado la atención.

Su tía le había pedido que tomara alguna medida de precaución, aunque no sabía exactamente qué podía hacer. En cualquier caso, tenía que reconocer que era extraño, ya que no guardaba nada interesante en los cajones de la redacción. «Claro, que eso no lo debe saber la persona que me espía, supongo que esperará encontrar algo importante», pensó Rebeca.

En cuanto a la continuación de sus estudios, se había matriculado en un máster de postgrado. Al final se había decantado por el *Máster Universitario en Historia e Identidades del Mediterráneo Occidental*, que abarcaba los siglos XV al XIX. Lo cursaría en la misma Facultad de Geografía e Historia, donde había estudiado el grado. No tenía demasiadas alternativas, ya que, como número once, no podía abandonar la ciudad para estudiar en otra universidad. Era parte de su maldición, aunque ya lo tenía asumido desde que era una niña.

El martes se reanudarían las reuniones en el *Speaker's Club*. Desde que el grupo de amigos terminaron sus estudios en el colegio Albert Tatay hacía ya cuatro años, y antes de que cada uno de ellos partiera hacia una Facultad diferente para continuar su formación o al mercado laboral, Rebeca y sus compañeros se confabularon para no perder el contacto. Se habían criado unidos durante muchísimos años y no querían perder esa complicidad tan sana. Así, decidieron institucionalizar una reunión semanal, todos los martes, en un lugar fijo, en este caso en el *pub* irlandés Kilkenny's en la plaza de la Reina. Cada uno acudía cuando podía, pero con el paso del tiempo, incluso se habían ido incorporando al grupo personas ajenas al colegio, como Carmen Valero o Jaume Andreu. Fue el camarero inglés del *pub*, llamado Dan, el que les bautizó como el *Speaker's Club*, porque, según él, «mucho hablar y poco beber». Incluso su mesa habitual en el local la llamaban, con cariño, el *Speaker's Corner*, en honor al rincón dónde se juntaban los charlatanes en el Hyde Park de la ciudad de Londres.

En definitiva, vuelta a la deliciosa rutina, pero esta vez sin los sobresaltos del pasado reciente.

Al menos eso creía ella, ilusa.

20 DE MARZO DE 1500

—¡Ahora es el momento! —dijo Juan de Astorga.

Llevaban vigilando las actividades de ese extraño grupo de personas desde hacía casi medio año. Ahora se encontraban reunidos a las puertas de una casa en la calle Forn de l'Argenter, en la parroquia de San Andrés. Parecía que, en su interior, se ocultaba una sinagoga clandestina. Desde el exterior no se podía divisar gran cosa, ya que las ventanas estaban completamente cegadas, pero por una de las rendijas de un pequeño portillo salía una cantidad de luz muy significativa. Parecía que se trataba de las lámparas rituales habituales que se utilizaban en las celebraciones de la religión mosaica.

Juan de Astorga, fiscal de la Inquisición del Tribunal del Santo Oficio de Valencia, estaba acompañado del notario Joan Pérez, del fraile Martín Ximénez y de dos personas más de apoyo. Todos estaban apostados enfrente de la casa, escondidos.

—Comprueba con sigilo si la puerta está abierta —le dijo el fiscal al hermano Martín.

«Al final, este grupo misterioso parece que no es más que otra banda de marranos judíos», pensó con fastidio. Durante todo el tiempo que los había estado vigilando, siempre tuvo la sensación de que se trataba de algo más que simples herejes. En su interior, se sentía un tanto decepcionado, pensaba que, en esta ocasión, iba a ser más interesante. Pero no, otra vez más de lo mismo. Lo que le sorprendía era el lugar de reunión. Era la primera vez que lo hacían en este emplazamiento, y todavía le intrigaba más el día de la semana que habían elegido, viernes por la noche. «Es extraño, se supone que, si son judíos, no deberían reunirse en el inicio del *shabat*», se dijo el fiscal. Desde luego, aquello era raro de verdad.

Martín Ximénez se acercó a la puerta y la empujó.

—Está cerrada, señor.

A Juan de Astorga le hubiera gustado tener más tiempo para investigar las actividades de este singular grupo, pero había recibido instrucciones directas del mismísimo fray Diego de Deza, Inquisidor General de España, que era el sucesor de fray Tomás de Torquemada desde que muriera, hacía poco más de un año. El Consejo Supremo de la Santa Inquisición también tenía sospechas de la existencia de la sinagoga clandestina en esta vivienda. Las órdenes que le habían dado eran claras y concisas, tenía que entrar en la casa, apresar a los presentes y clausurar la sinagoga. No tenía más remedio que cumplir con las instrucciones, aunque no estaba del todo convencido de que fueran simples herejes. «No se comportan como tales», pensó el fiscal.

Por otra parte, también tenía otras órdenes del Inquisidor del Tribunal del Santo Oficio de Valencia, don Juan de Monasterio. Debían ser lo más discretos posibles e intentar acceder a la vivienda sin causar demasiado escándalo entre el vecindario. El fiscal no acababa de comprender estas instrucciones, pero era su superior inmediato y debía cumplirlas.

Había dejado pasar quince minutos desde que accediera a la vivienda la última persona y

pensó que había llegado el momento de entrar.

—Llama a la puerta y di que tienes una carta para el señor de la casa —le dijo al fraile—. Intentaremos hacer las cosas con la máxima discreción, como nos han solicitado nuestros superiores.

Así lo hizo Martín Ximénez. Aporreó la puerta. Desde el interior, una voz le instó a que se identificara. El fraile se giró hacia sus compañeros, encogiendo los hombros.

—¡Derriba la puerta ya! —ordenó impaciente el notario Joan Pérez, que no comprendía tantas sutilezas—. Ya han tenido su oportunidad de abrir de forma voluntaria, vamos a apresar de una vez a estos sucios herejes.

Juan de Astorga hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

Martín empujó la puerta con todas sus fuerzas, pero, a pesar de su corpulencia, fue inútil. La cancela no cedió ni un ápice. Se escucharon ruidos en el interior.

—Se han dado cuenta de que estamos intentando entrar, señor —dijo el hermano Martín.

—Intentad derribar la puerta entre los tres —ordenó el notario, dirigiéndose a los otros dos acompañantes.

Arremetieron contra la puerta. Su construcción y anclaje era sólido, y se resistía a ceder. A la quinta acometida crujió y se partieron las bisagras. La cancela cayó sobre el suelo con gran estrépito. Tenían el paso franco.

Entraron con la máxima celeridad que pudieron. El hermano Martín y los dos ayudantes se quedaron en la puerta de la vivienda para evitar que nadie pudiera huir, mientras Juan de Astorga y Joan Pérez se dirigieron hacia la habitación de donde provenía la luz. Se encontraron con la puerta cerrada.

—¡Abran en nombre del Santo Oficio! —gritó el fiscal.

No obtuvieron ninguna respuesta. Joan embistió contra la puerta, derribándola con facilidad. Lo que vieron les dejó asombrados. Se trataba de una habitación bastante amplia y muy decorada, con tres grandes lámparas encendidas en el centro. Había una mesa cubierta con una rica alcalifa, y en las cuatro esquinas estaban situados unos candelabros con seis velas encendidas en cada uno. Encima de la mesa había tres pequeños atriles que sujetaban una pequeña Biblia, el *Talmud* y una caja adornada con muchas joyas, que contenía la *Torah*. También había otros libros y papeles. Sin embargo, para su sorpresa, no había ninguna persona en su interior.

—Aquí hay más de treinta velas encendidas. Está claro que iban a practicar algún rito hereje —dijo el fiscal.

—La decoración parece de mucho valor —replicó el notario, que estaba fascinado observando los ricos objetos de la sala. No en vano, el rey le había prometido quedarse con ellos, en agradecimiento a los servicios prestados a la corona y al Santo Oficio.

—Mira aquella esquina, hay un candil con la llama eterna. Sin duda se trata de una sinagoga clandestina. ¿Dónde estarán los sucios marranos? —preguntó el fiscal.

De repente, oyeron gritos que provenían de la puerta de entrada a la vivienda. Abandonaron la sinagoga y marcharon de inmediato hacia allí. Se encontraron al hermano Martín intentando impedir la salida de la casa de dos personas, que trataban de apartar al fraile y a sus dos

acompañantes, sin conseguirlo.

—¡Deteneros en nombre del Santo Oficio!

Ambas personas se quedaron paralizadas al escuchar la voz del fiscal.

—Decirme, ¿quiénes sois que porfiáis por huir con semejante rudeza?

—Soy Miguel Vives, señor de casa, y ella es mi esposa Castellana.

—¿Castellana? Tú no puedes ser la viuda de Salvador Vives. Eres casi una doncella —dijo Joan Pérez, dirigiéndose a la mujer.

—No señor. Soy Castellana March, no Guioret.

—¿Y dónde está la otra mujer llamada Castellana? ¿Y el resto de la gente?

—¿Qué gente? —preguntó Miguel, con el gesto de inocencia más verosímil que fue capaz de simular.

—¡No nos hagáis perder el tiempo! Llevamos vigilando la vivienda durante más de una hora y hemos visto como han entrado diez personas por esta misma puerta —gritó enfadado el fiscal.

Miguel y Castellana permanecieron en silencio.

—Martín, ¿has encontrado a alguien más en la casa, aparte de esta pareja de marranos? —preguntó Joan Pérez, dirigiéndose al fraile.

—Si señor. En la cocina hay dos sirvientes.

—Pues tráelos de inmediato a mi presencia.

Martin apareció con una doncella y un musulmán, que no aparentaban tener más de catorce o quince años.

—Soy Joan Pérez, notario del Tribunal del Santo Oficio de Valencia —dijo, dirigiéndose a la joven— Si no colaboras con nosotros, te prenderemos y te encerraremos en la mazmorra más oscura y tenebrosa de Torre de la Sala, ¿lo has entendido?

Nada más escuchar la mención de la Torre de la Sala, cárcel de la Inquisición en la ciudad, la muchacha se puso a temblar. Estaba completamente aterrada y no le salían las palabras. Se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Caterina, mi señor.

—¿Caterina? ¿Ese no es un nombre judío?

—No, mi señor. Mis padres eran cristianos, y yo también lo soy desde mi nacimiento —dijo la sirvienta, mientras se persignaba a toda prisa, tratando de confirmar sus palabras.

—Caterina, ¿dónde está Castellana Guioret? ¿Y el resto de la gente que ha entrado en esta casa en la última hora?

—En la sinagoga —acertó a contestar, espantada ante la terrible amenaza del fiscal. Ni por un momento se planteó mentir a aquel hombre tan malcarado.

—¿Te refieres a la habitación llena de candelabros con velas encendidas?

—Sí, a esa.

El notario pareció enfadarse y levantó la voz.

—¿Osas mentir al Santo Oficio? Acabamos de salir de esa habitación y estaba completamente vacía.

—El armario de la sinagoga esconde una puerta camuflada. Si retira el panel posterior la podrá ver. Se accede a una habitación secreta. Allí es dónde se oculta toda la gente que busca su señoría.

El fiscal Astorga reaccionó de inmediato.

—Martín, quédate aquí con estos dos herejes. No permitas que abandonen la vivienda —dijo, mientras se giraba hacia Joan y hacia Caterina—. Vosotros dos, venir conmigo.

Los tres desaparecieron en dirección a la habitación que albergaba la sinagoga.

Miguel Vives y su mujer Castellana March se pusieron a llorar, mientras eran sujetados fuertemente por el hermano Martín y sus dos ayudantes. Eran conscientes de la tragedia que estaban viviendo. Su vida ya no valía nada, pero temían por los demás.

EN LA ACTUALIDAD, LUNES 3 DE SEPTIEMBRE

Era lunes, pero no era un lunes cualquiera. Era el primero del mes de septiembre, también el primero después de tres semanas de vacaciones. Según los psicólogos, seguro que hoy convergían multitud de síndromes de esos que tanto les gustaban definir con palabras grandilocuentes del estilo de estrés postvacacional o trastorno adaptativo. En realidad, todos esos términos se podrían resumir en una sola palabra: pereza. Pero muy gorda.

A Rebeca le costó horrores levantarse de la cama. El despertador intentaba hacer su trabajo, pero ella se esforzaba a conciencia en desbaratarle su desagradecida labor. Ya llevaba sonando sin descanso unos diez minutos. En algún momento se tendría que levantar. «En algún momento, pero ¿en cuál?», pensó con una inmensa pereza, o con un fuerte síndrome postvacacional, a gusto del consumidor.

Al final lo consiguió. Tampoco era cuestión de llegar tarde el primer día de trabajo después de tres semanas de vacaciones. Se duchó, y salió a la cocina. Estaba vacía, su tía Tote ya se había marchado a la comisaría. Fiel a sus costumbres, se bebió un buen vaso de leche fresca y salió hacia *La Crónica*, en bicicleta.

Cuando entró en la redacción a la primera que vio fue a Alba, la secretaria del director, sentada detrás de su mostrador. Lucía su alegría habitual, era más seca que la mojama. Ni siquiera se dignó a levantar la cabeza. Se dirigió a su lugar de trabajo, saludando a sus compañeros por el camino.

Para su sorpresa, durante el mes de agosto habían cambiado la configuración de todas las mesas de la gran sala, hasta parecía otra.

—Hola Rebeca, ¿qué tal las vacaciones? —le dijo Tere, mientras le daba dos besos y un gran abrazo. Se alegraba de volver a ver a su amiga y compañera.

—Hola Tere, ¿qué ha pasado aquí? —dijo, mientras señalaba las mesas con cara de asombro.

—Una pequeña reorganización.

—¿Pequeña?

—Bueno, no tan pequeña.

—¡Pero si lo han cambiado todo! Hasta las papeleras son diferentes.

Tere estaba resplandeciente, casi no se parecía ni a ella.

—Sí, es verdad, pero eso no es lo más importante.

—¡Ah! ¿no? ¿Y qué es lo importante?

—¡Tenemos chico nuevo en la oficina!

—¡Caramba! Parece que el director Fornell espera a que me vaya de vacaciones para hacer todos los cambios, mesas, personal y papeleras incluidas.

—¡Tienes que conocerlo! —dijo Tere, con un entusiasmo propio de una colegiala.

—Por tu cara, deduzco que debe ser interesante.

—¿Interesante? ¡Por favor Rebeca! Además de inteligente, está como un queso.

Rebeca no pudo evitar reírse. Nunca, en los tres años que llevaba trabajando en el periódico, había visto a Tere tan emocionada con algo o con alguien. Parecía una adolescente. Lo buscó con la mirada.

—¿Y dónde está ese queso ahora mismo, que no lo veo por ninguna parte?

—Cubriendo una rueda de prensa, no sé a qué hora volverá.

Rebeca se fijó un poco mejor en la configuración de las mesas. Antes del gran cambio se sentaban Tere y ella, una enfrente de la otra, pero ahora eran cuatro personas las que compartían el espacio.

—¿Quién es la cuarta persona? —preguntó Rebeca, señalando la silla vacía.

—No lo sé, el director Fornell solo nos dijo que se incorporaría en breve, sin más detalles. Ya lo conoces, solo cuenta lo que considera imprescindible, o sea, casi nada.

—¿Otra chica o chico nuevo?

—Eso parece —contestó Tere, que seguía emocionada.

—Desde luego no te puedo dejar sola. Me voy unas semanas de vacaciones y cuando vuelvo está toda la redacción patas para arriba.

—¡Oye, que yo no tengo la culpa!

—Solo espero que la persona que ocupe esa silla no sea otra variedad de queso, porque te veo trabajando muy poco este año.

Tere se rio a gusto.

—No seas tonta Rebeca, que hace un año que no tengo pareja y ya me apetece.

—¿Un año sin pareja y te preocupas? Yo llevo casi veintidós, y estoy más feliz que una perdiz. Además, ¿quién necesita quesos existiendo el chocolate?

Ahora se rieron las dos.

20 DE ENERO DE 1500

—Daros prisa, que nos quedamos sin tiempo —urgió Blanquina a los restantes miembros del Gran Consejo, que se apresuraban a atravesar la puerta camuflada en el interior del armario.

Cuando todos abandonaron la sinagoga, Blanquina se dirigió a Castellana Guioret.

—Después de que entre yo, será tu turno. Asegúrate de cerrar el doble fondo del armario y la puerta antes de ocultarte en la habitación secreta. Que el acceso quede completamente camuflado.

Castellana asintió con la cabeza. Entró en el armario, y lo dejó como si por allí no hubiera pasado nadie. Nada más terminar su trabajo, oyeron aporrear con fuerza la puerta de la sinagoga. Una voz estaba gritando, apremiando para que les dejaran pasar.

—¡Abran en nombre del Santo Oficio!

Al momento, percibieron el estruendo que causó el derribo de la puerta. Escucharon las voces de dos personas en el interior de la sinagoga y como se paseaban alrededor de ella.

—Aquí hay más de treinta velas encendidas. Está claro que iban a practicar algún rito hereje —escucharon decir a una voz.

—La decoración parece de mucho valor —oyeron contestar a otra persona.

—Mira aquella esquina, hay un candil con la llama eterna. Sin duda se trata de una sinagoga clandestina. ¿Dónde estarán los sucios marranos? —preguntó la primera voz.

De repente, desde su escondite, escucharon los pasos de las dos personas abandonando la sinagoga con precipitación, casi a la carrera.

«Menos mal, parece que se van hacia la puerta de la casa», pensó aliviada Blanquina. «Espero que no nos descubran».

Mientras tanto, Castellana Guioret estaba situada en su posición, con la oreja pegada a la plancha de madera que disimulaba la puerta de acceso, intentando oír lo que pasaba. La tensión era máxima. No podía escuchar nada, no sabía que estaba ocurriendo en el resto de su casa. «¿Qué habrá sido de mi hijo y de mi nuera?», se preguntaba alarmada. Suponía que nada bueno.

A los pocos minutos, escuchó con claridad como volvía a entrar gente en la sinagoga. Esta vez, por sus pasos, parecía que eran tres personas. Para su espanto, pudo oír con claridad como se acercaban hacia su posición.

—¿Es este el armario? —escuchó decir a una voz, la misma que había afirmado hacía un momento que había treinta velas.

—Sí, señor.

Castellana se puso tensa. Sin duda era la voz de su sirvienta Caterina. «¿Nos habrá delatado?», pensó aterrada.

—Voy a abrir la puerta —dijo el notario.

Se encontraron con varios estantes, cada uno de ellos con diversos libros de oraciones. Habría más de veinte.

—Apartemos toda esta basura hereje —dijo Joan, mientras daba un violento manotazo a todos los libros, arrojándolos al suelo.

Castellana, desde su posición, los podía escuchar perfectamente. Estaban apenas a un metro de ella, tan solo separados por un tablón.

—¿Dónde está la puerta de acceso a esa habitación oculta que nos has dicho? —preguntó el fiscal.

—Debe retirar la plancha de madera del fondo del armario y la verá —contestó Caterina.

—Joan, entra y hazlo —ordenó la voz de la persona que parecía que estaba al mando.

«Caterina nos ha traicionado. Van a descubrir la entrada a la habitación secreta», pensó con espanto Castellana, mientras se preparaba para dificultar todo lo posible el acceso a la habitación de aquellas personas desconocidas.

El notario quitó la madera del fondo del armario y pudieron comprobar cómo la sirvienta les había contado la verdad, allí había una puerta oculta. De inmediato se abalanzó hacia ella e intentó abrirla. Estaba cerrada y atrancada. Tomó un estante de madera del propio armario y empezó a golpearla hasta que la rompió y pudo abrirla. Joan Pérez se quedó mirando el interior de la habitación secreta. Lo que vio le dejó completamente asombrado.

Ya sabía que había diez personas dentro de la casa, pero lo que tenía enfrente de sus narices, en aquella pequeña estancia escondida, no se lo esperaba.

EN LA ACTUALIDAD, LUNES 3 DE SEPTIEMBRE

—Aún tengo más sorpresas que contarte —dijo una emocionada Tere.

—¿No me digas que Fornell y Alba se casan? —contestó Rebeca, riéndose.

En la redacción circulaba el cotilleo que el director del periódico y su joven secretaria eran pareja, porque nadie sabía con exactitud cuáles eran las funciones de Alba. En una época de dificultades económicas para *La Crónica*, no se explicaban los motivos del mantenimiento de su puesto de trabajo.

—¿No, idiota! —contestó Tere, riéndose también—. Eso no sería una sorpresa para nadie.

—¿Entonces?

—Durante el verano, después de la reunión de las siete de la tarde, cuando cerramos la edición del día siguiente, nos apuntamos a la moderna cultura del *afterworking*.

—¿A la cultura del qué? —preguntó Rebeca, sin comprender la palabra.

—¿No me digas que una chica tan actual como tú no sabe lo que es?

—La verdad es que no.

—Su nombre ya nos da alguna pista. El *afterwork* consiste en salir a tomar algo con tus compañeros de trabajo cuando termina la jornada laboral.

—Vamos, lo que la gente sencilla llama el tardeo. ¡Qué manera más estúpida de emplear anglicismos innecesarios! Claro que puedo entender que una persona tan sofisticada como tú utilice esa palabra —dijo Rebeca, en tono guasón.

—¿Oye, no te burles de mí otra vez! —rio Tere.

—Y supongo que estás tan emocionada porque al *afterwork* cultural ese, también acude el famoso queso.

—No, en realidad Fabio aún no ha acudido a ninguno.

—¿Fabio? ¿Así se llama?

—Sí.

—¿Qué nombre tan sofisticado! Ahora me explico lo del *afterwork*.

—Sofisticado no, italiano.

Ambas se rieron. Rebeca observó con atención a Tere.

—Me estás contando toda esta historia con alguna finalidad, ¿verdad?

—Ya veo que me conoces bien. Si, tengo que pedirte un pequeño favor.

—Anda, suelta por esa boquita.

—Esta tarde vamos de tardeo, como tú lo llamas, y por primera vez va a acudir Fabio.

Rebeca comprendió inmediatamente lo que pretendía su amiga.

—Y quieres que yo te acompañe, porque te da vergüenza ir sola.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tere con cara de sorpresa.

—Porque lo llevas escrito en tu frente con luces de neón —dijo riendo Rebeca.

—¿Y lo harías por mí?

—Pues claro —contestó, fingiendo entusiasmo—. ¿Cómo te voy a dejar sola frente al *latin lover* ese?

—Ya verás como nos lo pasamos muy bien —dijo Tere, intentando animar a su amiga.

«¡Y un cuerno!», pensó Rebeca. «Vaya tarde más aburrida me espera, haciendo de carabina del italiano sofisticado y de la adolescente emocionada».

No sabía lo equivocada que estaba. Tere era bastante más lista de lo que se creía la ilusa de Rebeca.

20 DE MARZO DE 1500

Joan Pérez y Juan de Astorga estaban confundidos y estupefactos. La estancia era pequeña, de forma cuadrada, y no tenía ni puertas ni ventanas. Claramente aquello era un escondite camuflado. En el centro de la habitación había una única silla, algo desvencijada, y sobre ella estaba sentada una señora descalza, con un libro sobre su regazo, comiendo lo que parecían ser unas tortas de pan ácimo. La imagen era completamente desconcertante.

—¿Se puede saber quién es usted? —preguntó atónito el fiscal ante lo que veía enfrente. Aquello era de lo más insólito.

—Soy Castellana Guioret, viuda de Salvador Vives, y propietaria de la casa.

El fiscal miró a su alrededor. No había nada ni nadie más.

—¿Dónde están los demás?

—¿A quién se refiere?

—¡No me hagas perder el tiempo! Sabes perfectamente a quién me refiero.

—Lo siento señor, no sé qué quiere decir. Como puede comprobar, estoy sola en esta estancia.

—¿Y se puede saber qué haces sola y descalza en una habitación cuyo acceso está oculto detrás de un armario?

—Acostumbro a leer, señor. Ya sabe que los libros de nuestra religión mosaica están prohibidos por el Santo Oficio de la Inquisición, y por ello utilizo esta pequeña sala, para ocultarme cuando deseo estudiarlos, lejos de miradas indiscretas. Me quito el calzado porque leo más cómoda y también aprovecho para comer algo —dijo, mientras señalaba las tortas en su regazo.

Castellana era consciente que acababa de firmar su sentencia de muerte, y que posiblemente, arrastraría a su hijo Miguel y a su nuera a la hoguera con ella, pero debía proteger el Gran Consejo por encima incluso de sus propias vidas, así que se limitó a seguir el plan que habían trazado al pie de la letra.

—¿Miradas indiscretas? ¿Sabes con quién estás hablando, insensata? Soy Juan de Astorga, fiscal del Tribunal del Santo Oficio de Valencia y mi compañero es Joan Pérez, notario del secreto. Venimos en nombre del inquisidor general de España, fray Diego de Deza.

Castellana no parecía impresionada. Ya había asumido su destino.

—¡Te ordeno que me digas dónde están los diez herejes que he visto entrar en esta casa, pobre desgraciada! —dijo con un tono claramente amenazante.

—Escuchen los dos, señor fiscal y señor notario. Llevo bastante tiempo leyendo este libro aquí sentada y no he escuchado absolutamente nada. Además, estoy descalza, ¿acaso me ven con aspecto de huir de una sala que no tiene ninguna puerta ni ventana? —mintió lo mejor que pudo—.

Aquí no hay nadie más que yo, ni siquiera caben esas diez personas que ustedes me nombran.

Juan y Joan miraron con más detenimiento la estancia. No había manera de entrar ni de salir, aparte de la puerta que ocultaba el armario. La pequeña habitación estaba desnuda, no había ningún mueble ni cuadro que pudiera esconder otra vía de escape. El suelo era de losetas, no se apreciaba ninguna rejilla y los muros eran sólidos. Estaba claro que por allí no se podía haber escapado nadie.

«¿Sería posible que la sucia marrana estuviera diciendo la verdad?». El fiscal apartó esa idea de su cabeza.

Se dirigió a la sirvienta, que estaba a su lado, con cara de auténtica sorpresa.

—¿Tú no afirmabas que en esta estancia se ocultaban los herejes?

—Lo siento señor fiscal, supongo que estaba equivocada. Tenga piedad de mí, le juro que creía que le decía la verdad —contestó una aterrada Caterina.

—Luego me ocuparé de ti —dijo con voz grave.

Ahora se dirigió de nuevo a Castellana.

—Levántate de esa silla y sal de inmediato de tu escondite. Te vienes con nosotros a la Torre de la Sala. Tengo reservada para ti la más inmunda de las mazmorras —dijo con todo el desprecio que pudo—. Te espera el peor de los tormentos, me voy a ocupar especialmente de ti.

Castellana se levantó con parsimonia, con una enigmática sonrisa en el rostro. «Aunque por los pelos, menos mal que les ha dado tiempo a escapar», pensó para sus adentros, no sin cierto alivio.

El fiscal estaba muy enfadado. No entendía cómo se podían haber desvanecido del interior de la vivienda el grupo de personas que había visto entrar, si no existía otra salida diferente de la puerta principal, que, además, había estado vigilada en todo momento. El notario también tenía cara de perplejidad. No comprendían nada.

—Tengo que averiguar qué es lo que ha ocurrido aquí —dijo asombrado el fiscal.

—Quizá no haya necesidad de averiguar nada, señor —se atrevió a decir Castellana.

Juan de Astorga se quedó mirando a aquella extraña mujer.

—¿Qué quieres decir?

—Acaba de descubrir una sinagoga clandestina y ha atrapado a tres marranos, como a ustedes les gusta llamarnos a los judeoconvertidos que seguimos practicando nuestra antigua y verdadera religión. ¿Qué más quiere? No tiene por qué obsesionarse por lo desconocido, piense que acaba de clausurar la última sinagoga de la ciudad, sin duda es un gran triunfo para usted. Su misión se ha completado con enorme éxito. ¿Para qué darle más vueltas al asunto?

Juan de Astorga se quedó pensativo. Tenía que informar del resultado de sus pesquisas, de forma directa, al inquisidor general de España, fray Diego de Deza y también a don Juan de Monasterio. No quería dejar cabos sueltos ni darles motivos para que tuvieran ningún reproche que hacerle. Quizá esa extraña mujer, después de todo, tuviera parte de razón y fuera conveniente omitir ciertos detalles para los que no tenía ninguna respuesta que ofrecer. No quería, bajo ningún concepto, convertir un gran éxito en un posible fracaso.

—¿Qué opinas de lo que dice la marrana? —preguntó el fiscal, dirigiéndose al notario.

—Habrá que pensarlo —contestó reflexivo.

Joan Pérez tenía miedo de que el rey se enojara con él y no cumpliera su promesa de entregarle las riquezas halladas en la sinagoga. Tampoco le interesaba recalcar que se habían escabullido diez personas y no tenían ni idea por dónde, porque seguramente, en los próximos días, y después de someter a los correspondientes interrogatorios a los que habían atrapado, seguro que apresarían a más marranos.

Cada uno de los tres tenía sus motivos para ocultar el detalle de los diez.

EN LA ACTUALIDAD, LUNES 3 DE SEPTIEMBRE

Rebeca salió de casa a las seis y media, en dirección al *pub On the Clocks*, tal y como se había comprometido con Tere. Aparcó la bicicleta en la puerta y se dirigió a la puerta del local.

«Lo que hay que hacer por una amiga», pensó Rebeca, esperando pasar una tarde aburrida.

Entró en el local y no vio a nadie conocido. Se dirigió hacia un lateral que no se observaba desde la puerta de acceso al *pub*. De repente, el silencio se transformó en estruendo.

—¡Enhorabuena! —gritaron un montón de voces, a coro.

Tere se abalanzó sobre ella y le estampó un besazo en su mejilla.

Rebeca levantó la vista, y vio a toda la redacción de *La Crónica* aplaudiendo, aparentemente a ella.

—Pero ¿qué pasa aquí? —preguntó una alucinada Rebeca.

—¡Felicidades! Sin duda es un grandísimo éxito.

«¡Es el director Fornell!», pensó confundida Rebeca. «¿Qué hace aquí?».

—Te lo mereces de verdad.

«¡Por favor, es Alba!», se dijo, completamente descolocada. Al final reaccionó.

—Chicos y chicas, os agradezco las felicitaciones, pero, estoy algo confundida. ¿A qué se deben?

—Veo que tus compañeros han guardado bien el secreto —dijo el director Fornell.

—¿Qué secreto?

—Me ha costado muchísimo esfuerzo no decirte nada esta mañana, lo he pasado fatal de la muerte —dijo Tere, mordiéndose las uñas—. Anda, sírvete una copa de cava para que puedas brindar con nosotros.

—¿Brindar para qué? —dijo una Rebeca que cada vez entendía menos lo que estaba ocurriendo.

—Tú hazme caso y calla —le ordenó Tere.

Rebeca obedeció a su amiga y se sirvió una copa de cava. Se quedó mirando a todos sus compañeros, esperando una explicación a aquella fiesta sorpresa. Aún faltaba un mes para su cumpleaños.

—Ahora que todos tenemos una copa en la mano, brindemos por Rebeca.

Todos repitieron el brindis.

—¡Por Rebeca! —se oyó con gran estruendo.

—¡Pues bravo por mí! —brindó Rebeca, aún sin saber qué demonios pasaba allí.

—Rebeca, este verano has conseguido algo que jamás nadie había logrado en la historia del grupo de comunicación del que forma parte *La Crónica* —dijo Fornell, con una voz muy campanuda.

—¿Y se puede saber qué he conseguido este verano? ¿Nadie del periódico ha visitado jamás Noruega con su tía? ¿He sido la primera?

—Mira que eres bromista, ni en un momento así lo puedes evitar —dijo Tere.

«¿Ni en un momento así?», pensó Rebeca, sin entender nada de nada.

El director Fornell se puso en pie de forma ceremoniosa, mientras golpeaba con un bolígrafo su copa de cava, para captar la atención del grupo. Por un momento se hizo el silencio entre el jolgorio general.

—Rebeca Mercader, acabas de ser nominada para un Premio Ondas en la edición de este año —dijo con una solemnidad impropia de su adusto carácter.

Al principio Rebeca se quedó de piedra. Luego le entró la risa floja.

—¿Un Premio Ondas? ¿Qué os habéis fumado? ¡Yo no tengo ningún programa de radio ni de televisión! ¿Cómo me van a nominar a algo a lo que no me dedico ni me he dedicado jamás?

—¿Te acuerdas de las grabaciones que nos dejaste antes de irte de vacaciones? —preguntó el director.

—¿Las grabaciones? ¿Se refiere a la serie de cuatro artículos sobre el conde de Ruzafa y la condesa de Dalmau, que dejé grabados, porque no me daba tiempo a escribir? Lo hice así para que los transcribieran y los publicaran durante mis vacaciones de verano.

—Pues resulta que esa serie de artículos jamás se publicó en nuestro periódico.

—No le entiendo, señor Fornell. ¿Qué han hecho con ellos? —preguntó Rebeca, que no salía de su asombro.

—Las grabaciones las escucharon nuestros compañeros de la radio. Les gustaron tanto que se las quedaron, y las emitieron para toda España, tal cual las grabaste, sin modificarlas nada.

—¿Con mi voz? ¡Por favor! ¡Si las grabé de cualquier manera! —protestó Rebeca—. Sin ningún tipo de medios, con mi propio móvil y ni siquiera sin un triste micrófono.

—Eso es precisamente una de las cosas que más les gustaron. El contenido era muy bueno, y tu estilo desenfadado les cautivó. Dijeron que era difícil conseguir divulgar temática histórica de una manera tan amena y fresca.

—¡Por favor, qué vergüenza!

—No te avergüences. Por lo visto tuvieron un gran éxito, tanto que has sido nominada en la categoría de mejor *pódcast* del año a los Premios Ondas. En poco más de un mes se fallarán, pero el hecho de que estés nominada ya es un grandísimo éxito —concluyó el director Fornell—. Ya sabes que somos un grupo de comunicación modesto, y estas cosas nos ayudan mucho en materia de promoción.

Rebeca estaba confundida. Aún no había asumido lo que le estaban contando y no se lo terminaba de creer.

—Esto no será una broma, ¿verdad? —preguntó incrédula, mirando a sus compañeros. Se

dirigió directamente a Alba—. Anda, ¡dímelo tú!

—No es ninguna broma —dijo la secretaria, con su característica voz impersonal. Rebeca pensaba que jamás en su vida había gastado una broma, así que, si ella lo afirmaba, debía ser cierto.

—Pues ahora sí que me lo creo —dijo—. ¡Vamos a celebrarlo, servirme otra copa de cava!

La fiesta continuó. Todos estaban muy alegres. Rebeca se giró hacia su amiga.

—Y en cuanto a ti —le dijo a Tere—, ya tendremos una seria conversación. ¡Me has engañado como una tonta!

—Me costó muchísimo disimular, pero no todo era mentira. ¿Quieres que te presente a Fabio? Es la primera vez que viene a una fiesta del periódico.

—Ahora no, más tarde. Quiero disfrutar de este momento. Es algo que jamás me hubiera podido imaginar. Supongo que será muy importante para mi carrera, y también para el periódico.

En realidad, Rebeca no tenía ni idea de lo importante que iba a ser, pero no precisamente para su carrera.

20 DE ENERO DE 1500

—¡Rápido! Debemos abandonar esta estancia con la máxima urgencia posible —dijo Blanquina, con los nervios a flor de piel.

Disimulada en una esquina de la habitación, había una loseta que se podía levantar. Debajo de ella existía una rejilla, que una vez retirada, conectaba con una acequia subterránea de aguas, que pasaba justo por debajo de la vivienda.

En cuanto los miembros del Gran Consejo estuvieron a salvo dentro de la estancia secreta, quitaron dicha rejilla y accedieron a la acequia. Era lo suficientemente amplia para que cupieran con cierta comodidad. Estaba en completa oscuridad, pero Blanquina sabía cómo orientarse.

—No os preocupéis si no podéis ver nada. Al lado de la acequia hay una pequeña senda. Seguir ese camino aguas abajo, yo iré al final del grupo. Desemboca en el río Guadalaviar, entre unos cañizos. Es un rincón escondido y a salvo de miradas indiscretas. ¡Empezar a descender ya mismo!

—Vamos a ciegas —dijo el número siete, que tan solo oía el rumor del agua de la acequia, sin poder ver nada.

—Es un camino seguro, estad tranquilos, pero tenéis que daros mucha prisa —dijo Blanquina, medio desquiciada de los nervios por la lentitud en la huida. No sabía cuándo podrían aparecer las personas que habían asaltado la vivienda. Aunque no conocía quiénes eran, se lo podía imaginar.

Antes de abandonar la habitación, Blanquina March y Castellana Guioret se fundieron en un abrazo. Ambas sabían que no se volverían a ver jamás.

—Cuando todos salgamos, vuelve a colocar la rejilla en su sitio y fija bien la loseta encima de ella. Que no se note absolutamente nada. Descálzate, coge el libro, las tortas de pan ácimo y quédate sentada en la silla. Si acaban descubriendo esta habitación, ya sabes lo que tienes que hacer y decir —dijo Blanquina.

—Si, cogeré este manuscrito, me sentaré en la silla y les diré que estoy leyendo un libro hereje, descalza y comiendo. Desde luego será una imagen desconcertante para ellos.

—Exacto. Y si preguntan por nosotros, no te olvides insinuarles que no hace falta averiguar quiénes somos. Haz hincapié que el descubrimiento de la sinagoga ya es un notable éxito para ellos. También diles que es la última que quedaba en la ciudad. Utiliza toda la sutileza que puedas, a ver si logras convencerlos de que no les conviene investigar más acerca de nuestro grupo. Es muy importante que no hagan ninguna constancia a nosotros en sus informes. Asegúrate también que Miguel ha retirado los papeles del Gran Consejo que se encontraban encima de la mesa. Aunque estaban en nuestro idioma y codificados, no debemos ir dejando pistas por ahí, aunque no las comprendan.

—No te preocupes que lo tengo claro. Anda, mi pequeña, vete ya.

Blanquina descendió hasta el curso de agua subterráneo. Mientras lo hacía, pudo ver a Castellana colocar la rejilla y después la loseta. «Mi tía es una gran mujer», pensó orgullosa. Estaba segura de que podría embaucar a quienquiera que fueran los asaltantes de la vivienda, aunque no pudo evitar que se le escaparan unas lágrimas por el destino que seguro que le esperaba.

Se unió a la cola del grupo, que seguían el curso de la acequia, aguas abajo. En apenas cinco minutos llegaron a su final. Efectivamente, tal y como había anticipado Blanquina, desembocaba en el río Guadalaviar. Se sentaron en el suelo, cubiertos por la vegetación de la ribera.

—¿Qué es lo que ha pasado? —dijo una voz.

—Ha pasado que, con toda probabilidad, nos hemos escapado por los pelos del Santo Oficio de la Inquisición que, como Blanquina nos había contado, venían a por nosotros —dijo la voz de mujer, que era el número nueve.

—Hemos logrado huir gracias a las medidas de protección del número uno. En nuestro lugar habitual de reunión, seguro que esos bastardos nos hubieran atrapado —dijo el número cinco—. Menos mal que estamos todos a salvo.

Blanquina tenía los ojos húmedos.

—En realidad, todos no. Miguel Vives no ha querido venir, ha preferido quedarse en la casa con su mujer y con su suegra.

Con todo el ajetreo de la huida, no se habían percatado que el número cuatro no se había escapado con ellos a través de la habitación oculta tras el armario.

—¡Miguel no está! —la consternación se apreciaba en sus voces.

—¿Por qué ha hecho eso? Sin ninguna duda el Santo Oficio lo quemará vivo en la hoguera.

—Me temo que así será —dijo Blanquina—, pero es lo que ha querido él. Ha preferido permanecer junto a su familia, aunque sepa que le espera una muerte segura.

—Ellos también son tu familia, Blanquina, ¿cómo estás tú?

—La verdad es que mal. Sabéis que he sufrido demasiadas desgracias en muy poco tiempo. Hay momentos que pienso que vamos a acabar todos quemados en la hoguera.

Se hizo el silencio en el grupo. Estaban consternados y abatidos. Blanquina tomó la palabra, intentando recomponerse lo mejor que pudo.

—Nuestra existencia ha sido descubierta. Aunque podamos suponer que la Inquisición no sabe cuál es nuestra verdadera razón de ser, el hecho es que nos conoce y ha intentado atraparnos. Esto es extremadamente peligroso, no solo para el Gran Consejo como tal, sino para el árbol.

—Entonces, ¿se mantiene su plan de traslado? —preguntó el número seis.

—Ya era necesario antes, imagináros ahora con todo lo que acaba de suceder. En los próximos días contactaré con el número once para que se ocupe de buscar su nuevo emplazamiento. Le facilitaré la información estrictamente necesaria. No le diré lo que ha ocurrido hoy ni que estamos siendo perseguidos. No precisa conocer esos detalles, además no quiero asustarle con la mención del Santo Oficio. Aprovecharé que las monjas del convento de San Cristóbal están haciendo unas

obras de adecuación en la Iglesia y lo utilizaré como pretexto. Espero que no haga más preguntas y acepte el encargo.

Allí sentados, entre el cañizo en la ribera del río Guadalaviar, todos los miembros se miraron, en completo silencio

—Esto es un desastre —dijo el número cinco.

—Es mucho más que eso. El Gran Consejo está incompleto. El número cuatro ha sido apresado sin designar sucesor —continuó Blanquina.

El aluvión de sucesos no les había permitido tomar conciencia de la tremenda catástrofe que acababan de sufrir. Los acontecimientos los habían superado.

—¿Y qué tenemos que hacer ahora? —preguntó con profunda preocupación el número seis.

«Allá va la última bomba de la noche», pensó Blanquina. «Nunca me hubiera imaginado este escenario, pero es necesario».

—Debemos disolver el Gran Consejo —dijo, con voz muy seria.

De inmediato se formó un gran revuelo en el grupo, todos querían hablar a la vez.

—¡Eso no es posible! —dijeron varias voces.

—No solo es posible, sino que es necesario —contestó firme Blanquina.

—¡Pero debemos proteger el árbol!

—Precisamente por eso hemos de disolver el Gran Consejo. Nuestra propia existencia supone, ahora mismo, una amenaza directa para el árbol. El número once se ocupará de su traslado y estará más seguro sin nuestra presencia alrededor.

—¿Por qué? —dijo el número siete, aún incrédulo por lo que estaba escuchando.

—Ya os lo he comentado. El Santo Oficio conoce nuestro grupo y no sabemos qué información maneja. Por ello, ahora debemos desaparecer, por nuestra propia seguridad, pero sobre todo por la preservación del árbol.

—O sea, nos estás pidiendo que improvisemos otro plan similar a *Las doce puertas*, pero con más de un siglo de diferencia, y esta vez sin ninguna preparación previa, ¿no es así? —dijo el número nueve.

—No, en realidad os estoy pidiendo algo más. Nuestros antepasados se trasladaron de la ciudad de forma organizada y sin romper el Gran Consejo. En cambio, nosotros debemos deshacerlo. Es un salto al vacío, aunque necesario.

Todos los miembros estaban consternados. Blanquina continuó hablando.

—Después de que encargue el traslado del árbol al número once, lo que queda de mi familia saldrá de la ciudad. Nos establecemos en Elche.

—¿Por cuánto tiempo?

—Ya me gustaría tener una respuesta para esa pregunta. De momento, por un periodo indeterminado. Dependerá de las circunstancias futuras.

—Esto es una verdadera hecatombe —dijo el número cinco, tapándose la cara con las manos.

«No lo sabéis bien», pensó Blanquina. «Y eso que no conocéis que, con toda probabilidad, esto suponga la desaparición definitiva del Gran Consejo. Al final, dependerá de lo que piensen de mi decisión mis sucesores como número uno, pero podría suponer el fin de la estructura creada el siglo XIV, al menos como estaba concebida».

EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE

Hoy no tenía que acudir al periódico. Después de la fiesta de ayer por su nominación al Premio Ondas, le habían dado el día libre.

«Desde luego eso era empezar el mes de septiembre con estilo», pensó divertida Rebeca. «Vuelvo de las vacaciones, trabajo tan solo un día, me organizan una fiesta sorpresa y me dan libre el día siguiente». A ver quién es capaz de superar eso. Estaba eufórica.

Pero el inicio del mes septiembre también significaba que se reanudaban las reuniones del *Speaker's Club* en su sede habitual de *pub* Kilkenny's. Durante el mes de junio se interrumpía la actividad porque la mayoría de sus miembros tenía exámenes, y en verano aprovechaban para descansar, así que llevaban tres meses de completa inactividad.

Rebeca había convocado la reunión a las siete de la tarde. Todos los fijos del club habían confirmado su asistencia, y para sorpresa general, también lo había hecho Carolina Antón, que llevaba todo un año sin asistir. Se había marchado a estudiar el último curso de Derecho Internacional a la Sorbona de París.

«¡Qué alegría!», pensó Rebeca. Tenía ganas de ver caras nuevas, y más la de Carol. En el pasado, los padres de ambas habían sido muy amigos y compartieron muchos viajes y fines de semana juntas. Guardaba un recuerdo muy agradable de ella.

Carolina Antón, o Carol, como siempre la habían llamado, era la antagonista de Carlota Penella en el colegio. Competían por sacar las mejores notas, aunque en la mayoría de las ocasiones quedaban empatadas, porque era imposible obtener mejores calificaciones. «El dibujo no cuenta», aún recordaba esa frase en boca de una Carol con apenas diez años de edad, reprochándole a Carlota que le ganara por esa única asignatura. «Pues aprende a dibujar, que solo sabes pintar palotes, pareces una neandertal», le contestaba Carlota.

Había pasado mucho tiempo de aquello, y ahora Carolina Antón era una estudiante modelo que aspiraba, como su padre, a incorporarse al cuerpo diplomático francés., no obstante, también disponía de esa nacionalidad. Llevaba años preparándose. Hablaba con fluidez el francés como lengua paterna, el castellano y el valenciano como lenguas maternas, además de dominar con fluidez el inglés, el alemán, el italiano y, de forma sorprendente, el hebreo, aunque no tuviera raíces judías. Era la única del grupo que era militante de un partido político, pero no español, sino francés, relacionado con la defensa de la naturaleza, además de ser activista de Greenpeace.

Era costumbre en el *Speaker's Club* que la primera reunión después de la pausa veraniega fuera especial. Se solían vestir más elegantes de lo habitual y cuando concluía, se iban todos juntos a cenar a algún restaurante cercano. Después de tres meses sin verse, siempre tenían muchas cosas que contarse y la celebración se alargaba.

Charly era el cachondo del grupo, junto a Fede. En ocasiones se les unía el antisistema republicano de Xavier, y los tres formaban el trío calavera. Tenían mucho peligro. Almu era su amiga del alma, llevaban juntas desde los seis años, y ambas habían terminado el grado de historia este mismo año. Bonet estudiaba robótica y todos pensaban que podría pasar por uno de

ellos. Luego estaba Carlota, la más impredecible de todos, una mente privilegiada, cuyas reacciones le daban miedo hasta la propia Rebeca. Para completar el grupo, se habían incorporado, ajenos al colegio, Carmen y su jefe Jaume, que trabajaban en los archivos del ayuntamiento. Y ahora también se les uniría Carol Antón, después de volver de su último año de estudios en Francia.

Rebeca estaba leyendo los mensajes en su móvil.

Charly le pedía que se volviera a poner ese minivestido rojo tan ceñido que ya se atrevió a llevar al club hace unos meses con notable éxito. «Ese no, pero alguno parecido sí que me enfundaré, si es que me caben después de los excesos del verano», pensó divertida. Charly era un guasón, bien que la piropeaba, pero a la hora de la verdad desaparecía con Carlota. «Hacen una buena pareja», se dijo, con una sonrisa cómplice en el rostro.

Fede había entrado en el juego de Charly, y proponía una competición mixta, a ver quién se vestía de forma más *sexy*. A Carlota le faltó el tiempo, en cuanto leyó el mensaje de Fede escribió: «almirante, te quiero con todos los galones, que ganas el concurso de calle». Rebeca no pudo evitar reírse, no sabía si los demás entenderían a quién iba dirigido el mensaje de Carlota. También retó a Fede a aparecer con la camiseta del equipo de baloncesto americano Los Ángeles Lakers, pero sin nada debajo. «La petarda de Carlota dispara a matar», pensó muy divertida. Si lo que pretendía su amiga era cortar el tema de conversación, lo consiguió de raíz. Ni Charly ni Fede se atrevieron a comentar nada más. Hacían bien, con Carlota siempre llevaban las de perder. Su rapidez y agilidad mental era muy superior a la de ellos.

Ahora el tema de conversación en el grupo era la elección del restaurante. Después de muchos mensajes, se impuso la opinión de Xavier, que vivía en el Barrio de Carmen y lo conocía a la perfección. Cenarían en «San Tommaso», uno de los mejores italianos de la ciudad, que estaba en la calle Corretgería. «Buena elección, y además muy cercano», pensó Rebeca. Estaba a escasos cinco minutos andando del *pub* Kilkenny's.

Tenían muchas ganas de verse. Después de los acontecimientos vividos durante el pasado mes de mayo, todos esperaban volver a la encantadora tranquilidad habitual del club, con sus deliciosas conversaciones intrascendentes.

En realidad, todos no, pero eso aún no lo sabían.

12 DE SEPTIEMBRE DE 1508

«No hubo madre que amara con mayor ternura a su hijo, que la mía me amó a mí».

Sin ninguna duda, hoy era el día más triste de la vida de Luis Vives. Estaban enterrando a su madre Blanquina March, en el cementerio de la Iglesia de Santa Catalina, en Alzira.

Todo se había empezado a torcer una noche de marzo del año 1500. Su madre llegó a casa con una cara de terror que aún hoy recordaba, con sus ropajes hechos un verdadero asco, mojados y llenos de barro. Convocó a toda la familia. Luis apenas tenía siete años, pero se acordaba perfectamente de todos los detalles. Su madre les dijo que tenían que prepararse para abandonar Valencia lo antes posible.

Empezaron los preparativos de inmediato, pero al día siguiente de iniciarlos, se presentó en su casa una persona que se identificó como Juan de Astorga, fiscal del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, acompañado de dos alguaciles. Recordaba con claridad que su madre se alarmó muchísimo, sin embargo, al que se llevaron preso fue a su padre. Querían interrogarlo, al parecer a consecuencia del descubrimiento de una sinagoga clandestina en casa de la viuda de su difunto hermano, Salvador Vives. «Tenían que prenderme a mí, no a mi marido». Luis recordaba haber escuchado esta frase en boca de su madre, que estaba absolutamente abatida y desesperada. En ese momento Luis no entendió que quiso decir.

Afortunadamente, después de ser interrogado, su padre fue puesto en libertad. Parecía que la Inquisición no había conseguido reunir ninguna prueba que conectara a su padre con la sinagoga clandestina. El hijo de su tío Salvador, su primo Miguel Vives, de nombre judío Juseff Abenzaram, había declarado que él era el rabino de la sinagoga y que no había nadie más implicado. Era evidente que había mentado, además no estaba demasiado cuerdo. Supusieron que no prestaron demasiada atención a sus declaraciones. Se libraba de la saña del Santo Oficio, que tanto había castigado a su familia.

Se trasladaron de inmediato a Elche, dónde les acogió la familia que tenían en aquella encantadora ciudad. Todo transcurría con normalidad, hasta que una noche del mes de enero de 1502, una persona llamó a la puerta de su vivienda. Luis lo recordaba perfectamente porque él fue quien abrió la cancela. El visitante preguntó por su madre. A Luis le extrañó, por ello escuchó la conversación a escondidas. El desconocido informó a su madre del proceso inquisitorial contra su tía Castellana Guioret, su primo Miguel y contra su esposa. El Santo Oficio los había condenado a morir en la hoguera, sentencia que había sido ejecutada el 28 de diciembre de 1501. Es decir, hacía apenas dos semanas que habían sido quemados por la Inquisición. Aquello era horrible. Todos sus bienes les fueron confiscados, incluso su casa iba a ser derruida y en su lugar se pretendía erigir una gran cruz que habían encargado a Pere Compte, el arquitecto que estaba construyendo la Lonja. Su madre le pidió al desconocido revisar la sentencia íntegra del Santo Oficio, que aquel individuo había traído consigo. Escuchó cómo la leía en voz alta.

«La dita Castellana Vives ensem ab son fill enora en sa casa tenya una Sinoga o scola de

oració de Jueus, en el qual tenia llannes, cresols, cresoletes, ciris et altres moltes maneres de llums en nombre de mes de vint e set, que continuament en totes les festes e pasques de Jueus sobredites y en altres dies ardían e allumbrabrauan la vivlia, nomyes ebrayques e altres llibres de oracions e cerimonyes de Jueus, que en dita Sinoga estauen en molta veneració posades, en una de les quals dites nomines ebrayques está escrit com la dita Castellana e son fill, de christians se convertían a la ley dels Jueus. En dita Sinoga la dita Castellana Guioret estant descalsa, ab molta devoció escoltava los sermons que lo dit Vives son fill feya en favor de la ley de moyses».

—¿Cuántos capturaron en los días posteriores a la redada? —preguntó su madre al desconocido, una vez terminó de leer la sentencia.

—Unas treinta personas.

—¿Quiénes?

El desconocido le citó los nombres de las personas apresadas por el Santo Oficio. Luis estaba espantado, ya que conocía a la mayoría de ellos. Después de un breve silencio, escuchó a su madre decir que «Castellana lo había conseguido», y que «el fiscal no había hecho ninguna mención a los diez». Parecía muy aliviada. Luis no entendía nada.

«¡Pero si habían quemado a sus familiares y apresado a treinta amigos!», recordaba haber pensado con una profundo tristeza. «¿Qué había de positivo en aquello?».

De inmediato su madre reunió a la familia, y les comunicó que ya podían volver a Valencia con total seguridad. El peligro había pasado. Luis estaba hecho un verdadero lío. Parecía que el desconocido había sido portador de buenas noticias, a pesar de la condena a la hoguera de sus familiares y el encarcelamiento, con un futuro incierto, de muchos amigos.

Retornaron a su vivienda en la calle Taberna del Gall. Luis continuó sus estudios y vivieron con tranquilidad hasta el mes de febrero de 1508. Una nueva epidemia de peste negra assolaba Valencia y, como muchos nobles y gente acomodada, abandonaron la ciudad para buscar cobijo en el campo, donde se creían a salvo de la plaga. Desgraciadamente, su madre no pudo escapar de la *pestilencia*, y cayó enferma. Se refugiaron «al lloch de les rahanes de Xatyva».

Percibiendo que la muerte le acechaba, Blanquina llamó a su hijo a su lecho y le instruyó acerca del Gran Consejo y la cábala. Le contó también lo que había sucedido aquella fatídica noche de marzo de 1500. Ahora Luis comprendía muchas cosas, entre ellas el motivo por el que habían abandonado Valencia de forma tan precipitada, y el porqué de su retorno casi dos años después, tras leer aquella sentencia del Santo Oficio de la Inquisición, que aquel día no entendió.

Luis Vives veía como su madre se consumía por momentos y aquello era muy duro para él. En apenas dos semanas se terminó de apagar su llama de forma definitiva. Era la persona que más quería en esta vida, y se había marchado para siempre demasiado joven, con tan solo treinta y cuatro años de edad. Estaba destrozado, nada ni nadie lo podía consolar. Jamás podría llenar el hueco que su madre dejaba en su vida. Estaba seguro de que ya nada volvería a ser como antes.

«Y ahora su memoria es para mí el más sagrado de los recuerdos y todas las veces que me asalta su pensamiento, dado que no puedo físicamente, la abrazo y beso en espíritu con la más sabrosa de las dulzuras».

EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE

Era la hora de vestirse y arreglarse para asistir a la reunión del *Speaker's Club*. Había llegado el momento de elegir el vestido. Hacía un calor sofocante, por lo que Rebeca descartó los modelos ceñidos. «¿Y si me disfrazo de *happy flower*?», pensó divertida. Buscó en el armario el conjunto *hippie* que todavía no había ni estrenado. Se lo puso y se miró al espejo. No pudo evitar reírse, solo le faltaba presentarse a lomos de una furgoneta rosa.

Había decidido llegar al *pub* *Kilkenny's* un cuarto de hora antes de la reunión. Quería saludar a los camareros, en especial a Dan, con el que le unía una buena amistad desde hacía varios años.

Tomó el autobús y se presentó en el *pub* a las siete menos veinte. Se acercó a la barra y saludó a todo el mundo. Se quedó un momento hablando con Dan, así, de paso, practicaba su inglés, que lo tenía un tanto oxidado. Rebeca era toda una políglota, también hablaba alemán e italiano con cierta soltura. Se contaron brevemente las vacaciones. Dan las había pasado con su familia en Halifax, en el condado de Yorkshire, en Inglaterra, curiosamente la misma ciudad donde había nacido Ed Sheeran, uno de los cantantes favoritos de Rebeca.

—Allí tienes a tus amigos, han llegado hace más de diez minutos —le dijo Dan.

Rebeca se giró hacia el rincón habitual dónde se reunían. Se sorprendió al ver a tres personas sentadas en la mesa.

—¿Qué hacen Charly, Fede y Xavier tan pronto?

—No lo sé —contestó Dan—. Me han pedido una libreta y un bolígrafo.

«¿Qué estarán maquinando? Desde luego nada bueno», pensó Rebeca.

Se acercó hacia la mesa, con curiosidad.

—¿Habéis adelantado la hora de la reunión? —preguntó, de sopetón.

Los tres se giraron hacia ella. Los había pillado por sorpresa, pues no estaban prestando atención a la entrada.

—¡Rebeca! ¿Qué haces tan pronto aquí? —dijo un sorprendido Xavier.

—Eso mismo digo yo, ¿qué hacéis antes de la hora?

Rebeca se quedó mirando la mesa. Habían arrancado varias hojas de la libreta, y las tenían delante de ellos, cada uno en un pequeño montón. «¿Qué estarán tramando?», pensó.

Los tres se quedaron mirando a Rebeca, con la boca abierta.

—Paz y amor —dijo Xavier, mientras hacía la uve con los dedos de una mano—. Parece que te has vuelto de los míos, «salud y república compañera», levantando en puño en alto. O si lo prefieres «haz el amor y no la guerra», que es más sesentero.

—Es increíble. Te pones un saco de patatas con cuatro flores y estás igual de espectacular —dijo Charly, mientras la miraba de arriba abajo.

—Gracias por apreciar mi vestido —le contestó Rebeca, haciéndose la ofendida.

—No, no. Si me encanta eso que llamas vestido. Todavía es más pequeño que el rojo, que ya es difícil.

—¿No vas demasiado corta? —preguntó Fede, guiñándole un ojo mientras le sonreía—. Como sople la más mínima brisa, el vestido te sale por la cabeza.

—Pues no llevo nada debajo —dijo Rebeca, picarona—. Alguno se divertirá.

—¿En serio? —preguntó muy interesado Fede.

—¡Idiota! —contestó Rebeca, riéndose.

Se abrazaron los cuatro. De repente, Charly, Fede y Xavier se levantaron de la mesa con teatralidad, cogieron cada uno de ellos un papel, y lo exhibieron, como si fuera la puntuación de un concurso.

—Un diez, sin duda —dijo Charly, mirando a Rebeca.

—Yo también un diez —dijo Fede.

—Por no dar la puntuación máxima, yo le otorgo un nueve —dijo Xavier.

—Rebeca obtiene veintinueve puntos —dijo Charly, con esa voz monótona típica de los jurados—. Has dejado el listón muy alto, ¡a ver quién te supera!

Rebeca no pudo evitar echarse a reír. Ahora entendía el motivo de la libreta y las hojas arrancadas.

—¿Y vosotros qué? También tenéis que ser puntuados, vais muy elegantes.

—Cuando llegue todo el mundo, entonces desfilaremos nosotros. No te preocupes que te vas a reír, hemos ensayado como los ángeles de Victoria's Secret —dijo Charly.

Solo de imaginarlo, Rebeca se volvió a reír.

—¡Hola a todos!

Estaban distraídos con las puntuaciones, y no habían visto llegar a Carolina Antón.

—¡Cuánto tiempo sin veros, ya tenía ganas!

—¡Carol! —dijo Rebeca, mientras se abalanzaba sobre su amiga, dándole un fuerte abrazo.

Charly, Fede y Xavier se habían quedado mudos. Carol no era una chica que se pudiera considerar guapa. No es que fuera fea, ni muchísimo menos, pero estaba demasiado delgada y se le marcaban en exceso las facciones. Sin embargo, este último año que no la habían visto, parecía que había ganado algo de peso, y el cambio era verdaderamente llamativo.

—Un diez, sin duda —acertó a decir Charly.

—¡Qué diez ni que leches! —le contestó Carol—. Anda, ¡dame un achuchón, canalla!

Fede y Xavier se olvidaron de las puntuaciones, y junto con Charly, le dieron un gran abrazo a Carol. Jamás habían estado tanto tiempo sin verse desde los seis años de edad. Estaban muy contentos de reencontrarse después todo un año.

—Perdona Carol, pero es que te hemos visto algo cambiada, y nos has dejado sin palabras —

acertó a decir Fede.

—Ya sabéis que era vegetariana, pero ahora me he vuelto vegana. Desde entonces, mi mente, pero también mi cuerpo, han mejorado de forma notable. He alcanzado el equilibrio.

—¿En serio? —dijo Xavier, mirándola con detalle de arriba abajo.

—¡Pues claro que no, bobo! Bueno, lo de vegana sí que es verdad, pero en cuanto al cuerpo, el mérito no lo tienen ni las verduras ni el equilibrio, sino mi cirujano plástico.

—¿No me digas que te has operado? —preguntó Rebeca, boquiabierta.

—¡Claro! No todo es natural. ¿Te crees que el tofu y las espinacas hacen esto? —dijo Carol, señalando su silueta.

—¡Pues viva lo artificial! —dijo Charly, que por fin parecía que había reaccionado.

—No te hacía falta, pero la verdad es que el resultado es espectacular —dijo Rebeca.

—A quién no le hace falta es a ti. Yo me veía demasiado esquelética. Ya sé que puede parecer una tontería, pero así me encuentro mejor conmigo misma —le contestó Carol.

—Pues eso es lo importante, y desde luego no es ninguna tontería.

—Además, ahora ligo más —dijo Carol—. Claro que eso a ti nunca te ha preocupado con ese tipazo que tienes —continuó, mirando a Rebeca y a su vestido *hippie*.

Rebeca iba a objetar cuando oyeron unos pasos acercarse al rincón del *Speaker's Club*. Todos se giraron. Eran Carmen Valero y Jaume Andreu. Todos se abrazaron. Carmen presentó a Jaume, ya que Carol no lo conocía.

—Estáis los dos muy morenos —dijo Charly, cuya malicia se adivinaba en sus ojos—. ¿Por casualidad no habréis pasado las vacaciones juntos?

No contestaron. Carmen se echó a reír, pero Jaume se puso colorado como una gamba.

Rebeca intentó no soltar una carcajada, porque cada vez que miraba a Jaume Andreu veía el rostro de Harry Potter con sesenta años, y ya le costaba verdaderos esfuerzos no reírse. «Parece que Harry ha echado unos polvos mágicos este verano, quizá unos *polvos flu*», pensó, conteniendo como podía las ganas de partirse de risa.

Entretanto, llegaron Bonet y Almu. Bonet iba vestido impecable, con un moderno *smoking*, con una pajarita de diseño y todo.

—¡Cuidado!, que acaba de llegar James Bond, con licencia para matar —dijo guasón Charly.

—Al servicio de Su Majestad —le contestó Bonet sonriendo, mientras hacía una reverencia en dirección a Almu, que iba vestida como una auténtica reina.

—Bonet, ¡qué elegante! Y Almu, ¡qué guapa! —dijo Rebeca, mientras abrazaba a su gran amiga—. Pareces una princesa de Mónaco.

—Creía que ibas a decir de Disney —dijo sonriendo Almu.

Todos estaban charlando de forma muy animada. Se habían levantado de los asientos, entre tanto abrazo y beso, y no se habían vuelto a sentar.

—Solo falta Carlota. Había confirmado que venía, ¿no? —preguntó Fede.

—Si, lo escribió en el grupo —contestó Rebeca. Carlota solía ser puntual, así que no creía que tardara mucho en acudir. Por otra parte, parecía que al trío calavera de Charly, Fede y Xavier, entre tanto jolgorio, se les había olvidado las puntuaciones con los papelitos. «Menos mal, porque me muero de la vergüenza», pensó.

De repente, vieron acercarse a la mesa a alguien, vestido con un traje de lo más estrafalario, de un color rojo intenso, lleno de corazones amarillos y rosas cosidos de forma irregular.

Cuando Rebeca la vio, no pudo evitar acudir a su encuentro.

—¡Carlota! ¡Te has atrevido con un modelo de Ágatha Ruiz de la Prada! —dijo, entre sorprendida y divertida.

—¿No había que vestirse de forma diferente a un día normal? ¡Pues toma diferencia! —contestó Carlota, mientras saludaba a todo el mundo.

—Me alegro muchísimo de verte —le dijo Carol.

—¿Has aprendido a dibujar ya? —le contestó Carlota en tono guasón, mientras se fundían en un abrazo.

—¿Os habéis dado cuenta? Esta noche tenemos a la *happy* y a la *hippie* —dijo riéndose Fede, mientras señalaba a Carlota y a Rebeca.

—Y a la *pijy* —dijo Charly, mirando a Carol, recordando que en el colegio la consideraban una *ecopija*. Siempre estaba defendiendo la importancia del cambio climático y demás postulados ecologistas, mientras viajaba en el *jet* privado de su familia alrededor del mundo.

Todos estaban llorando de la risa.

«Reír, reír mientras podáis, antes de que suelte la bomba», pensó Carlota, con una sonrisa misteriosa en su rostro.

Rebeca se dio cuenta.

11 DE NOVIEMBRE DE 1508

Luis Vives, junto con su padre y sus hermanos, había vuelto a su casa de Valencia, después de enterrar a su madre en Alzira. Llevaban dos meses en la ciudad, y no conseguía acostumbrarse a la atronadora ausencia de Blanquina. Intentaba evadirse de la realidad centrándose en sus estudios, pero apenas lo conseguía. Luis asistía a clases en el Estudi General, que luego se convertiría en la Universidad de Valencia.

Precisamente estaba entre libros, cuándo escuchó como golpeaban la puerta de su casa. La abrió y se encontró con un hombre bien vestido, preguntando por Blanquina. Sintió una punzada en el pecho. Informó a aquella persona que la acababan de enterrar. El desconocido se identificó tímidamente como la undécima puerta y Luis le contó que su madre, antes de fallecer, le había iniciado y se había convertido en el nuevo número uno. El hombre se disculpó por acudir a su domicilio particular, pero le dijo que no podía localizar a nadie del Gran Consejo.

Aquel hombre se llamaba Johan Corbera. Le informó que había recibido el encargo, hacía ya ocho años, de trasladar el árbol de emplazamiento, de boca de su propia madre, Blanquina. Después de muchas vicisitudes, al final había conseguido extraerlo de la cripta secreta de la Iglesia del Monasterio de San Cristóbal, que era el lugar dónde el Gran Consejo original lo había ocultado en el año 1391. En aquella época no era un templo católico sino la Sinagoga Mayor de la aljama de Valencia, tristemente desaparecida después de su asalto y saqueo. Le dijo que tenían que buscar un nuevo emplazamiento para el árbol con la máxima urgencia. Johan había extraído el árbol de su primitivo escondite, pero todavía no lo había ocultado. Transitoriamente lo dejaron en casa de Luis. Estaba más protegido que en la de Johan, que era notablemente más humilde.

Entre los dos escondieron el tesoro judío en un lugar que pensaban que jamás se le ocurriría a nadie buscarlo. Crearon el mensaje que conduciría a su localización, y Luis se comprometió a distribuir una décima parte del mismo entre los diez miembros del Gran Consejo. Crearon otro mensaje y lo dividieron entre dos, una parte para él y otra parte para el número uno.

Johan le preguntó el motivo de no poder localizar a ningún miembro del Gran Consejo. Luis no se atrevió a contarle lo sucedido aquella fatídica noche de marzo de 1500, simplemente le dijo que había ocurrido un grave incidente imprevisto, sin más explicaciones.

Luis hizo verdadera amistad con Johan. Tenía que reconocer que su presencia le vino muy bien para olvidar su tragedia familiar. Le sirvió de gran apoyo a nivel emocional, incluso se atrevió a visitar el enterramiento de su madre en su compañía, ya que no conseguía reunir el valor para visitarlo por su cuenta.

Aún recordaba con dolor el día que se despidieron, a los pies de la tumba de su madre. Les costó localizar el lugar exacto, las zarzas habían invadido todo el espacio. Poco después, Luis Vives partió hacia París, con el fin de continuar sus estudios en la Sorbona, a salvo del cruel azote de la Inquisición española.

«Qué pronto la madre tierra nos hace nuestros, arropándonos con su dulce manto verde. Casi

parece que no quiera que partamos, enredándose entre nuestros pies. En este lugar dejo con profundo dolor todo lo que he sido y jamás seré».

EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE

—¿Qué habéis hecho estas vacaciones? —preguntó alegre Charly—. Empieza tú Rebeca, ¿en qué comuna *hippie* has estado?

—He pasado todo el verano en Ibiza trabajando de *stripper* y viviendo en una pequeña cala, por eso vengo vestida así.

—¿En serio? —contestó Fede, con los ojos abiertos como platos.

—¿Tú qué crees? —preguntó Rebeca riendo—. Ya sabéis que Joana se ha ido a Estados Unidos, así que mi tía y yo estuvimos tres semanas en Noruega, desconectadas del mundo.

Fede pareció respirar más tranquilo.

—El que sí que he estado en Ibiza he sido yo —dijo Xavier—. Dos semanas. ¡No veas cómo me he puesto!

—No será moreno, porque pareces un vampiro de lo blanco que estás —contestó Almu.

—¿Moreno? ¡Lo que me he puesto es morado! Ibiza de día es para los *guiris*. Yo soy un murciélago, trabajo y cazo de noche.

Todos se rieron, imaginándose a un murciélago con el pelo a lo afro, como Xavier.

—Hablando de bronceados, ¿y la parejita de archivadores? ¿En qué paradisiaca playa habéis estado? Porque ese moreno no se consigue en un sótano... —dijo Charly, dirigiéndose a Carmen y Jaume.

—Tan solo hemos pasado una semana en Punta Cana, en la República Dominicana. Volvimos anteayer, por eso aún nos dura el tono de la piel.

—Igual que yo. Regresé el domingo —dijo Carol—. Pero yo no he estado en ninguna playa con palmeras. Para variar, he pasado las vacaciones en París, con la familia de mi padre.

—¡Yo también! Quiero decir... no he estado en París, sino con la familia de mi padre. He conocido la Selva Negra alemana, ya sabéis que mi padre es de allí. Aquella zona es preciosa —contestó Almu.

—A mí no me preguntéis —dijo Bonet—. No he tenido vacaciones, me he estado preparando para el inicio de mi Máster en Robótica.

—¿Robótica? Pero si ya eres uno de ellos —dijo Fede—, como el *Yo robot*, de Isaac Asimov. ¿Tienes grabadas en tu *cerebro positrónico* las tres leyes de la robótica?

—Muy gracioso —contestó Bonet—. A ver, ¿y tú que has hecho?

—He estado con toda la familia un mes entero en Florida. Mis sobrinos han disfrutado con los parques de atracciones, y yo pescando en el mar Caribe.

—¿Pescando qué? —preguntó Charly—. ¿Cómo se llaman las nativas de Florida? ¿Panteras? He leído que hay muchas por los Everglades.

—Se llaman floridanas. Y no, no es el nombre de una raza extraterrestre —contestó Fede, anticipándose a su chistoso amigo.

—¿Y tú que has hecho Charly, que pareces tan alegre? —preguntó Rebeca.

—A finales de junio me despidieron de la empresa de aerotaxis.

Rebeca se sorprendió por la aparente respuesta alegre de su amigo.

—¿Y por eso estás tan contento? ¿Por estar en el paro?

—¿Quién ha dicho que esté en el paro? En realidad, he estado todo el verano trabajando. Tengo importantes novedades que contaros. He aprobado los cursos, y ya os puedo comunicar que soy oficialmente piloto de la aerolínea Mare Nostrum.

—¡Enhorabuena Charly! —dijeron todos a coro, muy contentos por su amigo.

—Has conseguido lo que siempre quisiste —dijo Carlota—. Ahora te pagarás una ronda de cervezas, ¿no?

—He dicho que tengo trabajo nuevo, ahora solo falta que, además, me paguen —contestó Charly—. ¿Y tú Carlota? ¿Cómo está tu madre?

—Va a temporadas, pero se está apagando poco a poco. Por lo menos tengo la ayuda de mis dos hermanos, que se han trasladado a vivir con nosotros.

—Lo sentimos de verdad.

—Como comprenderéis, no he podido irme a ningún sitio de vacaciones. Sin embargo, estoy segura de que lo he pasado mucho mejor que todos vosotros, hasta me apostaría una ronda de cervezas.

—Yo he conocido pueblos maravillosos en la Alsacia ¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó Almu, con toda su inocencia.

—¿Haciendo exactamente qué? —preguntó Xavier—. Pueblos maravillosos no he conocido ninguno, pero monumentos internacionales te aseguro que he podido disfrutar de unos cuantos, además en todo su esplendor. Te aseguro que es muy difícil que superes mis dos semanas en Ibiza, y eso que tengo recuerdos borrosos de muchos días —concluyó Xavier, riéndose.

—Todo a su debido tiempo —dijo Carlota, luciendo una sonrisa enigmática en su rostro—. No tengáis tanta prisa, que apenas acabamos de empezar la reunión del club.

«¿Qué habrá hecho la petarda esta?», pensó intranquila Rebeca. «¿Debería preocuparme?». Por lo menos parecía que Charly, Fede y Xavier se habían olvidado de las puntuaciones. Ilusa, una vez más.

2 DE NOVIEMBRE DE 1521

—Hoy vas a conocer a una gran persona —dijo con entusiasmo Luis.

—¿Más grande que tú? —preguntó Johan.

—No seas idiota, yo no tengo ni siquiera treinta años y aún me queda mucho por aprender.

Johan Corbera había llegado hacía apenas dos días a Lovaina, la gran ciudad universitaria donde residía en la actualidad Luis Vives, después de un pesado viaje.

Hacía ya más de trece años que se habían separado, aquella tarde tan triste frente a la tumba de Blanquina March. Desde entonces no se veían, pero les parecía que había sido ayer.

Había mantenido el contacto con el número uno durante estos años a través de correspondencia. Siempre había confiado en que regresara a Valencia lo antes posible, pero cada vez parecía más improbable. El Gran Consejo estaba desaparecido desde hacía bastante tiempo, aunque no era un tema de su incumbencia, ya que como undécima puerta no participaba de sus reuniones. A pesar de ello, había pedido una pequeña dispensa en su trabajo para poder trasladarse hasta Flandes y hablar en persona con su amigo. Había temas que no se podían tratar por carta.

—¿Quién es? Si hablas así de él, seguro que es toda una personalidad.

—Eres curioso, como yo. Me gusta —se burló Luis.

Durante los casi cuatro meses que disfrutaron en Valencia, entre 1508 y 1509, Johan Corbera y Luis Vives, habían entablado una gran amistad y existía una verdadera complicidad entre ellos. No en vano, según la cábala, eran almas gemelas. La *sefiráh Daat*, el número once, era la conciencia, la forma no material y oculta de la *sefiráh Keter*, que era la raíz, el número uno, según el árbol cabalístico.

—Ya sabes que, según la cábala, somos dos formas de lo mismo —le contestó Johan—. Debemos parecernos a la fuerza. Además, tu nombre real es Juan Luis Vives, ¿no te das cuenta? Te llamas como yo, Johan o Juan en su versión castellana.

—A pesar de ser el número uno del Gran Consejo, jamás he creído en esas tonterías. En cambio, mi madre Blanquina sí que era una firme seguidora y defensora de la cábala. Aún recuerdo cuando me inició en sus conocimientos. También me acuerdo de la decepción que le causó mi total incredulidad. Se la refuté paso por paso y la dejé sin argumentos. No supo qué contestarme, así que acabó enfadándose conmigo. Estaba en su lecho de muerte, así que tampoco quise emplearme a fondo.

Luis Vives hizo una pequeña pausa. Su cara pareció trasmutarse.

—¿Sabes Johan? Después de tanto tiempo, aún la echo de menos —dijo con un tono melancólico. Había muerto demasiado joven. Su recuerdo le evocaba su infancia y sus raíces. No quería continuar pensando en aquello, así que decidió cambiar de tema y de actitud. No podía

permitir que la tristeza de los recuerdos de su madre le dominara su vida. Hace tiempo que había decidido pasar página.

—¿Dices que nos parecemos? ¡Pero si tú eres muy feo y yo soy todo un adonis! Aparte del nombre, no veo ninguna otra similitud entre nosotros —dijo riéndose.

—¿Adonis? ¿Pero te has mirado bien? Supongo que será por la belleza interior, porque desde luego por el exterior dejas mucho que desear —le contestó Johan, riéndose también.

Desde la partida de Luis Vives de Valencia, aquel patito feo con ideas adelantadas a su tiempo se había convertido en un gran cisne. Se había doctorado en la Sorbona de París en 1512, y luego pasó unos años en Brujas, siendo acogido por la familia Valldaura, mientras frecuentaba la Corte Real de Flandes del futuro rey Carlos I de España. En 1517 decidió trasladarse a la ciudad flamenca de Lovaina, aunque también pasaba alguna temporada en Brujas y París. Ahora era un gran humanista, filósofo e incluso pedagogo, una personalidad de enorme prestigio en toda Europa, reclamado por nobles y reyes. Por todo ello, Johan Corbera tenía curiosidad por saber a quién iba a conocer.

—¿A quién me vas a presentar? ¿Algún personaje de la realeza? —intentó tirarle de la lengua.

—¡Desde luego que no! Con alguna excepción, son notablemente aburridos. Piensa que Lovaina es una ciudad de eruditos y de estudiantes venidos desde todos los rincones del mundo, no de reyes, sobre todo en el momento histórico que vivimos. Ya sabes que la Corte Real abandonó Brujas hace unos años.

Flandes se había unido a la corona española desde el matrimonio de la hija de los Reyes Católicos, Juana de Castilla, también conocida como la Loca, con Felipe de Castilla, cuyo sobrenombre era el Hermoso. Ahora, el hijo de la Loca y del Hermoso, Carlos I, había unificado en su persona los territorios de Castilla, incluyendo el reino de Navarra, y la corona de Aragón, también englobando el reino de Valencia y el condado de Cataluña. Además, desde el año pasado, ostentaba el título de emperador del Sacro Imperio Germánico, dignidad cuyo origen nacía en el mismísimo Carlomagno. En consecuencia, también gobernaba en media Europa bajo el título de Carlos V. En aquella época, España era toda una potencia.

Durante su estancia en la Corte, Luis Vives había sido su profesor ocasional de lengua castellana. Carlos de Habsburgo, actual rey de España, había nacido en Gante y se había criado en Flandes durante los primeros diecisiete años de su vida, por lo que casi no la hablaba, y eso era un motivo de recelo por parte de muchos nobles. Por su parte, Luis Vives era un políglota, ya que dominaba con soltura seis idiomas. Era el maestro perfecto.

—No te burles de mí, que es la primera vez en mi vida que salgo de Valencia. Debo parecer un pueblerino —dijo Johan a modo de disculpa—, sobre todo a tu lado.

—Valencia no es un pueblo, es una gran ciudad. Aunque hace doce años que la abandoné, jamás olvido mis orígenes. No sabes cómo echo de menos su luz y sus colores, aquí todo es gris. Allí prendió mi mecha por el conocimiento y por las lecturas. Además, te sorprendería saber la cantidad de compatriotas que hay por estas tierras.

En las ciudades de Amberes, Gante, Brujas y Lovaina existía, desde hace algunos años, una importante colonia de mercaderes españoles, que actuaban como contratistas en las relaciones con la Liga Hanseática, la potente federación comercial del norte de Europa. Ya no era tan pujante como lo había sido unos siglos atrás, ya que desde el descubrimiento de América y la

consolidación del poderío marítimo holandés e inglés la había debilitado considerablemente. De hecho, ya había existido algún enfrentamiento militar entre ellos.

En dicha colonia había bastantes valencianos, sobre todo en el negocio textil. Aunque en esos momentos Luis Vives todavía no lo sabía, en apenas tres años acabaría contrayendo matrimonio con Margarita Valldaura, precisamente la hija de unos mercaderes valencianos afincados en Brujas, los mismos que lo acogieron cuando terminó sus estudios en la Sorbona de París.

—¿No me digas que me vas a presentar a un paisano?

—Claro que no. ¿Te crees que has hecho este gran viaje hasta Flandes para conocer a un valenciano? De esos te sobran en nuestra tierra, no precisas codearte con más compatriotas.

En realidad, Johan Corbera no se había trasladado a Lovaina para conocer a nadie. Debía informar a Luis Vives de una situación muy grave, que le afectaba de una manera muy directa y personal.

«No sé cómo se lo va a tomar, aquí parece muy feliz y lleva una vida muy tranquila», pensó Johan.

EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE

—¿Te creías que nos habíamos olvidado Rebeca? ¡De eso nada! Después de contarnos las vacaciones, ahora todas y todos vamos a desfilan ante el Gran Jurado —dijo Charly, mostrando los papeles con los números escritos.

Para jolgorio general, todos desfilaron como si estuvieran en una pasarela de moda, haciendo el payaso, cada uno con su estilo propio. Las personas que estaban sentadas en las mesas de alrededor los miraban divertidos, incluso participaron de los aplausos y de las risas. Rebeca se quería morir de vergüenza, pero aguantó el tipo. El momento cumbre de la tarde fue cuando Charly, Fede y Xavier desfilaron con unas alas postizas que se habían traído de casa, simulando un pase de modelos de los ángeles de Victoria's Secret. Incluso le pidieron al camarero Dan que pusiera el tema *Moves like Jagger* de Maroon 5, el mismo que se utilizó en aquel legendario *Fashion Show* de 2011. Fue un auténtico espectáculo.

Cuando todos terminaron de desfilan, Charly se levantó y adoptó ese papel teatral que tanto le gustaba. Hizo como si sacara una nota de un sobre, calculando los tiempos.

—*And the winner is...* ¡Carlota!

Efectivamente, la ganadora final fue Carlota, con treinta puntos, seguida de Almu, Bonet y Rebeca, los tres con veintinueve. Todos se levantaron a aplaudir, no solo los miembros del *Speaker's Club*, sino también los clientes de las mesas contiguas, para bochorno de todos los participantes. Estaban causando verdadera sensación en el *pub*.

«¡Por favor, qué vergüenza!», pensó Rebeca, aunque a Carlota no parecía importarle. Incluso se levantó y exhibió aquel estafalario vestido para agradecer el premio.

—Muchas gracias a todos por este galardón tan merecido. Os habéis esforzado, pero creo que la más diferente, por no decir ridícula, sin ninguna duda soy yo.

—¡Ágatha te quiero! —gritó Charly, llorando de la risa, sin poder apenas contenerse.

—A ti te voy a coger después —le advirtió Carlota, haciendo un gesto con la mano, simulando zurrarle en el culo.

—¿Coger en su acepción argentina? —preguntó Fede, que no podía evitar la carcajada.

—¡Fede! —exclamó Carlota, fingiendo escandalizarse—. No me tires de la lengua...

Rebeca entró al trapo de inmediato, no le gustaba hacia dónde se podría dirigir la conversación.

—Ahora la ganadora nos dirigirá unas palabras —dijo de forma precipitada, lo primero que se le ocurrió.

Se hizo el silencio en el club, esperando que hablara la vencedora.

«¿Quieren que diga unas palabras?, ¡pues van a flipar!», pensó Carlota, recreándose en lo que iba a provocar.

Rebeca vio los ojos brillantes de su amiga. Ya sabía lo que eso significaba y no pudo evitar ponerse alerta. «Igual no ha sido una buena idea pedir que hable», se dijo, con cierta inquietud. «La temo».

Carlota se puso de pie, se atusó los corazones del vestido de Ágatha Ruiz de la Prada y se quedó mirando a todos los presentes. La expectación era máxima. «Allá voy», pensó.

—¿Queréis unas palabras? A ver si os valen estas. Estamos idiotas, nos han estado engañado desde el principio. El Gran Consejo de los diez existe en la actualidad y el árbol judío continúa oculto.

3 DE NOVIEMBRE DE 1521

Luis Vives presentó a Johan a su maestro en Lovaina. Formaba parte del claustro en su Escuela Trilingüe, llamada así porque sus enseñanzas se impartían en tres idiomas, latín, hebreo y griego, que Vives dominaba a la perfección, junto con el francés, castellano y valenciano. Este último era su lengua materna, la que había hablado desde pequeño en su casa.

—Johan, tengo el placer de presentarte a Desiderius Erasmus Roteradamus, como a él le gusta que le llamen, en latín —dijo con toda la solemnidad que pudo.

—¿Erasmus de Róterdam? —preguntó incrédulo Johan, mirando a aquella persona impecablemente vestida que, por su apariencia, tendría algo más de cincuenta años.

Erasmus era el pensador más influyente de Europa en esos momentos, que era tanto como decir del mundo. Además de precursor del humanismo, era filósofo, filólogo y teólogo. Hacía unos años que había leído su ensayo *Elogio de la locura*, que había tenido una grandísima difusión, sobre todo por lo trasgresor que resultaba para los tiempos que vivían. Se decía que lo escribió pensando en su gran colega inglés Tomás Moro.

Disfrutó muchísimo de la conversación. Se notaba que Erasmus y Luis Vives eran grandes amigos y se profesaban una sincera admiración mutua. Johan ya conocía la personalidad un tanto excéntrica de Erasmus, pero aun así le sorprendió la vehemencia de sus palabras contra el poder establecido, y contra los abusos de los «malos religiosos», como el mismo los llamaba. Decía que la mayoría de instituciones educativas no permitían el desarrollo del pensamiento libre del individuo, con su férrea y, en ocasiones, absurda disciplina. También metía en el mismo saco a la actividad docente de la Iglesia. Según él, todo se había pervertido y había que volver a prestar atención a los grandes pensadores de las civilizaciones griega y romana. Hablaba con total sinceridad, ya que toda su vida había sido consecuente con su pensamiento y con sus críticas.

Johan no pudo evitar formularle la pregunta que le rondaba por la cabeza desde el principio de la conversación.

—Esa manera de pensar, ¿no le ha ocasionado problemas con la Iglesia católica, que es muy celosa de sus actividades? —le preguntó extrañado. No olvidemos que Johan Corbera, además de arquitecto, también era eclesiástico. Él jamás se hubiera atrevido a pronunciar esas palabras, aunque los compartiera en su gran mayoría.

Erasmus le contestó de inmediato.

—Por supuesto. A pesar de que no deberían tener dudas acerca de mi fe, sobre todo después del trabajo que estoy haciendo con las versiones traducidas de la Biblia, he tenido que dar explicaciones constantemente a lo largo de toda mi vida. Les cuesta entender que jamás he criticado a la Iglesia como tal, ni muchísimo menos a Dios. Lo que sí he censurado y censuro es la actitud de algunos obispos y frailes en particular, que ganan ingentes cantidades de dinero vendiendo el paraíso y que hacen fabulosos negocios con la simonía.

Johan, por su formación religiosa, sabía lo que significaba la palabra simonía. Era la perversión de la fe, el mercantilismo de lo divino con el único objeto de obtener bienes materiales y riquezas. Por ejemplo, la facilidad con la que se podía comprar cargos eclesiásticos a cambio de determinadas sumas de dinero, o el enriquecimiento desmesurado de algunas personalidades de la Iglesia a costa de sus feligreses, que desde luego estaban más necesitados que ellos.

Afortunadamente para Erasmo, su enorme influencia siempre le había librado de problemas, por lo menos hasta ahora. Johan no tenía nada claro que siempre pudiera escaparse sin castigo. Ahora mismo gozaba del favor hasta del papa de Roma, pero la situación podría cambiar. Le asustaba la extrema ortodoxia de la Inquisición actual, a pesar de sus buenas relaciones con Adriano de Utrecht, Inquisidor General en España. Erasmo y Adriano habían coincidido en la Corte Real de Flandes y se profesaban una sincera amistad.

—¿Permanecerás en Lovaina una temporada? —preguntó curioso Johan, conociendo el afán viajero de Erasmo.

—No, de hecho, he trasladado mi domicilio a Basilea no me gusta Lovaina como ciudad,, aunque, por supuesto, mis lazos con Flandes son muy poderosos y por eso hago visitas a mi amigo Luis, con toda la frecuencia que puedo —contestó Erasmo—. De momento también mantengo mi escuela y así será mientras mi capacidad me lo permita, que uno ya se va haciendo anciano y al final, tendré que priorizar mis actividades. La enseñanza y la lectura ocupan gran parte de mi tiempo.

Después de un buen rato, la conversación llegó a su fin. Conociendo de donde procedía Johan, Erasmo se despidió obsequiándole con un ejemplar de su obra *Educación del príncipe cristiano*, que había escrito en 1516 para el entonces príncipe Carlos, cuando contaba con tan solo dieciséis años de edad. Ahora era rey de España y emperador de media Europa. Erasmo estaba orgulloso de haber influido en su educación, aunque hubiera sido de forma algo limitada.

Johan y Luis salieron de la Escuela Trilingüe de buen humor, charlando de forma muy animada. «Lástima que la diversión se vaya a acabar tan pronto», se dijo Johan, pensando en el motivo real de su visita a Lovaina.

EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE

La hilaridad general del pase de modelos se había transformado en absoluta estupefacción. Las caras de todos los miembros del *Speaker's Club* eran difícilmente descriptibles.

—¿Qué pasa? ¡No me miréis así! Ya os había contado que me había divertido este verano —dijo Carlota, que era la única que parecía entretenida.

—¡Por Dios Carlota! —dijo de inmediato Almu—. ¿Sabes lo que acabas de decir?

—¿Te has vuelto loca? —dijo Fede—. Ya quedó todo muy claro antes del verano.

Carol los miraba con cara de no entender nada.

—¿Alguien me puede explicar de qué estáis hablando? Y de paso, también me podéis contar por qué se os han quedado esas caras tan desencajadas. Tendríais que veros en un espejo, parecéis la Familia Monster —se giró hacia Rebeca—. Te has quedado paralizada, hasta te pareces a Miércoles Addams.

Rebeca reaccionó, se había quedado atrapada mentalmente ante la revelación de Carlota. Le explicó brevemente a Carol todo lo ocurrido durante el pasado mes de mayo. La visita de la supuesta condesa de Dalmau a su periódico, que, en realidad, era el número tres del actual Gran Consejo, la actriz Tania Rives, disfrazada. También le dijo que le entregó unos dibujos y cómo, después de diversas vicisitudes, habían llegado hasta el emplazamiento del árbol judío del saber milenario, que era un arcón enterrado en el Patio de los Naranjos de la Lonja de Valencia. Ese arcón estaba vacío, alguien se les había adelantado. Para terminar, le contó cómo había desenmascarado al número once, que era Joana Ramos, la pareja de su tía.

—¡Qué emocionante! Ahora entiendo el motivo por el que hubo tanta actividad en el chat del móvil del *Speaker's Club* ese mes. No podía seguir vuestro ritmo, además en época de exámenes, así que no leí prácticamente ningún mensaje. ¡Qué lástima no haber estado en España para haber participado! Desde luego parece que fue toda una aventura, ¿no?

Carlota parecía resplandeciente.

—No emplees el pasado, Carol. No fue, aún lo es y lo será —dijo Carlota, con esa sonrisa enigmática que tanto intrigaba a Rebeca—. Y lo más importante, llegas en el momento justo para poder participar.

Charly, por fin, pareció reaccionar.

—Oye Rebeca, ¿no le habrás pasado a tu amiga algún cigarrito de esos que fumáis los *hippies*?

—Te juro que no —contestó Rebeca, que aún estaba conmocionada. «¿Qué es lo que habrá averiguado este verano?», se preguntaba inquieta.

—Pues entonces ha sido poseída por el espíritu de Ágatha Ruiz de la Prada —sentenció Charly—. El vestido se ha apoderado de su mente. Tanto corazón no puede ser bueno.

—Tengo pruebas de lo que todo lo que digo —dijo muy segura Carlota.

—¿Qué pruebas son esas? —preguntó Carmen, como siempre la voz de la cordura.

Carlota se quedó mirando fijamente a Rebeca.

—El día que descubriste que Joana era la undécima puerta, en aquella reunión dijiste algo que me dio mucho que pensar. Voy a intentar recordar tus palabras exactas, eran algo así como: «tuve una extraña sensación. Me daba la impresión de que éramos simples marionetas en un teatro, y que alguien nos movía los hilos sin que nosotros nos diéramos cuenta».

—Sí, las recuerdo —contestó Rebeca—. Fueron exactamente así, tienes muy buena memoria.

—Me acuerdo que, acto seguido, Fede te dijo que no te comprendía, y yo manifesté que había tenido la misma sensación que tú —continuó Carlota.

—Así fue. ¿Adónde quieres ir a parar?

—A un lugar muy simple. He continuado teniendo esa misma sensación, incluso después de la confesión de Joana. Lo siento, algo fundamental no encaja en toda la historia que conocemos. Me temo que seguimos siendo marionetas que otras personas que desconocemos manejan.

—¿En qué te basas para semejante afirmación?

—Tú deberías conocerlo mejor que nadie —dijo Carlota, mirando a Rebeca.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Para empezar, porque una de las dos partes del mensaje, que nos condujo a buscar y localizar el árbol judío en la Lonja, era completamente falso. Una gran mentira, eso sí, una mentira muy bien elaborada.

Durante el mes de mayo habían descubierto la inscripción «bajo la estrella» en una gargantilla de gran valor, propiedad del conde de Ruzafa. También Bonet había descifrado un mensaje oculto en un sobre, que el conde guardaba en su caja fuerte. Ese mensaje rezaba «lujuria de seda». La unión de ambos mensajes les había conducido hasta la Lonja de la Seda, y más concretamente al lado de la fuente con forma de estrella en el Patio de los Naranjos. Ahora Carlota afirmaba que uno de los dos mensajes era falso.

Se hizo el silencio en el grupo. Rebeca estaba completamente aturdida, sin saber qué contestar.

—¿Lo cuentas tú o lo cuento yo? —le preguntó Carlota.

—¿Y si nos vamos a cenar, y continuamos la conversación allí? —respondió Rebeca, intentando ganar tiempo para buscar una respuesta.

—Buena idea, casi es la hora reservada, y tengo hambre —dijo Xavier—. Estamos apenas a cinco minutos del restaurante, así que creo que seremos capaces de aguantar el suspense hasta llegar allí.

—Mis tripas me hacen ruido —protestó Carlota.

—Pues te comes un corazón de tu vestido, que te sobran —le contestó Xavier, en tono burlón.

Se levantaron de la mesa, y fueron saliendo del *Speaker's Club* en dirección al barrio del Carmen.

«¿Cómo demonios había descubierto Carlota que el mensaje del sobre, con el cifrado César, lo había escrito ella?», se dijo espantada Rebeca. «Por su manera de dirigirse a mí, está claro que

lo sabe». Ahora que lo pensaba, suponía que no era imposible. En aquel momento había tenido que improvisar con urgencia y no les había prestado demasiada atención a los pequeños detalles como, por ejemplo, la caligrafía del sobre, o a cualquier otro que ahora mismo no se le ocurría. Carlota sabía que era falso, eso era lo importante. No sabía qué hacer, estaba confundida. Estaba a punto de afrontar una pequeña crisis. Tenía cinco minutos para idear una respuesta convincente al falso mensaje del sobre de la condesa, porque cuando llegaran al restaurante, suponía que la atención se iba a centrar en ella y tenía que estar preparada.

Rebeca estaba asustada.

4 DE NOVIEMBRE DE 1521

—Tengo que hablar contigo —dijo muy serio Johan.

Luis Vives se quedó mirando a su amigo durante unos segundos. No parecía sorprendido.

—Ya me imaginaba que no habías venido hasta Lovaina solo para visitarme.

—Sabes de sobra que me apetecía mucho reunirme contigo, pero también tengo algo que contarte, y es importante.

—Anda, dime eso tan grave que te llevas callando tres días. Como no lo sueltes, creo que vas a acabar reventando.

—¿Lo habías notado?

—Pues claro, aunque no tengo ni idea de qué se trata.

—En realidad no es una única noticia, son dos. ¿Por cuál quieres que empiece, por la buena o por la mala?

—¿Hay una buena noticia? ¡Caramba! Eso sí que es una sorpresa, últimamente todas son malas. Como no me lo esperaba, empieza por esa, por la buena noticia, tengo curiosidad.

Johan hizo una pequeña pausa.

—Aunque no debería saberlo, conozco que tus amigos en España están haciendo verdaderos esfuerzos para que puedas regresar de este exilio, con total seguridad y a salvo del Santo Oficio de la Inquisición.

Luis puso cara de manifiesta decepción.

—¿Esa es la buena noticia? Pues vaya chasco. Estoy muy a gusto en Flandes, de momento no me planteo volver.

—Déjame acabar, aún no has escuchado lo que tengo que contarte.

—Adelante, adelante —dijo Luis, con algo de curiosidad.

—Me he enterado de que el noble don Bertrán está en contacto con don Fadrique Álvarez de Toledo, segundo duque de Alba, que, como es público, tiene dos nietos. Parece ser que está buscando una persona culta y docta para que se haga cargo de la educación de ambos.

—El segundo duque de Alba y sus dos nietos. Además, tú y yo juntos hablando de ello. Dos, dos y dos. Seguro que un cabalista vería algún significado oculto en tu discurso del triple dos.

—¡No seas idiota Luis! Estamos hablando en serio, de don Fadrique Álvarez de Toledo.

—Lo sé, nada más y nada menos que el duque de Alba.

—Exacto, un caballero con grandeza de España, máxima dignidad nobiliaria después del propio rey y sus descendientes directos. Con su poder podría situar a cualquier persona fuera del

alcance de la Inquisición de forma definitiva, y más si es el preceptor de sus nietos. Sé que te aterra el Santo Oficio.

Luis asintió con la cabeza.

—Aunque en la actualidad no tengo malas relaciones con ellos, en el pasado quemaron a gran parte de mi familia. Lo que les hicieron a ellos, también me lo hicieron moralmente a mí mismo, así que cuanto más lejos de la Inquisición, sin duda mejor. Simplemente evito cualquier contacto con ellos.

—Conozco tu aversión al Santo Oficio, por eso te lo decía.

—Aversión es una palabra muy suave, pero ¿el duque de Alba ha preguntado expresamente por mí? —dijo extrañado Luis Vives.

—No, todavía está buscando candidatos, pero estoy tranquilo porque me consta que el noble don Bertrán, que es toda una personalidad en la corte y nieto del que fuera inquisidor general de España, fray Diego de Deza, está haciendo una importante labor, ya que es amigo personal de don Fadrique. Le está ofreciendo tus servicios.

—¿Le ofrece mis servicios sin contar conmigo? Es curioso. De todas maneras, debo insistir, estoy muy a gusto en Lovaina.

Johan se levantó y miró a su alrededor, con un gesto claramente despectivo.

—¿De verdad te gusta Lovaina? —Johan no podía creer a Luis. Apenas llevaba unos días y ya le desagradaba hasta su olor.

—¿Cómo ciudad? ¡Claro que no! Tú mismo habrás observado que está sucia y abandonada, pero en la actualidad es un verdadero emporio de las ciencias y de las letras. Además, trabajo para Erasmo, incluso me visita en ocasiones, cosa que jamás haría si estuviera en España. Ya sabes que ha rechazado múltiples invitaciones para acudir, ya que no se fía de los Inquisidores españoles, al igual que yo. No pierdas de vista que, ahora mismo, Flandes es el centro cultural más importante de Europa. Aquí, mi mente se siente libre y a salvo de hogueras.

Johan no sabía cómo continuar la conversación sin herir la susceptibilidad de su amigo. Lo tenía que intentar. «Allá voy», se dijo.

—Luis, debes pensártelo muy bien. Sé que a principios de este año se cayó del caballo tu joven pupilo Guillermo de Croy y desgraciadamente se mató. También sé que era tu principal mecenas y que tu economía actual está muy maltrecha. No niegues que atraviesas por dificultades financieras —recalcó Johan—. Me has contado que acabas de llegar de Brujas, dónde has vivido seis meses en una casa cedida por el capitán Pedro de Aguirre y que te has entrevistado con el mismísimo rey Carlos I, a petición suya. También sé que, en esas fiestas, has conocido al cardenal Wosley, lord canciller de Inglaterra. Sin duda es un gran honor, pero seamos serios Luis, eso no da de comer. El prestigio no llena las despensas ni paga las viviendas. No podrás permanecer eternamente en Flandes si no consigues otra fuente de ingresos estable. Si eso no ocurre, tendrás que volver a emigrar, y qué mejor sitio para volver que a tu propio hogar.

Luis se quedó mirando a su amigo con cierto asombro.

—Caramba Johan, llevabas el discurso bien preparado. No te falta razón en el tema de mis finanzas, pero desgraciadamente yo no tengo hogar. Soy un ciudadano del mundo. «Dónde estoy bien», esa es mi verdadera nación y mi patria son mis zapatos. No creo en las fronteras, y si me

apuras, tampoco en las banderas. Han causado más muertes que la peste.

—Eso no es cierto, pero ya lo discutiremos más adelante —le contestó muy serio Johan.

Luis Vives intentó cambiar el curso del diálogo, no quería que la conversación discurriera por esos cauces.

—Hasta Flandes llegan las noticias de la rebelión de las Germanías que amenaza todo el reino de Valencia. ¿No es preocupante? Creo que el virrey fue derrotado hace unos meses por el líder insurgente Vicent Peris, y tuvo que refugiarse en el castillo de Villena, según cuentan los mercaderes venidos de nuestra tierra, ¿no es cierto?

—Ya tardabas en sacarme ese tema —contestó con cierto fastidio Johan. Sabía que era un asunto polémico.

—Compréndeme, me estás insinuando que vuelva a mi ciudad, que, ahora mismo, está en plena sublevación militar, ¿cómo quieres que lo obvie?

—No es tan grave como puede parecer desde la distancia. Tú vives en Lovaina y yo vivo en Valencia. Es una revolución condenada al fracaso. ¿Crees que unos artesanos armados, organizados en forma de gremios, tienen alguna posibilidad de vencer a la nobleza y al mismísimo rey Carlos I? Es de locos. Lo malo es que se lo creen.

—Pues parece que los rebeldes *agermanados* tienen mucho apoyo popular, y es un hecho de que el rey no le está prestando demasiada atención a esta sublevación.

—No olvides que hace apenas dos años sufrimos otra epidemia de peste en Valencia. En ese momento, la nobleza abandonó la ciudad y los gremios se hicieron con su control, aprovechando el vacío de poder. Entonces pareció una buena idea que se armaran para defendernos de las incursiones de los piratas berberiscos, aunque ahora se ha demostrado que fue un gran error. Pero no te confundas, es una mera ilusión temporal. En cuanto el rey despierte de su letargo, todo volverá a la normalidad. Los derrotará a sangre y fuego, y no creo que tarde mucho.

—Te recuerdo que los rebeldes han conquistado plazas relevantes y ganado alguna batalla importante.

—Pero perderán la guerra, hazme caso. No forman un grupo homogéneo. Terminarán divididos y derrotados, y es algo que va a ocurrir más pronto que tarde. Además, no olvides que tu tío Baltasar Vives es uno de los líderes más significados contrarios a la revuelta. Cuando finalice, quedará en una buena posición social, y eso será bueno para tu familia. Te podría ayudar.

—Pues créeme que estoy preocupado por la revolución, a pesar de que mi tío la combata.

Johan Corbera intentó reconducir la conversación. Ahora al que no le gustaba por dónde discurría era a él.

—Lo que de verdad debería preocuparte en este momento no son los rebeldes *agermanados*, sino la oferta del duque de Alba ¿No me digas que no tienes curiosidad por conocer en qué consiste? Sabes que es una persona muy poderosa, pero también muy rica.

—Te mueres por contármela. Venga, ¿cuál es esa oferta?

—Nada más y nada menos que doscientos ducados de oro al año, al margen de todos los privilegios que un cargo de esa categoría conllevaría aparejados.

Luis Vives no pudo evitar sorprenderse, aunque trató de ocultarlo. No quería revelar su

reacción a Johan. Realmente estaba impresionado por la oferta.

—No está nada mal, la verdad —dijo, con aparente timidez.

—¿Nada mal? ¡Pero si es una pequeña fortuna Luis! Además, también me consta que te están buscando una cátedra en alguna universidad. Si regresas, podrías cumplir lo que siempre has dicho que te gustaría hacer en la vida, «aprender y enseñar».

—Pero el duque de Alba no me ha hecho ninguna oferta.

—No, todavía no, pero confió en que don Bertrán logre convencerlo en breve. Créeme, lo he visto en acción y se lo está tomando muy en serio. Ya sabes que tiene un gran poder, incluso parece superior a su rango nobiliario.

—Pues entonces no puedo tomar ninguna decisión ahora. Debo esperar a que se produzca, si es que sucede, y entonces decidir en consecuencia.

—Así es. Supongo que te lo comunicarían mediante un emisario especial de la Casa de Alba.

Luis Vives se quedó callado, pensativo durante unos interminables segundos, mirando a los ojos a su amigo Johan Corbera. Al final rompió su silencio.

—Pero tú, en realidad, no has venido hasta Lovaina a contarme eso, ¿verdad Johan?

—No. Ya te dije que también era portador de malas noticias.

—Pues ha llegado el momento de hacerme partícipe de ellas, ¿no crees?

—Me temo que así es.

Johan Corbera le contó el verdadero motivo de su viaje. Se tomó su tiempo para poder narrar todos los hechos con sus correspondientes detalles, sin pasar por alto ninguno. Aquello era verdaderamente terrible.

Luis Vives se quedó en blanco. No sabía qué decir. Estaba profundamente conmocionado.

EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE

Cruzaron la plaza de la Reina, y tomaron la calle Corretgería, en animada conversación. Rebeca intentó quedarse sola para poder pensar, pero fue imposible. Almu la acompañaba.

—¿Qué ha querido decir Carlota en el *pub*?

—La verdad es que no lo sé Almu.

—Ha dicho que tenía pruebas de un engaño.

—Desciframos y unimos los dos mensajes que nos condujeron al árbol judío del saber milenario. No tengo ni idea cuál de las partes piensa Carlota que es falsa —mintió lo mejor que pudo Rebeca.

—Dentro de poco saldremos de dudas.

Eso era lo que precisamente temía Rebeca, y aún no había pensado en una explicación plausible. El tiempo se le acababa.

Llegaron al restaurante italiano «San Tommaso». Les habían reservado una gran mesa redonda en la parte inferior. Todos se sentaron, pidieron la bebida y varias raciones de su célebre entrante *parmigiana de melanzane* para compartir, mientras echaban un vistazo a la carta.

—Venga Carlota, cuéntanos qué has hecho este verano para darnos semejante noticia —dijo Charly, que, como todos los demás, estaba expectante.

—Tenéis curiosidad, ¿verdad? —contestó Carlota.

—No seas mala Ágatha, no te hagas de rogar —dijo Fede.

—Es muy sencillo. Como ya os he contado, he descubierto que una de las dos partes del mensaje es falsa.

—Aunque así fuera y hubiera algún error en una de las partes del mensaje, ¿cómo llegas a la conclusión de que aún existe el Gran Consejo y el árbol? —preguntó Carmen—. No te sigo.

—No estoy hablando de un simple error, estoy afirmando que una de las partes es completamente falsa.

—Aun así —continuó Carmen—. Que hayamos investigado una pista falsa tampoco demuestra la existencia actual del Gran Consejo. No lo veo.

—Te aseguro que sí lo demuestra. No se trata de que nos hayamos equivocado en un razonamiento, ni siquiera que interpretáramos algún aspecto de forma errónea. Insisto, se trata de que alguien nos ha colado una pista falsa a propósito.

La expectación en la mesa era máxima. Todos estaban pendientes de las explicaciones de Carlota. Mirando a sus amigos, lanzó una pregunta.

—¿Por qué alguien se iba a tomar la molestia de falsificar una parte del mensaje, con el objeto de dirigir nuestra búsqueda del árbol hacia el Patio de los Naranjos de la Lonja?

—¿Por qué? Eso digo yo —dijo Bonet.

—Es obvio. En realidad, le daba igual que buscáramos allí o no —contestó Carlota.

—Ahora sí que no entiendo nada —contestó Almu.

Carlota intentó explicarse mejor.

—Quiero decir que su finalidad no era que fuéramos a ese emplazamiento en concreto. Si resolvíamos el mensaje falso, pues mejor, porque había preparado un pequeño teatro, con un arcón vacío incluido, para que pensáramos que el tesoro judío se había perdido para siempre. Pero su verdadera intención era que no buscáramos en el auténtico lugar dónde permanece oculto el árbol. ¿No os dais cuenta? Lo que quería era despistarnos, y reconocer que no consiguió su objetivo.

Todos se quedaron en silencio, pensando en las palabras de Carlota.

—¿Y quién se iba a tomar la molestia de falsificar una parte del mensaje? —dijo Jaume.

—Buena pregunta, ahora te hago otra a ti, te devuelvo la pelota. ¿Quién tiene encomendada la misión de proteger el árbol?

—¿El Gran Consejo! —contestó de inmediato Charly.

—Exacto. No olvidéis que la única razón de su existencia es ser, precisamente, los guardianes del árbol. Falsificar la pista les habrá costado un gran trabajo, no era nada sencillo. Si lo pensáis bien, tan solo se justifica porque estuvieran tratando de preservar su gran tesoro, el árbol.

—¿De qué pista estamos hablando? —preguntó algo impaciente Bonet.

—Supongo que te referirás al sobre con aquellas letras dispuestas tan raras —dijo Fede.

—¿No os ha resultado un elemento muy extraño desde el principio? —preguntó Carlota.

—La verdad es que sí —continuó Fede—, aunque no hasta el punto de pensar que fuera falso. Eso no se me ocurrió.

—Pararos a pensar un momento. Aparece un sobre en blanco que, puesto al trasluz, revela unas letras. No es que estuvieran especialmente ocultas, cualquiera podría haberlas descubierto, como, de hecho, así lo hizo Bonet la primera vez que cayó en sus manos ese sobre. Las letras componen un mensaje cifrado, pero no mediante técnicas numerológicas como hacían los cabalistas del Gran Consejo, sino utilizando el cifrado César, un método extremadamente sencillo de resolver. ¿Vosotros guardaríais un secreto tan importante de esa manera, a la vista de todos y con tan pocas medidas de seguridad?

Carlota se quedó mirando a su amiga Rebeca, que ya no sabía cómo ponerse de lo nerviosa que estaba. Continuó hablando.

—Pero, por otra parte, poneros en la situación del conde de Ruzafa. Imaginaros la escena. Cita en su palacio, concretamente en su despacho, a la undécima puerta para que le facilite su mitad del mensaje, con el pretexto de reconstruir el Gran Consejo, que se encuentra roto desde hace siglos. Recordar que a las convocatorias tan solo asistían las tres primeras puertas, el Gran Consejo estaba partido por la cuarta.

—Sí, eso ya lo sabemos —dijo una impaciente Carmen.

—En el despacho del señor conde, la undécima puerta le trasmite su mensaje de forma oral. Tampoco es tan extraño que el conde cogiera lo primero que tuviera a mano en su mesa, por

ejemplo, un sobre, y que escribiera el mensaje con una clave sencilla de recordar. Al fin y al cabo, lo iba a guardar en una caja fuerte que ni siquiera su mujer, la condesa de Dalmau, conocía. No es una situación fuera de lo normal.

—¿Qué quieres decir con esa explicación? —preguntó Carmen, que parecía muy intrigada.

—¿No lo entendéis? Lo que pretendo que comprendáis es que la pista del sobre es plausible. En realidad, no tengo ninguna prueba que demuestre que sea falsa. De hecho, creo que, por su simplicidad, debe ser auténtica.

Se formó un pequeño revuelo en la mesa. La cara de todos ellos era de completa perplejidad. De repente, Charly rompió a reír.

—Te estás burlando de nosotros, ¿verdad? —dijo—. ¡Eres una canalla!

Ahora todos acompañaron a Charly con las risas. Fede tiró un trozo de pan a la cara de Carlota.

—¡Nos lo habíamos creído todos, idiota! Nos tenías en vilo.

Carlota también se estaba riendo, pero al mismo tiempo observaba a cada uno de los miembros del *Speaker's Club*. Eso era lo que pretendía en este preciso momento, con su pequeño teatro. Le costó muy poco tiempo darse cuenta de la persona que desentonaba entre todo el grupo. Rebeca era la única que no participaba del jolgorio general, estaba muy seria.

«¡Qué curioso!», pensó Carlota. «Desde el principio ha mantenido una actitud muy extraña con este tema».

4 DE NOVIEMBRE DE 1521

—¿Otra vez? ¿No nos van a dejar en paz en la vida? —dijo Luis, destrozado, mientras se cubría la cara con sus manos.

—Tu padre fue apresado por la inquisición hace poco más de un año. Sabes que es segunda vez que ocurre, pero me temo que esta sea la definitiva.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó angustiado Luis.

—Tengo mis contactos, ya lo conoces. El notario de secuestros ha procedido a inventariar todos sus bienes, que ya están a disposición del receptor del Santo Oficio.

—¿Qué bienes han descubierto? —preguntó Luis.

—Júzgalo por ti mismo. Aquí tengo el inventario —contestó Johan, mientras le entregaba a su amigo el listado de bienes.

—Casa familiar en la Calle Taberna del Gall, valorada en 220 libras. Bienes muebles valorados en 327 libras. Títulos de deuda valorados en 1.026 libras. Dote de Blanquina March valorada en 10.000 sueldos y 380 arrobas de lana y seda almacenada —leyó en voz alta Luis.

—¿Está completo? —preguntó Johan.

—Sí, parece que lo han descubierto todo. No han podido esconder ni la dote de mi madre Blanquina, a pesar de que ella jamás fue declarada hereje por el Santo Oficio. No tienen ningún derecho a quedarse con ella. Incluso algunos títulos de deuda también le pertenecían.

—Eso es muy mala señal, ya sabes cómo funciona la Inquisición.

—En materia económica lo desconozco. ¿Por qué dices que es una muy mala señal? —preguntó intrigado Luis.

Johan se quedó mirando a su amigo.

—Veo que no sabes cómo funciona.

—Es la segunda vez que arrestan a mi padre y la anterior salió indemne, después de descubrir la sinagoga clandestina en casa de mi tío Miguel. ¿Qué hay de diferente en esta ocasión?

Johan no tenía ningunas ganas, pero debía explicarle el funcionamiento interno y económico de la inquisición, para que su amigo Luis fuera consciente de la gravedad del problema.

—Cuando la Inquisición apresa a alguien acusado de herejía con pruebas sólidas, de inmediato secuestran sus bienes. Esto es lo que ha ocurrido con tu padre. Lo primero que hacen es un exhaustivo inventario de bienes, que realiza el llamado notario de secuestros, y estas propiedades se anotan en un libro conocido como *Libro de manifestaciones*. En teoría se debería tratar de un sistema preventivo, para que el acusado no pueda distraer ni ocultar su patrimonio al Santo Oficio cuando existen sólidas pruebas en su contra.

—¿Por qué dices en teoría?

—Porque en la práctica no ocurre así. Desde el primer momento que se produce el secuestro de bienes y propiedades, estas pasan a ser controladas por el receptor del Santo Oficio.

—¿Y eso es malo?

—Y tanto. El receptor es una de las figuras clave de la Inquisición. Es el responsable económico, es el delegado de hacienda del rey de España en cada tribunal local. En concreto, Amador de Aliaga, que es el receptor de bienes en Valencia, atesora un inmenso poder, incluso diría que superior a los propios inquisidores.

—¿Y qué?

—Pues que el receptor dispone de los bienes secuestrados desde el primer momento. No espera a la condena del arrestado.

—¿Y eso lo puede hacer? ¿No habría que esperar a la sentencia definitiva del Tribunal?

—En teoría se debería distinguir entre los bienes secuestrados, que lo son preventivamente, de los bienes confiscados, que lo son después de una sentencia condenatoria, pero en la práctica no ocurre así. El receptor del Santo Oficio tiene plenos poderes para poder disponer de ellos, incluso antes de la sentencia.

—¿Y con qué finalidad hace eso?

—El pretexto principal es que el propio arrestado debe hacerse cargo de su manutención en prisión. Los presos se pagan su propia comida, de acuerdo con su capacidad económica. Cada preso come un menú diferente, pero, en realidad, se trata de un simple pretexto, al igual que el pago de las costas procesales, que son abusivamente elevadas. Por supuesto, si son condenados, también pagan su sambenito, en su caso, o incluso los gastos que acarrea su muerte en la hoguera. Para que te hagas una idea de lo macabro del asunto, los condenados se pagan hasta la madera que emplean en quemarlos.

—¿Y qué ocurre si después de todo ello absuelven al acusado? —continuó preguntando Luis—. Ya se han quedado con sus bienes.

Johan se le quedó mirando con el gesto muy serio.

—Sigues sin entender la gravedad del asunto, ¿verdad? Es la segunda vez que tu padre es arrestado por el Santo Oficio. Me preguntabas hace un momento qué hay de diferente en esta ocasión que la convierte en muy grave. Pues ya tienes la respuesta, el secuestro de sus bienes. Eso no se produjo en la anterior situación, ¿verdad?

—Que yo sepa no. Tan solo lo llevaron preso para declarar, pero lo liberaron muy rápido, después de que le tomara declaración el propio inquisidor don Juan de Monasterio.

—Desconoces muchas cosas Luis, incluso quién era en realidad don Juan de Monasterio.

—¿Por qué me dices eso? Era uno de los dos inquisidores del tribunal de la ciudad en aquel momento.

—No nos perdamos en detalles que no nos llevan a ningún sitio y vayamos a lo fundamental. ¿Sabes a cuántos arrestados absuelve el tribunal del Santo Oficio de Valencia después de producirse el secuestro de sus bienes?

Luis se quedó en silencio mirando a su amigo y esperando la respuesta.

—No absuelven a nadie. De miles de apresados, apenas una decena se ha librado de la condena en más de treinta años de funcionamiento del tribunal. Una parte significativa de ellos mueren quemados —se contestó a sí mismo Johan—. ¿Comprendes la diferencia?

Ahora era Luis el que se quedó con el gesto grave en su rostro.

—En este preciso momento entiendo lo que me querías decir desde el principio de la conversación —contestó, al fin, apesadumbrado—. El secuestro de sus bienes lo cambia todo.

—Me alegro y espero que comprendas la extrema gravedad del asunto.

Luis seguía consternado, le costaba continuar la conversación.

—¿Qué están haciendo mis hermanas?

Luis Vives había tenido un hermano, Jaime, fallecido a la edad de veintiún años. También tenía tres hermanas, Beatriz, nacida en 1499, Leonor, nacida en 1503, y la más joven, Isabel-Ana, nacida en 1507.

—Escucha, están haciendo casi lo imposible, pero tu familia necesita tu ayuda con urgencia. No tienen la influencia que tienes tú. La situación es absolutamente desesperada, ellas no pueden hacer nada por salvar la vida de tu padre. Se están centrando en el aspecto económico. Tus hermanas Beatriz y Leonor, junto con su marido, Miguel Dixter, están haciendo verdaderos esfuerzos para reunir todo el dinero que puedan. Su plan es intentar mantener la propiedad, al menos, de la vivienda familiar y de los muebles, para poder tener un techo dónde poder vivir. Quiero que comprendas toda la crudeza de la situación.

—No te creas que no lo hago. Hablas de Beatriz y Leonor, pero ¿qué pasa con mi otra hermana, Isabel-Ana? Apenas es una niña.

Johan no contestó de inmediato. Puso una cara muy seria.

—¿Qué ha sido de ella? —preguntó Luis, que parecía muy angustiado.

«Todo está muy oscuro y la noche me envuelve», pensó.

EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE

—¡Bien que nos has engañado, mala amiga! —dijo Almu—. Créeme, habías conseguido preocuparme de verdad.

—Con ese vestido no sé cómo te hemos podido tomar en serio —dijo Fede, mientras señalaba el estrafalario modelo de corazones de Carlota.

Ya les habían servido los platos principales, así que empezaron a comer. Charly también se dio cuenta de que Rebeca estaba muy seria.

—¿Qué te pasa que estás tan callada? ¿No hay paz en el mundo? ¡Pues hagamos el amor! —se rio Charly, dirigiéndose a la *hippie* de Rebeca.

—Simplemente estoy pensativa.

—¿Y qué piensas exactamente, si se puede saber?

—Pienso en Carlota.

—¿En Carlota? ¡No me digas que te gusta! Pues hoy, tal y como va vestida, tiene mucho mérito.

Rebeca ignoró el comentario de Charly y se giró hacia su amiga. Seguía con la expresión muy reflexiva.

—Escucha Carlota, te conozco casi como si fueras mi propia hermana, y creo que sé cuándo hablas en serio y cuándo no. Creo que tenemos, de alguna manera, nuestras mentes conectadas.

Se hizo el silencio en la mesa. Todos se quedaron observando a Rebeca, esperando a que continuara. Así lo hizo.

—Esto no ha sido una broma, ¿verdad? —dijo, mirando a los ojos de su amiga.

Ahora toda la atención se dirigió hacia Carlota, que se quedó unos segundos callada, luciendo una sonrisa de lo más enigmática.

—¡Carlota, por Dios, haz el favor de contestar! —dijo Almu, que estaba visiblemente impaciente.

Carlota se tomó su tiempo para responder.

—Está claro que me conoces demasiado bien, es verdad que nos parecemos demasiado. Es evidente que no te puedo ocultar ciertas cosas.

—Entonces ¿no te estabas burlando de nosotros? —preguntó asombrado Charly.

—Esta vez no. Rebeca tiene razón. El tema de la pista falsa no ha sido una broma. Iba en serio.

—No entiendo nada. ¿Entonces, al final, resulta que el sobre es falso? —preguntó Almu, que ya no sabía qué pensar.

Rebeca se anticipó y respondió a la pregunta.

—El sobre es auténtico. Ahora Carlota nos va a contar una historia muy interesante, que no tiene nada que ver con ese sobre, ¿no es cierto? —dijo, mirando de nuevo a su amiga.

Carlota se quedó mirando fijamente a Rebeca.

—A veces me olvido de que eres casi tan inteligente como yo —contestó, con una sonrisa.

—Puedes omitir el «casi» —respondió Rebeca, que parecía divertida por primera vez en bastante rato—, y cambiarlo por un «más».

Carlota se quedó mirando a su amiga.

—Efectivamente, como parece que Rebeca ha deducido, la parte del mensaje falsa no es la que contenía el sobre, sino la inscripción de la gargantilla del señor conde.

Rebeca tenía la mente en plena ebullición. La primera deducción había sido sencilla. Conocía ese brillo tan característico en los ojos de Carlota y desde el principio sabía que no estaba bromeando con el tema de la pista falsa. Si no se refería al sobre, tan solo quedaba la otra parte de la ecuación, la gargantilla. Lo que no entendía era cómo podía ser falso el mensaje grabado en ella. Estaba tan sorprendida como el resto del grupo, aunque intentaba aparentar seguridad y tranquilidad, aunque lo conseguía a duras penas.

—¿Eso cómo puede ser? —preguntó Carmen—. Rebeca nos mostró la foto que consiguió ese detective privado. El mensaje estaba allí, todos lo vimos y lo pudimos leer.

—Ese es el problema, que todos vimos el mensaje y lo pudimos leer.

—¿Cómo puede ser un problema que viéramos el mensaje y lo leyéramos? —preguntó Carmen, cada vez más intrigada—. ¿Nos tomas el pelo?

—El problema es que todos vimos y leímos el mensaje, pero, en realidad, nadie vio la gargantilla.

Carmen no entendía nada. Interrumpió la explicación de Carlota.

—¿Cómo que no? El detective privado, amigo de la tía de Rebeca, consiguió la fotografía, que había tomado el propio joyero del conde. Además, Tania Rives también la vio encima de la mesa del despacho, cuando entró furtivamente en su palacio, la misma noche de la muerte de la condesa de Dalmau —contestó Carmen algo indignada—. Tu afirmación no es verdadera, esa gargantilla, al menos, la vieron dos personas. Eso es un hecho que no puedes negar.

Carlota no contestó inmediatamente, se quedó callada, sonriendo con ese estilo que tanto le gustaba, y que tanto intrigaba y exasperaba a Rebeca. No lo soportaba.

—¿Os había contado que este verano había estado muy entretenida?

—¡Carlota, por favor! —exclamó Charly.

4 DE NOVIEMBRE DE 1521

Luis Vives estaba horrorizado por lo que estaba escuchando en boca de su amigo Johan Corbera. ¿Qué había sido de su hermana pequeña Isabel-Ana?

—¿No me digas que también ha sido apresada por el Santo Oficio? ¡Si apenas tiene catorce años! —dijo espantado.

—No, está en libertad, pero no sé por cuánto tiempo. Se dispone a contraer nupcias con Luis Amorós de Vera, que es un destacado miembro de la comunidad judía. Me temo que ha salido a tu madre Blanquina, incluso su parecido físico es asombroso. Tenías que verla ahora.

Luis sintió una punzada en su corazón. Johan continuó con su explicación.

—Sigue sus mismos pasos judaizantes que tu madre. Sé que la Inquisición los vigila. A pesar de mis reiteradas advertencias, es muy testaruda y no hay manera de convencerla. Ya conocías a Blanquina, pues ella es igual, tanto en lo físico como en lo espiritual. Me temo que los dos acaben en manos del Santo Oficio —contestó Johan.

—¡Esto no va a terminar nunca! —dijo Luis, completamente abatido.

—Como te estaba comentando, las esperanzas de que tu padre no acabe en la hoguera son escasas. Tus hermanas Beatriz y Leonor están reuniendo todo el dinero que pueden para convertirse en *capllevedors* de la vivienda y de los bienes muebles, pero necesitan mucho capital para la fianza. Ahora mismo no lo tienen.

—¿Convertirse en *capllevedors*? ¿Qué significa eso?

—Me olvidaba que desconocías el funcionamiento económico de la Inquisición. El Santo Oficio tiene dos formas de convertir en almoneda los bienes de los que se incauta. El primero es la subasta pública, pero es más habitual que el receptor de la Inquisición se ponga en contacto con amigos y familiares del preso, ofreciéndoles retener los bienes a cambio de una fianza. Para el receptor es más cómodo, ya que es un sistema ágil y consigue dinero de una manera más rápida. Estos familiares o amigos reciben el nombre de *capllevedors*.

—¿Y por eso se ha quedado al margen mi hermana pequeña?

—Exacto. Les he aconsejado a tus hermanas Beatriz y Leonor que la dejen de lado. No es recomendable que figure como propietaria de las antiguas posesiones familiares, porque podrían caer en manos del Santo Oficio de nuevo, si Isabel-Ana es apresada junto a su futuro marido, como todo parece indicar que podría suceder.

—Estás muy bien informado, siempre me sorprendes.

—No olvides que, además de maestro cantero, pertenezco a la Iglesia católica y tengo acceso a mucha información.

Luis estaba abatido.

—En resumen, la inquisición nos va a quemar a todos y tú quieres que regrese a España para que me quemen también —dijo.

—Tu padre está preso y todos los bienes familiares están secuestrados. Si consiguen el dinero de la fianza y al final tu familia consigue retener la vivienda, se quedarán sin recursos ni siquiera para comer. Y si no consiguen el dinero necesario, se quedarán en la calle sin hogar. La situación es desesperada, pase lo que pase. ¿No lo entiendes? Hazte cargo del drama.

Luis estaba a punto de estallar en lágrimas.

—¿Qué puedo hacer yo? Casi no tengo recursos ni para mantenerme a mí mismo, cómo bien sabes y me has recordado hace un rato.

—No olvides quién eres, el gran Luis Vives, una persona muy influyente en toda Europa. Puedes volver a España y aceptar una de las ofertas de trabajo que seguro te llegarán, sea la del duque de Alba o una cátedra en alguna universidad. Te protegerán de la saña del Santo Oficio, piensa que no tienen nada contra ti, jamás has cometido un acto herético.

—No puedo hacer eso. Mi padre me sacó de España hace trece años para protegerme de la Inquisición, en cuanto fue apresado mi maestro principal Antoni Tristany. ¿Tengo que recordarte que mi tutor fue quemado, y que, con toda probabilidad, yo iba a ser el siguiente?

—Escucha Luis, si tú no los ayudas, acabarán muertos o arruinados. Tu familia se ha preocupado siempre por ti, te han dado una magnífica educación, jamás te ha faltado nada en la vida. ¿No crees que ha llegado el momento de devolverles algo de todo lo que ellos te han dado de forma tan generosa y tú has recibido? Piensa que eres quién eres gracias a ellos.

Ahora Luis no pudo aguantar más, y las lágrimas se escaparon de sus ojos.

—¿El árbol está a salvo? —preguntó al fin.

—De momento parece que sí. No sospechan nada.

—Al menos una buena noticia —dijo Luis, intentando simular un falso alivio.

No sabían lo equivocados que estaban. Por un tiempo lo iba a estar, pero ni siquiera esa era una buena noticia.

EN LA ACTUALIDAD, MARTES 4 DE SEPTIEMBRE

—Como no nos lo cuentes ya, soy capaz de abalanzarme sobre ti y arrancarte a bocados cada uno de los corazones de tu vestido —dijo Charly, mirando el modelo de Ágatha Ruiz de la Prada.

—Es una oferta tentadora —contestó Carlota, con una sonrisa picarona.

—En serio, no nos tengas en ascuas —dijo Carmen.

—Anda, cuéntenos la historia —insistió Almu.

—Allá voy. En realidad, la primera señal de alarma con respecto a la gargantilla me la dio la propia Tania Rives.

Rebeca se sorprendió de forma visible.

—¿Has contactado con ella este verano? —preguntó, con manifiesta curiosidad.

—Lo intenté, pero no conseguí localizarla. Con la que sí que hablé fue con la inspectora Sofia Cabrelles, la policía que llevó el caso de su supuesta muerte, por si ella conociera su paradero, pero tampoco sabía nada. Eso sí, ha dejado de estar oficialmente desaparecida, pero tampoco se le ha dado publicidad a su resurrección. Parece que Tania ha optado por una vida discreta, alejada del foco mediático. Nadie sabe dónde reside en la actualidad.

—¿Entonces?

—Me refería a lo que Tania Rives dijo en el Patio de los Naranjos de la Lonja —Carlota hizo una pausa y se giró hacia Rebeca—. Tú estabas conmigo allí, aquel día. No sé si recordarás su reacción cuando tu tía Tote le acusó de robar la gargantilla la misma noche que entraron a escondidas en el palacio y se llevaron los dibujos. ¿No hubo nada en el comportamiento de Tania que te llamara la atención?

Rebeca se quedó pensativa.

—Es verdad, recuerdo que hubo una cosa que me pareció extraña. Mi tía la estaba acusando del robo y ella, mientras tanto, estaba sonriendo. También recuerdo que, en aquel momento, pensé que no sabía dónde le veía la gracia al asunto. Luego me parece que contestó que no tenía nada que ver con ese robo, y mi tía se enfadó por su actitud.

—Para mi desgracia, tengo una memoria que parece una grabadora. Cuando tu tía le pidió explicaciones, ella le contestó literalmente que «era normal» que no apareciera la gargantilla, mientras sonreía, como bien recuerdas. ¿Por qué era normal que no la encontraran? ¿Y qué es lo que le hacía tanta gracia a Tania? Al fin y al cabo, una policía la estaba acusando de un robo.

Rebeca recordó otro detalle.

—No te olvides que, el día que me visitó en el periódico disfrazada de condesa de Dalmau, también me dijo que había visto la gargantilla encima de la mesa del despacho del conde.

—Ya sabes que estaba interpretando un papel, y era muy buena con los detalles. Es una *actriz del método*, se convertía en sus personajes y adornaba con todos los detalles posibles su

interpretación, para dotarse de mayor credibilidad.

—Pero lo dijo, eso es un hecho, por mucha *actriz del método* que sea.

—Por otra parte, ¿no os extraña que fuera la única que, en realidad, viera esa supuesta joya?

—Ahí te equivocas, no fue la única. También la vio el joyero del conde, que se ocupaba de sus reparaciones y mantenimiento —contestó de inmediato Rebeca.

Carlota hizo una pequeña pausa, aprovechando para beber un poco de cerveza. Tenía los labios resecos de tanto hablar.

—¿Sabéis que me he echado novio? —dijo, así, de sopetón, reanudando la conversación de forma sorprendente.

—¡No me digas! —exclamó sorprendida Rebeca—. No me habías contado nada.

—Lo estoy haciendo ahora.

—Pues me alegro por ti, pero ¿qué tiene que ver que te hayas echado novio con la gargantilla? —preguntó Rebeca, un tanto extrañada—. No consigo entenderte.

—Bueno, en realidad, no es un novio formal ni mucho menos. Podríamos decir que es algo así como un rollito de verano, estilo restaurante chino, pero cambiando la estación del año, ¿lo entendéis?

—¡Carlota! —exclamó Rebeca—. Te estás yendo por las ramas y no estás contestando a las preguntas importantes.

—No te impacientes, que todo lo que os estoy contando tiene un sentido. ¿Sabéis cómo se llama?

—¿Tu rollito? ¿Cómo quieres que lo sepamos? —preguntó Fede, algo irritado—. No somos adivinos.

—Su nombre es Álvaro Enguix.

—¿Enguix? ¿De qué me suena ese apellido? —preguntó Rebeca de inmediato.

—Quizá te suene de la Joyería Enguix, que fue donde el conde llevó su famosa gargantilla a reparar —contestó Carlota.

—¿Y ese Álvaro tiene algo que ver con la joyería? —preguntó Xavier.

—Claro, es su actual gerente. La fundó su padre, Sergio Enguix.

—¿Y te has liado con el gerente de la joyería para sonsacarle información? —preguntó incrédulo Charly—. Eso es casi *nivel maestro*, me descubro ante tu audacia.

—¡No idiota! —contestó indignada—. Una cosa vino después de la otra.

—Anda Carlota, ¿te importaría contarnos la historia desde el principio? Creo que todos vamos un poco perdidos —dijo Carmen, como siempre la voz de la sensatez.

—Claro, perdonar, pero me disperso. Como ya os he contado, este verano me había quedado sin vacaciones, así que se me ocurrió visitar la Joyería Enguix, para preguntar por la gargantilla del señor conde. Me presenté un sábado por la mañana, y para mi total sorpresa, estaba cerrada. En la puerta había un cartel con su horario de apertura, de lunes a viernes únicamente.

—¿Para tu total sorpresa? ¿Por qué? —preguntó Xavier.

—Porque recordaréis que el detective privado amigo de Tote, que se llamaba Richie, contó que visitó la joyería un sábado. Pues bien, es imposible que lo hiciera, ya que durante todo el fin de semana permanece cerrada.

—Igual durante el mes de agosto tenía horario de verano. Piensa que Richie la visitó en mayo —dijo Rebeca.

—Esa era mi duda también, así que volví el lunes siguiente. Es una joyería pequeña, familiar, que lleva abierta casi cuarenta años. Detrás del mostrador hay una sola persona. Le pregunté, y me dijo que ese horario lo establecieron hacía tres años. Richie no la pudo visitar un sábado, es imposible, porque no la abren.

—¿Qué raro! —dijo Rebeca, extrañada.

—Pero aún hay más, aquí no acaban aquí las inconsistencias en la historia que contó el detective. Le pregunté expresamente al joyero por la gargantilla, y no tenía ni la más remota idea de lo que le estaba hablando. No conocía ni la gargantilla, ni conocía a nadie llamado Richie, ni, en consecuencia, le enseñó ninguna fotografía ni a ese detective ni a cualquier otro.

La sorpresa era general.

—¿No llevan ningún registro de entradas? —preguntó al fin Carmen.

—También le pregunte por ello. Consultó en los archivos. Ninguna joya de esas características aparecía en sus fichas en los últimos veinticinco años.

Se hizo el silencio en la mesa. Rebeca reaccionó.

—Creo recordar que Richie contó que había hablado con un tal Sergio Enguix, que, por lo que acabas de contar, es el fundador de la joyería, el padre de Álvaro. ¿Es posible que Richie fuera atendido por Sergio, y que este no le contara nada a su hijo?

—Lo siento Rebeca, pero eso tampoco es posible.

—¿Por qué?

—Porque Sergio Enguix se jubiló hace tres años y desde entonces no pisa la joyería. Desde entonces, el único que la atiende es Álvaro.

Ahora sí, los miembros del *Speaker's Club* se quedaron mudos. La cara de asombro era general. No sabían qué decir. Carlota rompió el silencio.

—Ahora se entiende perfectamente por qué los hijos de los condes no sabían nada de esa joya, ni estaba asegurada, ni aparecía relacionada en ningún listado de bienes, ni siquiera se encontró el menor rastro de ella en el palacio.

—¿Qué es lo que se entiende? —pregunto alucinada Almu.

Carlota se tomó su tiempo para contestar, mirando a todos sus amigos.

—En realidad, la gargantilla no está desaparecida.

—¡Ah! ¿no? ¿Y quién la tiene? —siguió preguntando Almu.

—No la tiene nadie.

—¿No la tiene nadie y no está desaparecida? —interrumpió Almu, con la boca abierta—. Perdona Carlota, pero eso parece una contradicción en sus términos.

Carlota sonrió. La mente de Almu no funcionaba a la misma frecuencia que la suya.

—Decía que no la tiene nadie, porque sencillamente jamás ha existido —dijo, al fin.

Ahora todos estaban desconcertados. Nadie se atrevía a rebatir a Carlota. Estaban tomando conciencia de sus deducciones.

—¡Es increíble! —reaccionó por fin Carmen.

—Desgraciadamente no lo es. ¿Comprendéis las tremendas implicaciones del descubrimiento?

—Y tanto —dijo Rebeca, que parecía la más consternada de todo el grupo.

—Sería interesante poder hablar en persona con Álvaro Enguix. ¿Qué opinas, Carlota? —preguntó Fede—. Creo que el tema es muy serio.

—Por mí no hay problema. Hasta el viernes no puedo quedar, pero, si lo consideráis, podríamos convocar una reunión del *Speaker's Club* y lo invito a unirse. Es una persona muy interesante, os aseguro que puede aportar mucho al grupo. ¿Os parece bien?

Todos asintieron con la cabeza. Aún estaban aturridos por lo que acababan de escuchar.

Rebeca estaba completamente desconcertada. «Esto pone patas para arriba todo», pensó alarmada. «Tengo que hablar con mi tía cuanto antes». Aún creía que podía haber una explicación que justificara todo aquello, aunque ahora mismo no era capaz de verla.

Lo peor es que Carlota podría tener razón.

5 DE NOVIEMBRE DE 1521

—Ha llegado el momento de la despedida —dijo Johan Corbera.

—¿Tienes que marcharte ya? —preguntó Luis Vives

—Desgraciadamente sí. Sabes que pedí un permiso de unos días, y aún me queda un largo viaje hasta nuestro reino.

Luis estaba triste. Su última conversación había sido deprimente en extremo. Se quedó en silencio.

—¿Has reflexionado acerca de lo que hablamos ayer? —preguntó Johan.

—Claro, ¿quién no podría hacerlo con semejantes noticias?

—¿Has decidido algo?

—He resuelto esperar. Aunque tengo terror al Santo Oficio, y más con las noticias que me has contado, no me cierro ninguna puerta. Estoy abierto a escuchar ofertas.

—Preferiría que retornaras conmigo a Valencia.

—He pensado mucho acerca de la situación de mi familia. En estos momentos, sin trabajo y sin dinero, para ellos sería un motivo más de preocupación y ahora mismo ya tienen bastantes. No hay necesidad de añadir uno nuevo.

—Tu jamás serías una carga para tu familia. Ya saben que tus finanzas están maltrechas y no esperan ese tipo de ayuda. Te has convertido en una persona muy influyente en toda Europa. Tienes acceso hasta al rey de España, incluso al propio papa de Roma.

—Pero puedo intentar utilizar esas influencias desde aquí, no hace falta que vuelva a España para hacer eso. Además, esa ascendencia sobre esos personajes que me acabas de nombrar no es tan grande como tú te crees. Sé que me escucharán, pero para desgracia de mi familia, dudo que tengan en cuenta ninguno de mis ruegos.

Se hizo un incómodo silencio entre ambos.

—En realidad no tienes ninguna intención de volver a España jamás, ¿no? —preguntó Johan.

—No me malinterpretes. Si alguna oferta de las que me hablaste, sobre todo la del duque de Alba, se llegara a concretar, te prometo que la consideraré. Ya te he dicho que no me cierro ninguna puerta y sabes que echo de menos mi tierra, a pesar de la Inquisición.

—Sabes que no podrás permanecer mucho tiempo más en Flandes si no encuentras otro mecenas, y eso no es nada fácil en los tiempos que corren.

—Tienes razón, pero también tengo otra posible oferta.

—¿De quién? No me habías contado nada.

—Porque no se ha materializado todavía. El cardenal Thomas Wosley me dijo, durante mi estancia en Brujas hace apenas un mes, que quizá requiriera de mis servicios en Inglaterra. Ya sabes que es una persona de grandísima influencia en la isla, es lord canciller del reino y arzobispo de York. A pesar de que se trata de la segunda prelatura en orden de importancia eclesiástica tras el arzobispado de Canterbury, en la práctica tiene más autoridad que él. Me atrevería a decir que, después del rey Enrique VIII, es la persona más poderosa de Inglaterra ahora mismo. Convendrás conmigo en que no es un mal aliado.

Johan Corbera parecía espantado por lo que acababa de conocer.

—Escucha Luis, ¿sabes la fama que tiene Wosley? Es un personaje siniestro, ebrio de gloria y ambición. Es hijo de un carnicero de Ipswich y ha ido medrando en la sociedad a base de malas artes. Su carácter no tiene nada que ver con el tuyo, es ávido de mando y dinero. Dudo mucho que vuestra relación llegara a funcionar.

—Eso es lo que dicen las malas lenguas, sin embargo, a mí me causó una magnífica impresión cuando lo conocí en Brujas. No es un iletrado como parece insinuar, no en vano ha sido profesor de gramática en la Universidad de Oxford, por ejemplo.

—No digo que sea un idiota, es evidente que no lo es para llegar dónde ha llegado.

—Entonces estamos de acuerdo en algo, al menos.

—¿Sabes que se comenta que es aspirante a la tiara pontificia? Si es nombrado papa se trasladaría a Roma y te dejaría solo de nuevo, pero esta vez todavía más lejos, en Inglaterra.

—No han llegado a mis oídos esos rumores —contestó Luis, extrañado.

—Hazme caso, ya sabes que soy eclesiástico y me entero de muchas cosas. Se trata de un aspirante entre otros, pero debería preocuparte tan solo esa posibilidad.

—¿Y qué te impide creer que si el cardenal Wosley se trasladara a Roma como papa no me llevaría con él?

—Eso es lo que más me preocupa de tu actitud, tu desapego por España. No debes olvidar que eres primera puerta, el número uno, el *Keter*, la raíz del Gran Consejo. No puedes permanecer eternamente huyendo de tu responsabilidad.

Luis Vives se quedó mirando a su amigo, con una extraña expresión en el rostro. Se tomó su tiempo para continuar la conversación.

—Escucha Johan, tú eres un gran amigo mío y me has prestado grandes servicios. Además, eres la undécima puerta, pero, como bien sabes, no perteneces al Gran Consejo. No puedo contarte ciertas cuestiones.

—No hace falta que me lo recuerdes, ya lo sé.

—Hay dos cosas muy preocupantes que no conoces y que condicionan muchas de mis decisiones —dijo Luis, con un tono de voz muy grave.

—¿Qué quieres decir con eso?

—La primera, ¿sabes que estoy siendo vigilado?

—¿Te vigilan? —repitió la pregunta Johan, completamente espantado.

EN LA ACTUALIDAD, MIÉRCOLES 5 DE SEPTIEMBRE

Rebeca había llegado muy tarde a casa, ya pasaba de la una de la madrugada. La velada se había prolongado más de lo previsto. Era demasiado tarde para despertar a su tía, así que le dejó una nota pegada con un imán en la nevera.

«No te vayas sin hablar conmigo, es importante».

Se puso la alarma del despertador a las siete menos cuarto de la mañana. «Otro día de dormir poco», pensó, porque a ver quién conciliaba el sueño con todo lo que había ocurrido. No podía evitar darle vueltas al descubrimiento de Carlota.

A pesar de dormirse tarde, se despertó en cuanto sonó el despertador por primera vez. Salió en pijama a la cocina, no quería que su tía Tote se fuera al trabajo antes de hablar con ella. Allí estaba, sentada en la mesa, esperándola.

—Buenos días Rebeca. He visto tu nota.

—Buenos días tía. Anoche llegué bastante tarde y no quise despertarte.

—¿Qué pasó ayer? —preguntó Tote, con un tono de evidente preocupación.

Rebeca no había hablado con su tía desde el lunes por la mañana.

—Ya sabes que tuvimos la primera reunión del *Speaker's Club* desde el mes de junio. Vino Carol Antón.

—¡Ah! ¿sí? ¿Ha vuelto de París? ¿Qué tal está su padre? A su madre aún la veo de vez en cuando por Valencia, pero hace tiempo que no coincido con él.

Tote era muy amiga de los padres de Carolina, porque lo habían sido con anterioridad de los padres de Rebeca. Se conocieron hace más de quince años en un acto protocolario en la Embajada de Francia en Madrid, y frecuentaban círculos culturales con bastantes amigos en común, sobre todo artistas contemporáneos afincados en la provincia de Valencia como Paco Caparrós.

—Está bien, lo han ascendido. Supongo que sabrás que se separaron hace unos años.

—Sí, eso lo conocía. Como ya te he dicho, he coincido en alguna ocasión con su madre. Por lo que me contó, parece que se llevan bien.

—Sí, fue una separación amistosa, motivada sobre todo porque él ya no está en el consulado en Valencia, ahora trabaja en la embajada en Madrid. Es el agregado cultural a nivel nacional, pero mantienen una magnífica relación, incluso con su hija.

—Por eso no lo veía. Me alegro por él. Pero anda, dime qué te preocupa, que no creo que tenga que ver con Carol ni sus padres. Para haberte levantado antes de las siete de la mañana, tiene que ser algo importante. Siempre te haces la remolona.

—Como te estaba diciendo, ayer tuvimos reunión del club. Nos contamos las vacaciones, como es habitual la primera vez que nos vemos después del verano y luego nos fuimos de cena. Carlota nos dijo que, por el estado de su madre, no había salido de la ciudad.

Rebeca le relató a su tía las actividades de su amiga, cómo había visitado la joyería y cómo había descubierto las supuestas inconsistencias en la historia del detective Richie Puig.

Tote se quedó atónita con toda la que acababa de escuchar. Al final pareció reaccionar.

—Escucha, conozco a Richie Puig más de veinte años, la mitad de ellos hemos sido compañeros en el Cuerpo Nacional de Policía. Confío plenamente en él, jamás me ha fallado, ni siquiera ahora que trabaja en la empresa privada. Te aseguro que le he hecho muchos encargos, y todos a plena satisfacción.

—Pues no lo conocen en la joyería, ni a él ni a la gargantilla. Parece que, esta vez, nos mintió.

Tote movía la cabeza de lado a lado, negándose a creerlo.

—No puede ser —dijo con voz muy firme—. De pocas cosas estoy segura en esta vida, pero una de ellas es de la honradez de Richie. En cuanto llegue a la comisaría le llamaré por teléfono. Debe haber una explicación para todo esto.

—Pues ya me contarás cuál puede ser, porque a mí no se me ocurre ninguna —contestó una abatida Rebeca.

—No te vengas abajo. Confía en mí.

—Tía, ¿tú sabes las implicaciones de todo este tema? De ser ciertas las averiguaciones de Carlota, eso significa que no controlamos la situación como creíamos. Ya conoces que yo creé el mensaje del sobre de la condesa, pero pensaba que la gargantilla era real. Si también es falsa, significa que hay alguien más, aparte de nosotras, interfiriendo en este asunto. Eso es muy grave, porque hasta ahora no teníamos ni idea de su existencia. Demostraría que han sido más listos que nosotras y, sobre todo, que nos llevan ventaja.

Tote se quedó pensativa. Confiaba en Richie Puig, pero las evidencias presentadas por Carlota parecían muy consistentes.

—De verdad Rebeca, quítate este asunto de la cabeza hasta que pueda hablar con Richie. A lo largo de la mañana te mandaré un mensaje al móvil. Ahora me tengo que ir a la comisaría, que, aunque sea la jefa, no debo llegar tarde. Aunque no lo creas, me miran mal si lo hago.

Se despidieron. Rebeca se terminó de arreglar y salió hacia *La Crónica*. Con todo el jaleo, no le había contado ni a su tía ni a nadie que la habían nominado para un Premio Ondas. De hecho, ni ella misma se acordaba. Lo había enterrado en su mente. La sensación de que alguien movía los hilos de la escena y que la marioneta era ella, volvía a estar presente. Era muy desagradable, pero estaba allí y sería una inconsciente si la ignoraba.

No pudo evitar acordarse de Abraham Lunel y de su frase favorita, «nada es lo que parece». Parece que le iba a perseguir toda la vida.

21 DE NOVIEMBRE DE 1521

—¿Qué dices! —exclamó sorprendido y asustado Johan—. ¿Estás seguro de que te vigilan?

—No tengo ninguna duda.

—¿Por parte de quién? ¿Quién tiene interés en tu persona?

—No lo sé. Hace apenas dos meses recibí una carta de mi gran amigo Francisco Cranevelt, y te aseguro que estaba claramente manipulada. No es la primera vez que me doy cuenta. Desde entonces observo con atención. Alguien espía toda mi correspondencia, sea cual sea su procedencia. La última, con una carta del propio Erasmo. Aparecía abierta e incluso su contenido estaba arrugado. Erasmo es especialmente pulcro en sus formas.

—¿Puede tener algo que ver con el Gran Consejo? —preguntó Johan, mientras pensaba en el posible alcance de la revelación que le acababa de confiar su amigo.

—Lo desconozco, pero nada es descartable.

—Desde luego es un tema grave.

—Te he dicho que había dos cosas que desconocías. Si te parece grave esta primera, aún lo es bastante más la segunda.

—¿Y cuál es? Me estás asustando de verdad.

—Aún no ha llegado el momento de que la conozcas.

—¿Y cuándo llegará ese momento? —preguntó intrigado Johan—. ¿Para qué me lo dices?

—Si decido volver a España no precisarás saberla, pero si, en algún momento resuelvo no hacerlo, me temo que nos tendremos que volver a ver.

—Además de asustado, me estás preocupando, Luis.

—Hay cuestiones que no puedo confiar a la correspondencia, ni recurriendo al cifrado cabalístico, ni siquiera con la técnica de la *temurá*.

—Eso parece claro. Después de lo que me acabas de contar, me temo que no podemos confiar en el correo para ciertos asuntos. Permíteme que insista, ¿cuándo llegará el momento de conocer esa segunda cuestión? Me has dejado muy intranquilo.

—Espero que nunca, no olvides que eres la undécima puerta y, en teoría, por tu propia seguridad y la de todos los demás, no deberías conocer ciertas cuestiones relativas al Gran Consejo. Así se estableció en el siglo XIV, y te aseguro que tenían sus motivos. Debes permanecer al margen de ciertas cuestiones, por el bien de todos.

—Entonces, ¿por qué me lo estás contando? ¿No dices que debo permanecer al margen?

Luis se quedó mirando a su amigo, que parecía que estaba buscando las palabras apropiadas.

—Ayer me dijiste que el árbol estaba a salvo y eso es lo más importante, pero las cosas se pueden complicar. No te puedo dar más detalles, simplemente te pido que confíes en mí.

—Sabes que siempre lo he hecho y así continuaré haciéndolo —contestó Johan—, pero compréndelo, no puedo evitar preocuparme. Tus palabras me han causado una gran desazón.

Se despidieron con grandísimo pesar. Al menos sabían que se volverían a ver, bien en España si Luis regresaba, o bien en otro lugar si decidía no hacerlo. Era todo un consuelo, porque se profesaban una sincera y profunda amistad, aunque a Johan le preocupaba lo que ocultaba su amigo. Por otra parte, tenía razón. Johan, como undécima puerta, no pertenecía al Gran Consejo. Había cuestiones relativas a él que desconocía por completo. No obstante, conocía muy bien a Luis Vives y tenía la intuición de que aquel tema que le ocultaba se trataba de algo muy grave.

Para su desgracia, no se equivocaba.

EN LA ACTUALIDAD, MIÉRCOLES 5 DE SEPTIEMBRE

Rebeca llegó al periódico, y se dirigió hacia su mesa. La recibió Tere, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué te pareció la fiesta de anteayer?

—Ya te cogeré por banda, canalla. Piqué el anzuelo como una idiota. Esta te la pienso devolver —contestó Rebeca, con una sonrisa.

—¿Qué impresión te causó Fabio?

Rebeca conoció a su nuevo compañero de trabajo en la fiesta sorpresa del lunes, cuando ya se había tomado varias copas de cava. Quizá fuera por eso, pero le pareció extremadamente educado y muy guapo. Tenía un aire a Charly, pero con el pelo largo y todavía más alto. Estuvo charlando un rato con él. Hablaba castellano sin ningún acento italiano, ya que, aunque sus padres eran de Nápoles, él había nacido en Madrid y se había educado en España. Además del grado de periodismo, también era doctor en Matemáticas, su verdadera pasión. Un auténtico prodigio con tan solo veinticinco años.

—Desde luego tienes buen gusto para los quesos.

—¿Buen gusto? ¡Eso se queda corto! ¿De qué hablaste con él?

—De que no tiene pareja —contestó, con toda la intención.

—¿Eso es verdad? —dijo Tere emocionada.

—Mujer, hablamos de más cosas y no sé cómo salió ese tema. Todos llevábamos alguna copa de más, pero es cierto que me lo dijo.

—¡Lagarta! —exclamó Tere, riéndose, imitando con la mano los gestos de una maldición gitana.

—Tranquila, que te dejo todo el queso para ti —contestó Rebeca, también riéndose—. En estos momentos estoy a régimen.

—Eso, eso, deja algo para las demás que no tenemos la suerte de ser un clon de Taylor Swift.

—Para este trabajo preferiría ser un clon de Eduard Punset. Por cierto, ¿dónde está ese queso parmesano de Fabio? No lo veo nunca en su mesa.

—Ya sabrás que está en la sección de política, y como es el nuevo, ya sabes, siempre le mandan a cubrir temas fuera de la redacción —contestó Tere, sonriendo.

De repente, vio acercarse hacia su mesa a Alba, en clara trayectoria de colisión.

«No, por favor», pensó.

—Rebeca, te llama el señor director a su despacho, es urgente —gritó, por encima de todas las mesas y sus correspondientes cabezas.

«Vuelta a la rutina por todo lo alto», se dijo Rebeca. «Espero que no se convierta otra vez en

una costumbre empezar la jornada laboral en el despacho del director».

Recorrió el pasillo y llamó a la puerta. Escucho una voz decir «adelante». Entró en el despacho de Bernat Fornell. Estaba sentado detrás de su mesa, sin ningún acompañante. «Menos mal, por un momento me he imaginado que estaría con otra condesa».

—Toma asiento, no te quedes ahí plantada.

Rebeca se sentó, y se quedó esperando que el director terminara lo que diablos estuviera haciendo. Tardó un par de minutos en comenzar la conversación.

—Primero que nada, quiero darte la enhorabuena de una manera más formal que en la fiesta del lunes. No sabes lo importante que es tu nominación para nuestro grupo de comunicación. Casi es *maná* caído del cielo.

—Gracias director. Ha sido algo completamente inesperado.

—Te he llamado porque nuestros compañeros de radio quieren seguir contando con tu colaboración. Como comprenderás, después del tremendo éxito no podemos dejar la sección de Historia sin una continuidad.

—Pero aquellas grabaciones fueron muy caseras, con un pequeño guion y mucho de improvisación, móvil en la mano y sin medios técnicos.

—Eso es precisamente lo que quieren. Lo de los medios técnicos da igual, les enamoró tu frescura frente al micrófono, y está claro que no solo a ellos, si no no te hubieran nominado al premio.

—Sí, pero ahora que sé su verdadero destino, me pondré más nerviosa y seguro que no me salen igual.

—Inténtalo. Yo estoy convencido de que te van a salir incluso mejor. De todas maneras, a partir de ahora, las grabarás en un estudio.

Rebeca se quedó pensando en las palabras del director. Permanecieron un momento en silencio. Fornell continuó la conversación de una manera un tanto inesperada, hasta le había cambiado el gesto de la cara, habitualmente adusto. Ahora parecía algo más amable.

—¿Nunca te has preguntado por qué te contraté, cuando te presentaste ante mí, con dieciocho añitos y ninguna experiencia?

—Creo que es amigo de Joana Ramos, que era profesora mía en la Facultad de Historia.

Fornell la estaba mirando con mucha atención. Aquel comportamiento no era normal en él, que habitualmente ignoraba a sus subordinados.

—Joana es muy amiga mía y concertó la entrevista, eso es cierto, pero no te contraté porque vinieras de parte de ella. ¿Sabes cuantas recomendaciones rechazo cada semana? Si tuviera que contratar a todas las que recibo, necesitaría ocho redacciones como esta.

Rebeca estaba intrigada. Había una parte del señor Fornell que no terminaba de comprender. En alguna ocasión le había dado la impresión que estaba interpretando un papel, que realmente su trabajo no era director de periódico. Desde luego era mucho más inteligente de lo que pretendía demostrar, eso estaba claro, lo que ignoraba era por qué se esforzaba tanto en ocultarlo.

—Te contraté por tus ojos.

Rebeca despertó de golpe de sus pensamientos, de hecho, casi se cae de la silla. Era consciente que tenía unos ojos azules muy llamativos, pero jamás se hubiera esperado esa respuesta por parte del director Fornell.

—¿Por mis ojos? —contestó sorprendida.

—No me malinterpretes, no me refiero a su aspecto físico, que, por cierto, ya te habrán dicho en infinidad de ocasiones que son preciosos. Me refiero a lo que observé a través de ellos, y a la vista está que no me equivoqué. Sabía que acabarías triunfando. Siempre he tenido una especial intuición para elegir, bueno, dejando de lado a mi exmujer. Supongo que es ella es la excepción que confirma la regla.

—No exagere señor director, no he triunfado en nada. Para empezar, casi nadie me conoce, ni siquiera en mi ciudad. Los *frikis* de la Historia siguen mis publicaciones con cierta regularidad, pero fuera de ese círculo tan pequeño y específico, soy una perfecta desconocida, una ciudadana completamente anónima.

El director sonrió como si supiera algo que ella ignoraba. Parecía que se estaba divirtiendo con la conversación.

—Por casualidad, ¿has visto nuestra portada de hoy? —le preguntó.

«¡Ay Dios!», se dijo Rebeca, «que no sea lo que estoy pensando».

Fornell le acercó un ejemplar del periódico. Efectivamente, allí estaba la foto de Rebeca, ocupando una cuarta parte de la portada, junto con un gran titular muy destacado.

—¡Por favor, qué vergüenza!

—¿Vergüenza? ¿No decías que no te conocían ni en tu ciudad y que eras una ciudadana anónima? Pues a partir de ahora ya no. Se puede decir que eres oficialmente famosa, por lo menos aquí.

Rebeca parecía espantada.

—¿Sabe una cosa, director? No le he contado lo del Premio Ondas a nadie, ni a mis amigos, ni siquiera a mi tía. Solo lo saben ustedes.

—Pues mira el lado positivo, ahora ya lo conoce todo el mundo, ya no hará falta que se lo digas. Lo leerán por ellos mismos.

—Muy gracioso —contestó Rebeca, que se temía la reacción de su tía cuando leyera el periódico.

De repente, le sonó el móvil. Por el tono, era un mensaje de Tote.

—Me parece que se acaba de enterar —dijo Rebeca.

—Anda, ya puedes marcharte. Esta semana te presentaré a los compañeros de la radio. Ahora te toca lidiar con tu tía, que te sea leve.

Rebeca salió del despacho del director, con una sensación extraña. «¿Quién se esconde detrás de la máscara de Bernat Fornell?», se preguntaba. Igual era imaginación suya y se trataba simplemente de una mente brillante en un puesto de trabajo mediocre. Se acordó del principio de *La navaja de Ockham*, las explicaciones más sencillas solían ser las más probables. «Pero en este caso, ¿cuál es la explicación más sencilla?», pensó intrigada.

Se quitó de la cabeza al director Fornell y abrió el mensaje de su tía, esperando encontrarse con una buena bronca. Lo que leyó la puso nerviosa: «Te espero cuanto antes en la comisaría. Muy importante, tema Richie».

Fuera lo que fuese que hubiera averiguado su tía, parecía urgente. Estaba de los nervios. Casi prefería la bronca.

21 DE NOVIEMBRE DE 1521

Johan Corbera regresó a Valencia sin novedad. El viaje desde Flandes era largo y pesado, pero no había sufrido ningún inconveniente. Descansó durante dos días y una vez recuperado, marchó a hablar con Beatriz, la hermana mayor de Luis Vives. Había quedado con ella que, a su vuelta, le informaría acerca del resultado de las gestiones que había realizado con su hermano.

—De momento no piensa volver —le dijo Johan Corbera.

—¡Eso es un desastre! —contestó una abatida Beatriz, que estaba cargando sobre sus hombros, junto con su hermana Leonor, todo el proceso inquisitorial contra su padre.

—No tanto. Se ha comprometido a hacer gestiones ante el propio rey Carlos I. Le va a enviar una misiva.

—Sí, pero desde la distancia de Flandes. No es lo mismo mandar una carta que visitarle en persona.

—Sigue muy asustado por el Santo Oficio. Creo que, en el fondo, piensa que si pisa territorio español, será apresado.

—Ahora es toda una personalidad de prestigio europeo. No creo que se atrevieran con él. Además, es un buen cristiano, escribe libros relacionados con los principios de la Iglesia católica y jamás ha cometido una herejía.

—Yo tampoco lo creo, pero lo importante es que él sí lo cree. De todas maneras, no se ha cerrado en banda a un posible regreso.

—¿De qué depende?

—Ahora mismo la posibilidad más prometedora es que el duque de Alba lo reclame como tutor de sus dos nietos. Se están haciendo gestiones y están bastante avanzadas. Probablemente el mes próximo se decida. El propio duque le remitirá una carta formal con la proposición.

—¿Y la aceptará?

—Creo que sí que lo hará, la oferta es muy generosa y le pondría lejos del alcance del Santo Oficio.

—Esperemos que se produzca muy rápido. No sé de cuánto tiempo disponemos.

—No te preocupes, te mantendré informada de los progresos.

Johan se quedó callado un momento, pensando cómo continuar la conversación.

—Te voy a hacer una pregunta, y quiero que me la contestes después de pensarlo bien.

—Adelante —dijo Beatriz, algo intrigada por el tono misterioso de Johan.

—¿Has notado que te vigilen de una manera especial? ¿Y a tu hermana Leonor?

Se quedó pensativa durante unos instantes.

—¿De una manera especial? Creo que no. Claro que el Santo Oficio sigue nuestros pasos, pero nada fuera de lo habitual. Mi hermana Leonor tampoco me ha comentado nada. ¿Por qué me haces esta pregunta tan extraña?

—Porque vuestro hermano Luis sí que está siendo espiado. Le revisan toda la correspondencia. Tener mucho cuidado con lo que le escribís.

—Se lo diré a mi hermana —contestó Beatriz, algo sorprendida.

Se despidieron. Ahora Johan sí que estaba preocupado de verdad. Si tan solo espiaban a Luis Vives y no al resto de su familia, podría tener algo que ver con el Gran Consejo. En realidad, era la única explicación lógica.

«¿Habrán descubierto su existencia?», pensó alarmado. Resultaba muy extraño que no hubiera ni rastro de ellos. «¿Cuál sería la segunda cuestión tan grave que Luis no había querido contarme?».

Algo ocurría a su alrededor y no lo estaba sabiendo ver.

EN LA ACTUALIDAD, MIÉRCOLES 5 DE SEPTIEMBRE

Rebeca salió de la redacción, cogió la bicicleta y se dirigió a la comisaría de la calle Zapadores, dónde trabajaba su tía. Tenía que reconocer que estaba nerviosa, no sabía qué era lo que había averiguado Tote.

Aparcó la bicicleta y miró el móvil. No le había dejado de sonar durante todo el trayecto. Tenía catorce llamadas perdidas, y *tropecientos* mensajes por leer. Les echó un vistazo rápido, por si hubiera alguno importante. La mayoría eran felicitaciones. Estaba claro que habían visto su fotografía en la portada de *La Crónica*.

«Llevo diez minutos de famosa y ya me empiezo a agobiar», pensaba Rebeca con pereza.

Siguió mirando el móvil. Carlota confirmaba que había quedado con Álvaro Enguix, el joyero, pasado mañana viernes, por lo que convocaba reunión del *Speaker's Club* en su horario habitual de las siete de la tarde, aunque avisaba de que Álvaro llegaría un poco más tarde. Curiosamente parece que nadie del club se había enterado de la noticia, porque no la habían felicitado. «Mejor, ya se lo contaré personalmente», se dijo, «y así evito cachondeos innecesarios, que ya conozco a Charly y Fedé».

Rebeca tenía la costumbre de contestar siempre todos los mensajes y correos que recibía, tanto personales como profesionales. Era una cuestión de educación. Pensaba que, si alguien se tomaba la molestia de escribirte, también ella debía de tomarse la molestia de contestarle. Lo que pasaba es que ahora se sentía superada por la situación. «Aun así contestaré uno a uno a todos, pero esta tarde», se dijo. Ahora tenía una cita con su tía Tote. Puso el móvil en modo silencio.

Llegó a comisaría. El policía que estaba en la puerta la reconoció de inmediato.

—Hola Rebeca, ¿vienes a ver a tu tía? —dijo, con una gran sonrisa.

—Sí, me ha mandado un mensaje para que acudiese.

El policía cogió el teléfono e hizo una llamada.

—Adelante, puedes pasar, te está esperando.

Rebeca anduvo hasta el despacho de su tía, llamó a la puerta, y entró. No estaba sola, había una persona sentada enfrente de ella. Recordó la última vez que estuvo en esa misma habitación. Su tía tampoco estaba sola, en aquella ocasión era la inspectora Sofía Cabrelles la que la acompañaba, pero ahora se trataba de un hombre calvo.

—Adelante pasa, no te quedes parada en la puerta.

Rebeca obedeció. El despacho era enorme. Cuando llegó a la altura de la mesa, reconoció de inmediato a la persona sentada.

—¡Ostras Richie! ¿Qué te has hecho en la cabeza? De espaldas no te había conocido.

—Hola Rebeca —dijo el detective, mientras se levantaba para darle un par de besos—. Ya eran muchos años con el pelo largo, así que me he rapado la cabeza. De vez en cuando hay que cambiar de imagen.

—Supongo, pero vaya cambio más radical. De melenudo a alopécico.

Los tres se rieron.

—Anda, sentaros. Richie acaba de llegar —le dijo Tote a su sobrina.

—Tu tía me ha contado la historia hace un rato por teléfono. La verdad es que me ha resultado muy extraña —dijo Richie—. He venido lo antes que he podido. Me gustaría oír el relato con tus propias palabras.

—Voy a tratar de ser lo más fiel que recuerde a las propias palabras de Carlota —le contestó.

Rebeca le contó todo lo que su amiga había averiguado acerca de la joyería, intentado no omitir ningún detalle. Richie la escuchaba en silencio. Cuando concluyó, lucía un singular gesto en su rostro.

«¿Por qué sonrías?», pensó Rebeca, «¿dónde le ve la gracia?».

—¿A qué contado así parece como muy misterioso? —preguntó Richie.

—¿Misterioso? —dijo Rebeca—. Bueno, supongo que es una manera de expresarlo.

—En realidad no es tan enigmático, porque las cosas sucedieron de forma ligeramente diferente.

—¿Ligeramente diferente? —repitió Rebeca, extrañada.

—No acostumbro a explicar mis métodos de investigación a mis clientes. A ellos no les importan, me limito a ofrecer los resultados. En este caso voy a hacer una excepción, porque creo que la situación lo requiere. Además, Rebeca, te veo muy preocupada, a pesar de que tu tía me ha dicho que te fías de mí.

—Es verdad. Si mi tía confía en ti, yo también, pero entiende que el relato de Carlota me haya intranquilizado.

—Es normal, pero no te preocupes, tu amiga no conoce todos los pormenores. Ahora cuando te los explique, tú también lo entenderás.

Richie les contó desde el principio cómo encontró la pista de la gargantilla y cómo obtuvo toda la información acerca de ella, con fotografía incluida. Les dio un pequeño curso del funcionamiento de los bajos fondos de la ciudad.

Tote sonreía porque ya sabía parte de la información, pero Rebeca estaba asombrada. Ahora que conocía los detalles de la investigación, veía las cosas más claras. Sus dudas se habían disipado por completo.

Sopesó llamar a Carlota para que desconvocara la reunión del viernes del *Speaker's Club*. Las explicaciones de Richie la hacían innecesaria, pero se lo pensó mejor. Tenía curiosidad por conocer el rollito de verano de su amiga. «Que traiga al Álvaro ese al club, a ver si pasa el examen del trío calavera», se dijo, pensando en las bromas que le podían gastar Charly, Fede y Xavier. «Seguro que organizan alguna y resulta divertido».

—¿Nos vamos a comer? —preguntó Tote, más animada después de escuchar las explicaciones de su amigo Richie. A pesar de que confiaba en él, tenía que reconocer que también se había preocupado.

Entraron en el restaurante al que acudía Tote cuando no tenía tiempo de ir a comer a casa,

hecho que sucedía con bastante frecuencia. Los tres estaban de buen humor. Se sentaron en la única mesa que quedaba libre.

—Hola señora comisaria —dijo Ángela, la camarera del restaurante—. ¿Qué van a tomar?

—Yo la ensalada de costumbre, y ellos que se pidan lo que quieran.

De repente, la camarera se quedó mirando fijamente a Rebeca.

—Tú eres Rebeca Mercader, ¿verdad? —dijo.

Tote se sorprendió.

—¿Conoces a mi sobrina? —preguntó.

—¿Es su sobrina? ¡Pues Enhorabuena! Además de lista y guapa, también tiene una tía policía —contestó Ángela.

—¿De qué estáis hablando, si se puede saber? —preguntó Tote, que no entendía nada.

Ángela se fue hacia la barra, cogió un periódico y lo depositó encima de la mesa.

«Bronca en tres, dos, uno...», pensó Rebeca, que por momentos parecía que encogía, como en los dibujos animados.

Tote y Richie se quedaron mirando la portada de *La Crónica*. El detective parecía divertido, pero la expresión en la cara de su tía era antológica. Parecía fuera de sus casillas.

—¿Y exactamente cuándo me pensabas contar esto, si se puede saber?

22 DE FEBRERO DE 1522

Johan Corbera estaba encolerizado. Su rostro era el vivo reflejo de la ira, estaba más rojo que un tomate.

—¿Cómo ha podido ocurrir? ¡Maldito bastardo! —gritaba alterado, sin percatarse de la presencia de su hijo en la habitación.

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmado Batiste, que no recordaba haber visto tan alterado a su padre jamás.

Johan Corbera había tenido un hijo hacía once años y le había puesto el nombre de Joan Baptista Corbera. Desde que nació, en la familia, de forma cariñosa, lo llamaban Batiste. El nombre perduró y fue por el que se le conoció siempre, incluso cuando ya no era un tan niño.

Batiste era extremadamente inteligente para su edad, al igual que lo había sido su padre Johan y también su bisabuelo, nada más y nada menos que Samuel Perfet. Samuel, por intercesión del entonces fray Vicente Ferrer, desde 1455 canonizado y santo, cambió su identidad judía para convertirse en un cristiano viejo de apellido Corbera, con el objeto de preservarlo de la saña católica de aquellos años tan duros para los hebreos. Samuel fue la primera undécima puerta, que jugó un gran papel en la preservación del árbol del saber milenario cuando estuvo oculto en su primitivo emplazamiento, en la cripta secreta de la Sinagoga Mayor de la tristemente desaparecida judería de Valencia, tras su asalto y destrucción de 1391.

La inteligencia y perspicacia del último gran rabino de la ciudad de Valencia, Isaac Ben Sheshet Perfet, tatarabuelo de Johan, y en consecuencia trastatarabuelo de Batiste, sin ninguna dura estaban presentes en toda la familia Corbera. Isaac había sido una de las máximas autoridades talmúdicas de la historia del judaísmo, en concreto entre los siglos XIV y los primeros años del siglo XV, y había dejado un gran legado tras de sí. Pero su faceta secreta era mucho más apasionante que la erudita. Había sido número dos de aquel legendario primer Gran Consejo terminado de constituir en 1390, que se había encargado de recopilar en un único emplazamiento todo el saber judío acumulado a lo largo de los siglos y que lo habían ocultado, para preservarlo para las generaciones futuras.

Johan Corbera estaba educando a su hijo Batiste de una manera especial, e iba muy avanzado para la edad que tenía. Pretendía que continuara sus pasos y con los años se convirtiera en *pedrapiquer* o maestro cantero, como él mismo lo era. Por otra parte, Johan ya era mayor y sabía que en unos pocos años tendría que iniciar a su hijo Batiste para que le relevara y se convirtiera en la tercera undécima puerta de la historia del Gran Consejo, después de sí mismo y de Samuel Perfet. Era todo un honor, pero también era una grandísima responsabilidad.

Johan volvió de sus pensamientos, y se dirigió a su hijo. Seguía rojo de la ira que le dominaba.

— Don Fadrique Álvarez de Toledo, segundo duque de Alba, ha elegido a Luis Vives como

preceptor de sus dos nietos, los hijos de su primogénito —continuó Johan.

—¿Y por eso te enfadas? ¿No es lo que estabas esperando desde hace tiempo? —respondió Batiste, asombrado por el enojo de su padre.

—El duque iba a enviar un emisario a Lovaina para comunicarle personalmente el encargo.

—¿Y no lo hizo?

—Se presentó un fraile dominico, de nombre Severo, y le comunicó al duque de Alba que partía para Lovaina al día siguiente. Dada la coincidencia, don Fadrique le encargó que se pusiera en contacto con Luis Vives y le hiciera el ofrecimiento.

—Muy oportuno el fraile, ¿no?

—Además, estaba presente en la conversación don Bertrán, que es el noble que intercedió en favor de Luis ante el duque. También le entregó una carta personal al fraile dominico, para que se la diera a su amigo en Lovaina.

—¿Y qué pasó?

—Era una trampa —contestó Johan, que se le llevaban los demonios—. Una burda y lamentable treta.

—Entonces padre, ¿alguien no quiere que Luis Vives vuelva a España? —preguntó de forma inocente Batiste.

Su padre se le quedó mirando con cara de sorpresa. No se le había ocurrido esa posibilidad y sin embargo era lo primero que había pensado su hijo, con tan solo once años de edad. Veía reflejado en su mirada ese brillo tan característico de los ojos de su abuelo Samuel.

«Tengo que tener muy en cuenta sus observaciones», pensó Johan, que se quedó pensativo, asustado por las consecuencias de esa reflexión.

En realidad, era perfectamente posible.

EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 6 DE SEPTIEMBRE

Rebeca se había acostado tarde, contestando todos los mensajes y correos que la felicitaban por su nominación, por ello se levantó un poco más tarde de lo habitual. Salió a la cocina. No había nadie, su tía ya se había ido a trabajar. Casi mejor. Aún recordaba la tremenda bronca que se había llevado ayer por no haberle contado nada, aunque, también es verdad que acabó dándole un beso y felicitándola.

No se olvidaba de su advertencia, «recuerda bien quién eres, no puedes ir llamando la atención por ahí, podría ser peligroso». Evidentemente, el aviso había llegado tarde, además se defendió con toda la razón, ella no había tenido nada que ver con esta nominación.

Desayunó su habitual vaso de leche fresca y se fue hacia el periódico. No sabía si hoy sería el día en que el director Fornell le presentaría a los responsables de la emisora de radio. «Me dijo que sería esta semana», pensó. Esperaba que fuera mañana, hoy estaba cansada, además, con todos los acontecimientos imprevistos, iba retrasada con su trabajo.

Llegó a su mesa, y se sentó. Esta mañana quería documentarse para su próximo artículo, así que esperaba que no la molestaran demasiado. Afortunadamente estaba sola, no había ni rastro de Tere ni de Fabio, la pareja de quesos.

Se fijó en los papeles que tenía delante de ella. Le extrañó. Rebeca tenía la costumbre de dejar despejada su mesa cuando terminaba la jornada laboral. Ordenaba toda la documentación que había manejado durante el día y la guardaba en la cajonera, en sus carpetas correspondientes. Todavía se extrañó más cuando los leyó. Eran notas que le había dejado Alba. Por lo visto, ayer por la tarde había recibido bastantes llamadas telefónicas. La mayoría eran de otros medios de comunicación, querían hablar con ella. Incluso un periódico nacional le solicitaba una entrevista para su suplemento de cultura, que también se emitía por su canal de televisión. Aquello le pareció inaudito.

Encendió el ordenador y accedió a las noticias destacadas del día, como todas las mañanas. «Joven estudiante valenciana nominada a los Premios Ondas». Ya no lo había publicado tan solo *La Crónica*, la noticia había saltado a otros medios. Parecía que incluso alguna televisión la había difundido. Este asunto se le había ido de las manos. «Mi tía me va a matar cuando se entere», pensó. «Lo de pasar inadvertida, me da la sensación que ya no va a poder ser».

Tenía que pensar cómo manejar la situación. De momento decidió no contestar a nadie hasta hablar con el director Fornell y con su tía. Le seguían entrando mensajes en el móvil. Lo puso en modo silencio. Tomó el teléfono fijo y marcó la extensión de la secretaria.

—Hola Alba, esta mañana no me pases llamadas, estoy muy ocupada, gracias —dijo Rebeca, con un tono como muy profesional.

No pudo evitar reírse de sí misma. Era una simple estudiante universitaria escribiendo pequeños artículos de Historia en un periódico local, y ya se comportaba como si fuera una importante ejecutiva de una multinacional.

Terminó su jornada laboral matutina, y volvió a casa a comer. A ver cómo le explicaba a su tía

el repentino interés de otros medios de comunicación en su persona. Abrió la puerta y se dirigió a la cocina.

Tote estaba abriendo la puerta del horno.

—Ya me he enterado, no hace falta que me cuentes nada —escuchó decir a su tía Tote, con una voz que denotaba un profundo enfado.

—¿De qué exactamente? —dijo Rebeca, intentando ganar algo de tiempo. Le había pillado por sorpresa.

—Ni se te ocurra aceptar una entrevista en televisión. Entiendo que tu jefe pretenda aprovecharte como reclamo publicitario para el periódico, pero todo debe tener un límite. Con la prensa escrita es suficiente, su alcance es más limitado.

—No he contestado ninguna petición. Antes quería hablar contigo y con el director Fornell.

—Pues ahora ya estás hablando conmigo. Diga lo que te diga tu director, esa es la respuesta que le debes dar —dijo Tote, con voz muy firme—. Me importa un comino el Fornell ese.

—Tú no lo conoces.

—Me da igual lo que piense tu jefe. De lo contrario tendré que tomar cartas en el asunto, este tema no se nos puede ir de las manos.

«¿Cartas en el asunto?», pensó. «¿A qué se referirá?».

Rebeca, en el fondo, tenía que reconocer que también estaba preocupada. Su tía tenía razón, no podía olvidar su responsabilidad como undécima puerta y una excesiva exposición pública podría ser peligrosa.

En realidad, ni se imaginaba cuánto.

22 DE FEBRERO DE 1522

—Padre, no te quedes callado. Me acabas de decir que fue una trampa, ¿era falsa la oferta del duque de Alba a Luis Vives?

Johan despertó de sus pensamientos.

—No, no lo era —contestó Johan, contestando casi de forma automática.

¿El fraile Severo no marchó a Lovaina? —preguntó Batiste.

—Si lo hizo.

—¿Qué ocurrió? ¿No buscó a Luis?

—Sí, lo buscó

—¿Y no lo encontró?

—Sí, lo encontró.

—¿Entonces dónde está la trampa? —preguntó Batiste, que no comprendía a su padre.

—Después de reunirse con él en más de diez ocasiones por temas diversos, fray Severo no le informó de la oferta de don Fadrique, ni siquiera le entregó la carta del noble don Bertrán.

Batiste se sorprendió.

—¿Y por qué hizo eso?

—El bastardo fraile dominico arderá en el infierno eternamente. Si estuviera en mis manos, te aseguro que haría todo lo posible para que eso ocurriera lo antes posible —dijo un exaltado Johan.

—Sigo sin entender por qué se comportó así. ¿No se trataba de un fraile en realidad?

—Sí que lo es, además de la orden de predicadores, de los dominicos, de los míos, aunque me temo que sea el mismísimo demonio disfrazado. Volvió de Lovaina y se atrevió a informar al duque de Alba que Luis Vives despreciaba su ofrecimiento.

—¿Qué dices!

—Don Fadrique se enfadó mucho con Luis por lo que consideró un desprecio hacia su persona y hacia su dignidad. Tanto se disgustó que incluso lo vetó para otros posibles trabajos en España, en concreto en cátedras universitarias.

—¿Y por qué hizo eso el fraile ese?

—Para conseguir el trabajo para sí mismo. Ahora el dominico Severo es el preceptor de los nietos del duque de Alba.

Hasta Batiste estaba indignado.

—¿Qué comportamiento más despreciable! ¿Cómo te has enterado de todo esto?

—Resulta que se encontraron recientemente en Bruselas Luis Vives y su amigo, el noble don Bertrán. Este último le afeó su conducta por no dignarse ni siquiera a responder a su carta y a despreciar la propuesta del duque de Alba, que tanto empeño había puesto en conseguir para él. No olvidemos que lo había recomendado en repetidas ocasiones.

—¿Y qué le contestó Luis?

—Imagínate su cara de sorpresa cuando escuchó todo el relato en boca de don Bertrán. No tenía ni idea de nada. Le contó que fray Severo no le había transmitido ningún mensaje, ni tampoco le había entregado ninguna carta suya. Desconocía la oferta del duque de Alba. De hecho, al no recibir noticias, pensó que el duque había elegido a otra persona.

—¿Y no hicieron nada?

—Imagínate, se enfadaron muchísimo. Don Bertrán partió de inmediato hacia España con una carta manuscrita del propio Luis, explicándole a don Fadrique que no había rechazado su generoso ofrecimiento, que simplemente no se lo habían transmitido. Don Bertrán también le afeó al duque de Alba el comportamiento impropio del fraile. Le dijo que una persona así no podía educar a sus nietos. Aquí tienes la nota que escribió Luis a don Fadrique —dijo Johan, mostrando una pequeña cuartilla, para que veas el asombro y la sinceridad de mi amigo.

Batiste la leyó en voz alta.

—«¿Cómo iba a despreciar yo lo que usted me ofrecía, cuando tan deseoso andaba de encontrar una ocasión para demostrarle la buenísima intención que tenía de servirle? Gracias por el cariño que me habéis mostrado y que no siento tanto la jugada que me han hecho, cuanto la conducta villana del fraile; y que, si estas cosas las sufrimos de parte de los hermanos, ¿qué será lo que nos tocará sufrir de parte de los extraños? No contentos con atacar nuestra cultura, se alzan también con nuestro bolsillo. Dios los juzgará» —terminó de leer.

—Bastante clara, ¿verdad? —preguntó Johan.

—Supongo que después de enterarse de esta sucia treta, don Fadrique echaría al fraile a patadas de su palacio.

—Pues resulta que no. Su contestación fue que ya llevaba unos meses de preceptor de sus nietos y que no podía romper el contrato. Que tenía una reputación y que siempre cumplía su palabra y lo que firmaba.

—¿Eso dijo el duque de Alba? ¡Pero si lo habían engañado! No tenía ninguna reputación que mantener.

—Supongo que albergaría dudas entre la versión del fraile Severo y lo que le estaba contando el noble don Bertrán y decidió no hacer nada. Dejó las cosas como estaban.

—¿Y tú no hiciste nada?

—Escribí al Maestro General de la orden de predicadores, tengo una muy buena relación con fray García de Loaysa, que además es confesor de nuestro rey Carlos I y persona de gran proyección dentro de la Iglesia católica, con muchas influencias en todos los ámbitos, no solo el eclesial.

—¿Y qué te contestó?

—Me respondió que si el principal perjudicado por el supuesto engaño, es decir, el propio duque de Alba, no se había quejado y había aceptado a fray Severo, él no era nadie para entrometerse en un tema particular. En el fondo, hay que reconocer que tiene razón.

—¡Ostras! ¿Y cómo está Luis?

—Según me contó don Bertrán, estaba muy mal. Hubiera aceptado el ofrecimiento sin pensarlo dos veces. Estaba deseando volver a España y así poder echar una mano a su familia, que ya sabes que se encuentra en muy mala situación económica y anímica.

—Supongo que, por lo menos, don Fadrique le habrá perdonado su inexistente ofensa.

—Eso sí, no le ha dado el empleo prometido, pero al menos le ha levantado el veto para otros trabajos en España. Sus amigos influyentes en esos círculos, sobre todo Juan de Vergara, le están buscando una cátedra en alguna universidad. Su situación económica es precaria y su familia le necesita aquí.

—Estoy seguro de que lo conseguirán —dijo Batiste, que se había indignado tanto como su padre.

—Vergara dice que espera alguna oferta en los próximos meses, confío en que sea así.

Batiste no parecía convencido del todo por la explicación. Algo no le terminaba de encajar en toda la historia.

—De todas maneras, padre, ¿no te parece muy extraño que un simple fraile dominico se comporte de esa manera, engañando y arriesgándose a enfrentarse al mismísimo duque de Alba? No es nada normal. Cualquiera diría que seguía instrucciones de alguien más poderoso que el propio don Fadrique. No puedo creer que un simple miembro de la orden de predicadores se comporte así, sin algún motivo, y, sobre todo, sin el apoyo de alguien con muchas influencias. El tal fray Severo ese no es nadie. Tú perteneces a su misma orden, dime, ¿habías oído hablar antes de él?

Johan Corbera se quedó pasmado una vez más. Su hijo no dejaba de sorprenderle. Tenía que reconocer que sus palabras tenían mucho sentido, el fraile Severo no era nadie comparado con Luis Vives, y todavía muchísimo menos comparado con don Fadrique, grande de España. Se quedó pensativo. Sus deducciones le conducían a un callejón muy peligroso. ¿Qué personas eran más poderosas que el duque de Alba en la actualidad? Muy pocas, en realidad se podían contar con los dedos de una mano. Johan se espantó mientras repasaba mentalmente sus nombres.

Su hijo continuó preguntando, con una sagacidad impropia de su edad.

—¿Y no crees que esa mano negra, que ha conseguido sabotear el ofrecimiento del duque, no lo intentará también con las demás ofertas que le pudieran llegar a Luis para volver a España? Es absurdo que consiga detener la primera y permita las siguientes. No te quepa ninguna duda que seguirá actuando.

Ahora sí que se alarmó. «Mi hijo de once años me está dando toda una lección de sentido común», pensó. Tendría que tomar medidas para asegurarse que, en la próxima ocasión, Luis recibiera el mensaje, aunque no sabía cómo.

Desconocía quién podía estar detrás del sabotaje, pero le horrorizaba la reducida lista de candidatos, a cuál más poderoso y peligroso. Estaban fuera de su alcance.

EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE

Rebeca había dormido mal. No podía evitar estar nerviosa. El director Fornell le había dicho que le iba a presentar esta semana a los compañeros de la emisora de radio. Hoy era viernes, en consecuencia, el último día laboral de la semana para ella.

Le asustaba la paradoja de que había triunfado en un programa radiofónico que no había escuchado jamás. Era absurdo, incluso ridículo, por qué no decirlo. Le daba algo de vergüenza tener que enfrentarse a ellos. «Cómo se les ocurra preguntarme qué me parece su programa, ¿qué les digo?», pensaba espantada, ante el papelón que podría hacer. «¿Qué no sé ni quiénes son?».

Aparcó la bicicleta, subió hasta la redacción y se dirigió hasta su mesa. Vio a Fabio y a Tere hablando, con unos papeles en la mano. Se sentó en su silla y encendió el ordenador. Ayer había empezado a documentarse sobre su nuevo artículo y hoy pretendía escribirlo. Pretendía, porque vio a Alba dirigirse hacia ella. «Seguro que me dice, Rebeca, te llama el señor director a su despacho, es urgente», pensó divertida, mientras veía a la secretaria aproximarse.

—Rebeca, te llama el señor director a su despacho, es urgente.

—¡Toma! —dijo Rebeca, haciendo el gesto de haber acertado. Tampoco había sido tan difícil.

—¿Qué es lo que haces? —preguntó extrañada Alba.

—Nada, nada, son cosas mías.

—¿Sabes? Eres muy rarita.

—Le dijo la sartén al cazo... —contestó Rebeca, riéndose.

—No te entiendo.

—Es un dicho popular que viene a significar que atribuimos a otros cualquier característica que también sería aplicable a nosotros mismos.

—Hablas con palabras extrañas, te sigo sin entender.

—Anda, déjalo. Voy a ver al señor director —dijo Rebeca, con una indisimulada sonrisa. Tampoco quería hacer sangre con la pobre de Alba. Al fin y al cabo, no había tenido demasiada fortuna el día que repartieron los cerebros. Dudaba hasta que tuviera uno instalado en el interior del cráneo.

Mientras avanzaba por el pasillo, su nerviosismo iba en aumento. A ver cómo era capaz de lidiar con los compañeros de la radio. Llamó a la puerta del despacho del director y entró. Como esperaba, el señor Fornell estaba acompañado de una persona.

—Adelante, puedes pasar.

Cuando Rebeca se acercó a la silla, observó a la persona que estaba sentada frente al director. Se quedó completamente pasmada y aturdida. Todos los adjetivos se quedaban cortos. No le salían las palabras. Al final lo consiguió, pero a duras penas.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No me digas que eres la persona responsable de la radio? —acertó a

balbucear. Era evidente que estaba muy nerviosa.

—Te noto ligeramente descolocada.

—¿Ligeramente?

—Eso significa que no escuchas la radio con frecuencia, ¿verdad?

Probablemente era la última persona que se esperaba ver sentada en esa silla. No tenía ni idea de que estuviera al frente de esa sección. No sabía cómo reaccionar ni qué decir.

—No demasiado —acertó a contestar, después de unos buenos segundos dándole vueltas a la cabeza.

La palabra estupefacta se quedaba corta.

23 DE MAYO DE 1522

—¡Vaya sorpresa! —exclamó Johan Corbera—. Adelante amigo.

El noble don Bertrán se había personado en su casa sin avisar. Llevaba un pequeño zurrón de cuero y lucía una sonrisa de oreja a oreja.

—Pareces muy contento, eso es que la vida te trata bien —continuó Johan, mientras le ofrecía asiento en la mesa de su salón.

—Soy portador de buenas noticias, en realidad, más que buenas, magníficas —respondió.

—¿Te han nombrado algún cargo de relevancia en la corte real? Te lo mereces, sabía que lo conseguirías, aunque no lo necesites. Siempre me ha dado la impresión de que tienes bastante más poder que toda esa panda de aburridos cortesanos.

—Aprecio tus palabras, pero aciertas tan solo en parte. Es cierto que lo he conseguido, aunque gran parte del mérito es de Juan de Vergara, En lo que te equivocas es en el destinatario de la gracia.

—No te entiendo —contestó confundido Johan.

—Las buenas noticias no son para mí, no las necesito —dijo don Bertrán, mientras abría el pequeño maletín que portaba y extraía una pequeña carta. Se la entregó—. Anda, léela.

Johan estaba sorprendido. Tomó la misiva y la empezó a leer en voz alta. Tenía el membrete de la Universidad de Alcalá de Henares e iba dirigida al mismísimo Luis Vives.

—«Cuando, después del fallecimiento de Antonio de Nebrija, varón doctísimo, que regentó entre nosotros la cátedra de Letras Latinas con gran alabanza suya y provecho de nuestra juventud, tratábamos de nombrar un nuevo profesor, que, a nuestro juicio, pudiera suceder no indignamente a varón tan excelso, nos escribió Juan Vergara dándonos un testimonio tan honorífico de tu persona - que poseías una tal doctrina, una tal erudición y práctica de las letras humanas-, que a su juicio parecía que solo tú cubrirías de gloria a esta institución literaria y serías de máxima utilidad para nuestra juventud estudiosa, y que a la vez colmarías la añoranza de ese hombre tan sabio como prudente. El juicio de este sabio suscitó en nosotros tal opinión de ti, cual no podría satisfacerla sino un sujeto tan sumamente docto y del todo semejante al mismo Antonio. Por eso, aunque no faltan entre nosotros candidatos llenos de sabiduría, que soliciten ser elegidos para este cargo dentro del tiempo establecido para la provisión del mismo, sin embargo, no rehusamos en atención a tu persona (cosa que sucede muy rara vez entre nosotros sin contar con la propuesta de los electores), ofrecerte en forma extraordinaria la cátedra y sin competencia de ningún otro. Hemos comisionado, pues, a nuestro amigo Vergara que te escriba en nombre nuestro acerca de la naturaleza misma de la cátedra, del salario anual, en una palabra, de la condición con que a ti se te ofrece. En consecuencia, piensa que lo que él te escriba, te lo escribimos nosotros, y ten la convicción de que lo que él te aconseje, te lo aconsejamos también nosotros. Ahora corresponde a tu diligencia el cuidado de que no ignoremos por mucho tiempo tu decisión sobre este asunto.

Adiós».

Después de leer la carta, Johan se quedó en completo silencio.

—¿Qué te ocurre? —preguntó extrañado don Bertrán, sorprendido por la reacción de su amigo —. Esperaba que te alegraras, no que permanecieras con esa expresión de incredulidad.

—Estoy muy preocupado —dijo Johan, al fin.

—¿Preocupado? Hoy debería ser un día de gran alegría para ambos. Te acabo de traer magníficas noticias para nuestro amigo común Luis y me recibes con cara de funeral.

—No me malinterpretes, me alegro mucho por él —contestó Johan, que aún permanecía serio.

—Pues te aseguro que no se te nota nada.

—No es por eso.

Don Bertrán seguía eufórico, a pesar de Johan.

—Juan de Vergara lo ha conseguido. Le han propuesto para la cátedra que ha dejado vacante Antonio de Nebrija, después de su fallecimiento. Por fin Luis podrá regresar a España con total seguridad.

—No lo tengo tan claro.

—¿Qué dices? No te entiendo, ni tu expresión ni tu actitud.

Johan le participó de las sospechas que albergaba acerca de la mano negra que creía que existía en contra del regreso de su amigo común. Debía ser alguien muy poderoso, por encima del propio duque de Alba.

Don Bertrán se quedó pensativo. Era cierto, apenas existían unas pocas personas con semejante poder. En realidad, poquísimas.

—No te preocupes Johan, me aseguraré personalmente que esta carta le llegue a Luis, y también garantizaré que su respuesta sea escuchada por la Universidad.

Johan se quedó mirando a su amigo. Desde hace tiempo quería hacerle una pregunta. Había llegado el momento.

—Bertrán, siempre te has preocupado mucho por Luis y por mí de una forma muy especial y sin pedir nada a cambio, al igual que Juan de Vergara, que acaba de renunciar a un gran trabajo, toda una cátedra universitaria, en favor de Luis Vives. Sé que ambos sois de ascendencia judía. Continuamente consigues lo que te propones y ya sabes que siempre me ha dado la impresión de que tienes mucho más poder del que pretendes aparentar. No pareces un simple noble ni mucho menos.

—Me halagas amigo, aunque exageras mucho. Simplemente tengo buenos contactos en la corte.

—Te pido disculpas por adelantado, pero debo formularte una pregunta que quizá te parezca extraña. Si no la consideras prudente, no la contestes, lo entenderé.

—Adelante —dijo don Bertrán, con evidente curiosidad.

—¿Qué número de puerta eres? ¿Y Juan de Vergara?

Don Bertrán contestó de inmediato. Se quedó mirando fijamente a su amigo con cara de no

comprender nada.

—¿Qué número de qué? ¿Qué clase de pregunta extraña es esa? ¿Se supone que debo tener una respuesta para ese sinsentido?

—Entendido —contestó Johan, con una sonrisa incierta en el rostro.

En realidad, no había entendido nada, pero aún le faltaba mucho tiempo para llegar a comprenderlo.

EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE

—Anda, cierra esa boca, que te van a entrar moscas.

—¿No me digas que tienes algo que ver con la sección de la radio? —repitió la pregunta Rebeca, que aún no había salido de su asombro.

—Pues claro. ¿No lo sabías?

—¿Y por qué no me habías dicho nada?

—¿Y por qué tengo que contarte todo lo que hago? ¿Acaso lo haces tú?

Rebeca se giró a mirar al director Fornell, esperando una explicación a todo aquello. Vio una pequeña sonrisa en su rostro. «¿Le hace gracia mi reacción?», aunque luego lo pensó mejor. «¿Qué raro!, si Fornell no se ríe nunca de nada».

De repente se le vino el mundo encima. «¡Qué idiota soy!», pensó, sin saber bien qué decir.

—¡Los dos me estáis tomando el pelo! —exclamó.

Fornell ya no se pudo aguantar y se echó a reír de forma estruendosa, con la boca abierta de par en par.

—¿Cómo puedes haber llegado a pensar que tengo algo que ver con la radio? —dijo Tote, mientras también se reía a gusto—. A mi complicada vida ya solo me faltaba eso.

Rebeca estaba completamente ruborizada, muerta de vergüenza. Intentó explicarse, aunque lo tenía francamente difícil.

—No sé, he entrado en el despacho esperando encontrar a un responsable de la emisora de radio y no he sabido reaccionar, estaba muy nerviosa —dijo a modo de disculpa.

—No te preocupes, es una anécdota que voy a recordar cada vez que me quiera reír a gusto —dijo Tote, aún con lágrimas en los ojos—. Me has hecho hasta llorar.

—¿Os conocéis? —preguntó Rebeca, que aún estaba descolocada por ver a su tía en el despacho del director Fornell, con ese aparente grado de complicidad.

—Ahora sí, y por todo lo alto —contestó Tote, que seguía riéndose. No podía parar, al igual que el director.

—¡Vale ya! —exclamó Rebeca algo enfadada—. Te lo estás pasando a lo grande a mi costa.

—La verdad es que sí —contestó Tote, intentando ponerse seria sin conseguirlo del todo—. No te enojas, es que ha sido muy gracioso. Tenías que haberte visto la cara de pasmada que se te había quedado. Lástima no haberte sacado una foto con el móvil.

El director Fornell sacó un pañuelo de su bolsillo, para secarse las lágrimas.

—Nunca le había visto tan divertido —dijo Rebeca—. Al menos me alegro de haber sido la causante.

—Aunque no lo creas, tengo una vida fuera de este despacho y, a veces, incluso soy capaz de reírme —dijo Fornell, que también le estaba costando su trabajo ponerse serio.

—Ahora de verdad, ¿qué haces aquí, tía? No me habías dicho que venías al periódico esta mañana.

Tote hizo un esfuerzo e intentó no pensar en lo divertido y absurdo que había sido la situación.

—He venido a agradecer al director Fornell todo lo relativo a tu nominación al Premio Ondas. Es de bien nacidos ser agradecidos. Me parece que me debía pasar por *La Crónica* para ello.

—Tu tía ha sido muy amable. Había oído mucho hablar de ella, es toda una institución en la ciudad, pero no nos conocíamos personalmente. Nunca habíamos coincidido en ningún acto.

—Usted ha sido el amable al aceptar atenderme sin cita previa.

—No se crea que estoy tan ocupado como lo estará usted. Somos un medio de comunicación muy modesto —dijo Fornell. Le encantaba repetir esa frase, era como un *mantra*.

—¿Y eso es todo? —preguntó una incrédula Rebeca. La situación le parecía *marciana* como poco.

Tote la miró, aún con gesto divertido.

—No, en realidad no es todo. He invitado al señor Fornell y los jefes de departamento a nuestra casa, a tomar un tentempié, como agradecimiento al excelente trato que te están dispensando. Llevas más de tres años trabajando aquí y ni siquiera nos conocíamos. Además, ahora tenemos el honor que, gracias a las gestiones del director, te han nominado al premio. Me parece que debemos ser educadas.

Rebeca estaba alucinada. «¿En serio?», pensó. «Mi tía se ha trastornado, ¿a qué viene tanto peloteo? No es propio de ella».

—Por supuesto he aceptado. Será un honor para todos nosotros aceptar la invitación —contestó el director Fornell, con un tono exageradamente obsequioso.

Rebeca no daba crédito a lo que estaba escuchando. «Aquí hay gato encerrado», continuó pensando Rebeca. Gato no, aquello parecía una colonia de felinos encerrados, todos aullando a la vez al oído de Rebeca.

«Desde luego no me trago ese rollo de la educación, ¿qué estará tramando mi tía?».

Ni se lo imaginaba.

24 DE MAYO DE 1522

—Padre, ¿por qué le preguntaste a don Bertrán que número de puerta era? —soltó, así a bocajarro, Batiste—. ¿Qué significa eso? ¿Es un acertijo?

Johan casi se atraganta con la comida. Se puso a toser de forma estruendosa y tuvo que dar un sorbo al vaso del agua, para evitar quedarse sin aire.

—¿Qué estás diciendo? —acertó a preguntar, con apenas un hilo de voz.

—Por casualidad, escuché la conversación que mantuviste ayer con don Bertrán.

—¿Pero tú no debías estar en la escuela a esas horas? —preguntó, mientras aún carraspeaba.

—El maestro estaba enfermo y nos enviaron a casa. ¿Acaso no me escuchaste entrar?

—Evidentemente, no, y tampoco me di cuenta de que estabas espionando una conversación privada entre dos adultos —contestó Johan con un tono de reprimenda, ya recuperado del repentino atragantamiento.

—No espiaba nada, ya te he dicho que fue por casualidad. Estaba en la cocina, y hablabais con un tono de voz muy alto. Era imposible no oíros, aunque me tapara las orejas.

Johan no había tomado ninguna precaución, pensaba que estaba solo en casa. Ni se imaginaba que su hijo les estaba escuchando.

—¿Número de puerta dices? Nada, era una pregunta intrascendente —respondió, lo primero que se le ocurrió, intentando quitar hierro al asunto.

—Pues para ser una pregunta sin importancia estás bastante nervioso, y lo más curioso, don Bertrán lo estaba aún más que tú. Fue hasta divertido.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—También por casualidad me asomé a la puerta y pude verle la cara. Nuestras miradas se cruzaron por un instante. Vi sus ojos y su rostro.

—Muchas casualidades, ¿no? —preguntó Johan, que ahora mismo estaba extrañado porque don Bertrán no le hubiera dicho que había visto a su hijo en casa. «¡Qué extraño!».

—Supongo que te darías cuenta de que te mintió descaradamente.

—Me mintió, ¿en qué? —preguntó sorprendido Johan.

—No lo sé, si no me cuentas qué significa lo de las puertas, tampoco puedo saber en qué te mintió, pero su rostro reflejaba nerviosismo. Está claro que, en ese preciso momento, no estaba siendo sincero. ¿En qué? Pues no lo sé porque me ocultas información.

—Oye, ¿sabes que te estás convirtiendo en un niño muy impertinente y entrometido para tu edad?

—Quizá, pero no te fíes ni un pelo de ese noble. Sus ojos esconden algo y no estoy seguro de qué.

Johan ya había aprendido a no menospreciar las opiniones de su hijo. Tenía tan solo once años de edad, pero había heredado la extrema agudeza intelectual de la familia Perfet. A veces parecía un adulto, y no uno cualquiera.

—Siempre nos ha tratado muy bien —dijo Johan a modo de justificación.

—Quizá, pero no es lo que aparenta ser, te lo aseguro.

La verdad es que Johan tenía la misma sensación, pero no sabía si eso era bueno o malo. «¿Pertenece al Gran Consejo o es del grupo de saboteadores?», pensaba con inquietud. «O eran imaginaciones de los dos, y simplemente era un noble con simpatías por los seguidores de Erasmo de Róterdam y con ganas de ayudar de forma altruista». También podía ser, de hecho, quizá esta última fuera la explicación más probable. Siempre le había parecido que sentía cierta inclinación por él a nivel intelectual.

Batiste sacó de repente a su padre de sus pensamientos.

—¿Algún día me contarás lo de las puertas? —dijo, como quien pide un vaso de agua.

Johan, en cambio, se espantó con la pregunta. «Sin duda mi hijo, con la edad que tiene, parece más inteligente que yo mismo», pensó abrumado. Temía que el día que lo iniciara y le trasladara su responsabilidad como undécima puerta, le contestara «llegas tarde, ya lo sabía todo». No le extrañaría, y eso le asustaba. Aún era muy joven, aunque en realidad, si lo pensaba bien, tenía la misma edad que Samuel Perfet cuando asumió su compromiso, allá por el año 1391.

«Por esta tarde ya está bien, ya he alterado bastante a mi padre», pensaba mientras tanto Batiste. No comprendía el motivo del azoramiento de su padre, pero había sido divertido.

EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE

Eran las seis de la tarde, apenas faltaba una hora para la reunión extraordinaria del *Speaker's Club*. Rebeca se dio una ducha, se vistió y salió en bicicleta hacia el *pub* Kilkenny's. Después de la conversación del miércoles con Richie Puig, ya no albergaba dudas acerca de la autenticidad de la gargantilla, pero tenía verdadero interés en conocer a Álvaro Enguix, el rollito de verano de su amiga Carlota. Ese era el único motivo por el que no había cancelado la reunión. Tenía que reconocer que le podía la curiosidad.

Lo que Rebeca desconocía era que a esa misma hora estaba teniendo lugar otra reunión, a poca distancia del *pub* Kilkenny's. Dos personas estaban sentadas discretamente en los bancos de piedra de un pequeño jardín cercano.

—¿Está todo preparado?

—Según lo previsto.

—Quiero que lo grabes todo.

—No te preocupes, he instalado varias cámaras en diferentes posiciones. No nos perderemos ningún detalle de la reunión. Dispondremos de varios ángulos de vista.

—Es muy importante.

—Lo sé, ya me lo has repetido varias veces.

—Quiero saber todo acerca de los asistentes, y cuando digo todo, me refiero a todo.

—¿Qué esperas averiguar?

—Para empezar, quiero saber quiénes son.

—¿Tienes dudas?

—Te aseguro que tengo algo más que dudas, quiero conocerlos uno a uno, hasta qué pies calzan.

29 DE MAYO DE 1522

Batiste asistía a la escuela, y era un buen estudiante. Quería seguir los pasos de su padre y ser maestro cantero. Era consciente que para alcanzar esa meta debía aplicarse con sus estudios. La verdad es que le resultaba muy sencillo, con poco esfuerzo conseguía destacar, incluso frente a alumnos de mayor edad que él. Al principio no era consciente de su don, pero poco a poco se fue dando cuenta de que no era igual que los demás. Comprendía las cosas y las memorizaba con una facilidad diferente al resto de alumnos. Constantemente estaba buscando retos que lo mantuvieran entretenido, ya que al final se terminaba aburriendo en las clases.

Acababa de llegar a la escuela, y vio como su profesor, Pere Urraca, se dirigía hacia él.

—Batiste, a partir de hoy tendrás un nuevo compañero de mesa. Eres mi alumno más brillante y tengo un especial interés en que te hagas cargo de esta persona que acaba de llegar a nuestra ciudad.

«Por fin un reto nuevo, para variar», pensó de inmediato Batiste, alegrándose de forma visible.

El profesor Urraca abrió la puerta de la clase y entró el nuevo compañero de Batiste. Hasta aquí duró su alegría. Era menudo, con aspecto de retraído, pero eso no era lo peor. Aparentaba apenas seis o siete años.

—Batiste, te presento a Jerónimo. Va a asistir de forma regular a nuestra escuela a partir de hoy.

—Es un placer Jerónimo —dijo Batiste fastidiado, pensando que, en realidad, lo que quería el profesor Urraca era que hiciera de niñera de aquel renacuajo. Había demasiada diferencia de edad entre ambos para otra cosa.

—Para tu información, no soy ningún renacuajo —dijo Jerónimo, a modo de presentación.

Batiste no pudo evitar pegar un pequeño salto de sorpresa.

—¿Cómo sabes que estaba pensando precisamente eso? —preguntó espantado Batiste—. ¿Acaso sabes leer la mente?

—¿Te crees que eres el primero? Todos pensáis lo mismo en cuánto me veis —contestó Jerónimo.

—¿Todos?

—No eres mi primer compañero de mesa, ¿sabes?

Desde ese mismo momento, Batiste supo que aquel niño no era normal.

—Lo siento Jerónimo, no pretendía ofenderte, pero entiendo que esperara a un compañero de la misma edad que yo —dijo a modo de descargo Batiste.

—No te preocupes, estoy acostumbrado. Disculpas aceptadas. Además, tienes razón, soy un renacuajo.

—¿De dónde vienes? —preguntó Batiste, para romper el hielo y cambiar de tema.

—De Sevilla.

—¿Y qué haces en Valencia?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Es verdad, no lo sé. Estaba estudiando en Sevilla y, de repente, me dijeron que me debía trasladar a Valencia de un día para otro, y aquí estoy.

—¿Tu familia ha tenido que venir a vivir a la ciudad?

—No tengo familia, he venido solo.

Batiste no entendía nada.

—¿Y cómo lo has hecho? ¿Dónde vives?

—En el Palacio Real.

Batiste dio un respingo. Ahora resulta que estaba tratando con un trastornado o un fantasioso, y no sabía que era peor. El Palacio Real era la sede del tribunal del Santo Oficio de Valencia y Batiste sabía que tan solo estaba habitado por los inquisidores de Valencia, don Juan de Churruca y don Andrés Palacios. Nadie más residía en él. Era algo de público conocimiento. Decidió que no merecía la pena explicárselo a Jerónimo, ¿para qué? ¿Qué iba a sacar en claro descubriendo su mentira? «Si esa es su ilusión, ¿para qué se la voy a fastidiar?», pensó Batiste.

¿Ilusión?

EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE

Rebeca entró en el *pub Kilkenny's* y se dirigió hacia su rincón habitual. Ya había llegado Charly, Fede y Almu. Estaban en animada conversación.

—Buenas tardes —dijo Rebeca—. Parecéis cotorras.

—Hola Rebeca. Charly nos estaba enseñando su cuadrante de vuelos para este mes —dijo Almu.

—Es la primera vez que me dan una programación de vuelos mensual. La verdad es que es emocionante —dijo Charly.

—Será emocionante, pero te vas a perder un montón de reuniones del *Speaker's Club*. Para empezar, mira el martes que viene —dijo Fede, señalando un punto en el papel—. Empiezas en Valencia y después de cuatro saltos, duermes en Málaga.

—No me había dado cuenta, es cierto —contestó Charly—. Ya ha perdido su encanto inicial.

—Bueno, ahora cuando vengan los demás, trataremos ese tema. Si no hay inconveniente, podríamos ir cambiando el día de las reuniones —dijo Rebeca—. Por mí no hay inconveniente.

Llegaron a la mesa Carmen y Jaume. Se saludaron. También llegó Bonet, con dos libros debajo del brazo.

—¿Dónde vas con esos *tochos*? —preguntó Fede.

—Los necesito para el máster, he aprovechado para comprarlos antes de la reunión de hoy —contestó Bonet.

—Informático y robótico, ¿y aún andas con libros en papel? —dijo Charly, en tono guasón—. Y seguro que escuchas música en un *walkman* con cintas casete.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? A ver listo, ¿en qué formato están los manuales de tu supermoderno avión CRJ-900? —contestó Bonet, desafiante.

Charly no pudo evitar reírse. Bonet le había atizado un *zasca* de cierta importancia, y eso no era nada habitual. Solía ser al revés.

—Me lo merezco por listillo —concedió Charly.

Vieron acercarse por la puerta a Carlota y a Carol, junto con Xavier. Se saludaron todos.

—¿A qué hora llega el rollito? —preguntó Xavier.

—¡Ni se os ocurra llamarlo así, que os mato! —exclamó Carlota.

—¿Enrollado mejor? —corrigió Charly.

Carlota le tiró un posavasos a la cabeza, riéndose.

—Cierra la joyería a las siete y media. Desde allí, andando llega en unos diez minutos, así que aún tardará un poco.

—Entonces perfecto, porque tengo importantes novedades que contaros y quiero hacerlo antes de que llegue Álvaro Enguix —dijo Rebeca.

—¿Antes? ¿Por qué? —preguntó Carlota, extrañada.

—No seas impaciente, enseguida lo entenderás.

—Pues hazlo ya, no nos tengas en ascuas —dijo Xavier.

Rebeca le dio un sorbo a su cerveza antes de comenzar a hablar.

—Me vais a permitir que empiece el relato por el final. No es por quitarle emoción, pero creo que será más sencillo para que comprendáis la explicación completa.

—O por el medio, ¡pero empieza ya! —exclamó Fede.

—Allá voy. La gargantilla del señor conde de Ruzafa existe en realidad, con su mensaje incluido. No se trataba de una pista falsa. Es auténtica.

—¿Entonces Álvaro me mintió? —saltó Carlota de inmediato.

—No, Álvaro te dijo la verdad —respondió Rebeca, con una sonrisa.

—¿Acaso me estás *troleando*? —dijo Carlota, algo mosqueada.

—¿*Troleando*? ¿Eso que es? —preguntó Jaume con cara extrañada.

«Vaya, Harry Potter no está al día de las expresiones juveniles», pensó Rebeca, divertida.

—Significa que Taylor Swift tiene el día tonto e intenta tomarme el pelo —contestó Carlota, mirando a su amiga.

—No te estoy *troleando*, cómo tú insinúas. Estoy diciendo la verdad.

—Entonces, ¿me quieres decir que el detective privado visitó la Joyería Enguix un sábado, que estaba cerrada, le informaron de una joya que no conocen y que ni siquiera consta en sus archivos, le entregaron una foto que no tienen y, para colmo, que el único dependiente de la joyería jamás ha visto ni ha hablado con el detective ese ni con ningún otro? —preguntó Carlota, con un tono que denotaba enfado.

—Exactamente eso quiero decir —contestó Rebeca, con una sonrisa en los labios.

—¿Y a pesar de eso reiteras que la gargantilla existe?

—Así es. Has dado en el clavo.

La cara de Carlota era antológica, al igual que las de los demás miembros del club. La incredulidad se reflejaba en el rostro de todos los presentes, que no entendían a Rebeca.

«Por una vez llevo la iniciativa frente a Carlota, resulta divertido», pensó Rebeca, recreándose con la situación. «Voy a saborearla porque es muy poco habitual», se dijo.

12 DE SEPTIEMBRE DE 1522

—¡Lo ha conseguido! ¡Es algo extraordinario! —gritó Johan sin poder evitarlo, sentado en la mesa de la cocina, mientras leía una misiva que acababa de recibir.

—Por tu reacción parece que, sea lo que sea, es una buena noticia —le respondió su hijo Batiste, un tanto sorprendido por el tono elevado de voz de su padre, nada habitual.

—¡Y tanto que lo es! Recordarás la última conversación que tuve con don Bertrán, en la que me informaba que la Universidad de Alcalá de Henares había propuesto a Luis Vives para la cátedra vacante de Antonio de Nebrija, porque estuviste espíándonos.

—¡No os espíe! Simplemente os escuché porque hablabais en un tono de voz muy alto —protestó Batiste.

—Si, claro, recuerdo ese pretexto. Bueno, pues don Bertrán se desplazó en persona a Lovaina. Por lo visto se preocupó en serio por la posible existencia de una mano negra que bloqueara el regreso de Luis a España. Decidió llevarle la carta de invitación de la Universidad en persona, sin confiar en ningún correo.

—¿Y qué le contestó Luis?

—Que aceptaba la cátedra ofrecida, que era un honor para él poder continuar la labor del gran Antonio de Nebrija.

—Sí que son buenas noticias —dijo animado Batiste—. ¿Cuándo regresa a España?

—Don Bertrán me dice que iniciará los preparativos para partir desde Lovaina lo antes posible.

—Estupendo. Ahora esperemos que no haya ningún inconveniente que evite su llegada.

—¿Qué estás insinuando?

—Lo que oyes. Si se han tomado tantas molestias hasta ahora para evitar su retorno, ¿por qué se van a detener ahora?

Johan sonrió, como si ya hubiera previsto esa posibilidad.

—No te preocupes por eso. Don Bertrán en persona va a permanecer con Luis durante todos los preparativos del viaje. Cuando esté listo, ambos viajarán juntos acompañados de todo el séquito y la escolta armada del noble, para mayor seguridad.

—¿Para mayor seguridad?

—¿Acaso lo dudas? —preguntó sorprendido Johan—. Don Bertrán me ha prometido que la seguridad de Luis es, en estos momentos, lo más importante para él.

—Por supuesto que lo dudo. Ese noble oculta algo. ¿No te extraña todas las molestias que se está tomando? Será muy amigo de Luis, pero su comportamiento no me parece normal. Una

persona de su elevada posición social, ¿recorre media Europa para entregar una simple carta? Eso lo hacen los lacayos o sirvientes. No me negarás que es un noble un tanto atípico.

Johan se quedó en silencio. El comportamiento de don Bertrán tan solo tenía una posible explicación, que fuera miembro del Gran Consejo y estuviera tratando de ayudar a su número uno a retornar a España, y así poder continuar su labor de protección del árbol. Pero todo ello no se lo podía contar a su hijo. Aún no había llegado ese momento.

«Está claro que mi padre me oculta algo», pensaba mientras tanto Batiste. «No sé si pensaré contármelo algún día, pero desde luego lo pienso averiguar antes».

Aunque lo más probable era que Johan tuviera razón, lo verdaderamente preocupante era que el comportamiento de don Bertrán podía tener más de una posible explicación, y Johan no parecía reparar en ella. Estaba cegado por el resplandor del noble.

EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE

—Nos estás tomando el pelo. No es compatible que Álvaro me dijera la verdad con que la gargantilla del señor conde exista. Ambas cosas no pueden ser ciertas a la vez —dijo Carlota, con cara de incrédula y también sorprendida.

—Te aseguro que es perfectamente posible, si me dejas seguir con la explicación —le contestó Rebeca.

—Adelante, a ver cómo sales de esta —dijo Carlota, desafiante—. Lo tienes muy difícil, por no decir imposible.

—Después de la reunión del martes pasado, hablé con mi tía acerca de lo que nos había contado Carlota. Se quedó muy intranquila, y citó al detective Richie Puig el miércoles a mediodía en la comisaría. Él también estaba preocupado por lo que mi tía le había anticipado por teléfono.

—¡Claro que lo debía estar! Se había descubierto su gran mentira —exclamó Carlota.

—De eso nada, Richie no nos había mentado en nada.

—¿Y qué pretexto os dio para todas las inconsistencias de su historia?

—En realidad, más que excusas como tú dices, nos dio un cursillo de cómo funcionan los bajos fondos de la ciudad, de cómo suele trabajar la policía y los detectives privados en casos como este.

—¿Mintiendo e inventándose historias? —insistió Carlota.

—Mira que eres pesada. Anda, déjame seguir y lo comprenderás todo.

—Adelante, adelante —contestó incrédula Carlota.

Los detectives no suelen explicar su sistema de trabajo, tan solo se limitan a ofrecer los resultados a sus clientes. En esta ocasión, Richie hizo una excepción y nos contó a mi tía y a mí todos los entresijos de su investigación. Pensar que no les gusta revelar ni sus fuentes ni sus métodos.

—Venga, no le des más vueltas, ve al grano —dijo un impaciente Fede.

—¿Sabéis qué hacen cuándo se les plantea el caso de una joya desaparecida? ¿Os creéis que, en principio, se dedican a visitar, una por una, todas las joyerías de la ciudad?

—Supongo que sí, a ver si algún joyero la ha visto —dijo Charly.

—Respuesta equivocada. Las joyas robadas se mueven por otros círculos diferentes, no esperes encontrarlas expuestas en los escaparates de las joyerías en el centro de la ciudad, ni registradas en un libro oficial de entradas.

—¿Y cuáles son esos círculos? —preguntó Almu.

—La inmensa mayoría de los joyeros son gente honrada, pero hay algunos piratas que no lo son. Tanto la policía como los detectives conocen a los sospechosos habituales. Lo primero que

hacen es acudir a ellos y preguntarles. Exactamente eso es lo que hizo Richie Puig aquel sábado de mayo.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Carlota con el gesto serio, pensando en que Álvaro pudiera ser uno de esos piratas.

—No lo que te estás imaginando. Resulta que Sergio Enguix, el padre de Álvaro, es un viejo conocido de la Policía. De hecho, hace muchos años, incluso llegó a pasar un mes encerrado en la cárcel, condenado por receptación.

—¿Receptación? ¿Eso qué es? —preguntó Charly.

Fede se anticipó a la explicación de Rebeca, y sacó a relucir sus conocimientos jurídicos.

—Es un delito tipificado en nuestro Código Penal. Más o menos viene a decir que lo comete aquel que, conociendo la comisión de un delito contra el patrimonio en el que no haya intervenido como autor o como cómplice, adquiera u oculte lo sustraído. Resumiendo, lo que supongo que nos está queriendo decir Rebeca es que a Sergio Enguix le pillaron comprando joyas robadas, ¿no es así?

—Exactamente así fue Fede, gracias por la explicación técnica. El padre de Álvaro formaba parte de ese grupo de joyeros poco escrupulosos con los bienes robados. Fijaros que digo «formaba», porque parece que su breve paso por la cárcel lo reformó, y desde entonces su negocio es perfectamente legal, incluso colabora con las fuerzas de seguridad.

—¿Es un soplón? —preguntó emocionada Almu.

—Algo así, supongo —contestó—. Desconozco su papel exacto.

Carlota seguía sin estar convencida con la historia de su amiga.

—Perdona Rebeca, pero no entiendo qué tiene que ver todo lo que nos acabas de contar con las mentiras del detective y la gargantilla del señor conde —dijo, sin poder aguantarse.

—¿Qué impaciente! Deja que continúe con el relato. Existen dos tipos de joyerías, aquellas que tan solo comercializan joyas y las tradicionales, dónde el joyero también dispone de un obrador y puede fabricarlas. Sergio Enguix, antes de su jubilación, era un joyero artesano. Su hijo no lo es. De hecho, cada vez quedan menos joyeros artesanos, es una profesión en vías de extinción.

—Es una lástima, ¿y qué? —preguntó Carlota.

—Los joyeros artesanos precisan de bastante espacio para desarrollar su actividad. Pensar que, entre otras muchas cosas, necesitan un horno de fundición de metales. Los alquileres en el centro de la ciudad son prohibitivos, así que es habitual que tengan, por un lado, la joyería en el mejor emplazamiento que puedan conseguir, y por otro lado el taller, en las afueras, donde los alquileres son más económicos. Sergio Enguix tiene su obrador, desde hace más de treinta años, en una travesía de la avenida Burjassot, lejos del centro y cerrado al público. Es un espacio de trabajo, no una tienda.

—¿Quieres decir que, en realidad, el detective visitó a Sergio Enguix en su taller y no en la tienda? —preguntó Jaume.

—Exacto, por eso Álvaro decía la verdad cuando afirmaba que no lo conocía de nada —contestó Rebeca.

—Pero Álvaro también dijo que su padre se jubiló y no pisaba el negocio desde hacía tres años —dijo Carlota.

—Probablemente no habrá pisado la joyería en ese tiempo y también estará jubilado, pero parece que aún trabaja en su taller artesano. Su hijo dijo la verdad, pero omitió algún detalle —respondió Rebeca.

—Es comprensible que lo hiciera. La pensión de jubilación es incompatible con seguir trabajando, aunque sea a puerta cerrada en un obrador privado —dijo Fede—. Si la Seguridad Social lo descubriera, podría perder la prestación económica. No es algo para ir contando por ahí.

Rebeca concluyó su relato.

—Como ya habéis adivinado, Richie Puig visitó a Sergio Enguix en su taller, no en la joyería del centro de la ciudad. Allí es donde hace el mantenimiento y repara las joyas. Parece ser que no se ha reformado del todo, aún comete alguna pequeña ilegalidad. A pesar de que ya no compra mercancía robada, hace reparaciones a joyas sin preguntar su procedencia e incluso sin incluirlas en ningún libro de entradas, como debería ser su obligación. El conde de Ruzafa acudió a él precisamente por eso. Insistió de forma expresa en que no quería que la gargantilla figurara en ningún registro. Ahora sabemos el motivo, contenía la mitad del mensaje que conducía a la localización del árbol judío y no quería ir dejando pistas innecesarias por ahí. Lo que no pudo prever es que el joyero le hiciera una fotografía, que luego le visitara un detective, que se la tuviera que entregar y que después de todo este periplo, esa fotografía acabara en nuestras manos.

—Entonces Álvaro no mintió en nada. El no sabe que esa joya existe, no conoce de nada a Richie ni le dio ninguna foto, ni la gargantilla figura en ningún libro oficial de la joyería. Es cierto que ocultó que su padre seguía trabajando en su taller, pero esa parte es comprensible —dijo Fede.

—Ahora entiendo por qué querías contarnos toda esta historia antes de que llegara Álvaro —dijo Carlota.

—Claro, ya sabemos la verdad, pero no se la debemos de contar a Álvaro. No tenemos ni idea si sabe que su padre es un confidente de la policía, ni siquiera conocemos si está al tanto de su pasado delictivo —dijo Rebeca—. A ver si vamos a crear un conflicto familiar. Además, tampoco me apetece dar explicaciones a una persona que no conozco de todo el tema del Gran Consejo y del árbol judío. Ya estoy un poco saturada de ese asunto, es un tema cerrado.

—No podremos contarle todo eso, pero sí hacerle algunas preguntas de forma discreta, para confirmar el relato del detective —insistió Carlota.

Rebeca se alarmó un tanto.

—A ver qué le dices, no te pases que te conozco. En ningún caso te va a reconocer que su padre trabaja a escondidas de la Seguridad Social para cobrar la pensión de jubilación —dijo Rebeca—. Es absurdo preguntarle por esa cuestión.

—No soy idiota, eso no se lo voy a preguntar —contestó Carlota, que estaba claramente fastidiada. Creía que había hecho un gran descubrimiento y que el Gran Consejo aún existía. Le habían quitado un caramelo y no le gustaba.

Carlota no era la única que estaba contrariada.

—Ahora que le empezaba a coger el gusto a las conspiraciones, resulta que ya no hay ninguna —dijo Carol—. ¡Vaya fastidio, he llegado unos meses tarde!

Rebeca estaba muy extrañada con todos los miembros del *Speaker's Club*. ¿Cómo era posible que nadie hubiera hecho la pregunta más importante?

16 DE SEPTIEMBRE DE 1522

—Antes que nada, quiero agradecerte profundamente que una persona de tu posición se haya tomado la molestia de desplazarse hasta Lovaina para entregarme en mano esta carta.

—Ya sabes lo que me importas Luis. No quería que se repitiera el lamentable incidente que se produjo con el fraile dominico Severo, cuando no te transmitió la oferta del duque de Alba y no pudiste regresar a España. Ni siquiera te entregó mi carta.

—¡Ese desgraciado! Aún me acuerdo de su infamia.

—Cuando me enteré que la Universidad de Alcalá de Henares te ofrecía la cátedra vacante de Antonio de Nebrija, visité a Johan Corbera para darle la noticia. Sabía que se alegraría.

—Un gran amigo, sin ninguna duda.

—Estaba muy preocupado por ti.

—¿Preocupado? ¿También te contó el tema de mis finanzas?

—¿Tus finanzas? No, de eso no me dijo nada. ¿Tienes problemas?

—Alguno, pero eso no viene al caso. ¿Entonces por qué estaba preocupado?

—Por el tema económico, no te preocupes a partir de ahora —afirmó don Bertrán—. Yo me haré cargo de la parte que esté a mi alcance.

—Te lo agradezco —contestó Luis—, pero entonces, ¿por qué estaba Johan preocupado por mí?

—Estaba intranquilo por fray Severo.

—¿Por ese desgraciado? ¿Por qué?

—Porque piensa que jamás un fraile dominico de la orden de predicadores, por su propia iniciativa, se hubiera arriesgado a desairar al mismísimo duque de Alba con semejante engaño. Cree que debe haber alguna persona más poderosa que le diera instrucciones.

Luis se quedó pensativo.

—¿Más poderosa que don Fadrique? Pocos sois los que gozáis de esa gracia. ¿Con qué fin?

—¿No lo entiendes? ¡Para evitar que vuelvas a España!

Luis se quedó pensativo durante unos instantes.

—No lo comprendo, ¿quién puede no querer que regrese a España? No se me ocurre nadie.

—¿En serio? Pues a mí sí, por ejemplo, el Santo Oficio de la Inquisición.

Luis casi se atraganta de la risa con el vaso de agua que se estaba bebiendo.

—¡Mira que eres bromista! ¡Y me lo dices precisamente tú! En realidad, tenía que ser yo el

que no quisiera regresar, no al revés. Ellos me recibirían encantados, con las maderas y la hoguera preparada.

—Johan Corbera piensa que existe una mano negra detrás de todo este asunto —afirmó don Bertrán.

—Johan siempre se preocupa demasiado por mí.

Se hizo el silencio durante un instante entre ellos.

—Luis, la verdad es que no he venido tan solo por entregarte la carta en mano, en realidad hay otro motivo más importante que no te he contado.

Luis Vives se quedó esperando que su noble amigo continuara la conversación, aunque parecía que estuviera eligiendo las palabras apropiadas.

—Tengo que ayudarte a organizar tu viaje de vuelta a España —dijo, al fin—. No va a ser fácil. Sabes que España y Francia están en guerra ahora mismo. Es una complicación, ya que no resulta nada seguro viajar por tierra. Tendremos que ponderar la opción marítima, y ello lleva serias complicaciones de organización. Le prometí a Johan que tu seguridad estaría por encima de todo.

—¿En barco? Pero eso debe ser muy caro.

—El dinero no es problema, ya te lo he dicho. No te preocupes.

Luis sí que estaba preocupado, pero no por el tema económico. Conocía que su amigo era rico. No sabía por qué, pero Luis tenía la extraña sensación que la organización de su viaje no era el verdadero motivo de la llegada de don Bertrán a Lovaina. Estaba claro que le ocultaba algo. Lo conocía muchos años, desde la época de la corte real en Flandes, cuando acabó sus estudios en la Sorbona de París y vivió una temporada con la familia Valldaura en la ciudad flamenca de Brujas. Sabía cuál era su verdadera actividad en aquella ciudad, y ello era lo que le tenía preocupado.

«Si Johan Corbera tiene dudas, yo también debería tenerlas», pensó Luis, que confiaba en la sensatez de su amigo. «Es mucho más inteligente de lo que parece, además siempre ha sido muy intuitivo. Sus aseveraciones, casi siempre, habían acabado siendo ciertas».

Estaba intranquilo y tenía motivos.

EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE

—Voy a ir al baño, antes de que llegue Álvaro —dijo Rebeca.

—Aprovecho y te acompaño —respondió de inmediato Carlota.

Subieron las escaleras hasta los aseos del *pub* Kilkenny's. Eran las siete y media en punto.

—¿Estás nerviosa porque venga tu pareja al club en apenas unos minutos? —preguntó Rebeca —. Desde luego yo lo estaría, estaría muerta de vergüenza.

—Primero, no es mi pareja. Que hayamos tonteado y algo más en verano no lo convierte en mi consorte. Segundo, estoy muy a gusto como tú, *single*. No me apetece complicarme la vida, y más ahora con la dependencia de mi madre. Mis hermanos me ayudan, pero aun así requiere asistencia casi las veinticuatro horas.

—¿Mejora algo?

—No. Aunque quede mal decirlo, estamos esperando su fallecimiento. Está sufriendo ella, no solo por su enfermedad, sino por ver a todos sus hijos pendientes de ella. Siempre ha sido muy independiente y lo lleva fatal. Además, ya sabes lo que tiene, el maldito bicho. Es terminal, no hay ninguna esperanza.

—¿Terminal?

—Ya no volverá al hospital, la última vez la mandaron a casa para morir en paz, rodeada de su familia. Por eso han venido mis hermanos a vivir temporalmente a la vivienda, más que para ayudarme, que también, el motivo real es para acompañarla en sus últimos días.

—Es triste, lo siento de verdad. No lo sabía.

—Aunque llevamos tiempo haciéndonos a la idea, no por eso duele menos.

Bajaron las escaleras, justo cuando vieron como se acercaba una persona a la mesa del club. Carlota acudió a su encuentro y lo acompañó hasta su rincón.

—Chicos, os presento a Álvaro Enguix, la persona de lo que os he hablado estos días.

«¡Caramba con la petarda! Tiene buen gusto», pensó Rebeca. Era moreno, con los ojos oscuros, barba corta y pelo largo recogido en una coleta. Iba impecablemente vestido, hasta con chaleco. «Supongo que es normal, viene de trabajar en una joyería de lujo», se dijo. No era alto, pero Carlota tampoco, así que hacían buena pareja. Parecía en buena forma física.

Cada uno de ellos se fue presentando, estrechándole la mano. Le dieron la bienvenida de forma oficial al *Speaker's Club* con la tradicional pinta de *Murphy's Irish Red*. La cerveza irlandesa de Cork era una institución en el club. Todas las personas que asistían por primera vez a una reunión tenían que beber una de ellas, y Álvaro no fue una excepción. Ya conocía el *pub* y la cerveza, así que tampoco le resultó demasiado extraño. Todos brindaron con él.

Cuando terminó el ritual iniciático del nuevo miembro del club, de repente y sin venir a cuento, Charly pidió silencio y sacó un papel de su bolsillo. Rebeca se horrorizó. «¿No le habrán

preparado una encerrona a Álvaro en su primer día?», pensó espantada, «este ya no vuelve más».

—Señoras y señores, hoy celebramos un acontecimiento singular —empezó a decir Charly—, porque precisamente hoy tenemos entre nosotros a una prominente persona de la sociedad valenciana.

«¡Qué pelota!», pensó Rebeca.

—Su presencia en el *Speaker's Club* es para nosotros un motivo de profundo orgullo y satisfacción, aunque apenas nos enteráramos hace dos o tres días.

«Ahora habla como el rey emérito Juan Carlos», se dijo Rebeca. «Va a conseguir avergonzar a Álvaro».

—Como pequeña muestra de reconocimiento, tenemos el honor de entregarle este modesto trofeo, confeccionado con mucho cariño por todos los miembros de nuestro club. Sabemos que no está a su altura, pero cada pedazo del mismo contiene una porción de nuestro corazón.

«¿Qué tonterías está diciendo este loco cursi?», pensó extrañada Rebeca con el discurso de Charly, y eso que estaba acostumbrada a sus salidas de tono.

De repente, se apagaron las luces del rincón del *Speaker's Club*. Rebeca vio cómo Dan, el camarero, se dirigía lentamente hacia ellos, con un objeto en sus manos. Se giró a mirar a Carlota, a ver qué expresión tenía su amiga en el rostro, con la broma que le estaban gastando a su rollito. Estaba extrañamente risueña. «¿Está en el ajo de este espectáculo y no le importa?», se preguntó. No se lo podía creer.

Dan llegó por fin hasta su mesa, y encendió unas bengalas que estaban incrustadas en el objeto que portaba. Cuando se iluminó, Rebeca pudo observar que llevaba en sus manos una antena de televisión de interior muy antigua, de las de cuernos, además medio escacharrada. Era de las que se solían poner encima de los televisores en el siglo pasado, antes de la llegada de la era digital. Era una antigualla.

«¡Ay Dios!», pensó Rebeca, completamente abochornada, cuando comprendió lo que significaba todo aquello. Se le vino el mundo encima de la vergüenza. Había sido una ingenua, una vez más.

—Rebeca Mercader, tenemos el orgullo de concederte el Premio Antena de Cuernos a la persona más famosa de nuestro club —dijo Charly, con esa voz solemne que tan bien sabía imitar, mientras le entregaba aquel cacharro.

Todos rompieron en aplausos, no solo los miembros del *Speaker's Club*, sino también los restantes clientes del *pub*, que un viernes por la tarde estaba completamente abarrotado.

—¡Os mato a todos! —exclamó Rebeca.

Se levantaron a abrazarla.

—¿Cuándo pensabas contarnos tu nominación al Premio Ondas? —dijo Almu—. Nos hemos tenido que enterar por la prensa, ¿no te da vergüenza?

—Vergüenza me da este espectáculo que me habéis organizado, canallas —contestó, aún ruborizada.

—Te lo mereces por ocultarnos esa noticia. Para una vez que tengo una amiga famosa, va y no me entero —dijo Fede.

—¡Que tiemblen Ana Rosa y Jorge Javier, que llega Rebeca al mundo de la farándula! — exclamó Charly, riéndose.

—Sois unos bandidos.

—En realidad, lo hemos hecho para que te pagues una ronda de cervezas, que seguro que nos estabas ocultando la noticia para escaquearte —dijo Xavier.

—Pago la ronda si me dejáis en paz y os sentáis todos, que hasta aquel grupo de japoneses me está haciendo fotos —dijo Rebeca, mientras señalaba a unos orientales en un extremo del *pub*, cámaras en mano—. No sé quién se creerán que soy.

—Taylor Swift —dijo Charly, partiéndose de risa—. No me extrañaría que se acercaran a pedirte un autógrafo dentro de poco.

Todos hicieron caso a su amiga, y se sentaron en la mesa. Rebeca cumplió su palabra y encargó a Dan otra ronda de cervezas.

—Es una nominación muy importante Rebeca, no sé si eres consciente de lo que has conseguido. Pase lo que pase, tu carrera profesional ya no volverá a ser como antes —dijo Carmen, con ese tono tan pausado que la caracterizaba.

—*Ya nada volverá a ser como antes*. ¿Ese tema de qué grupo era? ¿Del desaparecido El Canto del Loco? —preguntó Bonet, que le gustaba mucho la música.

—Sí —contestó Charly—, con Dani Martín al frente.

—No os creáis que no estoy espantada, y más cuándo no lo he buscado. Os aseguro que no me gusta nada —reconoció Rebeca.

Decidió cambiar de tema, ya estaba bien de hablar de ella. En el fondo sentía una gran vergüenza.

—Pero hoy el protagonista de la reunión debería ser nuestra nueva incorporación, no yo. A mí ya me conocéis muchos años —dijo, mirando hacia Álvaro.

—Eso, eso —dijo Xavier.

Carlota tomó de inmediato la palabra, casi sin dejar reaccionar a los demás.

—¿Tienes un taller, aparte de la joyería de la calle San Vicente? —preguntó, así de sopetón.

«¡La mato!», pensó Rebeca. «¿Qué demonios entiende por ser discreta?».

Álvaro se sorprendió por lo extraño de la cuestión.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque he visitado tu joyería y es muy pequeña. No me parece que haya espacio para un taller —contestó Carlota.

—Tienes razón. Tenemos un local alquilado que utilizaba mi padre antes de jubilarse, dónde reparaba y fabricaba joyas, cerca de la avenida Burjassot.

—¿Aún lo conserváis?

—Sí, aunque ahora nadie lo usa.

—¿Y para qué pagáis el alquiler de un local que no utilizáis? ¿Os sobra el dinero? —siguió preguntando Carlota, con la sutileza de una zapatilla de esparto.

—No nos sobra el dinero ni mucho menos, es más una cuestión sentimental. Allí nació nuestro actual negocio de joyería hace casi cuarenta años. Fueron tiempos muy difíciles, incluso mi padre tuvo algún problemilla menor con la justicia en los primeros tiempos. Ahora es un almacén abandonado, pero lo conservamos con cierta veneración. De vez en cuando lo visitamos.

«Objetivo cumplido», pensó Carlota. «La historia de Richie Puig queda confirmada». Se quedó en silencio.

«Menos mal que Álvaro no parece haber sospechado nada de este interrogatorio tan a bocajarro de la petarda», pensó aliviada Rebeca. «Está claro que no conoce el significado de la palabra sutileza».

Ambas se quedaron aparentemente tranquilas, aunque la principal cuestión seguía sin ser planteada. Era extraño, y mucho.

18 DE NOVIEMBRE DE 1522

—Ya está todo organizado, Luis. El barco partirá del puerto de Amberes el día 3 de enero. Debes empaquetar todas tus pertenencias y prepararte para el viaje.

—Eso será rápido, apenas tengo nada que llevar conmigo.

—Dispones de poco más de un mes para despedirte de tus amistades.

—También será rápido —contestó con algo de melancolía Luis—. Tampoco he cultivado tantas.

—Desgraciadamente tengo que dejar Lovaina de inmediato y no podré viajar contigo en el barco. Asuntos urgentes me reclaman en España, no puedo demorarlo.

—¿No decías que no era seguro viajar por tierra?

—Y no lo es, la guerra entre Francisco I de Francia y nuestro rey Carlos se recrudece por momentos, pero no puedo esperarme a la fecha de partida del barco. Es demasiado tarde para mí.

—Pero tú eres una personalidad reconocida. El rey francés estaría encantado de capturarte —insistió Luis.

—Tranquilo, no te preocupes por mi seguridad, tomaré medidas a la altura de la amenaza, no soy idiota.

Luis decidió cambiar de tema y abordar una cuestión espinosa. Tenía la sensación de que su importante amigo no le había contado algo trascendente.

—Debo hacerte una pregunta —dijo Luis— y quiero que seas sincero en su respuesta.

—Adelante —dijo con curiosidad el noble.

—¿Cuál es el motivo real de tu presencia en Lovaina?

—¿Esa es la pregunta? Vaya tontería, pues entregarte la carta de la Universidad de Alcalá de Henares en persona, para evitar que se pierda por el camino, como ocurrió con la oferta del duque de Alba.

—Eso ya lo sé. Me refiero al otro motivo.

Se hizo un silencio incómodo entre ellos.

—¿El otro motivo?

—¿Vas a repetir mi pregunta o a contestarla?

Don Bertrán hizo una pequeña pausa, mirando a los ojos de su amigo antes de seguir hablando.

—Me temo que debo responderte con otra pregunta, ¿conoce Johan Corbera mi verdadera identidad? También espero una respuesta sincera por tu parte.

Ahora el sorprendido era Luis.

—Jamás le he contado nada, ¿por qué me preguntas eso?

—Porque ese es el verdadero motivo de mi presencia en Lovaina. Ahora ya lo sabes.

—¡Qué dices! —exclamó espantado Luis—. ¡Jamás le ha dicho nada! No debes tener ninguna duda al respecto.

De todas maneras, aquello sí que era preocupante de verdad.

EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 8 DE SEPTIEMBRE

Rebeca había convencido a su amiga Carlota para que hiciera deporte con ella. Rebeca era una magnífica corredora, entrenaba con frecuencia desde hacía años, solía disputar todas las pruebas que podía del circuito de *running* y no quedaba nada mal clasificada. Sin embargo, Carlota era todo lo contrario, no era nada aficionada al ejercicio, y menos a correr. «Además de aburrido, correr es de cobardes», le gustaba decir. También tenía una antigua lesión en la muñeca izquierda que le fastidiaba un poco después de hacer ejercicio. Rebeca insistió y la terminó convenciendo con el pretexto de la enfermedad de su madre. Habían quedado en el cauce del río a las cinco de la tarde, cuando el sol ya no castigaba con tanta fuerza.

—¿Estás segura de que esto de correr es bueno? —dijo Carlota, nada más encontrarse con Rebeca—. Yo no termino de verlo claro. Estoy en muy mala forma física.

—Correr es un deporte mental —contestó Rebeca, intentando animar a su amiga.

—Pues entonces lo llevo claro, porque estoy medio chalada —dijo riendo Carlota.

—¿Sabes lo que dijo Jimmy Carter, el que fuera presidente de los Estados Unidos?

—Sí, que el mundo se había vuelto loco.

—No, idiota, eso no —contestó Rebeca, riéndose también. Su frase textual creo que fue «todo el que ha corrido sabe que su valor más importante es que elimina tensión y que permite liberarse de cualquier otra cosa preocupante que pueda traer el día». ¿Lo comprendes? Te ayudará a desestresarte por la enfermedad de tu madre, ya lo verás.

—Lo único que tengo claro es que me ayudará a tener unas tremendas agujetas mañana. Menos mal que será domingo.

—Venga, vamos a empezar, que si seguimos hablando se nos hará de noche. No te preocupes que iré a un ritmo lento. En cuanto te canses, me lo dices y paramos.

—Ya estoy cansada solo de pensarlo.

Rebeca cogió por la espalda a su amiga y la empujó, mientras ambas se reían. Empezaron a correr. La verdad es que Carlota respondió mejor de lo esperado. Hasta pasada media hora no pidió un descanso.

—Sin duda llevas una deportista dentro de ti —dijo Rebeca, intentando levantar el ánimo de su amiga.

—Pues me la debo haber comido, porque me pesan hasta los párpados —contestó Carlota, que apenas podía articular palabra.

Rebeca no pudo evitar reírse.

—Eso es una buena señal, no has perdido tu sentido del humor.

—¿Mi sentido del humor? Voy camino de perder hasta mi dignidad.

—Anda, no seas quejica. Ahora damos la vuelta y volvemos. Para ser el primer día no estará

mal.

—¿Corriendo?

—¡Pues claro! Si ya has hecho el camino de ida, el de vuelta lo tienes chupado —contestó Rebeca, mientras abría su mochila y le pasaba una botella a Carlota—. Anda, hidrátate un poco y en cinco minutos regresamos. En cuanto estés preparada.

—¿Has traído cerveza? ¡Qué buena idea! —dijo Carlota, mientras le pegaba un buen trago a la botella—. ¿Esto qué es? ¡Sabe a rayos! —exclamó, haciendo una mueca de asco.

Rebeca no pudo evitar reírse al ver la cara de repugnancia de su amiga.

—¿Cómo vamos a tomar alcohol mientras hacemos deporte? Es una bebida isotónica. Mejora la absorción del agua, además lleva potasio, magnesio y calcio, entre otros minerales.

—Pues esos minerales están malísimos. Es como chupar una piedra. Yo me hidrato más a gusto con una cerveza tostada, bien fresquita.

—Si te apetece, cuando volvamos, pasamos por mi casa y nos tomamos una de esas —dijo Rebeca, intentando estimular a su amiga.

—Ahora sí que me has animado a correr. ¿A qué no me pillas? —dijo Carlota, mientras se lanzaba al trote.

Continuaron por el cauce del río, hasta alcanzar el punto de partida. También lo hicieron de una sola vez, sin parar. Al llegar, Carlota no pudo aguantarse en pie y se sentó en la hierba, resoplando.

—Estoy molida, ¿me llevas a caballito hasta tu casa? Además, cada vez que hago deporte se me resiente la lesión que tengo en la muñeca izquierda, ¡y no veas cómo duele!

—¡Pero si lo has hecho muy bien! ¿Recuerdas la frase de Jimmy Carter? Correr permite liberarse de cualquier otra cuestión preocupante que pueda traer el día.

—A ese tío lo estrangulaba ahora mismo con mis propias manos, seguro que no corrió en su vida —contestó Carlota—. Después de una paliza así, tu única preocupación para el resto del día es recuperarte y volver a respirar como una persona normal, no como *Darth Vader* en *Star Wars*.

—Yo soy tu padre —Rebeca repitió la célebre frase de la película, que había pasado a la posteridad.

—Mi padre no sé, pero ahora mismo me gustaría ser *Luke Skywalker* para matarte.

Se rieron a gusto, aunque no sabían lo equivocadas que estaban, Rebeca, Carlota y hasta el propio Jimmy Carter. Las preocupaciones no habían ni comenzado.

Les esperaba una buena sorpresa a la vuelta de la esquina.

3 DE ENERO DE 1523

Luis Vives estaba frente al barco que debía devolverle a España. Tenía sentimientos encontrados. Hacía más de trece años que había abandonado su ciudad, Valencia, acuciado por la saña de la Inquisición española, que había condenado a la hoguera a la mitad de su familia. No sabía qué pensar, ni siquiera sabía qué sentía en realidad. ¿Era alegría o era tristeza? ¿Era esperanza o desconfianza? Y, sobre todo, ¿qué se iba a encontrar en su país? Añoraba su ciudad, su clima y sus colores, pero era un ciudadano de Europa, y Flandes había sido su hogar durante demasiado tiempo. Se había desarrollado como persona y como humanista entre Brujas y Lovaina. En definitiva, sus sentimientos parecían un rompecabezas desordenado. Sentía que su patria era todo el mundo. Ni siquiera le apetecía poner algo de orden en aquella maraña de sentimientos encontrados.

—¿Luis Vives? —preguntó una persona de aspecto desaliñado, con un uniforme que parecía que no había sido lavado en mucho tiempo.

—Sí, soy yo.

—Soy el capitán Francis Drammer de la nao Saint Nazaire. Tengo instrucciones expresas de asegurarme que tenga una travesía lo más cómoda posible hasta el puerto de Santander.

—Muchas gracias señor Drammer.

—Con Francis será suficiente. ¿Lleva equipaje?

—Tan solo este baúl.

—Zarpamos en dos horas —dijo el capitán, mientras subía al navío—. Acompáñeme.

Luis cogió su equipaje y siguió al capitán. Subieron a bordo del barco. La cubierta estaba recién baldeada y parecía en un estado decente de limpieza, aunque los fuertes olores enseguida impregnaron las fosas nasales de Luis. Francis se dio cuenta del gesto de desagrado.

—No se preocupe, en apenas unas horas ya se habrá acostumbrado.

El capitán lo acompañó hasta debajo de la cubierta, y le señaló un pequeño camastro.

—Puede dejar el baúl debajo. Si no quiere que acabe en el otro extremo de la nao, asegúrelo con las correas. Esperamos un temporal.

Luis miró a su alrededor. No era el primer viaje que hacía en barco, y aquel no estaba mal del todo. Había dormido en sitios bastante peores.

De repente, escuchó una voz detrás de él.

—Buenos días caballero, ¿usted quién es?

Luis se sobresaltó, no se había percatado de la presencia de nadie más a su alrededor.

—Hola, buenos días, soy Luis, ¿y usted?

—Soy Richard Foxe, comerciante inglés, aunque resido en Brujas. Compro vino y vendo telas de lujo en España. Viajo con frecuencia en esta ruta, para mí es una rutina.

—Encantado de conocerle señor Foxe —contestó Luis, aún sorprendido.

—¿A qué se dedica? Nunca le había visto en este barco ni por estas aguas.

—Soy profesor y escribo libros. He estado dando clases en Lovaina y Brujas, así que no suelo viajar por mar.

—¿Luis? ¿No será por casualidad Luis Vives?

—Sí, ¿me conoce?

—No personalmente, pero su fama le precede. Soy amigo de Bernardo Valldaura.

—¿Qué coincidencia! Estuve viviendo en su casa de Brujas una buena temporada, hace ya diez años.

«¿Coincidencia?», pensó Luis. Se estaba volviendo un poco paranoico. «¿Cuántas personas viven en Flandes? ¿Y me toca en mi camastro contiguo a una que me conoce? ¿Qué probabilidad hay?».

—No se ofenda, pero no parece comerciante —le dijo Luis, observando con detenimiento a su acompañante, de formas esféricas bastante pronunciadas, por decir de una forma suave que estaba gordo como un tonel.

—¿Lo dice por mi edad o por mi barriga? —contestó riendo Richard, mientras miraba a la cara de Luis—. Por la expresión de su rostro ya veo que por ambas cosas.

Luis se azoró un poco. No debía haber pensado eso, supuso que su cara transmitió su reflexión.

Richard Foxe parecía una persona de buen humor.

—No se preocupe, no me ofendo, ya estoy acostumbrado a esa frase. Me gusta comer bien y no sé hacer otra cosa, así que hasta que me muera seré comerciante —contestó.

Ambos se acomodaron y antes de sujetar su equipaje a las correas, Luis sacó un libro del baúl. Subió a la cubierta.

Observó las maniobras de los marineros, preparando los aparejos, los cabos y comprobando el estado de las velas y de las jarcias, para ser soltadas de los norayes, que eran los bolardos que sujetaban al barco a tierra. Sin duda estaban iniciando los preparativos para zarpar del puerto de Amberes en unos minutos, no creía que se demoraran más.

Se sentó dónde pudo, encima de un barril e intentó despejar su mente con la lectura de cualquier libro. No quería pensar en el rompecabezas de sentimientos encontrados, ni adónde se dirigía, le causaba profunda desazón.

En realidad, ni siquiera se lo imaginaba.

EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 8 DE SEPTIEMBRE

—Venga, que ya estamos llegando —dijo Rebeca. Vivía en el Paseo de la Alameda, apenas a unos metros del cauce del río, por dónde habían corrido.

—Lo único que me mantiene en pie es pensar en esa cerveza fría que me espera en tu casa —contestó Carlota, que le costaba hasta andar.

—Tengo dos llamadas perdidas de mi tía de hace media hora —dijo Rebeca, mientras miraba el móvil—. No sé qué querría, pero total, la vamos a ver en unos minutos, no se las devuelvo.

—A ver si se le ha acabado la cerveza —dijo Carlota.

—Eso no ocurre jamás en mi casa, estate tranquila —le contestó Rebeca, mientras sonreía mirando a su amiga. Estaba orgullosa de ella. Había conseguido casi lo imposible, sacar a correr a Carlota y además se había comportado mucho mejor de lo esperado.

Subieron a casa y Rebeca abrió la puerta. Nada más entrar escucharon muchas voces procedentes del salón.

—Oye, tu tía parece que tiene visita —dijo Carlota—. ¿Y si damos media vuelta y nos vamos? No tuvieron tiempo de reaccionar.

—¡Rebeca! ¡Llevo más de media hora intentando hablar contigo! —dijo Tote, mientras se giraba hacia Carlota—. ¿Cómo estás cariño?

—Mejor no preguntes —contestó—. Tu sobrina me ha sometido a una intensa y salvaje sesión de tortura.

—¿Quiénes son las personas que están en el salón? —preguntó extrañada Rebeca—. ¿Tienes visita?

—¿Te has olvidado? Me lo imaginaba, por eso te había llamado.

Rebeca estaba perpleja.

—¿De qué me he olvidado exactamente?

—Pasa y lo ves con tus propios ojos —contestó Tote—. Y tú también Carlota, no te quedes ahí plantada en la puerta.

Se asomaron al salón.

Horror.

Allí estaba la redacción de *La Crónica* casi al completo, alrededor de un *catering* perfectamente organizado. Rebeca no sabía dónde esconderse.

«¿Cómo se le ocurre a mi tía hacernos pasar con estas pintas que llevamos las dos, sudadas y con mallas?», pensó escandalizada, mientras miraba a sus jefes y compañeros, todos elegantes.

—¡Creíamos que te habías olvidado de nosotros! —dijo Tere, dándole un par de besos.

Rebeca parecía sorprendida. Reaccionó de inmediato.

—Disculpad, es que todos los sábados salgo a correr, no perdono ni uno, y se me ha hecho tarde. Siento no haber llegado puntual. Os pido mil perdones por mi despiste.

Carlota la miraba con cara de asesina en serie, de *serial killer* de cualquier película de Quentin Tarantino.

—Os presento a mi amiga Carlota Penella, hoy ha venido a correr conmigo.

Todos se saludaron y se presentaron. Estaba el director Bernat Fornell y su secretaria Alba Pajares, el jefe de la sección de política local, Ernest Ballester junto con su joven pupilo Fabio Astolfi. También el jefe de nacional, Jaime Talens, de internacional Javier Puchau, de sucesos Pere Devesa y de deportes Tommy Egea. También estaba su amiga Teresa Fabregat. Faltaba la subdirectora y jefa del suplemento de economía, Carmen María Peris, la que llevaba la sección de última hora, Herminia Camacho y la maquetadora, María Jesús Rubio, al margen del resto de subalternos, como el trasportista Adolfo Serrano. Supuso que estarían trabajando, no podían dejar la redacción completamente vacía.

—Ahora que estamos todos, propongo un brindis por Rebeca, la nueva estrella de la divulgación histórica —dijo el director Fornell, mientras levantaba su copa de cava. Rebeca y Carlota le cogieron una al camarero que pasaba con la bandeja de bebidas. Todos brindaron.

—¿Dónde puedo comprar tabaco? —preguntó Alba—. El vicio me llama.

—Justo enfrente de nuestro portal hay un estanco —le contestó Tote—, pero no permitimos fumar en el interior de la vivienda, tendrás que salirte a la terraza, lo siento Alba.

—No te disculpes, es lo lógico. Jamás fumo en espacios cerrados.

—Tu tía ha sido muy amable al invitarnos esta tarde —le dijo el director Fornell a Rebeca, mientras entablaban una intrascendente conversación. Rebeca pensó que, en este ambiente tan distendido, era una buena oportunidad para intentar sonsacarle al director algo que le rondaba la cabeza desde hacía tiempo.

—Después de la reestructuración de las mesas de la sala principal de la redacción, ¿quién se va a sentar con Tere, Fabio y conmigo? Queda una silla libre.

Fornell se rio.

—Aún es pronto para que sepáis eso, ya os enteraréis. Tener en cuenta que aún no está próxima su incorporación, faltan unas tres semanas, si todo va bien.

—¿Ya está seleccionado o seleccionada?

—Está cerca, pero me está costando más de lo previsto —respondió Fornell, con una sonrisa en la boca que Rebeca no supo interpretar.

La conversación entre todos era muy animada, aunque Carlota se sentía fuera de lugar. En cuanto pudo, cogió del brazo a Rebeca y la sacó a la terraza.

—¡Menuda encerrona! ¡Y además vestidas en mallas, por favor! Debemos estar de lo más ridículas delante de toda esta gente emperifollada.

—Te prometo que no sabía nada.

Carlota se sorprendió por la respuesta, y también por la expresión en el rostro de su amiga.

—¿Cómo qué no? Si acabas de reconocer que se te había hecho tarde y te has disculpado —le reprochó, extrañada.

Rebeca no recordaba en absoluto que su tía le hubiera contado la reunión de hoy. Es cierto que, el día que estuvo en la redacción hablando con el director, los había invitado a tomar un tentempié en casa, pero estaba segura de que no le había dicho ni día ni hora. «Además de ridículo, esto es muy raro», pensó.

Rebeca se explicó ante su amiga.

—Lo he dicho para no dejar en mal lugar a mi tía delante de todos los invitados. Te aseguro que no me había contado nada. Si lo hubiera hecho, me lo habría dicho cuando ha visto que salía de casa vestida con ropa deportiva para correr, como todos los sábados. He intentado buscar un pretexto delante de toda la gente, para que no se notara demasiado mi total sorpresa. Es imposible que ni mi tía ni yo nos olvidemos. Estoy preocupada.

—¿Principio de Alzheimer? Eres demasiado joven, no creo que sea eso, estate tranquila.

—No, idiota, no me refiero a mí. Mi tía es extremadamente organizada. Jamás se le olvidaría decirme una cosa así. Tan solo le encuentro una explicación lógica a su «olvido», por llamarlo de alguna manera.

—¡Ah! ¿sí? ¿Cuál?

—Que mi tía no tuviera ningún interés en que yo acudiera a esta reunión.

Carlota puso cara de no entender nada.

—¿Eso te parece lógico? ¿Cómo no va a querer que acudas a una fiesta organizada precisamente en tu honor? Es de lo más absurdo.

—Desconozco el motivo, pero todo esto es muy extraño. Llevo trabajando en el periódico más de tres años y mi tía jamás se ha tomado el más mínimo interés por mis compañeros. Ahora, de repente, invita a todos los jefes a casa y no me cuenta nada. Algo está pasando delante de nuestras narices y yo no lo estamos sabiendo ver.

—No te olvides que estás nominada a un Premio Ondas, no es algo que ocurra todos los días. Creo que ese detalle justifica esta pequeña fiesta, ¿no crees?

—Hazme caso, desde el principio, cuando mi tía visitó al director Fornell en el periódico, tuve la sensación de que había gato encerrado, y ahora aún la tengo más —dijo, pensativa.

Carlota cambió el tema, ya estaba bien de preocupaciones. Era una fiesta y tocaba intentar divertirse.

—Oye, el Fabio ese está imponente, ¿crees que le pondrán las chicas disfrazadas con unas ridículas mallas y medio sudadas? —preguntó Carlota, con una sonrisa burlona.

Rebeca no pudo evitar reírse.

—No lo sé, pero no te acerques a él. Es un coto de caza privado de mi compañera Tere.

—¡Qué lástima! Le iba a proponer si le apetecía correr veinte kilómetros conmigo, ahora que ya le he pillado el punto a esto del deporte —dijo Carlota, fingiendo desconsuelo.

—No te vengas arriba, campeona. Ahora estás eufórica por lo bien que lo has hecho, pero igual mañana tienes unas cuantas agujetas y te arrepientes, aunque sea un solo un poquito.

—Mañana será otro día, yo disfruto del presente.

—Pues disfruta tan solo con la vista, que si no me buscas un problema en el trabajo.

Carlota parecía distraída mirando en todas las direcciones de la terraza. En ese preciso momento salió Alba, que llevaba un cigarro en una mano y un vaso en la otra. Lo dejó en la mesa para poder encenderse el pitillo. También salió Tere. «Menos mal que hemos terminado de hablar de Fabio», pensó Rebeca. «Salen un momento antes y nos pillan».

—Veo que apenas has tardado apenas unos minutos, eso es que has encontrado el estanco —le dijo Rebeca a Alba, intentando romper el hielo.

—Era sencillo, tan solo tenía que cruzar la calle. Soy torpe pero no tanto —contestó Alba, con aparente buen humor.

—No sabía que fumaras —le dijo Tere—, nunca me lo habías dicho.

—Claro, y además nunca me habéis visto. En la redacción no lo puedo hacer —respondió Alba.

—Por cierto, Rebeca, felicita a tu tía. Este ponche que ha preparado está estupendo —continuó hablando Tere, mientras le daba un sorbo a su vaso.

Alba hizo un gesto señalándose la cabeza.

—Por si acaso, desde que he subido de comprar tabaco ya no pienso beber más. No estoy acostumbrada y ya voy algo achispada con el alcohol.

—Haces muy bien. Y tú, Tere, ten cuidado, que el ponche de mi tía es legendario por tumbar a elefantes —contestó Rebeca.

—¿Me estás llamando gorda con sutileza? —pregunto Tere, con los brazos en jarras.

—Sin sutileza —contestó Alba, sonriendo abiertamente.

—¡Oye! —exclamó Tere, haciéndose la ofendida.

—¡Pero si las cuatro estamos bebiendo lo mismo! —protestó Rebeca.

Se rieron a gusto. «Alba está simpática, a ver si no va a ser tan estúpida como parece en el trabajo», pensó Rebeca. La verdad es que no se conocían fuera de *La Crónica*. Iba vestida muy mona y ahora se había puesto un gorro rosa que le cubría hasta las orejas y unos guantes a juego, nada que ver con la ropa impersonal que acostumbraba a llevar en la redacción. «Igual la estoy juzgando mal, la gente cambia en su puesto de trabajo y luego fuera de él son de otra manera», se dijo Rebeca.

Después de una breve conversación intrascendente, aunque agradable, se incorporaron a la fiesta, con una sonrisa en la boca. «Este ratito en la terraza me ha sentado de maravilla», se dijo Rebeca, porque si pensaba en la situación, era para echarse a llorar. Todos sus jefes reunidos en su casa y ella, llegando tarde, vestida con unas ridículas mallas. Desde luego no era la mejor de las imágenes frente a sus superiores, por mucha nominación.

Rebeca los atendió a todos con la mejor sonrisa que pudo, dadas las circunstancias. La fiesta continuó sin mayores novedades hasta las nueve, que fue el momento en que todos los invitados abandonaron la casa.

—Tengo noticias frescas, ya hablaremos el lunes —le dijo Tere emocionada, mientras se

despedía en la puerta y se marchaba, junto con el resto de sus compañeros. Alba también se despidió con una marcada sonrisa. «Resulta que sabe reírse, yo que pensaba que le faltaba algún músculo facial», pensó Rebeca con maldad

—Yo también tengo noticias frescas —dijo Carlota, imitando la voz excitada de Tere y sus gestos de colegiala. Estaban solas frente al ascensor.

—¡Qué payasa eres! —le contestó Rebeca, riéndose.

—No es broma, te lo digo en serio.

—Tú no has hablado en serio en tu vida. Creo que, aunque lo intentaras, no lo conseguirías.

—Pues ahora lo estoy haciendo. Te propongo un acertijo. ¿Eres capaz de descubrir qué es lo que ha desentonado de forma estridente en esta pequeña fiesta?

—¿Estridente? Me lo has puesto muy fácil, ¡nosotras dos en mallas! —contestó Rebeca, riéndose de nuevo—. Ha sido muy sencillo.

—No, no. Hay otra cosa. Piensa, por ejemplo, en un huevo Kinder.

—¿Esos que son de chocolate?

—Sí, claro. Un huevo Kinder de toda la vida.

—¡Pero si a ti no te gusta el chocolate! —exclamó extrañada Rebeca.

—Mira por dónde ya has descubierto la primera pista —respondió Carlota, con una sonrisa incierta en su rostro.

—Anda, vete para tu casa ya. Se te ha subido el ponche de mi tía a la cabeza y estás diciendo tonterías.

Carlota insistió.

—Si no lo adivinas en lo que queda de fin de semana, el lunes te lo descubriré, pero piensa en ello, es muy curioso y al mismo tiempo extraño —dijo, a modo de despedida, con un tono de misterio.

«No puede evitar dar la nota hasta el final», pensó Rebeca, que estaba cansada, no tanto por el deporte, porque el ritmo al que había corrido esta tarde había sido muy lento para ella, sino más bien por los nervios que había pasado en el tentempié, y también la vergüenza, por qué no decirlo. La situación había sido algo incómoda.

Se dio una ducha, ya que no había podido hacerlo antes, le dio las buenas noches a su tía y se fue a su habitación.

A pesar de las divertidas ocurrencias de Carlota, Rebeca seguía preocupada. Algo no encajaba en todo este espectáculo. Esa era la palabra adecuada, espectáculo. La sensación que había asistido a una especie de representación teatral era muy intensa, y su instinto no le solía engañar.

Se puso el pijama y se acostó. A pesar de que Carlota le había dejado intrigada con ese extraño acertijo, no tardó apenas nada en dormirse.

3 DE ENERO DE 1523

—No le recomiendo que permanezca en cubierta —dijo el capitán—. Esperamos un principio de viaje algo movido.

Acababan de zarpar del puerto de Amberes, y las aguas estaban en calma. El barco surcaba el mar en completa tranquilidad.

—Pues no lo parece en absoluto —contestó Luis.

—Espere a que salgamos a mar abierto. Será mejor que se tumbe en su camastro, no va a ser agradable para una persona poco acostumbrada a viajar en barco como usted.

—¿Y cómo sabe qué no suelo viajar por mar?

—Por su amigo, el que me pagó de forma generosa para que tuviera un viaje lo más placentero posible. Entre mis obligaciones contraídas con él figuraba preguntarle de vez en cuando cómo se encuentra, además de facilitarle todo lo que precise, cualquier cosa.

—Le relevo de esas obligaciones —dijo de inmediato Luis, imaginándose al capitán importunándole sin descanso—. No se preocupe por mí, si necesito algo ya se lo pediré. De momento permaneceré en cubierta, me apetece sentir la brisa marina golpear en mi rostro.

—Como usted quiera, pero pronto esa brisa se convertirá en galerna y dejará de ser agradable que golpee su rostro —concluyó la conversación el capitán, volviendo a sus tareas.

Luis continuó leyendo el libro que había iniciado al principio del viaje. Quería despejar su mente y no pensar en el destino final de su travesía. Estaba nervioso.

—Nunca puede dejar de leer, ¿verdad?

Luis se giró, y vio que se sentaba a su lado su compañero de camastro, Richard Foxe. «Está visto que hoy no me piensan dejar en paz», pensó.

—Intento distraer mi mente —dijo Luis.

De repente, el barco dio un bandazo muy fuerte. Aunque todos los marineros estaban en sus puestos y parecían profesionales, aparentaban cierto nerviosismo.

—Parece que el capitán tenía razón, el mar se empieza a picar —dijo Richard.

—Tampoco parece nada excesivo, ¿no? —preguntó Luis, que, aunque tenía poca experiencia marítima, había navegado por aguas más turbulentas que las presentes.

—Si en este punto el mar está en estas condiciones, espérate dentro de media hora. En realidad, aún no hemos salido a aguas abiertas. Estamos pasando enfrente de Flesinga.

Cada vez el barco se movía más. Las olas golpeaban con fuerza el casco, y la espuma salpicaba la cubierta. El cielo estaba completamente encapotado y negro, y eso que eran las primeras horas de la mañana. En apenas quince minutos comenzó a descargar una fuerte tormenta

sobre sus cabezas, con profusión de rayos en el horizonte.

—Me parece que ha llegado el momento en que nos retiremos a nuestros camastros —dijo Richard—. Esto no pinta nada bien.

Luis quería permanecer en cubierta, pero en esas condiciones era absurdo. No podía ni leer y el fuerte aguacero le estaba calando hasta la ropa interior.

—Tienes razón, es hora de retirarnos —concedió Luis.

En ese momento una ola barrió la cubierta de la nao y los arrojó contra unos barriles. El barco se zarandeó como un tentetieso. Parecía a merced de los elementos.

—¿Estás bien? —preguntó Richard.

—Creo que sí, parezco entero —contestó Luis—. ¿Y tú?

—De una pieza. Mi barriga me protege.

Otra ola arrasó la cubierta. Los constantes vaivenes del barco hacían prácticamente imposible permanecer en pie.

—Deberíamos buscar un puerto seguro, esta galerna parece de una intensidad demasiado potente para lidiar con ella —dijo Richard, con cara de asustado.

—¿Un puerto seguro? —preguntó incrédulo Luis. Era una tormenta importante, pero tampoco le parecía que fuera para tanto. El barco era sólido y estaba seguro de que la podría capear.

El capitán se acercó a ellos.

—Señores, no deberían estar aquí, podrían caer por la borda.

—Ahora mismo íbamos a retirarnos a nuestros camastros —dijo Luis.

—Vamos a buscar un puerto seguro, no podemos seguir navegando con esta galerna —afirmó el capitán, contradiciendo la opinión de Luis.

—Tampoco parece para tanto, ¿no? —preguntó, preocupado.

—Realmente aún no hemos penetrado en la tormenta. Estamos simplemente en su borde exterior. Más adelante las condiciones son bastante peores.

—Estoy de acuerdo con usted, capitán —dijo Richard—. ¿Cuáles son las alternativas?

—Vamos a poner rumbo hacia Dover.

—¿Dover? ¡Eso está en Inglaterra! —exclamó espantado Luis.

—Es el puerto seguro más cercano a nuestra actual ubicación —contestó el capitán.

—¿Es completamente necesario? —preguntó Luis, que no se podía creer que fueran a atracar en un puerto inglés.

—Le aseguro que sí. Con estas condiciones, lo más responsable es buscar refugio de inmediato. Mi primera responsabilidad es la seguridad de mi pasaje, de mis marineros, de mi carga y por supuesto de mi barco.

—Mirar por donde voy a regresar a mi país sin pretenderlo, menuda sorpresa —dijo Richard.

Luis no pudo evitar pensar en la mano negra que, según su amigo Johan Corbera, parecía

querer evitar a toda costa que retornara a España. «No creo que el Dios Neptuno esté detrás de esta supuesta conspiración», se dijo Luis.

Neptuno no, pero quizá otros dioses menores sí que lo estuvieran. Y algún humano también.

EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 8 DE SEPTIEMBRE

«Ahora es el momento adecuado», se dijo, mientras accedía a la redacción de *La Crónica*. La sala central estaba completamente desierta, tan solo veía luz en el despacho de la subdirectora, en el de la jefa de última hora y en el de la maquetadora. Sabía que no se iba a encontrar con nadie, ya que en ese mismo momento estaban todos en casa de Rebeca, de celebración. El director acostumbraba a pasarse por la redacción antes de la hora del cierre de la edición, pero hoy lo haría más tarde. En consecuencia, disponía de mucho tiempo.

Se dirigió a la mesa de Rebeca, abriendo con sumo cuidado su cajonera. Extrajo todas sus carpetas y las extendió sobre la mesa. Las abrió y fue leyendo cada uno de los expedientes, sin ninguna prisa, con la tranquilidad de saber que nadie iba a venir en varias horas. Tomó fotografías con el móvil de toda la documentación con absoluta tranquilidad.

«Aquí no hay nada interesante», pensó con frustración, después de tomarse su tiempo. Revisó la mesa de arriba abajo, por si pudiera tener algún escondrijo oculto, incluso comprobó las patas, que eran huecas. «No hay nada de nada», se dijo con cierta frustración. Tantas molestias para nada.

Recogió todos los papeles y los volvió a guardar en sus correspondientes carpetas. «No consigo avanzar, quizá haya llegado el momento de dar un paso adelante», se dijo, mientras abría el maletín que llevaba consigo. Escudriñó en su interior, hasta que encontró lo que buscaba. El aparato era minúsculo, pero iba a cubrir su función a la perfección.

Con la misma tranquilidad que accedió a la redacción, salió de ella. Había estado más de dos horas y nadie había reparado en su presencia. Un trabajo de lo más sencillo, aunque, para su desgracia, improductivo. «No del todo», se dijo con una pequeña sonrisa en el rostro. Las cosas iban a cambiar.

«Sin duda esto se va a poner interesante», pensó.

3 DE ENERO DE 1523

El barco atracó con dificultad en el puerto de Dover. La mar estaba muy gruesa y las tareas de amarre se demoraron más de lo habitual.

—Inglaterra, mi patria —dijo Richard.

—Espero que sea una escala corta, debo regresar a mi país lo antes posible —dijo Luis Vives —. Me esperan allí.

La lluvia era intensa. El capitán les facilitó una especie de ponchos marineros impermeables, para protegerse de las inclemencias del tiempo.

—Debemos abandonar el barco. Pasaremos la noche en tierra y veremos cómo evolucionan las condiciones meteorológicas mañana a primera hora —dijo el capitán.

—¿Ha estado alguna vez en mi país? —preguntó Richard, dirigiéndose a Luis.

—Jamás, y eso que he tenido amables invitaciones.

—Bajemos del barco —dijo Richard.

Cruzaron por la pasarela con cuidado. A pesar de que el barco estaba fuertemente amarrado y el puerto estaba abrigado de las inclemencias del tiempo, se movía con cierta violencia. Al fin sus pies tocaron tierra firme. Luis se sintió secretamente aliviado, aunque confiaba en retomar cuánto antes el viaje hacia España.

—Don Luis Vives, es un placer verte por fin en suelo inglés.

Luis observó un extraño séquito esperando al final de la pasarela. Hacía un tiempo de perros y no se esperaba ninguna bienvenida. Había cinco personas ataviadas con ponchos marineros al estilo del que él mismo portaba, cuyas grandes capuchas no permitían identificar a las personas que los llevaban puestos. Se estaban dirigiendo personalmente a él.

—¿No me reconoces? —insistió su interlocutor.

Luis estaba enfrente de la persona que le estaba hablando. Dio un respingo. Acababa de distinguir su cara entre la cortina de agua que estaba cayendo entre ellos.

—¡Monseñor Thomas Wosley! ¡Qué sorpresa! ¿Qué hace una persona como usted en Dover, con semejante temporal?

—Esperarte.

Richard Foxe bajó la pasarela y se situó junto a Luis, que estaba confuso con todo lo que estaba pasando.

—Richard, te presento al cardenal Thomas Wosley —dijo Luis, mientras su cabeza intentaba buscar una explicación a aquello.

Para su sorpresa, el cardenal y Richard se dieron un afectuoso abrazo.

—Ya nos conocemos. Richard Foxe es mi obispo en Winchester. Lo mandé al barco para que cuidara de ti —contestó Wosley.

—¡Ya decía que no parecía un comerciante! —exclamó Luis.

—Siento haberte mentado, pero era necesario —contestó a modo de pretexto el obispo—. No te podía revelar mi verdadera identidad.

—¿Entonces ya sabíais que el barco iba a atracar en Dover?

—Digamos que fue una suposición acertada. Conocíamos la existencia de la tormenta y sugerimos al capitán que buscara un puerto seguro. Lo demás ya lo conoces —dijo Wosley.

De repente, una de las cinco personas del comité de bienvenida se dirigió a Luis Vives.

—¿Y a mí no me saludas?

Reconoció de inmediato la voz.

—¡Tomás! —dijo Luis, mientras se abrazaban —¡Qué alegría! Menuda sorpresa que me habéis dado todos.

Tomás Moro era el humanista inglés más célebre. Había conocido a Luis unos años atrás, y se profesaban respeto y aprecio mutuo, casi como con Erasmo de Róterdam. Los tres eran grandes amigos.

—En este recibimiento tan solemne tan solo falta el rey Enrique VIII —dijo Luis, a modo de broma.

—Te manda afectuosos saludos junto con su esposa Catalina —le contestó el cardenal Wosley.

Luis estaba abrumado, casi no sabía cómo continuar con la conversación.

—¿Y cuál es la finalidad de que estéis todos juntos hoy en Dover? —preguntó Luis, que aún no había salido de su asombro con semejante recibimiento—. Y no me digáis que es por la tormenta, porque no creo en las casualidades.

—Vayamos a un lugar a resguardo de la lluvia y sigamos con la conversación —dijo Wosley.

Las sorpresas no habían empezado todavía.

EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 8 DE SEPTIEMBRE

Ya se había marchado toda la gente del tentempié que había organizado en su casa. Tote se quedó mirando lo que había que limpiar, vasos, platos y restos de comida por todos los rincones del salón. «Menos mal que he contratado un servicio de *catering* con personal y él se encargará de todo», pensó con inmensa pereza.

Se sentó cómodamente en un sillón y se dirigió al camarero.

—Ya puedes empezar a recoger todo, por favor.

—¿Le importa que haga unas fotografías antes de tocar nada?

—Adelante, no hay problema, lo que considere.

El camarero tomó el móvil e hizo fotos desde diferentes ángulos de todo el salón. Cuando terminó, se acercó hasta una bolsa de deporte que había sacado de una habitación, extrajo y se puso unos guantes, para no mancharse las manos. Cogió unas bolsas y comenzó a guardar los vasos y los platos de plástico, arrojando primero al cubo de la basura los restos de la comida y desperdicios. Parecía muy organizado, estaba claramente separando el plástico de la basura orgánica, tal y como se le había indicado.

Tote lo miraba con cara de desgana.

—Ten mucho cuidado, por favor.

El camarero asintió con la cabeza y continuó su trabajo en silencio.

Tote se puso la televisión sin intención de verla, tan solo para distraerse con su sonido de fondo. Había sido una tarde muy estresante, y le apetecía desconectar un rato, mientras el camarero contratado se encargaba de su trabajo.

Le preocupaba su sobrina. Estaba claro que se había dado cuenta de la situación, no era idiota, más bien todo lo contrario. Tote pretendía estar a solas con sus compañeros de trabajo, sin que Rebeca estuviera presente. No le había dicho nada de la fiesta de hoy, con la esperanza de que no llegara a tiempo. Le había hecho un par de llamadas perdidas como pretexto por si se presentaba, como así había ocurrido. Sabía que había quedado a correr con su amiga Carlota, y supuso, erróneamente, que después del ejercicio se quedarían a tomar una cerveza en cualquier bar. La presencia de ambas casi echa por tierra sus planes, de hecho, todavía no sabía si había conseguido salvar la situación.

«Espero que no me haga preguntas inconvenientes mañana por la mañana», pensó Tote. No sabría que contestarle. «Tendré que idear algo».

—Ya he terminado —dijo el camarero.

—Bien, ¿has separado todo en sus correspondientes bolsas? —preguntó Tote.

—Tal cual me ordenó, señora.

Tote se levantó y se asomó a la habitación de Rebeca. Estaba dormida. Los ruidos que había

hecho el camarero recogiendo todos los restos de la fiesta no habían evitado su sueño. «Mucho mejor», pensó. Volvió al salón.

—¿Qué quiere que haga ahora, señora? —preguntó el camarero.

—Lo primero, que te quites la máscara de látex y la peluca. Mi sobrina ya está dormida. Y lo segundo, que me dejes de llamar señora, que me entra la risa.

—Menos mal, me estaba dando un calor del copón —dijo, mientras se arrancaba la falsa careta de látex que ocultaba su identidad real y se quitaba la peluca.

—Lo has hecho muy bien, Richie. Nadie se ha dado cuenta de tu disfraz.

—Cuando he visto entrar a tu sobrina por la puerta casi me da un pasmo. Pensaba que en cualquier momento me iba a reconocer, a pesar de la caracterización. Es muy perspicaz.

—Pues porque no conoces a su amiga Carlota, que aún es peor. Ya te he visto que le dabas las bebidas y los canapés casi de espaldas, pero no era necesario. Tu caracterización era fantástica. Ni yo misma te reconocía, a pesar de que sabía que eras tú.

—Aun así, he preferido estar lo más alejado posible de ella y no hablar en su presencia. ¿Qué hacemos ahora?

—Vamos a ver las grabaciones y a etiquetar las bolsas que contienen los vasos individuales de cada uno de los invitados.

Richie se fue a la despensa y sacó un ordenador. Había escondido tres cámaras en diferentes posiciones del salón, con el fin de tener imágenes claras de todos los invitados y de poder identificar los vasos que había utilizado cada uno de ellos. Vieron los vídeos, vieron las fotografías que había tomado antes de recoger nada y etiquetaron con un rotulador las bolsas individuales con sus respectivos nombres.

—Ahora extrae las huellas dactilares de cada persona. También quiero un análisis completo de ADN. Cuando lo tengas todo me lo pasas.

—Ya conoces que los análisis van a costar tiempo y dinero.

—Por el dinero no te preocupes, y por el tiempo, hazlo con la máxima urgencia posible. Una vez que me des los resultados, los cotejaré con las bases de datos oficiales.

—¿Y por qué no mandas hacer los análisis a la Policía Científica? Te ahorrarías un buen dinero.

—No es ético, se trata de un tema personal, no profesional. Ya me siento bastante incómoda accediendo a las bases de datos oficiales, ya sabes que todo deja rastro informático y podría tener que dar explicaciones que no tengo. Tampoco debería hacerlo, pero por lo menos eso no le cuesta dinero al contribuyente. Es un pecado venial.

—¿Qué esperas averiguar que no sepas ya?

—Mi sobrina siempre ha sospechado que era vigilada en el periódico. Le llegó a desaparecer documentación. Los papeles que archivaba en su cajón le aparecían movidos de un día para otro y eso que no guardaba nada importante, pero claro, eso no lo debía saber el espía. Estaba preocupada, así que decidió poner una rudimentaria trampa al figgón o figgona, mediante unas tiras de celofán adheridas a sus carpetas. La trampa funcionó y me las dio para que extrajera las huellas dactilares.

—¿Y quién era el espía?

—Conseguí dos huellas, pero una de ellas estaba incompleta y el sistema no fue capaz de identificarla.

—¿Y la otra?

—Eso fue lo más extraño de todo. Cuando le di el nombre de la persona, resulta que no trabajaba en el periódico, Rebeca no la conocía de nada. Es algo insólito.

—Sí que es extraño.

—Tan solo hay dos posibles explicaciones a ese misterio, y no sé cuál de ellas me inquieta más.

—¿Cuáles son las dos opciones?

—La primera es obvia, alguien desde dentro del periódico facilita de forma regular el acceso a un desconocido. No es posible que alguien ajeno a la plantilla pueda entrar de forma habitual si no recibe ayuda desde el interior.

—Estoy de acuerdo, ¿y la segunda?

Tote se quedó mirando a Richie con cara de preocupación.

—Esa es la que pretendo averiguar con todo este teatro que he montado hoy. Tengo una corazonada que no me deja dormir. Si se confirma, significa problemas.

3 DE ENERO DE 1523

—¿Todo ha sido un plan para que recalara en Inglaterra? ¿Y por qué no me lo pedisteis directamente? —preguntó un sorprendido Luis Vives, que no salía de su asombro.

—Ya lo hice la última vez que coincidimos, hace poco más de un año en Brujas, por cierto, en presencia de tu rey Carlos —contestó el cardenal Wosley.

—Pero aquello no fue una oferta formal, fue simplemente una invitación a visitar vuestro país, además formaba parte de una conversación entre amigos de lo más desenfadada —dijo Luis—. No me lo tomé como algo serio.

—¿Esa fue la impresión que obtuviste de nuestra oferta? —preguntó Tomás Moro.

—La verdad es que sí. Acabo de aceptar la cátedra que ha dejado vacante Antonio de Nebrija en la Universidad de Alcalá de Henares, en España. En cuanto se levante el temporal, continuaré el viaje hacia Santander.

Tanto Thomas Wosley como Tomás Moro miraban a su interlocutor, con una mezcla de cariño e indulgencia.

—Escucha Luis, el destino del barco que tomaste en Amberes nunca ha sido Santander, sino Dover. Has llegado a tu destino final —dijo el cardenal.

Luis puso cara de no entender nada.

—¿Este barco jamás hubiera llegado a España? ¡Pero me esperan allí! —protestó.

—Los únicos que te esperan en España son los sanguinarios miembros de la Inquisición de tu país, con la hoguera preparada para quemarte —contestó Tomás Moro.

—He dado mi palabra, y una carta mía de aceptación ya habrá llegado a la universidad a través de un correo que envié por vía terrestre.

—No es así, ya nos hemos ocupado de ello. Esa carta ni ha llegado ni llegará jamás a su destino.

Luis estaba alucinado, no terminaba de entender la conversación. Se encontraba fuera de lugar.

—¿Y qué queréis de mí?

—Lo primero, ponerte a salvo de la saña del Santo Oficio contra tu familia. Aunque te cueste creerlo, tienes amigos muy poderosos en España que no desean que vuelvas, por tu propia seguridad. En segundo lugar, en nombre de nuestro rey Enrique VIII, te ofrecemos una cátedra en la prestigiosa Universidad de Oxford, pero, sobre todo, un entorno tranquilo dónde puedas «aprender y enseñar», lo que siempre has querido, además podrás continuar escribiendo con total libertad —dijo Tomás Moro—, ya nos conoces.

Luis se quedó callado, mirando a sus ilustres acompañantes.

—¿Tengo alternativa?

—Por supuesto que la tienes —dijo Wosley—. Esto no es un secuestro. Si tu voluntad es regresar a España, fletaremos una embarcación para que puedas retornar a tu país. Garantizaremos tu seguridad durante el trayecto, aunque no podremos hacerlo una vez hayas desembarcado en tu país.

Luis estaba pensativo. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido y ahora tenía que tomar una decisión que afectaba a su futuro inmediato. Wosley volvió a la carga.

—Reflexiona Luis, ¿cómo has llegado hasta Dover? ¿Quién te ha organizado el viaje? ¿Quién ha sido uno de tus mejores amigos? ¿Quién ha velado por ti estos últimos meses y te ha sostenido económicamente? Pues gracias a él estás en Inglaterra y no en España. Siempre ha querido lo mejor para ti. Piensa por qué será. Sabes perfectamente quién es en realidad.

Ahora Luis se quedó blanco. Lo comprendió todo. Ni siquiera su notable amigo confiaba en que la Inquisición le dejara en paz, Teniendo en cuenta quién era en realidad, debía tener muy en cuenta su opinión.

—Si tanto sabéis de mí, conoceréis mis dificultades financieras. Necesito enviar dinero a mi familia de una manera discreta. Ya conocéis que mi padre está procesado por la Inquisición y todos sus bienes han sido secuestrados, incluyendo la vivienda familiar. Mis hermanas están pasando por muchos problemas económicos. Ese era el motivo principal de mi regreso a mi país, ayudar a mi familia.

—Por eso no te preocupes, estamos perfectamente informados. Desgraciadamente no podemos interferir en los procesos inquisitoriales del Santo Oficio en España, pero sí en todo lo demás. Si decides permanecer con nosotros, te haremos un anticipo de tus emolumentos universitarios y nos ocuparemos que los fondos sean recibidos por tus hermanas Beatriz y Leonor, para que puedan conservar su vivienda y sus muebles —dijo Wosley—. Todo está acordado y preparado desde hace algunos meses. Solo falta tu voluntad.

Luis estaba algo asustado. Conocían todos los detalles de su vida, y tan solo podían haber salido de España. Comprendió que su gran amigo había llegado a algún tipo de pacto con Wosley sin decirle nada a él, por temor a que lo pudiera rechazar. Estaba seguro de que lo había hecho por su bien, seguro que manejaba información privilegiada, dado quién era en realidad.

Le martirizaba no poder hacer nada por su padre, pero eso ni siquiera estaba en su mano ni estando en España. Sin embargo, si aceptaba la oferta del cardenal, podría ayudar a sus hermanas de forma inmediata, y eso ahora mismo quizá fuera lo más importante que estaba al alcance de su mano.

—¿El clima en las islas es tan malo como cuentan? —preguntó Luis.

EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 9 DE SEPTIEMBRE

«La próxima vez que nos veamos te mato», leyó Rebeca en su móvil. Era de su amiga Carlota. Se echó a reír ella sola, en su habitación. Eran las diez de la mañana, y el mensaje lo había enviado a las siete y media. Estaba claro que la petarda no había dormido mucho.

«¿Por qué exactamente? ¿Por la reunión en mallas en mi casa con toda la plantilla del periódico?», le contestó Rebeca.

Se fue al baño y se dio una ducha. Hoy le apetecía salir a correr otra vez, pero en esta ocasión sola.

A la vuelta del cuarto de baño se encontró en el móvil con la respuesta de Carlota, «¿Qué le has hecho a mi cuerpo? No me puedo mover, se ha rebelado en mi contra y niega a obedecerme». Rebeca se volvió a reír pensando en su amiga.

Se puso la ropa de deporte y salió al cauce del río. Hoy tocaba darse caña, después del ligero entrenamiento de ayer. Estuvo un par de horas corriendo a buen ritmo y volvió a casa. Entró en la cocina y se encontró con su tía, preparando la comida.

—Umm, ¡qué bien huele! —dijo Rebeca—. ¿Qué estás cocinando?

—Canelones de la abuela —contestó Tote.

Rebeca se acordó de inmediato de Joana, la expareja de su tía, su exprofesora de Historia, también su expuerta número doce y su exprotectora. Muchos «exs» y mucho dolor. Las heridas que causó su marcha no estaban cicatrizadas todavía. Le sorprendió que su tía se decidiera a cocinar el plato típico de Joana. No le pareció normal.

—¿Te has atrevido con los canelones de Joana? No sabía que supieras ni la receta.

—Y no la sé, pero tantas veces se los vi hacer que me he lanzado. Pido disculpas por anticipado, no garantizo el resultado.

Pensándolo mejor, Rebeca se alegró en su fuero interno. Que su tía estuviera cocinando canelones, significaba que empezaba a superar la marcha de Joana.

—Si saben igual que huelen, el éxito está asegurado —dijo Rebeca.

Tote no había elegido esa comida por casualidad. No le apetecía nada recordar a Joana, la herida emocional era reciente, pero aún le apetecía menos hablar de la fiesta de ayer con los compañeros del trabajo de su sobrina. Se dijo que, cocinando canelones, tendría a Rebeca pensando en Joana, por lo menos durante un rato y sería tema de conversación. «En estos momentos prefiero el dolor que las preguntas indiscretas», se dijo Tote para darse ánimos.

Y así fue. Los canelones le salieron más que aceptables para ser la primera vez que los cocinaba. La prueba es que dejaron los platos vacíos.

—¿Sabes algo de Joana? —preguntó Rebeca, al fin.

—No. Al despedirse me dijo que estaría dos meses sin contactar, supongo que ella también

querrá cicatrizar sus heridas. Espero noticias tuyas en los próximos días, así se comprometió conmigo.

—A mí también me dijo algo parecido, aunque más enigmático.

—¿Enigmático? ¿Qué te dijo?

—En realidad no llegó a decirme nada. Me comentó que tenía algo importante que contarme, pero que podía esperar a septiembre. La verdad es que me dejó muy intrigada.

—¿Qué curioso! A mí no me mencionó nada de eso.

—Más que curioso es extraño —reflexionó Rebeca. Recordaba que fue una despedida un tanto insólita. Decir que tienes algo importante que contar y, al mismo tiempo, comentar que no hay prisa para hablar de ello, la verdad era que no tenía demasiado sentido. Le parecía una contradicción en sus propios términos.

«Bueno, ya es septiembre, supongo que no faltará demasiado para salir de dudas», pensó Rebeca.

Faltaba menos de lo que se creía, y de una forma que tampoco alcanzaba ni siquiera a imaginarse.

15 DE ENERO DE 1523

—¿Y no tienes ni padre ni madre? —preguntó Batiste.

—Supongo que sí, pero solo conozco a mi padre —le contestó Jerónimo.

—¿No vivías con ellos en Sevilla?

—No, vivía en un convento.

—¿Y tu padre también vivía en ese convento?

—No, venía a verme una vez por semana.

Batiste estaba alucinado con Jerónimo, su compañero de pupitre. A pesar de ser un niño y de llevar una vida familiar completamente desestructurada, le desconcertaba su serena inteligencia.

Al principio se enfadó con el señor Urraca, su profesor, porque no entendió que le pusiera de compañero de mesa en la escuela a un niño de tan corta edad, pero ahora lo comprendía. Le recordaba a él mismo con siete u ocho años. Es verdad que Jerónimo era un poco fantasioso, por ejemplo, cuando afirmaba que vivía en el Palacio Real, pero Batiste suponía que era una manera de refugiarse de sus problemas, en un mundo imaginario. No lo culpaba por ello. Tampoco había vuelto a sacar ese tema, ¿para qué? Le apetecía decir eso, pues a Batiste no le importaba.

—¿Y quién es tu padre? —siguió preguntando Batiste, que tenía verdadera curiosidad por aquel niño.

—Es una persona muy importante en Sevilla, de los que más mandan.

—¿Cómo se llama?

—Alonso.

—Alonso, ¿qué más?

—No lo sé.

—¿No sabes el nombre completo de tu padre?

—Todo el mundo en el convento le llamaba don Alonso, con gran respeto.

—Si le llamaban así será un noble importante, ¿cuáles son sus tierras y posesiones?

—No lo sé, jamás me ha contado cuál es su título, si es que lo tiene.

—En realidad, no sabes nada de tu familia —dijo Batiste.

Nada más terminar la frase, se arrepintió de haber dicho esas palabras.

Jerónimo se puso a sollozar, con las manos en el rostro.

—Escucha, no pretendía ofenderte —intentó consolarlo Batiste, en vano—. Lo siento de verdad.

Jerónimo estaba abatido.

—¿Sabes qué es lo más duro de mi vida? Vosotros, cuando termináis en la escuela, os vais a vuestra casa, y cenáis en familia con vuestro padre y con vuestra madre. Yo, en Sevilla, me tenía que ir solo al convento y cenaba también solo en mi pequeña celda. Jamás he conocido lo que es una familia. Jamás me ha faltado de nada y sé que estoy recibiendo una buena educación, pero nadie se preocupa por mí, nadie me pregunta cómo estoy ni cómo me siento. La gente supone que debo ser feliz porque precisamente no me falta de nada. A veces preferiría ser un pordiosero, porque ellos están con sus padres, aunque no tengan nada que comer y vivan de la caridad durmiendo por las calles. Al menos son una familia. Seguro que son más felices que yo, que estoy solo en este mundo.

Batiste no sabía qué decir ante aquel torrente emocional. Aquel niño conseguía desarmarle con su sensibilidad. Intentó cambiar de tema. No tenía respuestas para todas aquellas cuestiones.

—Perdona mi silencio, pero no sé qué decirte —contestó con sinceridad Batiste.

—No te preocupes, simplemente he pensado en voz alta —dijo Jero—. Quizá no debí hacerlo, pero no tengo a nadie con quien hablar y, a veces, viene bien desahogarse.

—¿Por qué has venido a Valencia? —preguntó Batiste, cambiando de tema.

—Tampoco lo sé. Un día del mes de mayo me visitó mi padre y me comunicó que me debía trasladar a Valencia.

—¿Y no te dijo el motivo?

—No, jamás me explica nada ni pide mi opinión en ningún asunto. Al fin y al cabo, soy un simple mocosito que mañana cumple siete años.

—¿Entonces hace tiempo que no sabes nada de tu padre?

—La última vez que lo vi fue en septiembre. Tan solo ha venido dos veces a Valencia.

—Lo siento —murmuró Batiste, que no sabía qué decir.

—En Sevilla por lo menos me visitaba todas las semanas. Supongo que su residencia estará allí y no debe ser tan sencillo para él desplazarse hasta Valencia para verme. Lo que no entiendo es qué hago yo aquí.

—Pues mañana te vienes a comer a nuestra casa y celebramos tus siete años. Yo tampoco tengo madre, murió hace tiempo, pero comerás en compañía de mi padre y mía. No somos tu familia, pero te aseguro que te sentirás bien.

Jerónimo se limitó a sonreír, agradecido.

EN LA ACTUALIDAD, LUNES 10 DE SEPTIEMBRE

—No me aclaro, ¿entonces la gargantilla del conde de Ruzafa existe o no? —preguntó una voz.
Estaba reunido el espía del *Speaker's Club* con la persona que la controlaba.

—Al principio pensamos que era una pista falsa, ya que Carlota nos explicó que el actual gerente de la joyería no conocía de nada al detective amigo de Rebeca, ni le había entregado ninguna fotografía.

—Entonces no existe y el mensaje es falso.

—No, espera, que luego Rebeca nos demostró que, en realidad, el detective se había entrevistado con el fundador de la joyería, Sergio, el padre del actual gerente, en su propio taller artesano. Por eso su hijo Álvaro no conocía de nada al detective, porque no lo había visitado en la joyería.

—¡Menudo lío! ¿Entonces la gargantilla existe de verdad?

—Eso parece, es auténtica, mensaje incluido.

—Este asunto se complica cada vez más.

—Desde luego. Mañana martes tendremos reunión ordinaria del *Speaker's Club*, ya con el nuevo miembro, Álvaro Enguix, que es el gerente de la joyería, incorporado de pleno derecho. La ceremonia de iniciación fue el viernes.

—¿Lo habéis invitado a unirse? ¿Sin conocerlo?

—Sí, lo propuso Carlota y todos estuvimos de acuerdo.

Se quedaron un momento en silencio.

—Estás haciendo un buen trabajo, sigue informándome a mí, y solo a mí. Recuerda que estas reuniones jamás han tenido lugar.

—No te preocupes.

—En realidad, sí que me preocupo. Este tema del joyero me da mala espina, no sé por qué.

—¿En qué te basas?

—Tantos que sois en ese club vuestro, ¿y a nadie se le ha ocurrido formular la pregunta más importante de todas?

—No sé a qué te refieres.

—Pues me parece que está muy claro.

—¿Cuál es esa pregunta?

—Vamos a ver, si la gargantilla existe en realidad, ¿dónde demonios está? ¿Alguno de vosotros la ha visto?

16 DE ENERO DE 1523

—Padre, te presento a Jerónimo, es mi compañero de mesa en la escuela.

—Mi nombre es Johan Corbera, encantado de conocerte.

—Muchas gracias a los dos por invitarme a comer en el día de mi cumpleaños, han sido muy amables.

—¿Sabes? Eres muy educado para tener siete años de edad recién cumplidos —dijo Johan, sorprendido por los modales de aquel niño.

—Eso es lo único bueno de mi vida, la educación —contestó con cierta melancolía.

—Ya me ha contado Batiste que eres de Sevilla.

—He vivido allí desde que recuerdo, en realidad no sé dónde he nacido. Nadie se ha dignado a contármelo.

—Pues entonces eres sevillano —afirmó Johan, intentando dar un tono más agradable a aquella conversación—. Son buena gente.

—Pues soy sevillano —dijo Jerónimo sonriendo. No era nada habitual verlo reír.

Se sentaron alrededor de la mesa. Hoy habían preparado una comida especial. Habitualmente comían olla con verduras y comidas similares, pero en honor al invitado, Johan había cocinado cordero al horno. Incluso sacó la cubertería, que apenas la habían usado tres o cuatro ocasiones, cuando les visitaba algún invitado ilustre.

—El cordero está riquísimo, señor Corbera —dijo Jerónimo.

Johan miraba embelesado a aquel niño. Era todo educación y saber estar con tan solo siete años. Lo que más le sorprendió fueron sus formas en la mesa. Sabía utilizar el tenedor y el cuchillo como un noble. Lo hacía con una naturalidad nada habitual.

—No me llames señor Corbera, Johan es suficiente.

—Gracias Johan —le contestó Jerónimo.

—Batiste me ha dicho que está muy contento de que te sientes junto a él en la escuela.

—¡Ah! ¿sí? —preguntó incrédulo Jerónimo.

—¿Por qué lo dudas? —dijo Batiste.

—Porque no es habitual. Casi siempre me ponen de compañero a alguien mayor que yo. Me suelen despreciar o pegar, que es peor.

—Yo nunca he hecho eso —protestó Batiste.

—No, pero pensaste que era un renacuajo el primer día de escuela. Me ofendió muchísimo —dijo indignado Jerónimo—. Cuando me acuerdo, aún me duele. Es algo que llevo clavado en mi

corazón.

—Ya te dije que lo lamentaba, pero piensa que era lo normal. Me esperaba a un compañero de mi edad —intentó excusarse Batiste.

Jerónimo sonrió de nuevo.

—Era broma, tonto. Eres el único que siempre me ha tratado con respeto. Te portas muy bien conmigo y te lo agradezco de verdad. Eres el mejor compañero que he tenido jamás.

—Me lo había creído —dijo riendo Batiste, mientras simulaba darle un capón en la cabeza.

De repente escucharon unos golpes en la puerta.

—Disculpar, están llamando, ahora vuelvo —dijo Johan, levantándose de la mesa.

—Ahora que no está tu padre, debo contarte una cosa sorprendente —dijo Jerónimo, con un tono muy misterioso.

—Anda, ya tardas —dijo Batiste, simulando un falso interés.

—Había escuchado antes el nombre de tu padre.

—¿Y eso te parece una sorpresa? Mucha gente lo ha escuchado, es el maestro cantero de la ciudad, y trabaja o ha trabajado en todos los edificios importantes que se han construido, incluyendo, por ejemplo, la Lonja.

—No lo he escuchado en Valencia.

—¡Ah! ¿no? ¿Y dónde ha sido?

—En Sevilla, en boca de mi padre. Se conocen, son amigos. Nuestros padres son colegas.

En ese preciso instante entró Johan, con la cara completamente desencajada. Su rostro era la viva imagen del espanto y del enfado.

EN LA ACTUALIDAD, LUNES 10 DE SEPTIEMBRE

Rebeca se despertó descansada. Había dormido bien, después del extraño fin de semana, con fiesta inesperada en su casa incluida. Ayer no le sacó el tema a su tía, ya que estuvieron hablando de Joana y no le pareció apropiado, pero aún tenía la sensación de que aquel tentempié fue un puro teatro. Lo que no alcanzaba a comprender era el motivo. ¿Para qué reunir a todos sus compañeros del periódico? Aquello no tenía ningún sentido aparente.

Tenía un mensaje de Carlota en el móvil, «¿adivinaste el huevo Kinder?». Ni se había acordado de esa especie de acertijo que le propuso su amiga al despedirse de la fiesta del sábado. «Ni le voy a contestar», pensó. «Ya me lo contará cuando le apetezca». Total, no había pensado nada en ello y, en consecuencia, nada tenía que decirle.

Salió a la cocina, estaba desierta. Su tía debía haberse ido a trabajar. Se tomó su habitual vaso de leche fresca, se montó en su bicicleta y se fue hacia *La Crónica*, como todas las mañanas.

Entró en la redacción. Miró a Alba, que estaba sentada detrás del mostrador, con su rostro adusto habitual. Ni siquiera le dio los buenos días. «Parece ser que esa supuesta simpatía del sábado fue un espejismo», pensó Rebeca, acordándose del agradable rato que habían pasado en la terraza de su casa el sábado por la tarde. Llegó a su mesa.

—¡Me lo pasé genial en tu casa! —dijo Tere, nada más verla.

—Pues yo pasé algo de vergüenza, vestida con esas pintas —contestó Rebeca.

—¡Qué dices! Si a ti te sienta todo fenomenal, incluidas las mallas deportivas. ¡Ya me gustaría a mí! ¿Te habías olvidado del tentempié?

—No, lo que ocurre es que se me despisté y se me hizo tarde —mintió lo mejor que pudo Rebeca.

—¿Sabes? Aproveché la reunión en tu casa para hablar con Fabio. Es verdad, no tiene pareja. Hemos quedado mañana después del trabajo para salir a tomar algo —dijo Tere, completamente emocionada.

—¿Los dos solos o un *after work* de esos?

—Los dos solitos, sin compañeros.

—¡Me alegro mucho! Parece que, al final, te vas a comer el queso.

—¡No digas eso, que me entra la risa!

Rebeca abrió su cajonera y de inmediato le cambió la cara. Tere se dio cuenta de la expresión de su amiga.

—¿Qué te ocurre Rebeca, te encuentras bien?

—No —contestó muy seria—. Alguien ha estado revolviendo entre mis papeles.

—¿Otra vez? Recuerdo que ya me lo dijiste hace unos meses.

—Antes del verano incluso un día me llegaron a desaparecer todas las carpetas de mi cajonera. Le pregunté al director Fornell y me dijo que no tenía ni idea qué le estaba diciendo. Parecía sincero.

—Todos sabemos que le gusta trastear entre los papeles, aunque él siempre lo niega. Lo suele hacer con los responsables de sucesos, porque le encantan y es un poco cotilla. Lo extraño es que rebusque entre tus notas, que parece que no le interesan nada.

—Eso mismo pienso yo —contestó Rebeca, mientras sacaba todas las carpetas y las extendía encima de la mesa. Extrajo todo su contenido del interior.

—¿Qué haces? —preguntó Tere.

—No solo han mirado mis notas y mis documentos, también los han sacado de cada una de las carpetas. Están desordenados, yo jamás lo dejo así. No se trata de un simple vistazo. La persona que lo ha hecho se ha tomado mucho tiempo figando.

—Pero eso es muy difícil, siempre hay gente en la redacción... —empezó a decir Tere, que de repente interrumpió su frase—. ¡Espera, espera! El sábado por la tarde estábamos todos en tu casa, en la celebración organizada por tu tía. Tan solo se quedaron en la redacción Carmen, Herminia y María Jesús, que raramente salen de sus despachos. Esta sala estuvo vacía al menos durante tres horas.

Rebeca se quedó mirando a Tere. Tenía razón, era el momento más adecuado para espiar en su mesa, pero todos los posibles sospechosos estaban en su casa. Se acordó de la huella dactilar que tomó y de la identificación que había hecho su tía. No se correspondía con ningún trabajador de *La Crónica*.

—El momento pudo ser magnífico, pero ¿a quién ajeno al periódico le pueden interesar mis notas? ¡Si no tienen ninguna importancia!

—Pues está claro que para alguien sí la tienen —dijo Tere.

16 DE ENERO DE 1523

—¡La mano negra ha vuelto a actuar! —exclamó Johan, que estaba completamente fuera de sus casillas—. ¡Nos la han vuelto a jugar! —dijo, mientras se sentaba de nuevo en la mesa con su hijo y su invitado de la escuela, Jerónimo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Batiste.

—¡Luis Vives está en Inglaterra ahora mismo! —dijo gritando Johan.

—¿En Inglaterra? ¿Y qué hace allí? ¿No se fue el noble don Bertrán hasta Lovaina para organizar de forma personal su viaje de retorno a España? —preguntó extrañado Batiste.

—Y así lo hizo. Don Bertrán decidió que era más seguro viajar por mar, ya que Francia y España están ahora mismo en guerra y el viaje por tierra entrañaba muchos riesgos. En eso tenía razón. Me había prometido que haría todo lo posible para protegerle, así que compró pasajes en un barco mercante que zarpaba de Amberes y debía llegar a Santander. Al parecer, una fuerte tormenta los desvió a Dover, donde atracó para protegerse de las inclemencias del tiempo.

Batiste puso cara de incredulidad.

—¿Y dónde está la intervención de la mano negra? No la veo, todo lo que cuentas es normal. Cuando hay galerna, los navíos se suelen refugiar en el puerto más cercano, para luego continuar su singladura, ya con el mar más en calma.

—No he terminado mi relato. ¿Sabes que ocurrió cuando el barco atracó en Dover?

—No, ¿cómo lo voy a saber?

—Era una pregunta retórica. El cardenal y arzobispo de York, monseñor Thomas Wosley, estaba en el puerto, esperándolo.

—¡Wosley! ¡Ya sabía que Luis Vives iba a llegar a Dover con antelación! —exclamó Batiste, que ahora entendía la indignación de su padre.

—¡Exacto! Antes de salir de Amberes, el cardenal ya debía conocer que el destino del barco era Inglaterra, no España.

—¿Y qué dijo don Bertrán al advertir que se encontraban en Inglaterra con Wosley delante? —preguntó con curiosidad Batiste.

—Esa es la parte extraña del asunto, don Bertrán no iba en el barco.

—No lo entiendo, ¿no me dijiste que lo acompañaría hasta España con todo su séquito y guardia personal, para mayor seguridad de Luis Vives?

—Eso dijo, pero al parecer dejó Lovaina para volver a España por vía terrestre, unas semanas antes de la partida del barco desde Amberes.

—¿Por vía terrestre? ¿No decía que era peligroso por la guerra?

—Y lo era. Don Bertrán tenía razón.

—¡No lo defiendas! ¡Ya te lo dije! Desde el principio tuve la sensación de que ese noble no era lo que decía ser. Sin duda es la mano negra. Él lo debió organizar todo de acuerdo con Wosley. Ahora mismo se estará riendo de nuestra inocencia —dijo Batiste, indignado.

—Lo dudo mucho —contestó Johan.

—¿Por qué te empeñas en defenderlo? Entiendo que sea amigo tuyo, pero las evidencias son abrumadoras.

—Lo que he dicho es que dudo mucho que ahora mismo se esté riendo de nosotros,

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Batiste, incrédulo.

—Créeme, lo sé con absoluta seguridad. Cuando abandonó Flandes ocurrió algo que no sabes. Además, no creo que don Bertrán fuera la mano negra. De haberlo sido, hubiera acompañado a Luis hasta Inglaterra, y no se hubiera arriesgado a atravesar Francia en plena guerra. No tiene sentido. Si no era seguro para Luis tampoco lo debía ser para él —explicó Johan—. Asumió demasiados riesgos. Si estaba de acuerdo con Wosley, este le podría haber organizado un viaje seguro en barco, sin necesidad de arriesgarse. Inglaterra tiene un gran poderío marítimo, es una gran potencia en esa zona marítima. No puede ser, no tiene ninguna lógica.

Batiste se quedó pensando en lo que acababa de decir su padre. Posiblemente tuviera razón, pero siempre tuvo una extraña sensación con don Bertrán. Le daba la impresión que había alguna impostura con aquel hombre.

Mientras tanto, Jerónimo había escuchado en silencio toda la conversación, sin comprender apenas nada. «Tengo que contarle a Batiste algo, cuando estemos solos, no sé si será importante, pero ahora no es el momento adecuado», pensó Jerónimo, viendo lo alterados que estaban sus anfitriones.

EN LA ACTUALIDAD, LUNES 10 DE SEPTIEMBRE

Rebeca volvió a guardar todas sus notas dentro de las carpetas. Aquello era francamente extraño, no entendía quién se podía interesar por sus documentos que no tenían ningún valor, además alguien ajeno a la plantilla del periódico.

Levantó la vista y vio a Alba aproximarse hacia su mesa. Ya sabía lo que le iba a decir, aunque esta vez, de forma extraña, no lo gritó por encima de todos sus compañeros. Se acercó hasta su lado.

—Rebeca, el señor director quiere verte en su despacho —dijo, con su tono impersonal acostumbrado—. Es importante.

Rebeca anduvo, una vez más, hasta el despacho de Bernat Fornell. Llamó a la puerta, esperó la contestación del director y entró. Había dos personas sentadas en las sillas enfrente de Fornell.

—Hola Rebeca, adelante. Te presento a Javi Escharche y a Mar Maluenda, son los presentadores del programa de radio que te ha lanzado a la fama.

Se quedó pasmada.

Rebeca los conocía. Bueno, no a ellos personalmente, pero sí a su programa. Todas las mañanas salían en antena con su *magazine Buenos días*. No tenía ni idea que era en ese programa en el que se habían emitido sus grabaciones. Ahora se explicaba un poco mejor su nominación al Premio Ondas. Era uno de los más escuchados en su franja horaria de toda España y tenían una audiencia muy fiel y numerosa.

—Es un placer conoceros. Me encanta vuestro programa —dijo Rebeca, que seguía impresionada.

—Nuestro programa no, tú programa también —contestó Javi, mientras se incorporaba para darle dos besos.

—El verdadero placer es nuestro —dijo Mar, también saludándola.

—Me vais a disculpar, estoy un poco emocionada. No os lo toméis a mal, pero no tenía ni idea que el programa en que habían emitido mis grabaciones era el vuestro. Os oigo siempre que puedo.

—Discúlpanos tú a nosotros. Debíamos haber acudido el sábado a la fiesta de tu casa, pero la cadena nos envió a última hora a un acto promocional en un centro comercial y ya se nos hizo demasiado tarde —dijo Mar.

«Menos mal que no vinieron, me hubiera muerto de vergüenza si me ven con mallas deportivas y medio sudada», pensó aliviada Rebeca.

—¿Pero no emitís desde Madrid? —preguntó extrañada.

—Sí, pero esta mañana hemos hecho el programa desde los estudios en Valencia. Ahora acabamos de terminar, nos hemos pasado para conocerte y hablar contigo —dijo Javi—. En cuanto terminemos, tomaremos el AVE y nos volveremos a Madrid.

Rebeca estaba abrumada por las atenciones que le estaban dispensando. Aquello le parecía demasiado, y eso que aún no había escuchado todo.

—Queremos que vengas a nuestros estudios centrales, para que te presentemos al resto del equipo. Ellos ya están deseando conocerte —dijo Javi.

—Claro, estaría encantada —respondió Rebeca, que estaba como en una nube—, pero me tendrá que dar permiso el director Fornell.

—Eso ya está arreglado. Antes de que llegaras ya le hemos convencido de que prescinda de ti por un par de días —dijo Mar, guiñándole el ojo.

—Por supuesto Rebeca, tienes mi permiso —confirmó el director—. Lo organizaremos lo antes posible.

—Ahora nos debemos ir, tenemos poco más de una hora para tomar el AVE. Ha sido un verdadero placer, nos vemos en Madrid —dijo Javi, mientras se levantaba de la silla, plantándole otros dos besos. Mar le dio incluso un pequeño abrazo.

Cuando salieron por la puerta, el director Fornell se dirigió a Rebeca.

—Anda, cierra esa boca que te van a entrar moscas.

Rebeca estaba pasmada.

—¿Esta cadena de radio pertenece al grupo de *La Crónica*? —preguntó alucinada—. ¡Pero si es muy importante! ¿No dice siempre que somos un grupo de comunicación muy modesto?

—En realidad no nos pertenece, pero nuestros postes radiofónicos están asociados con ella y emiten gran parte de su programación, así que también se podría decir que sí —contestó Fornell—. Piensa que nuestra modesta emisora pertenece a un grupo más grande.

Rebeca salió del despacho del director y volvió a su mesa. Estaba en una nube. Le entró un mensaje en su móvil. Miró la pantalla, era de Carlota. «¡Qué pesada con el dichoso huevo Kinder!», pensó. «A ver si me lo cuenta de una vez y me deja en paz, que no tengo ganas de pensar».

Abrió el mensaje. Lo que leyó le bajó de la nube de inmediato.

Le contestó enseguida, con lágrimas en los ojos.

3 DE MARZO DE 1524

—Chicos, os presento a Amador, se incorpora hoy a la escuela —dijo el profesor Pere Urraca, dirigiéndose al resto de alumnos.

Todos le dieron la bienvenida. Batiste pensó que debería tener su misma edad, aunque tenía menos estatura y corpulencia que él. Se sentó en la mesa justo detrás de Jerónimo. Parecía muy tímido.

Cuando salieron al patio de la escuela, lo vieron sentado, solo. Nadie se acercaba a saludarle ni a charlar con él.

—Jero, vamos a hablar con el nuevo —dijo Batiste.

Ya había pasado más de un año desde la incorporación de Jerónimo a la escuela, y ahora Batiste se dirigía a su joven amigo por el diminutivo de Jero. No parecía importarle. En realidad, no parecía importarle nada.

Se aproximaron y le saludaron.

—Hola Amador, yo soy Batiste.

—Y yo Jerónimo, aunque con Jero será suficiente. Todo el mundo me ha acabado llamando así.

—Hola a los dos, yo soy Amador.

—¿Por qué nadie se acerca a jugar o hablar contigo? —le preguntó Jero.

—¿No sabéis quién soy? —respondió con otra pregunta Amador.

—La verdad es que no. ¿Por qué deberíamos saberlo?

—Soy Amador de Aliaga, de la familia Aliaga y Medina.

Batiste y Jero se quedaron mirándose.

—¿Se supone que te debemos conocer, a ti o a tu familia? —preguntó Batiste, extrañado.

—Todos los demás lo han hecho, por eso no se acercan a mí.

—Pues no tenemos ni idea quién eres o quién es tu familia —sentenció Batiste.

—Mi tío se llama como yo, Amador de Aliaga, y mi padre es Cristóbal de Medina y Aliaga.

Batiste y Jero continuaban con la cara de no saber qué les estaba contando.

—Pues un saludo a tu familia, ¿quiénes son? —preguntó Batiste.

—Mi tío es el actual receptor de bienes del Santo Oficio, y en unos meses tomará posesión del cargo mi padre, Cristóbal de Medina, en sustitución de mi tío —dijo al fin Amador.

Ahora Batiste lo comprendió, aunque Jero seguía con la misma cara de no entender nada.

—Claro, por eso te rehúyen. Sois los que os quedáis con los bienes de los acusados por la Inquisición.

—No nos quedamos con los bienes, esa es la fama que tenemos. Simplemente somos los recaudadores del fisco, siempre a las órdenes del rey —contestó en un tono ofendido Amador.

¿Y por qué van a relevar a tu tío y a nombrar a tu padre para el cargo? —pregunto Jero.

—Vaya, para acabar de conocernos parecéis un tanto insolentes —dijo Amador, que continuaba ofendido.

—Disculpamos, no pretendíamos molestarte. Si te incomodamos nos vamos —dijo Batiste.

—No, no. Sois los únicos que os habéis acercado a hablar conmigo. Perdonar mi rudeza, os agradezco vuestra atención, pero para responderos a esa pregunta debo daros unas explicaciones un tanto aburridas —dijo Amador.

—Seguro que es más entretenido que escuchar al profesor Urraca —dijo Jero.

—Os he advertido, ahora me tendréis que atender durante un rato —insistió Amador.

—Adelante, estamos preparados —dijo Batiste.

—Lo dudo mucho, pero bueno, vosotros lo habéis querido.

EN LA ACTUALIDAD, LUNES 10 DE SEPTIEMBRE

—Carlota, te llama la mamá a su habitación —le dijo su hermana Rocío.

—¿Ocurre algo? —preguntó, intranquila.

—No, tan solo me ha dicho que te avise. Se ve que quiere hablar contigo a solas.

Carlota subió apresurada las escaleras y entró en la habitación de su madre.

—¿Cómo estás mamá? Rocío me ha dicho que querías hablar conmigo.

—Anda, coge una silla y siéntate a mi lado.

Carlota hizo caso a su madre y se acomodó a su vera, junto a la cama.

—Sabes que me muero, ya me queda muy poco tiempo con vosotros, en este mundo.

—Eso llevas diciendo desde hace más de un año y aquí estás, hablando conmigo ahora mismo, tan normal.

—Tan normal no. Esta mañana ha venido don Ricardo Tur.

—Ya lo sé, tu oncólogo ha hablado también con nosotros. Ya nos ha comunicado que no hay ninguna novedad apreciable en tu estado de salud.

—Eso es lo que le he pedido que os diga. Desgraciadamente, la verdad es otra.

—¿Qué es lo que dices? —pregunto alarmada Carlota.

—Me quedan veinticuatro horas de vida como mucho. Aunque ahora me veas bien, me han administrado una buena dosis de calmantes. Probablemente antes de la noche pierda el conocimiento y ya no me despierte. Este gotero que tengo a mi lado me va a dejar sedada poco a poco —dijo, mientras lo señalaba—. Así pasaré mis últimas horas. Antes de que eso ocurra, quiero despedirme de vosotros.

Ahora sí, Carlota no pudo evitar las lágrimas en sus ojos.

—¿Por qué me estás contando esto a mí sola? Deberíamos estar aquí tus tres hijos, a tu lado, escuchando tus palabras.

—Ya habrá ocasión después para eso, primero debo hablar contigo. Tenemos una conversación pendiente desde hace mucho tiempo. No he debido dejarlo para el último momento, quizá sea demasiado tarde.

Carlota estaba confundida.

—No sé a qué te refieres mamá. No te entiendo.

—Antes que nada, acércate al aparador. Abre el primer cajón y busca un doble fondo. Es sencillo de abrir, presiona en la parte trasera y se levantará la tapa. Dentro hay una cartera vieja de piel. Acércamela.

Carlota estaba alucinada, pero obedeció a su madre sin preguntar el sentido de todo aquello.

Siguió sus instrucciones y se encontró con una cartera muy ajada. Se notaba que le habían dado mucho uso. Se la dio a su madre.

—¿Sabes? Esta cartera perteneció a tu padre.

—Nunca me la habías enseñado.

—Ni a ti ni a nadie, pero ha llegado el momento de que sepas ciertas cosas que desconoces de tu familia.

Carlota estaba en una nube, no comprendía nada. Se quedó callada, esperando que su madre continuara la conversación, mientras veía cómo abría la cartera y extraía una especie de libro en muy mal estado.

—Primero, este libro te pertenece. Era de tu padre y su voluntad era que tú lo heredaras cuándo yo falleciera —dijo, mientras se lo entregaba a Carlota.

—¿Esto qué significa? Era un libro muy voluminoso. Parecía muy antiguo, al menos de tres o cuatro siglos. Estaba cosido.

—Ahora te voy a pedir una cosa importante, déjame hablar sin interrumpirme hasta que termine el relato que te voy a contar. Sé que te surgirán muchas preguntas mientras me escuchas. Te las guardas. Intentaré respondértelas al final, las que sea capaz.

—Adelante —dijo Carlota, que estaba absolutamente alucinada.

Su madre empezó a hablar. Aquella historia que estaba escuchando era completamente surrealista. Pensó por un momento que su madre no estaba lúcida, que le estaban haciendo efecto los fuertes calmantes que le habían administrado. No sabía si interrumpir su relato o no.

Se quedó mirándola a los ojos y supo en su corazón que todo aquello era verdad.

Cuando concluyó, ambas se pusieron a llorar, mientras se abrazaban. Jamás había sospechado nada de todo aquello. Desde luego su madre había guardado muy bien el secreto durante toda su vida.

—No le cuentes a nadie lo que acabas de escuchar, ni siquiera a tus hermanos. No quiero que sepan nada, no es necesario. Después de mi muerte quiero que tengáis la misma buena relación que ahora. Nada debe cambiar. Ahora llámalos y que suban. Recuerda lo más importante de todo, uno lo separado —dijo su madre, con un hilo de voz. Cerró los ojos. Concluyó la conversación con una frase, apenas audible, algo así como beber vino. Estaba claro que los calmantes estaban haciendo su efecto con rapidez. Su madre siempre había sido muy aficionada a los buenos vinos, pero desde luego no pensaba subirle una copa ahora, aunque fuera su último deseo.

Visto su estado, no se atrevió a preguntarle nada acerca de la conversación, a pesar de que tenía mil preguntas y dudas en la cabeza. No sabía lo que significaban algunas frases que había escuchado, ya tendría tiempo después de su fallecimiento para pensar en ello.

Salió de la habitación destrozada y con los ojos llorosos. Cuando sus dos hermanos la vieron ya se imaginaron que algo muy malo ocurría.

—Ver a la mamá antes de que su llama se apague para siempre —acertó a decirles, mientras se apresuraban a entrar en su habitación.

Fueron las últimas palabras que escuchó en boca de su madre.

3 DE MARZO DE 1524

Batiste y Jero se quedaron mirando a Amador, esperando que comenzara con su explicación.

—Bueno, cómo queráis, ya os he advertido. La inquisición es como una empresa o un negocio cualquiera, tiene unas fuentes de ingresos y una serie de gastos, al final hace su balance y tiene que arrojar beneficios.

—Bueno, es una manera de expresarlo, como un negocio cualquiera... —empezó a decir Batiste—. Los negocios no acostumbran a quemar a sus clientes.

—Me refiero desde el punto de vista económico.

—No se me ocurriría mirar la Inquisición desde ese punto de vista —insistió Batiste.

—Os haré un resumen muy rápido para no cansaros. Los ingresos de cada uno de los tribunales del Santo Oficio provienen fundamentalmente de cuatro conceptos. El primero son las llamadas *composiciones* o multas, para que lo tengáis más claro. Al principio, cuando el Inquisidor General era fray Luis de Torquemada, en ocasiones eran colectivas.

—¿Multas colectivas? —preguntó Jero, que no comprendía el concepto.

—Sí, por ejemplo, al inicio de la Inquisición, en 1491, los judíos negociaron con Torquemada el pago de cinco mil ducados a cambio de la exención de los hipotéticos actos heréticos cometidos.

—Curioso —dijo Jero—. Sanciones preventivas, por si acaso eran malos...

—Sí, algo así.

—Anda, continúa —dijo Batiste.

—La segunda vía de ingresos son las llamadas licencias o habilitaciones.

—¿Y eso qué es? ¿Te dan permiso para algo? —preguntó Batiste.

—No, en realidad te lo devuelven —contestó Amador—. Tened en cuenta que muchas sentencias llevan aparejadas la suspensión del ejercicio de determinados empleos. La gente paga para que les restituyan en sus trabajos, en muchas ocasiones simplemente honoríficos.

—Ahora lo entiendo —dijo Batiste.

La tercera vía de ingresos son los quitamientos de hábitos y sambenitos.

—¿Eso qué significa? —pregunto Jero de inmediato.

—Los hábitos o sambenitos son una especie de prendas, generalmente sacos de lana con símbolos dibujados, que los condenados deben llevar, a veces incluso con corozas, que son una especie de gorros o capirotos. Son una manera de humillación pública, la gente sabe que los que lo llevan han sido condenados por el Santo Oficio. Es una muestra de infamia.

—¿Y la gente paga por no llevarlos? —continuó Jero.

—Exacto. Entregas una determinada cantidad, en función del delito cometido y de la persona, y te redimen de esa penitencia.

—O sea, que todo se arregla con dinero —dijo Jero.

—Como siempre en esta vida —contestó Amador—. Y he dejado para el final la fuente más importante de ingresos para la Inquisición.

—¿Cuál es? —preguntaron Batiste y Jero a coro.

—Las confiscaciones de bienes. El arresto de un acusado con pruebas sólidas de herejía llevaba aparejado el secuestro preventivo de todos sus bienes. Se hacía un exhaustivo inventario de bienes por el llamado notario de secuestros, y luego pasaban a disposición del receptor de bienes, o sea, mi tío y dentro de poco mi padre.

—Ahora entiendo que no tengáis demasiados amigos. Menudo trabajo más desagradable —dijo Batiste.

—¡Oye! Aún los hay peores.

—No lo dudo.

—Pero aún no has contestado a mi pregunta, ¿por qué van a revelar del puesto a tu tío y a nombrar a tu padre? —preguntó Jero.

Amador se le quedó mirando fijamente.

—Ya os he dicho que la Inquisición es como una empresa, tiene ingresos y gastos, y al final da un beneficio. Si los ingresos bajan, se destituye al encargado de conseguirlos, y se nombra a otro. Pues eso es lo que ha ocurrido. El receptor de bienes es el responsable de los ingresos, y han descendido de forma notable, así que han decidido nombrar a uno nuevo, en este caso a mi padre —explicó Amador.

—¿Y por qué han bajado los ingresos? —siguió preguntando Jero.

—¿Sabes? Eres un niño muy curioso. La respuesta es simple, la Inquisición se está quedando sin clientes —contestó Amador.

—Claro, ya habéis quemado a casi todos los judíos. Sois la única empresa del mundo que se está quedando sin clientela porque la mata. Ahora tendréis que empezar con los moros —dijo Batiste—. Hasta que se que acaben también.

—Algo así, cada vez quedan menos herejes, y en consecuencia la Inquisición recibe menos ingresos —contestó Amador—. Sin embargo, sus gastos no paran de crecer porque su estructura es cada vez mayor.

—Resulta curioso escuchar hablar de la Inquisición en estos términos, como si fuera un negocio cualquiera —dijo Batiste.

—Es que en realidad lo es. ¿Sabéis que, en ocasiones, sus empleados cobran mal y tarde porque no hay dinero? —preguntó Amador—. Os lo digo con conocimiento de causa.

—Si pretendes darme lástima, no lo estás consiguiendo —contestó Batiste.

Por cierto, Jero, tu cara me resulta familiar, ¿no nos hemos visto antes? —preguntó Amador,

que llevaba un rato mirándole al rostro—. Me recuerdas a alguien.

—No lo creo. ¿Has viajado a Sevilla en alguna ocasión?

—Nunca.

—Entonces dudo que nos conozcamos. He vivido en Sevilla desde que recuerdo, hasta principios del año pasado que vine a Valencia. No te he visto jamás.

—Pues tu cara me suena —insistió Amador.

Y tanto que le sonaba y ni se imaginaba de qué.

EN LA ACTUALIDAD, MARTES 11 DE SEPTIEMBRE

La madre de Carlota falleció la noche del lunes al martes, tal y como ella mismo había anunciado. Evidentemente, suspendieron la reunión del *Speaker's Club* y quedaron todos para hacer una visita a su amiga en el tanatorio, esa misma tarde. Rebeca pidió la mañana libre en el periódico, y se fue a visitar a su amiga a su casa, junto con Almu, que quiso acompañarla.

A pesar de que todos lo esperaban, su fallecimiento había causado una profunda conmoción en la familia. Estaban todos muy afectados.

—Lo siento mucho Carlota —dijo Rebeca, dando un fuerte abrazo a su amiga—. Cuando leí tu mensaje se me vino el mundo encima.

—Algo así siempre duele, aunque lo esperes —dijo Carlota, mientras abrazaba a su amiga Almu.

—¿Cómo están tus hermanos? —preguntó.

—Peor que yo. La verdad es que no he terminado de reaccionar. Aún no me lo creo. Los últimos días han sido especialmente intensos.

En ese momento entraron en la habitación los hermanos de Carlota. Se fundieron en un abrazo todos, sin mediar palabra entre ellos.

—Si necesitáis cualquier cosa, tan solo tenéis que pedirla —dijo Rebeca—, ya sabéis que lo digo de verdad.

—Muchas gracias Rebeca y Almu, os agradecemos de verdad que hayáis venido a casa. En un momento nos trasladaremos al tanatorio —dijo Rocío—, según nos ha informado la funeraria.

—No me gustan nada esos lugares tan impersonales como los tanatorios, y todavía menos los cementerios, prefiero acudir al domicilio particular —continuó Rebeca—. Disculparéis mi ausencia y la de Almu. Mi tía Tote sí que os visitará esta tarde.

—No os preocupéis —dijo Rocío—. Ya sabemos que estáis a nuestro lado. De hecho, siempre lo habéis estado todos estos años.

En cuanto Rocío calló, Carlota cogió del brazo a Rebeca y se llevó a un aparte.

—Cuando todo esto acabe, tengo que hablar contigo. Créeme, es muy importante, ¡qué digo!, más que importante es alucinante.

Rebeca se quedó mirando fijamente a su amiga. Tenía una expresión muy extraña, no era dolor lo que veía en sus ojos. Era más bien una mezcla entre miedo y sorpresa. «¿Aún seguirá empeñada en lo del huevo Kinder?», pensó. «Ni el fallecimiento de su madre es capaz de detener la actividad frenética de su cerebro».

—Ahora céntrate en lo que toca y ya habrá tiempo de hablar más adelante de lo que sea —le contestó Rebeca.

«Hay algo más, aparte de la muerte de su madre, que le preocupa», se dijo. De hecho, le

pareció que su cabeza estaba en otra parte.

4 DE ABRIL DE 1524

Batiste, Jero y Amador hicieron una buena amistad desde el primer día. Aprovechaban los momentos libres para hablar. Jero era muy curioso, y le encantaba preguntar a Amador cuestiones acerca del Santo Oficio.

—Nos decías que la Inquisición cada vez tiene una estructura más grande —le dijo Jero a Amador.

—¿No tienes ni idea cómo está organizada?

—¿Debería tenerla? ¿Te crees que me cuentan esas cosas? ¡Soy un niño de ocho años!

—¿Y por qué te interesas tanto?

—Primero me lo cuentas tú, y luego te lo contaré yo —le contestó Jero.

—La gente cree que la Inquisición la crearon Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, los conocidos como Reyes Católicos, sin embargo, tienen razón tan solo a medias.

—¿Cómo a medias? O se tiene razón o no se tiene —contestó de inmediato Jero.

—Quiero decir que la Inquisición ya era conocida en la Corona de Aragón desde finales del siglo XII, varios cientos de años antes de los Reyes Católicos, era la llamada «Inquisición medieval». Isabel y Fernando crean la llamada «Inquisición moderna» en 1478 por una bula del papa Sixto IV, primero tan solo en Castilla y unos años más tarde también en Aragón. El primer Tribunal del Santo Oficio que se constituyó fue en Sevilla, aunque en muy poco tiempo se extendieron por toda España. Por ejemplo, en Valencia, aunque se conocen casos desde 1420, se instaura por los Reyes Católicos de forma definitiva a principios de 1482.

—¿Y quién se encarga de su organización?

—La gente cree que fue la Iglesia católica, sin embargo, la Inquisición está bajo el control de los reyes de cada país. En España, es el rey Carlos I el responsable máximo de todos los nombramientos.

—Entonces, ¿quién manda? —preguntó con curiosidad Jero.

—La Inquisición española está fuertemente jerarquizada. A nivel de toda España existe el llamado Consejo de la Suprema y General Inquisición, o Consejo de la Suprema, incluso en ocasiones conocido tan solo por La Suprema, que es el máximo órgano dentro de la organización. A su cabeza está el Inquisidor General de España.

—¿Entonces manda un órgano? —continuó preguntando Jero.

—No. A pesar de que, como te estaba contando, La Suprema es el máximo órgano de la Inquisición, el que más manda es el propio Inquisidor General de España, que tiene plenos poderes, aunque luego existan multitud de tribunales locales con sus propios inquisidores y su propia estructura. El primer Inquisidor General fue fray Tomás de Torquemada, que fue muy

célebre y conocido.

—¿Y los tribunales locales?

—La estructura de la Inquisición puede variar ligeramente de unos lugares a otros. Si os parece os voy a contar cómo está organizado el tribunal de Valencia, que es el que conozco, además es muy similar al resto.

—Venga —dijo Jero, animado.

Batiste le miraba extrañado. Tenía razón Amador, ¿a qué venía ese interés por la Inquisición por un niño de tan solo ocho años, aunque ese niño fuera Jero, que era muy inteligente? Le resultaba llamativo y también algo sorprendente.

—En nuestra ciudad existen dos inquisidores, que son Andrés Palacios y Juan de Churruca. Son los máximos responsables del Tribunal en Valencia, aunque sus funciones son puramente administrativas. Por encima de ellos está el Inquisidor General de España, que es el que verdaderamente manda en todos los tribunales locales.

—¿Entonces no pintan nada?

—Yo no he dicho eso. Son la máxima representación de la Inquisición en la ciudad, ¿cómo no van a pintar nada?

—¿Y por qué dos inquisidores?

—El motivo de ser dos personas es que uno debe ser teólogo y el otro jurista, así se complementan. Lo estableció el propio fray Luis de Torquemada en sus normas a finales del siglo pasado, y siguen vigentes en la actualidad.

—Vale, vale —dijo Jero.

—Luego existe la figura del promotor o procurador fiscal, que es la persona que elabora las denuncias. Para que me entendáis, es el acusador, investigador e interrogador.

—Está claro —dijo Batiste.

—También existen tres notarios —continuó Amador.

—¿Tres? ¿Para qué? Luego te quejas de que cobráis tarde y mal, no me extraña con ese despilfarro —dijo Jero.

—No corras tanto zagal, que cada uno tiene una función determinada. El notario de secuestros, como su nombre indica, es el encargado de inventariar los bienes secuestrados hasta que se decida su confiscación. El notario del secreto es el que anota las declaraciones de los testigos, los procesados, y en general, de todos los participantes. Pensar que todo el procedimiento debe ser secreto y este notario es el responsable de que así sea. Nos falta el notario escribano, que es una especie de secretario, el que se encarga de registrar las sentencias, los edictos, las actas, los autos de fe y demás papeleo que genera el tribunal, que es mucho. Desde hace unos años, el rey nombró a otro notario, llamado de penitencias y penas, solo para el tribunal de Valencia, por sus especiales características. En realidad, este notario no forma parte de la estructura ordinaria, es una figura quizá provisional. No sabemos por cuánto tiempo estará vigente su cargo, dependerá de la voluntad real.

—Ya lo entiendo —dijo Jero.

—Luego hay personal menor, como los alguaciles, que son los encargados de las detenciones, las persecuciones e incluso de dar de comer a los presos. A veces sus funciones se confunden un poco con las del carcelero. También existe el nuncio, que es una especie de mensajero, el portero, el verdugo, el médico y el cirujano, que ya os imaginaréis cuáles son sus funciones.

—Sois demasiados —dijo Jero—. Seguro que sobráis la mitad, por lo menos.

—Y eso que aún no os he hablado de los familiares —dijo Amador.

—¿Los tuyos? —preguntó Batiste.

—¡No hombre! Los familiares del Santo Oficio.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Cómo creéis que descubre los casos de herejía la Inquisición? Una gran mayoría son por denuncias particulares y por delaciones de los llamados familiares, que son una especie de colaboradores del Santo Oficio. No cobran, pero a cambio obtienen algunas ventajas sociales.

—O sea, soplones o confidentes —dijo Batiste.

—Lo que yo decía, sois demasiados —insistió Jero—. ¿Cómo queréis que funcione un negocio con semejante estructura?

—Pues lo hace —contestó Amador.

—¿Y tu padre? —preguntó Batiste.

—A él no lo he nombrado en esta explicación porque ya conocéis su función. El receptor es el responsable económico del tribunal, incluso de pagar los salarios al resto de trabajadores. Es una figura muy importante, quizá la de más jerarquía después de los propios inquisidores —dijo Amador, pavoneándose un poco—. Incluso en ocasiones tiene más responsabilidad que ellos, al fin y cabo responde personalmente frente al rey, a diferencia de los inquisidores, que lo hacen frente al Consejo de la Suprema o frente al inquisidor general de España, que es su jefe.

—Sois demasiado complicados —dijo Batiste.

—¿Os acordáis de la figura del notario de penitencias que os he nombrado antes?

—Claro —respondió Jero.

—Pues, en realidad, es un cargo creado a propósito por el rey para ayudar al receptor de Valencia, es decir, en teoría a mi tío, pero ahora está dedicado a mi padre, para poder hacer la transición en la receptoría de una manera ordenada.

—O sea, que tu padre es toda una personalidad de la Inquisición —dijo Jero.

—Localmente sí, por supuesto, a nivel nacional hay otros muchos receptores, uno por cada tribunal local —respondió Amador.

—Curioso —dijo Jero.

—Bueno, yo ya te he contado la estructura de la Inquisición, ahora te toca decirme por qué estás tan interesado en todo este tema —dijo Amador, dirigiéndose a Jero.

Jero puso una cara de lo más extraña, aunque habló con toda la tranquilidad del mundo.

—Porque vivo en el Palacio Real, sede del Tribunal de la Inquisición y no sé por qué —dijo.

Amador se quedó boquiabierto.

—¿En serio vives ahí? —preguntó sorprendido.

—Sí.

Amador se levantó de su asiento.

—Espera, espera. Ahora que lo pienso un poco mejor, eso no puede ser. Allí tan solo residen los dos inquisidores, nadie más vive en ese palacio. Nos estás tomando el pelo. Ni siquiera mi padre, cuando se convierta en receptor, y ya sabéis de la importancia de su cargo, tendrá derecho a vivir allí. ¿Y me quieres decir que un mocoso de ocho años como tú lo hace?

—Jero lleva más de un año empeñado en convencerme de que vive allí —dijo Batiste—. No le hagas caso, son fantasías suyas.

Jero parecía enfadado. y mucho.

—No me crees, igual que tampoco me cree Batiste, pero os lo puedo demostrar a los dos.

—¿Cómo? —preguntaron a coro.

EN LA ACTUALIDAD, MIÉRCOLES 12 DE SEPTIEMBRE

Rebeca se encontraba en la estación Joaquín Sorolla, para tomar un AVE en dirección a Madrid, aunque su mente estaba en el cementerio, donde en estos momentos estarían enterrando a la madre de Carlota. Estaba muy preocupada por su amiga, la había notado muy extraña cuando la visitó ayer en su casa. Suponía que aún no lo había asimilado, quizá el bajón le viniera después del entierro, cuando volviera a casa sin su madre.

Estaba ensimismada con sus pensamientos, cuando de repente escuchó una voz conocida.

—¡Hola Rebeca! ¿Qué haces aquí? Bueno, supongo que tomar un tren, que es lo que se suele hacer en las estaciones.

Se giró de inmediato y vio a su amiga Carolina Antón.

—¡Carol, qué sorpresa! ¿Te vas a Madrid a visitar a tu padre?

—Sí, me voy con él. Mañana le han organizado un homenaje a un viejo amigo de la familia, que está muy enfermo. Mi madre ya está allí, se fue ayer. ¿Y tú adónde viajas?

—También me voy a Madrid, pero a conocer a mis nuevos compañeros de la radio.

—Entonces compartiremos tren, a ver si no va lleno y nos podemos sentar juntas. Así aprovechamos y charlamos durante el viaje. Aunque el trayecto dure menos de dos horas, estaremos más entretenidas.

Se acomodaron en una terraza en el interior de la estación, tomando un café, mientras esperaban que anunciaran la vía de su tren. Por fin apareció en las pantallas, se levantaron y marcharon juntas hacia el andén. Pasaron los controles de seguridad. El tren no iba lleno, así que se pudieron sentar juntas.

—¿Quiénes son los compañeros de la radio que vas a conocer? —preguntó Carol, mientras se sentaba en la butaca.

—Es el programa *Buenos días*, de Javi Escharche y a Mar Maluenda, no creo que lo conozcas —contestó Rebeca, mientras dejaba su bolso en el compartimento superior.

Carol puso cara de sorpresa.

—¿Me tomas el pelo? ¿Ese es tu programa? ¡Rebeca, es muy famoso! Lo escuchamos todas las mañanas en mi casa. ¿Y vas a conocer en persona a Javi y Mar? —dijo Carol, completamente emocionada—. Toda mi familia somos muy *fans* de ellos, sobre todo mi madre.

—En realidad ya los conozco, estuvieron en *La Crónica* el lunes para presentarse.

—¿Vinieron a Valencia solo para presentarse? ¡Debes ser toda una celebridad! —dijo Carol, que seguía impresionada con su amiga.

—Pues mañana por la mañana no te pierdas el programa. Quieren entrevistarme en directo. Lo voy a pasar fatal, imagínate, jamás he hablado en la radio.

—¡Rebeca, te van a escuchar un millón y medio de personas! Esa es su audiencia media

diaria, para que te hagas una idea.

—Gracias por tranquilizarme —contestó Rebeca, que estaba nerviosa solo de pensarlo.

Carolina cambió de tema.

—¿Qué vas a hacer mañana por la noche? —preguntó—. ¿Tienes algún plan con tus compañeros de la radio?

—Pues no lo sé, por la mañana estaré en la emisora. Me han dicho que comeré con todos los miembros del programa, pero la noche supongo que la tendré libre. Al fin y al cabo, ellos tienen que madrugar para el programa de mañana, que empieza a las seis, y no creo que se acuesten muy tarde.

—Ya sé que no es un plan apasionante, pero si te apetece, podrías acompañarme a la recepción en la Embajada. Los combinados que prepara el coctelero son fantásticos y luego podríamos quemar Madrid. ¡Vestidas de gala arrasamos!

Rebeca tenía puesta la mente en el acto de la Embajada.

—¿Pero esas ceremonias no son oficiales, con personalidades y bajo estricta invitación personal?

—¡Rebeca, que mi padre es el agregado cultural y el organizador del evento! Puedo conseguir una invitación para ti sin ningún problema.

—¿A quién homenajean?

—Nada que ver con las emociones que vas a vivir en la radio mañana por la mañana. Se trata de un anciano académico al que le queda poca vida.

—Ya, eso ya me lo habías dicho, pero ¿cómo se llama?

—Bartolomé Bennassar. Es muy amigo de mi padre, en realidad de toda la familia. Está muy enfermo, posiblemente sea su último acto público, por eso viajo a Madrid. Es una especie de despedida oficial.

—¡Bennassar! ¡Lo conozco! Bueno, no personalmente, pero si su obra. Es un historiador famosísimo, de hecho, ha escrito libros que son referencia en algunas materias históricas, como la inquisición española —dijo Rebeca. Ahora la emocionada era ella—. Lo he estudiado, y la verdad es que admiro muchísimo su trabajo.

—¡Qué casualidad! —dijo excitada Carol.

—Pues nada, ya tenemos plan para mañana por la noche. Lo de quemar Madrid casi lo dejaremos para otra ocasión, va a ser un día de muchas emociones y no creo que tenga el cuerpo para festivales nocturnos — dijo Rebeca.

—Hay un pequeño problema que no se me había ocurrido —dijo Carol.

—¿Cuál? ¿Alguna cuestión de seguridad?

—No, eso es solucionable. Comprende que se trata de una recepción y un homenaje oficial en la Embajada de Francia en España. Asistirán algunos ministros, tanto franceses como españoles. Le han dado mucho bombo. Hay que ir vestida de noche, en concreto traje de gala, largo de color oscuro. Normas estrictas de protocolo.

Rebeca sonrió.

—Por eso no te preocupes, como no sabía cuál era el plan en el tema de la radio, me he traído medio armario de casa, así no fallaba —contestó—. Creo que tengo el traje apropiado. Me he traído el *Lorenzo Caprile* que me puse el día de la fiesta de graduación universitaria, me costó una verdadera fortuna. Así lo amortizo un poco más.

—Entonces todo resuelto, además es un conocido diseñador español, viene al pelo. Te mandaré al móvil un mensaje con la invitación personalizada. De todas maneras, me ocuparé de que aparezcas en la lista oficial que tendrán los gendarmes.

Supongo que habrá bastante seguridad, tanto española como francesa, no te asustes por el despliegue. Como te acabo de decir, ten en cuenta que asistirán muchas personalidades y cargos públicos de ambos países. Es un acto al que se le ha dado bastante bombo. Imagínate su importancia que lo va a transmitir en directo una cadena de televisión francesa.

—Me hace ilusión conocer a una persona que he estudiado y que pensaba que ya estaba muerto.

—No está bien que lo diga porque es un encantador anciano, pero tiene casi los dos pies en el otro barrio. No quiero rebajarte las expectativas, pero no sé siquiera si podrás saludarlo —contestó Carol—. Viaja con médico y enfermero particular, imagínate su estado.

Carol no sabía lo equivocada que estaba y Rebeca desconocía las sorpresas que le esperaban.

23 DE MARZO DE 1524

Luis Vives llevaba dando clases en el colegio Corpus Christi, en la Universidad de Oxford, durante el último año, tratando de hacer resurgir los estudios humanísticos en Inglaterra, cuyo nivel no era muy bueno, por decirlo de una manera educada. El cardenal y lord canciller del reino, Thomas Wosley, había cumplido su palabra. Tenía un trabajo estable con un salario muy digno y disponía de tiempo para escribir. También, tal y como le había prometido, le había hecho llegar a sus hermanas en España el suficiente dinero como para retener la propiedad de la vivienda familiar y todos sus muebles, que habían sido secuestrados por el Santo Oficio, desde que su padre fuera apresado. Los trámites del proceso se estaban demorando en demasía, ya llevaban cuatro años con ellos, algo excesivo, pero no inhabitual con la Inquisición española, que, en ocasiones, era desesperadamente lenta.

Recibía correspondencia con habitualidad de sus hermanas, que le mantenían informado del proceso y todo parecía indicar que la sentencia iba a ser condenatoria. Para su desgracia, no conservaba demasiadas esperanzas que pudiera concluir con su liberación, aunque fuera con una pena de penitencia. A pesar de haber hecho todo lo posible, Luis tenía cargo de conciencia por no estar en España junto a su familia. También había recibido alguna carta de su amigo Johan Corbera, preocupándose por su estado, pero le extrañaba no saber nada de don Bertrán, y había pasado más de un año desde que se despidieran en Lovaina. Habían acordado ser discretos, pero le parecía excesivo no remitirle ni una sola misiva en tanto tiempo. Habían tenido una profunda conversación antes de separarse.

Luis se había integrado perfectamente en la vida cortesana, ya que había sido acogido de forma entrañable por el monarca inglés Enrique VIII y su mujer, la española Catalina de Aragón, que lo acostumbraban a invitar a numerosos eventos sociales. Luis conoció a grandes personalidades y fomentó su amistad con Tomás Moro y su familia, que lo habían adoptado casi como un miembro más, tratándolo con profundo cariño.

También se había integrado en la vida docente con total armonía, no en vano sustituía al profesor Lupset en la cátedra de latín y griego, idiomas que dominaba a la perfección, teniendo discípulos de gran valor como Edward Wotton o Richard Pate. También había podido escribir con libertad. En esos primeros meses había enviado cartas a los monarcas europeos en defensa de la paz y de la concordia entre los príncipes cristianos, siempre fiel a esa vocación pacifista y europeísta que impregnaba toda su vida y toda su obra. Era un ciudadano del mundo y lo demostraba cada vez que escribía. No creía ni en las fronteras ni en las banderas. Luis opinaba que habían causado demasiados muertos, más que la propia peste, a lo largo de la Historia. Sin ellas habrían vivido mejor.

Su existencia parecía transcurrir con absoluta normalidad, pero había algunas cosas a las que no había conseguido acostumbrarse, a pesar de todos los esfuerzos que había realizado, que no eran pocos.

Con respecto al clima «caelum grave pluivium, tempestatibus foedum et abditio sole, caeli laetitia triste», es decir, tormentas, poco sol y tristeza. De su pésima acomodación a las comidas,

«est ratio victus aliena stomacho meo atque adeo» contraria», los alimentos no eran aptos para el estómago. Echaba de menos la variedad alimenticia de Brujas. En cuanto a las enfermedades de la región, «sunt morbi multi, sed aliquot fere citra remedium exitiabiles», muchas sin cura y de sus malas digestiones, «concoctio lenta, et sera, etiam maligna; itaque, quod numquam antea, e stomacho aliquoties, et ventris tormina, morbus jam tum in Flandria haud novus, hic mihi familiaris et quotidianus factus est». En resumen, echaba de menos Flandes, a pesar de acomodada vida que llevaba en Inglaterra, sin excesivos lujos, pero con todas las necesidades cubiertas de forma sobrada.

Ahora se encontraba sentado enfrente de su escritorio. Acababa de acordar su matrimonio con Margarita Valldaura, aquella doncella que conoció cuando todavía era una niña durante su primera estancia en Brujas, en casa de su amigo Bernardo Valldaura, en cuanto concluyó sus estudios en la Sorbona de París en el año 1512. No le desagradaba en absoluto, aunque tampoco sentía ningún tipo de emoción especial. «Supongo que son etapas que tiene que recorrer el hombre cristiano en su vida», se decía para intentar terminar de convencerse de aquel enlace.

En apenas dos meses contraería matrimonio y debía de enviar una nota de invitación a sus amigos. Los esponsales se celebrarían el 26 de mayo en la ciudad de Brujas, el domicilio de la novia, Margarita, coincidiendo con la festividad del Corpus Christi. Escribir esas notas le daba una inmensa pereza.

«Estimado Johan...», empezó a escribir, en aquella habitación lóbrega de la Universidad de Oxford.

No sabía las sorpresas que le esperaban.

EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 13 DE SEPTIEMBRE

Rebeca se había puesto el despertador a las cinco y media de la mañana. El programa *Buenos días* iniciaba su emisión a las seis, pero ella no debía estar en los estudios de la emisora a primera hora, ya que estaba previsto que entrara en antena a partir de las ocho. Quería despertarse con tiempo suficiente, estaba muy nerviosa y no quería estar pendiente del reloj a todas horas, nunca mejor dicho. Prefería llegar con tiempo y ver en acción un programa de esa envergadura. Para ella era una nueva experiencia y quería exprimirla para disfrutarla al máximo.

Tomó un taxi y se dirigió hacia los estudios radiofónicos. Cuando bajó del coche ya le impresionó lo que vio. Aquel edificio era imponente, Entró en la recepción. «Menuda diferencia con *La Crónica*», pensó de inmediato.

Se dirigió hacia una de las personas que estaban detrás del mostrador.

—Buenos días, soy Rebeca Mercader, creo que me están esperando —dijo Rebeca, algo cohibida.

—¡Rebeca! ¡Por supuesto! Has llegado con tiempo —dijo la recepcionista, con una sonrisa de oreja a oreja—. Siéntate en uno de esos butacones de ahí enfrente, ahora mismo vendrán a buscarte. Y, por cierto, ¡enhorabuena!

—Gracias —acertó a decir Rebeca, que aún no había cruzado el vestíbulo de la emisora y ya no sabía si tenía más nervios o más vergüenza.

En apenas cinco minutos se acercó hacia ella una chica joven, la saludó y le indicó que le acompañara. Llegó a una especie de habitación llena de ordenadores. Enseguida acudió a su encuentro Javi Escarache. Le presentó a todo el equipo técnico que estaba detrás del programa. «¿Tanta gente?», pensó Rebeca, «si es como la plantilla al completo del periódico». No podía evitar las comparaciones constantemente, aunque aquello no se pareciera en nada a la redacción de *La Crónica*. Mar Maluenda salió al instante a saludarla también.

—¡Si ya tenemos a nuestra estrella matinal! —dijo sonriendo.

—Eso, tú ponme más nerviosa todavía —contestó Rebeca, sonriendo.

—Tranquila, que hoy será una pequeña entrevista desenfadada, simplemente te presentaremos, comentaremos tu nominación al Premio Ondas y anunciaremos tu colaboración habitual a partir de la semana que viene. Apenas hablaremos tres o cuatro minutos en directo.

—¿Me tendré que desplazar a Madrid todas las semanas? —preguntó Rebeca.

—¡No hará falta, mujer! En Valencia tenemos estudios. El hacerte venir hoy es para que conocieras a todo el equipo, y luego irnos a comer juntos, para celebrar tu nominación. A la cadena ya le dieron el premio en el año 2012 a la mejor radio musical, pero es la primera vez que nominan a alguien de nuestro equipo a título individual en una categoría que no tiene nada que ver con la música. Es muy importante para todos.

—Tenéis que saber que jamás he hablado en directo por la radio —dijo Rebeca, un tanto

avergonzada.

—No pienses en ello. Mantendremos una conversación distendida entre los tres, Javi, tú y yo. Los micrófonos, cómo si no existieran, ni siquiera los mires.

Entraron en el estudio. «Allá voy», pensó Rebeca.

Al final todo fue mucho mejor de lo que había previsto Rebeca. Como Mar le había informado, fue una simpática conversación que tuvo su punto divertido cuando le preguntaron qué pensaba hacer una chica joven y guapa como ella esta noche en Madrid. La respuesta generó mucha guasa, ya que no se esperaban «asistir a una recepción de gala en la Embajada de Francia, en homenaje a un anciano historiador». Pensaban algo más del estilo «quemar Madrid y beberme La Cibeles», típico de su amiga Carol.

—Tú sí que sabes divertirte —dijo Javi, sin poder parar de reírse ante el *planazo* de Rebeca, hasta le saltaron unos lagrimones. Mientras todos se reían, Rebeca estaba algo avergonzada. «A ver si se piensan que soy una mojigata», se dijo. «¿Lo soy?», acabó preguntándose.

Cuando el programa terminó, a las once de la mañana, se bajaron a tomar unas cañas a un bar cercano y luego se fue a comer con sus nuevos compañeros. La verdad es que se lo pasó francamente bien. Aquello no tenía nada que ver con *La Crónica*. Era otro mundo. Seguía comparando, aunque debería dejar de hacerlo.

La comida se alargó más de la cuenta. A las seis, cuando salió del restaurante, miró su móvil. Carol le había enviado la invitación personalizada para el acto de gala de esta noche, y una ubicación. «Los de seguridad ya tienen tus datos», le decía. Apenas disponía de hora y media para arreglarse y acudir a la cena.

«Espero no aburrirme demasiado», pensó Rebeca. Aunque le apetecía conocer en persona al historiador Bartolomé Bennassar, se temía que el acto fuera a ser demasiado formal para ella.

Estaba equivocada, como siempre últimamente.

4 DE ABRIL DE 1524

—¿Cómo piensas demostrarnos lo imposible enano? —preguntó Amador—. Solo dos personas viven en el Palacio Real, los inquisidores Palacios y Churruca, y creo que tú no eres ninguno de los dos.

Jero estaba sonriendo.

—Muy sencillo. Aunque lo tengo expresamente prohibido, os puedo invitar a mi casa, al palacio —contestó con voz muy serena.

Batiste y Amador se quedaron mirando.

—De verdad Jero, no quiero ser duro contigo, pero parece que te has vuelto loco —dijo Batiste—. Allí no se puede entrar.

—Yo sí puedo —insistió Jero.

—Pues invítanos a cenar —dijo Amador.

—A cenar es imposible, no me está permitido.

—Ya empiezas a poner excusas.

—A cenar no, pero sí que os puedo invitar a visitarlo.

—¿Hoy mismo? ¿Te atreves? —lanzó Amador el reto.

—¿Qué si me atrevo? Cuando anochezca, a las ocho, nos vemos en su puerta principal—dijo Jero.

—Hecho —contestaron a dúo Batiste y Amador.

—Recordar que no puedo llevar a nadie al palacio, así que tendré que pedirle un pequeño favor al alguacil que vigila la puerta. No creo que me ponga ningún problema, pero tratar de ser discretos —dijo Jero, mientras se marchaba.

Batiste y Amador se quedaron solos.

—Ya verás cómo cuándo lleguemos a la puerta nos pone alguna excusa para no poder entrar —dijo Amador, que no se creía en absoluto que su menudo amigo pudiera vivir en el Palacio Real.

Batiste tenía sus dudas.

—No sé qué pensar, Amador. A mí me lo dijo cuando lo conocí. Al principio no lo creí, pensaba que fantaseaba, pero no es un niño mentiroso. Llevo casi dos años relacionándome con él y nunca le he pillado ninguna falsedad evidente. Como te decía al principio, ahora mismo no sé qué pensar —dijo Batiste—. Igual hasta nos sorprende y es cierto.

—Lo bueno es que lo vamos a averiguar en apenas unas horas —contestó Amador.

EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 13 DE SEPTIEMBRE

Se duchó, se enfundó el *Lorenzo Caprile* que se había traído por si acaso en la maleta, se miró al espejo y se maquilló, aunque no excesivamente. No le gustaba pintarse demasiado, le daba la impresión que si lo hacía dejaba de parecerse a ella misma. Tuvo que reconocer, muy a su pesar, que, vestida y peinada así, tenía un aire a Taylor Swift. «Jamás lo reconoceré en público, ni bajo tortura», se dijo, mientras sonreía. En realidad, era incluso más guapa. Y más joven.

Miró el móvil de nuevo. La ubicación que le había enviado su amiga Carol no se correspondía con la Embajada de Francia, que estaba situada en el Palacio Arenzana, sino con la residencia oficial del embajador francés, en la calle Serrano. Supuso que la recepción sería en esa dirección.

Salió del hotel y tomó un taxi. Al llegar a la puerta de la Residencia de Francia, un amable gendarme le pidió su identificación y comprobó su nombre en una lista. Con una gran sonrisa le indicó que podía entrar. Había también Policía Nacional española apostada en la puerta con armas largas. Era cierto lo que le había dicho su amiga Carol, la seguridad era impresionante.

Nada más entrar en los jardines, vio a un montón de personas vestidas de gala con copas en la mano y camareros sirviendo unos canapés. Le sorprendió la cantidad de gente que había, no se podía imaginar que se pudiera congregar semejante multitud para despedir a un historiador, aunque este fuera Bartolomé Bennassar. También vio el montaje de las cámaras de televisión y el equipo de transmisión por satélite. La verdad es que todo el conjunto resultaba impresionante.

No vio a su amiga Carol ni a sus padres, así que decidió llamarle por teléfono. No conocía a nadie de los presentes y se encontraba un tanto fuera de lugar, hasta tenía la sensación que la gente la miraba, pensando qué hacía allí una chica tan joven. Su amiga enseguida atendió su llamada y la vio cómo le hacía gestos desde la escalera de entrada a uno de los edificios del complejo, la llamada *Villa Andalouse*. Se dirigió hacia ella.

—¡Rebeca! ¡Estás impresionante con ese *Caprile*! De aquí sales con novio seguro —dijo Carol mientras miraba a su amiga de arriba abajo.

—¡Pero si el de menor edad tiene sesenta años! —protestó Rebeca, riéndose— Parece una reunión de jubilados.

—¡No exageres!

—¡Pero si somos incluso más jóvenes que los camareros! Porque vamos vestidas de gala, si no seguro que nos confunden con ellos. Por cierto, tu traje es absolutamente espectacular Carol, jamás te había visto tan guapa como hoy. ¿Decías de salir por Madrid así vestidas? ¡No me atrevería!

—Anda, deja de decir tonterías. Ven conmigo y saludas a mis padres —dijo Carol—, que tienen ganas de verte, después de tanto tiempo.

La siguió hasta un pequeño salón. Dio un abrazo a los padres de su amiga. Hacía tiempo que no se veían. Durante su estancia en el colegio habían cultivado una gran amistad. Rebeca y Carolina habían pasado muchos fines de semana juntas. Sus padres tenían una gran relación.

—Nos alegramos mucho de verte —dijo Carmen, la madre de Carol—. Estás espectacular, el paso de los años te ha convertido en todo un cisne. Pareces una modelo de pasarela, y más con ese *modelazo* que te has puesto. A más de un invitado sexagenario le va a dar un infarto de verte.

—Sí que estás preciosa. Es un honor que toda una nominada a un Premio Ondas se digne a visitarnos. Hemos escuchado la entrevista que te han hecho esta mañana —dijo Jacques, el padre, con esa sorna habitual que Rebeca aún recordaba de la época del colegio. Era un bromista, algo que había heredado su hija Carol.

Estaban con una tercera persona.

—Rebeca, te presento a Yves Saint-Malo, embajador de Francia en España —dijo Jacques—. Yves, ésta es Rebeca Mercader, la estrella de la radio que te hemos comentado esta mañana.

Rebeca se quedó pasmada. No conocía al embajador y lo había tomado como un invitado más de la recepción.

—Veo que Jacques se ha quedado corto con su descripción —dijo en un tono muy cortés el embajador, mientras le daba un par de besos a Rebeca—. Yo también he escuchado tu entrevista. *Très magnifique*.

—Es un placer conocerle, señor embajador —dijo Rebeca, ruborizada de la vergüenza.

—Yves, por favor. En familia no hacen falta tantas formalidades —dijo el embajador.

—¿Y Bartolomé Bennassar? —preguntó Rebeca, intentando cambiar de tema—. No lo he visto en los jardines.

—Ni lo verás, de momento. Bartolomé está muy delicado de salud, como ya te ha contado mi hija. El viaje hasta Madrid lo ha agotado, así que está en su habitación reposando. Hará una breve aparición, nos dirigirá unas palabras y se retirará. Probablemente sea su último acto en público, y él mismo ha decidido que sea aquí, en España. Es todo un honor para nosotros —explicó Jacques.

—Desde luego —dijo Rebeca—. Es uno de los grandes hispanistas vivos. Para una recién graduada en Historia, poder ver en persona al señor Bennassar es todo un lujo, aunque sea de lejos.

—Por eso han acudido a este último homenaje los ministros de Cultura e Interior de España y Francia, al margen de multitud de personalidades de ambos países —dijo Carol—. Y lo transmiten por televisión en directo para un canal cultural francés.

«Pues ni conozco ni me conoce nadie», pensó Rebeca.

Una vez más estaba equivocada, y ya iban...

4 DE ABRIL DE 1524

Eran las ocho menos cuarto, y Batiste se encaminaba hacia el Palacio Real. No sabía qué pensar de Jero. Hacía algo más de un año que lo conocía y lo tenía desconcertado. Al principio hubiera jurado que no podía vivir en el Palacio Real, pero ahora no lo tenía tan claro.

Se encontró con Amador a unos doscientos metros de la puerta del palacio.

—A ver qué excusa nos pone el renacuajo —dijo Amador.

—Ahora veremos —contestó Batiste, que tenía todas las dudas del mundo.

Llegaron a la puerta principal. Había un alguacil enorme apostado en la puerta, con cara de malas pulgas.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Amador.

—Pues preguntar por Jerónimo.

—Hazlo tú, yo no me atrevo.

—Cobarde —dijo Batiste, mientras se acercaba con cierto temor.

—Buenas noches señor, hemos quedado con nuestro compañero de escuela que se llama Jerónimo —dijo con voz temblorosa Batiste.

El alguacil se los quedó mirando de arriba abajo. «Ahora es cuándo nos pega una patada en el culo», pensó Amador. «O algo peor».

—Esperaros un momento aquí, ni se os ocurra moveros —contestó el alguacil, sin abandonar el gesto adusto, mientras entraba en el palacio.

—¡Larguémonos! Ahora es el momento, que no nos ve —dijo Amador—. ¿No te das cuenta? Ha entrado a por refuerzos, para llevarnos presos.

—Vamos a esperar, tranquilízate un poco. No hemos hecho nada malo para que nos lleven presos. ¿Y tú crees que un alguacil de ese tamaño necesitaría refuerzos para retener a dos mocosos como nosotros?

—Eso también es cierto —contestó Amador, intentando tranquilizarse.

—Si no conocen a Jerónimo nos lo dirán, nos iremos y ya está —contestó Batiste—. No pasaremos más que algo de vergüenza.

Se abrió la puerta y salió el alguacil. Batiste y Amador contuvieron la respiración.

—Adelante.

—¿Adelante de verdad? ¿Podemos pasar al palacio? —preguntó un atónito Amador.

—¿No os lo acabo de decir? —contestó el alguacil, con las mismas malas pulgas de antes—. ¿O sois cortos de entendederas?

Batiste y Amador obedecieron al alguacil y cruzaron la puerta, no sin cierto temor. Aún no las tenían todas consigo. La potente iluminación exterior hacía que el interior les pareciera en penumbra.

—Hola amigos —escucharon decir a una voz.

—¡Jero! ¿Cómo has conseguido entrar aquí? —preguntó Amador, que aún no se podía creer que estuviera dentro del palacio.

—¡Qué pesados sois! Ya os he contado muchas veces que vivo aquí, en el Palacio Real.

—Es increíble —acertó a decir Batiste, que estaba más que impresionado.

—No quedaros en la puerta, venir conmigo y os acompaño hasta mi habitación.

Subieron unas escaleras muy lujosas y alcanzaron el primer piso. Tanto Amador como Batiste iban con la boca abierta. La entrada, vista desde la barandilla donde estaban ahora mismo, era sencillamente espectacular. Sus ojos no paraban de moverse de detalle en detalle. Continuaron por un largo pasillo, hasta que alcanzaron un salón con una chimenea encendida.

Jero señaló precisamente la chimenea.

—Aquí suelo pasar las tardes, me siento en ese butacón y me pongo a leer. Se está muy cómodo y caliente. En esta zona del palacio, salvo el servicio, no suele venir nadie. Es el ala que utiliza la inquisición, y casi siempre está vacía.

Batiste y Amador aún no habían salido de su asombro, parecían que no habían reaccionado todavía. Permanecían en silencio, observándolo todo con cara de idiotas.

Jero abrió otra puerta y entraron en un pasillo.

—¿Cuántas puertas tiene este palacio? —preguntó alucinado Amador.

—No lo sé, nunca lo he recorrido entero. Yo vivo en la zona que ocupa el Tribunal de la Inquisición, pero lo conocen popularmente como el palacio de las trescientas llaves. Dicen que tiene trescientas habitaciones.

—No me extrañaría por lo que estoy viendo —dijo Amador, que aún estaba asombrado y sorprendido.

Anduvieron por el pasillo, hasta que Jero se detuvo en una puerta. Sacó una llave de su bolsillo y la abrió.

Se apartó de la puerta e hizo un gesto a sus amigos.

—Podéis pasar. Esta es mi habitación.

Iban de sorpresa en sorpresa. Aún no habían cerrado la boca desde que habían entrado en el palacio. Estaban mirando desde la puerta el interior de la habitación de Jero, sin atreverse ni siquiera a entrar. Lo que veían los tenía paralizados, sin poder reaccionar.

—Esta estancia es tan grande como toda mi casa —dijo Batiste.

—Y mucho más lujosa que mi propia habitación —dijo Amador—, y eso que mi familia es rica.

Batiste se quedó mirando alrededor, y cuando terminó, fijó su vista en Jero.

—¿Quién demonios eres?

EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 13 DE SEPTIEMBRE

—¡Rebeca!

Se había camuflado entre la multitud de gente anciana que estaba asistiendo a la recepción de gala en honor del profesor Bennassar, tomando un combinado que le había recomendado su amiga Carol. No esperaba conocer a nadie entre tanto anciano. De repente, una voz conocida la llamaba. Rebeca se giró. Su sorpresa fue mayúscula. No se podía creer quién estaba delante de ella.

—¡Joana! —gritó Rebeca, abalanzándose hacia su antigua profesora y antigua pareja de su tía Tote, dándole un gran abrazo—. ¿Qué haces aquí?

—Mi universidad me ha enviado para entrevistar al profesor Bennassar, y aquí me tienes.

—¡Menudo lujo! ¿Lo has hecho ya?

—Sí, lo he entrevistado hace una hora. El pobre está fatal de salud. Durante toda la entrevista había un enfermero a su lado, con una bombona de oxígeno preparada, imagínate su estado.

—Eso me habían comentado, pero dejemos al profesor en paz. ¿Cómo estás tú? —preguntó Rebeca, que en estos momentos le interesaba mucho más la antigua pareja de su tía que el señor Bennassar.

—Bueno, acostumbrándome a la nueva vida. No está siendo nada fácil, pero es un camino que hay que recorrer. ¿Y tú qué haces aquí? Jamás me imaginé que te podría encontrar en la residencia del embajador francés en Madrid. La palabra atónita se queda corta.

—Es una larga historia, no te voy a aburrir con los detalles —contestó Rebeca.

De repente apareció Carol.

—¿Os conocéis? —dijo, acercándose a ambas.

—Algo —dijo Rebeca, risueña—. Joana fue profesora mía cuando daba clases en la Universidad de Valencia—. También es amiga de mi tía Tote.

—¡Ves cómo sí conoces a alguien en la fiesta! —dijo Carol, mientras miraba a Rebeca—. Os dejo que habléis de vuestras cosas, luego vuelvo —dijo mientras desaparecía entre los invitados.

Joana y Rebeca se quedaron mirando. Tenían tantas cosas que contarse que no eran capaces de articular ninguna.

—¿Cuánto tiempo te quedas en España? —preguntó Rebeca.

—Me voy mañana por la mañana, he venido tan solo a entrevistar al profesor. ¿Cómo está tu tía?

—Supongo que como tú, intentando cicatrizar las heridas. No le está resultando nada fácil. Como una anécdota, el domingo pasado se atrevió a cocinar tu receta de los canelones de la abuela.

—Eso es una buena señal —dijo Joana, sonriendo con cierta melancolía.

—Llámalas por teléfono, se alegrará de saber de ti —dijo Rebeca.

—En cuanto vuelva a Estados Unidos lo haré, no te preocupes. Le dije que lo haría en septiembre.

Rebeca no quería perder la ocasión que le había brindado este encuentro inesperado para sacar el tema que le preocupaba.

—Escucha Joana, en tu despedida el mes de julio me dejaste intrigada. Me dijiste que tenías algo importante que contarme, pero que podía esperar a septiembre. Mira por dónde estamos en septiembre y juntas por sorpresa en Madrid.

Joana sonrió.

—Es cierto, parece que hoy no tengo escapatoria. Allá voy. Recordarás todo el teatrillo que montamos en tu casa aquella noche en la que me autoproclamé undécima puerta para salvar tu culo.

—Claro que me acuerdo, ¡cómo me voy a olvidar! Me protegiste como mi puerta número doce. Todo salió de maravilla, tu interpretación fue fantástica,

—Te equivocas.

—¿Qué es lo que dices?

—Te digo que en la historia hay un cabo suelto y me preocupa la importancia que pueda tener.

—No te entiendo, si todo transcurrió como lo habíamos programado. Los miembros del club se fueron convencidos de tu actuación, todo el mundo te creyó.

—Todo el mundo no.

—Sigo sin entenderte, ¿qué quieres decir?

Joana se puso muy seria.

—Escúchame Rebeca, yo no informé a Tania Rives de ninguno de los progresos que íbamos haciendo. Es evidente que tampoco fue Abraham Lunel. ¿Sigues sin entenderme?

Ahora sí, Joana consiguió captar la atención de Rebeca. Se había quedado atónita por lo que acababa de escuchar. Ahora mismo, su mente estaba confusa.

—¿Tú no fuiste? —acertó a preguntar, incrédula—. Si lo dijiste...

—Lo dije como parte del teatrillo, pero no fui yo —interrumpió Joana—. Eso tan solo puede significar una cosa, que tienes un topo en tu *Speaker's Club* que sabe que yo no era la undécima puerta.

Rebeca no reaccionaba.

—Supongo que ese topo se sorprendería por mi actuación. ¿No notaste nada raro en ninguno de los presentes? —preguntó Joana.

Rebeca se quedó muda. Tenía sus sospechas desde hace tiempo de una persona, pero no la relacionaba para nada con Tania Rives. También había otra que se comportó de forma un tanto extraña en alguna ocasión. Aquello podía cambiar las cosas, y de forma significativa.

De repente escucharon una voz procedente de la megafonía, que interrumpieron los

pensamientos de Rebeca. Se giraron hacia el atril que estaba instalado en la entrada de la *Villa Andalouse*.

—Excelentísimos ministros de cultura e interior de los gobiernos de Francia y España, excelentísimos embajadores y demás invitados, bienvenidos a la Residencia de Francia. Hoy estoy orgulloso de poder dar la bienvenida a una persona muy especial para esta casa, un ilustre compatriota que, en muchas ocasiones, parece más español que francés —anunció Yves Saint-Malo, el embajador anfitrión de la velada—. Nunca mejor dicho, es un auténtico orgullo para mí ceder la palabra a Bartolomé Bennassar.

Todos los reunidos irrumpieron en un sonoro aplauso. Al principio Rebeca no veía a nadie tras el atril, pero pronto se dio cuenta de que el invitado se desplazaba en silla de ruedas.

Escucharon con atención el discurso del profesor Bennassar. Impresionaba saber que, con toda probabilidad, sería el último de su vida. Fue breve y emotivo, y terminó con un gran aplauso, que se prolongó al menos durante dos minutos. La gente parecía sinceramente emocionada.

—¿Lo conoces personalmente? —preguntó Joana.

—Desgraciadamente no. Ya me gustaría. Me he leído varios libros suyos y son apasionantes. Recuerdo que me recomendaste alguno en nuestra época de la Facultad de Geografía e Historia.

—Es un personaje muy interesante, lástima que esté al borde de la muerte.

—Créeme que te envidio por haber tenido la ocasión de entrevistarte con él, ya me hubiera gustado a mí...

De repente, dos personas vestidas de negro se situaron una a cada lado de Rebeca. Parecían miembros del servicio de seguridad de la embajada. Su rostro reflejaba completa seriedad.

—¿Es usted la señorita Mercader? —le preguntaron.

—Sí, soy yo —contestó algo intimidada al verse entre dos personas que parecían armarios.

—Por favor, haga el favor de acompañarnos.

—¿Ocurre algo? Soy amiga de Jacques Antón, agregado cultural de la embajada. Tengo invitación oficial —dijo Rebeca, mientras hacía ademán de sacar su móvil de su diminuto bolso para mostrársela.

—¿Hay algún problema, señores? —les preguntó también Joana, intimidada por la presencia de aquellas dos moles.

—No se preocupen, no pasa nada —contestaron en un tono muy tranquilo. Se dirigieron a Rebeca—. Sabemos perfectamente quién es usted, no es necesario que nos muestre ninguna identificación. Lo único que ocurre es que el profesor Bennassar quiere hablar con usted de forma privada, en sus aposentos. Nos ha pedido que la localicemos entre los asistentes.

La cara de Rebeca reflejaba una profunda sorpresa.

—¿Conmigo? ¿Están seguros? —preguntó incrédula Rebeca—. ¿No se equivocan de persona?

—Estamos completamente seguros, el profesor Bennassar la conoce y ha preguntado expresamente por usted —dijo uno de los miembros del servicio de seguridad—. Le repetimos, tan solo desea mantener una entrevista privada con usted de forma discreta, en su habitación. Le aseguramos que no ocurre nada, *Mademoiselle* Mercader. Es usted una invitada VIP, según nos ha

trasmitido el propio embajador.

«¿Invitada VIP?», pensó Rebeca, sin saber exactamente qué significaba eso.

Joana no pudo evitar sonreír.

—Tú no lo conocerás, pero parece que Baltasar Bennassar sí que te conoce a ti.

4 DE ABRIL DE 1524

—Eso me gustaría saber a mí —contestó Jero—. No tengo ni idea quién soy y qué hago aquí. Ni siquiera sé quién es mi familia...

—Para vivir en este palacio, tu padre debe ser alguien muy importante —continuó Batiste.

—Se llama don Alonso, y conoce a tu padre, ya te lo dije el primer día que me invitaste a comer a tu casa, hace más de un año. Le oí nombrarlo en Sevilla —exclamó Jero.

—Lo recuerdo —le contestó—, pero no sé quién puede ser. No le comenté a mi padre cuántas personas conoce que se llamen Alonso y sean de Sevilla.

—Pues deberías hacerlo, igual me sacas de dudas. Y aún hay otra cosa que no te conté aquel día —dijo Jero, con un tono misterioso.

—¿Otra cosa que no me contaste? ¿Y a qué esperas? —dijo Batiste, dirigiéndose a su amigo Jero.

—Recuerdo que cuando estuve en tu casa recibisteis noticias de un tal Luis Vives y tu padre estaba muy enfadado porque se había quedado en Inglaterra, en lugar de volver a España, como tenía previsto.

—Sí, recibió una carta, y eso era lo que decía. Es cierto que se enojó mucho.

—Pues yo sé muchas cosas del padre de ese tal Luis Vives, llamado Luis Vives Valeriola.

Batiste se sorprendió.

—Es cierto que se llama así. ¿Y por qué sabes muchas cosas de él?

—Seguirme los dos —dijo, haciendo un gesto con la mano.

Jero se dirigió hacia uno de los extremos de la enorme habitación. Se agachó hacia una rejilla de calefacción, le quitó con cuidado los tornillos que la fijaban a la pared y la extrajo. Había un hueco de un tamaño considerable. Se dirigió a Batiste.

—Agáchate y mira.

Batiste le hizo caso, y observó a través de aquella oquedad. Al principio no veía gran cosa, pero cuando sus ojos se acostumbraron observó un salón de grandes dimensiones. En ese momento había tres personas sentadas en una mesa. Se incorporó sorprendido.

—¿Qué es eso?

—Es la sala donde se celebran los juicios del Tribunal del Santo Oficio de la ciudad, está justo debajo de esta habitación. Acabas de ver a los dos inquisidores y al promotor fiscal deliberando acerca de un asunto.

Amador también se agachó para mirar.

—Es increíble. En teoría, las sesiones del Santo Oficio son secretas, pero tú las puedes espiar a través de esa rejilla sin que nadie te vea ni sospeche nada —dijo emocionado Batiste.

—Así es. Si te quedas en completo silencio, además de verlos puedes oír como interrogan a los testigos, incluso cuando deliberan entre ellos. He escuchado hasta como redactaban sentencias y autos de fe. Como comprenderéis, estoy solo y me aburro mucho, así que me entretengo con estas cosas.

Batiste se quedó de piedra cuando comprendió qué quería decirle su amigo con todo aquello.

—¿Escuchaste el nombre de Luis Vives Valeriola a través de esta rejilla?

—Veo que lo has entendido rápido. Quería habértelo dicho a tu padre y a ti aquel día, pero no me pareció oportuno. Estabais tan enfadados por esa carta que acababais de recibir que no me pareció el momento adecuado.

—¿Pero ha pasado más de un año de aquello! ¿No has encontrado ninguna oportunidad para hacerlo?

—En realidad ese momento aún no ha llegado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañado Batiste.

—Desde aquella fecha continué espiando las reuniones. He podido conocer que dentro de dos semanas exactas tomarán una decisión sobre ese asunto. Podríamos escucharla en directo y enterarnos antes de que redacten el auto de fe y la propia sentencia del tal Luis Vives Valeriola, si es que continuas teniendo interés en él.

—¿Qué si tengo interés? —pregunto alucinado Batiste, que aún no se terminaba de creer todo lo que estaba ocurriendo.

EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 13 DE SEPTIEMBRE

—Adelante, puedes pasar —se escuchó una voz desde el interior, después de que los dos miembros del servicio de seguridad la acompañaran hasta la puerta de la habitación de Bartolomé Bennassar.

Rebeca entró y vio al profesor sentado en su silla de ruedas, con un libro en el regazo.

—Hola señor Bennassar. Dos personas me acaban de traer hasta aquí diciéndome que quería hablar conmigo —dijo Rebeca, totalmente cohibida por la situación.

El profesor se giró y se quedó mirando a Rebeca.

—Eres inconfundible —dijo—. No hay ninguna duda.

—¿Nos conocemos? —preguntó Rebeca, ante la extraña bienvenida del profesor.

—Por supuesto.

—Pues disculpe mi memoria, pero no lo recuerdo.

—Es lógico, sería un prodigio que te acordaras. Apenas tendrías un año la última vez que nos vimos.

La cara de Rebeca reflejaba una profunda sorpresa.

—¿Un año? —preguntó, sin comprender nada.

—¿Sabes? Eres idéntica a tu madre, reconocí tu rostro entre la multitud de inmediato. Con estas gafas veo de maravilla —dijo, mientras se las señalaba—. Creo que es el único sentido que conservo y gracias a la tecnología.

—¿Sabe quién soy y conoció a mi madre?

—Mucho más que eso, Rebeca. Tu madre y yo hicimos una verdadera amistad, incluso pasé dos meses alojado en tu casa, en uno de mis múltiples viajes a España.

Rebeca estaba asombrada escuchando las revelaciones del profesor.

—Discúlpeme, no tenía ni idea —contestó, sin poder ocultar su sorpresa.

—De aquello hará unos veinte años o más. Es curioso, hace mucho tiempo que mi memoria es desastrosa, pero ciertos detalles del pasado los recuerdo con extraordinaria nitidez. Supongo que es imposible olvidarse de toda una mujer como Catalina Rivera. *Quelle femme!*

Rebeca sintió una punzada en el estómago cuando escuchó el nombre de su madre. Hacía muchísimos años que no lo hacía.

—¿Y de qué se conocían?

—En principio acudió a mí porque estaba interesada en ciertas cuestiones relacionadas con la Inquisición española, que sabrás que es una de mis especialidades. Luego prolongamos nuestra amistad. Era un auténtico placer mantener conversaciones con una persona de su talla intelectual.

—¿La inquisición? ¡Pero si mi madre no era historiadora ni nada de eso! —dijo Rebeca, extrañada.

—Ya te he dicho que mi memoria es una calamidad, pero sí que recuerdo que tenía amplios conocimientos del Tribunal del Santo Oficio de Valencia, y aún quería saber más, sobre todo del proceso contra la familia del gran humanista Luis Vives.

—¡Qué curioso! ¿Y qué cosas en concreto quería saber?

—Le pides demasiado a mi memoria. Creo recordar que quería información detallada de dos personas, pero ya no me acuerdo de quiénes eran, ha pasado mucho tiempo —dijo el profesor, cuya voz parecía más fatigada que al inicio de la conversación.

—¡Qué lástima!

—Mi memoria puede ser un caos, pero para eso se inventó el papel y la pluma. Siempre he tenido la costumbre de anotar todo. En mi residencia de Toulouse en Francia tengo un archivo. Lo puedo consultar, seguro que me tomé notas de todo aquello. Si encuentro algo te lo puedo remitir por correo.

—Tengo un viaje programado a Francia dentro de un mes, con motivo del máster que voy a empezar a estudiar. Si le viene mejor, podría pasarme en persona por su residencia y recogerlas, así le evito la molestia de tener que utilizar el correo.

—¿Un mes? Muy largo me lo fias. No sé si estaré vivo para entonces. Los médicos estiman que me queda muy poco tiempo en este mundo.

—¿Tan poco? Vaya, lo siento.

—No lo sientas. He hecho todo lo quería en esta vida y puedo morir en paz. La guinda del pastel ha sido coincidir en mi último viaje a España con la hija de la gran Catalina. Ha sido un regalo inesperado de los Dioses. En mis ochenta y nueve años de vida ha sido la única persona que he encontrado a la misma altura intelectual que yo, aunque suene algo pedante decirlo. Supongo que a un moribundo se le pueden permitir estas licencias. Además, veo que su hija es un clon de ella, en todos los aspectos. Eres verdaderamente sorprendente, aunque ahora mismo no seas consciente de ello. Dentro de ti, sin duda, está la semilla de tu madre.

—Gracias profesor, pero no puedo evitar que me resulte extraño todo este asunto.

—Eras una niñita de tan solo un año de edad, sin embargo, ya entonces te parecías a tu madre. ¿Sabes que con tan solo siete meses ya empezaste a andar? Con un año, si te dejábamos sola, te escapabas casi corriendo.

Rebeca estaba en una nube. Intento centrarse en el asunto que le interesaba.

—¿Y por qué mi madre se interesó por la inquisición española? Jamás me contó nada.

—Supongo que es normal, ¿qué edad tenías cuándo falleció?

—Exactamente ocho años y medio.

—Piensa que la Inquisición española tampoco era un tema para tratar con una niña de esa edad —dijo el profesor.

Rebeca se quedó pensativa. Con ocho años ya había tratado temas mucho más profundos con su madre, aquello no era una excusa, pero claro, eso no se lo podía contar al profesor. «¿Por qué

no me contaría nada de todo aquello?», se dijo, sin llegar a comprenderlo. Era un tema muy específico, y no comprendía que nunca le informara. Era de lo más extraño.

El profesor continuó hablando, sin darse cuenta de la perplejidad de Rebeca con ese tema.

—Fue una desgracia que sufrieran los tres aquel lamentable accidente.

—¿Los tres? —preguntó de inmediato Rebeca, sorprendida—. En el coche tan solo iban mi madre Catalina y mi padre Julián. Nadie más. Me parece que se confunde.

El profesor Bennassar cambió de actitud, ahora se le notaba visiblemente agotado. Apareció su enfermero con una bombona de oxígeno.

—Disculpa mi memoria otra vez —dijo el profesor—. Ha sido un auténtico placer encontrarme contigo y poder hablar, aunque tan solo hayan sido unos minutos. Ahora me vas a perdonar, mi enfermero me debe suministrar oxígeno. Lo necesito cada poco tiempo para seguir en este mundo. Mi vida se acaba, pero la tuya comienza —dijo el profesor, a modo de despedida. Aprovéchala al máximo, es como si Catalina Rivera hubiera vuelto a la vida. Un auténtico regalo para la humanidad.

Rebeca apenas escuchó las últimas palabras Bartolomé Bennassar. Tenía su mente ocupada. «¿Los tres?», se quedó pensativa, mientras salía de la habitación.

15 DE ABRIL DE 1524

—¡Se casa! ¡Jamás me lo pude imaginar! —exclamó Johan, mientras abría una carta recién llegada—. Me acaba de invitar a su enlace.

—¿Quién? —preguntó extrañado Batiste.

—Luis Vives. Se casa en Brujas el próximo 26 de mayo con Margarita Valldaura. La conoció en 1512, cuando se alojó en la casa de sus padres al terminar sus estudios en París.

Batiste no comprendía la reacción de su padre.

—¿Por qué no te pudiste imaginar su boda?

—Nunca me pareció de ese tipo de hombres. Supongo que estaba equivocado. Ahora tengo que iniciar los preparativos, es un viaje largo y pesado, y ya no soy joven. Me va a llevar su tiempo.

—¿Cuándo partirás?

—De inmediato. En cuanto esté listo.

—Pero falta más de un mes para la boda.

—No es fácil llegar a Brujas en la actualidad. Me desplazaré hasta el norte de España por tierra, y allí tomaré un barco hasta Flandes. No me fio de atravesar Francia. La guerra lo ha complicado todo.

—¿Quieres que te acompañe?

—Ni hablar, además tienes escuela. Con poner en peligro a un miembro de la familia Corbera ya es suficiente. Te quedarás solo en casa. Ya tienes trece años, eres casi un adulto, te podrás apañar solo.

—Por eso no te preocupes.

—Sí que me preocupo, pero no tengo más remedio que hacer este viaje. No puedo faltar a su boda.

—¿Tan importante es su enlace? Sé que tenéis una buena relación, pero...

—... pero me importa un pimiento su boda —le interrumpió Johan—. Bueno, en realidad no quería decir exactamente eso, me alegro por Luis, pero no es el motivo principal de mi desplazamiento a Brujas.

—¡Ah! ¿no? ¿Y entonces para qué vas?

—Para hablar en persona con él. Hay temas muy importantes que tenemos que tratar y que no podemos confiar a la correspondencia postal. No es nada segura.

—¿Y qué temas tan importantes son esos? —preguntó Batiste, con esa curiosidad que le

caracterizaba.

Johan se quedó mirando a su hijo. «¿Había llegado el momento?», pensó.

Iba a hacer un viaje peligroso. Batiste, a pesar de ser todavía un joven, era extremadamente inteligente, bastante más que él, tenía que reconocer. En ocasiones pensaba que quizá sospechara algo, aunque no era posible. Jamás había hablado en su presencia de nada relacionado con el Gran Consejo ni *Las doce puertas*, pero tenía derecho a conocer sus verdaderas raíces, y, sobre todo, su gran responsabilidad. El problema era elegir el momento adecuado para iniciarle. Quizá fuera antes de su partida.

«¿Qué ocurre si no regreso?», se dijo Johan. Lo tenía que pensar. Por una parte, era imprudente emprender un viaje de estas características sin tomar precauciones con respecto al número once. Por otra parte, Batiste aún era joven y quería que disfrutara de la vida con sus amigos, no deseaba cargarle con preocupaciones y responsabilidades a tan corta edad.

—Como ya te dije en una ocasión, todo llegará a su debido tiempo —contestó Johan.

De repente, se le ocurrió una idea que conjugaba ambas posturas, aunque su ejecución comportaba algún daño colateral no deseado. No obstante, se decidió, le pareció lo más sensato. «Manos a la obra», se dijo. «Batiste lo entenderá, al menos eso supongo».

Mientras tanto su hijo miraba a su padre con una sonrisa en el rostro. «Parece que pronto me voy a enterar que significan *Las doce puertas*», pensó divertido. La cara de su padre era un libro abierto para él.

EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 13 DE SEPTIEMBRE

—Te he estado buscando. Me he llevado un buen susto cuando no te encontraba, hasta que he preguntado al servicio de seguridad y me han dicho dónde estabas —dijo Carol, que se encontraba plantada en la misma puerta de la habitación de Bartolomé Bennassar.

Rebeca casi tropieza con ella al salir.

—Sí, el profesor me ha llamado a su habitación hace un momento —contestó Rebeca—. Quería hablar conmigo en privado.

—¿Bartolomé? ¿Pero no decías que no lo conocías?

—Eso pensaba, pero resulta que sí.

Carlota tenía cara de no comprender nada.

—¿Habías olvidado que conocías al profesor? ¿Cómo es posible eso? ¿Me tomas el pelo?

—Tenía tan solo un añito cuando nos conocimos, así que creo que es normal que no me acuerde.

—¡Atiza! Esa historia me la cuentas en presencia de mis padres, que también te buscaban. Estábamos todos preocupados al no encontrarte por ningún lugar del recinto.

La mayoría de invitados ya había abandonado la Residencia de Francia, tan solo quedaba un pequeño grupo en el jardín. Rebeca miró, por si estuviera entre ellos Joana. La repentina irrupción de aquellos dos miembros del equipo de seguridad había evitado que se despidiera de ella, pero no la vio. Habían dejado la conversación a medias en el momento más emocionante.

Carolina y Rebeca entraron en un salón. En un extremo, sentados en unos butacones, estaban los padres de su amiga. La invitaron a acomodarse en uno de los sillones.

—Todos preocupados por ti y tú, mientras tanto, manteniendo una reunión privada con nuestro anfitrión estrella —dijo Jacques, con media sonrisa en el rostro—. Esto merece una explicación.

Rebeca se quedó mirándolos. Estaba algo triste.

—¿Sabéis? Hace muchos años que no hablo de mis padres con nadie. Su repentina muerte, tan jóvenes, en accidente de tráfico, parece que los ha convertido en un tema tabú, por lo menos conmigo. Nadie me cuenta nada.

La cara de los padres de Carlota cambió por completo.

—¿Por qué dices eso cariño? —pregunto Carmen, la madre de Carol.

—Porque el profesor Bennassar parece ser que era muy amigo de mi madre. Me acabo de enterar que incluso pasó dos meses residiendo en mi casa —dijo Rebeca.

—¡Ah! ¿sí? No sabíamos nada. Bartolomé siempre que venía a España se solía alojar en alguna de nuestras residencias.

—Pues, al menos, en una ocasión no fue así. Me lo acaba de contar ahora mismo —dijo

Rebeca, con cierto aire de melancolía.

—¿Qué curioso! Jamás nos dijo nada de tu madre, y eso que hablábamos muy a menudo — continuó Carmen.

Rebeca continuaba con un aire nostálgico.

—¿Cómo era? Vosotros la conocisteis bastante, recuerdo que quedabais juntos a cenar, antes de que os separarais, cuando vivíais en Valencia.

—Así es —contestó Jacques—. Tu padre y tu madre eran dos personas fuera de lo normal, con una mente deslumbrante, pero la que destacaba siempre era ella. Tenía una chispa de brillantez que conseguía hacer divertido lo ordinario. Cada vez que quedábamos, que era con frecuencia, lo pasábamos de maravilla.

—¿Tanto me parezco a ella? El profesor dice que me reconoció entre la multitud porque tengo su misma cara.

—De pequeña no tanto, pero ahora que te has desarrollado, eres idéntica físicamente y por lo que me cuenta Carol, también tienes una mente privilegiada. Sin ninguna duda has salido a tu madre —contestó Carmen—. Si el profesor conocía a tu madre, no me extraña que te haya reconocido entre los participantes de la fiesta.

—¿Y por qué nadie me habla de ellos? —preguntó Rebeca. Estaba triste.

Los padres de Carolina se miraron, como pensando qué contestar. Al final se lanzó Carmen, la madre.

—Entiéndelo. Su muerte fue un golpe muy duro para todos. Tú eras una niña y te fuiste a vivir con tu tía. Fue un cambio radical en tu vida. Es comprensible que evitemos tocar ese desagradable tema. En realidad, no sabríamos qué más decir de la situación. Todos lo pasamos fatal, Jacques y yo quedamos desolados.

—¿Cuánta gente iba en el coche cuando ocurrió el accidente? —preguntó de sopetón Rebeca.

Jacques dio un respingo, que casi acaba con su cuerpo fuera del butacón, y eso que eran grandes.

—Tu padre y tu madre. ¿Por qué preguntas eso? —contestó. Era evidente que no se esperaba la cuestión y le había sorprendido.

—Porque el profesor Bennassar me ha hablado de tres personas —respondió Rebeca.

Jacques y Carmen estaban visiblemente alterados.

—Ya te habrás dado cuenta de que el profesor está enfermo terminal. Tiene una memoria de espanto, apenas recuerda nada —contestó Jacques—. Está claro que se equivoca. No sé cómo ha podido decir esa tontería.

«¿Está claro?», pensó Rebeca, «¿una tontería?». Cada vez tenía más dudas.

18 DE ABRIL DE 1524

Hoy era el día que Jero había señalado como el de la audiencia de Luis Vives Valeriola, padre del humanista Luis Vives, en el Tribunal del Santo Oficio en el Palacio Real, sorprendente lugar de residencia de su amigo. Batiste tenía mucho interés por escuchar las deliberaciones, para poder contárselas a su padre.

Salió de casa a la hora habitual para ir a la escuela. En el descanso de las clases quedaron Batiste, Amador y Jero para hablar de su cita de esta noche.

—Ya he avisado al alguacil Damián de que llegaréis sobre las siete y media, para que os deje el paso libre. Las deliberaciones del tribunal empiezan siempre a las ocho, así que tendremos tiempo suficiente. También he avisado a Jimena para que nos prepare algo de comer —dijo Jero.

—Menos mal que querías ser discreto —dijo Batiste.

—El servicio ya se enteró que vinisteis hace dos semanas, así que hoy están avisados. Ni Pedro ni Andrés, que son los inquisidores, se percataron de nada, que es lo importante. Así, por lo menos no pasaremos hambre, las deliberaciones del tribunal, a veces, son largas y se hacen pesadas —continuó Jero.

Allí estaremos —dijeron Batiste y Amador a coro.

A mediodía cada uno se fue a su casa. Al llegar a la suya, Batiste la encontró extrañamente en silencio.

—Hola padre, ya he vuelto de la escuela —gritó, mientras dejaba los libros en el lugar acostumbrado.

Silencio, no hubo respuesta. Subió inmediatamente a la habitación de su padre y se dio cuenta de que había hecho las maletas, porque los armarios estaban abiertos y medio vacíos. Bajó a la cocina, a ver si estaba preparando la comida. Tampoco había nadie.

«¡Qué extraño!», pensó. «A estas horas siempre está en casa».

De repente observó, encima de la repisa de la chimenea de la cocina, una nota manuscrita y un sobre cerrado. Se acercó de inmediato. Leyó la nota en voz alta.

—«He tenido que partir con urgencia hacia Brujas. Tienes la despensa llena de comida, no te faltará de nada. No te preocupes por mí, el viaje está organizado y no iré solo. Si no regresara, ojo, tan solo si no lo hiciera, abre el sobre junto a esta nota y lee su contenido, pero, repito, tan solo si me ocurriera algo durante el viaje y no volviera a casa. Nos vemos en dos meses. Te quiere, tu padre Johan».

A Batiste le cayó una lágrima por la mejilla. Su padre había emprendido un viaje peligroso y ni siquiera se había despedido en persona, tan solo con una fría nota y un sobre cerrado que, además, no podía abrir.

«¿Qué no lo puedo abrir?», pensó. Le faltó tiempo para buscar una cazuela de hierro, poner agua a hervir, y con el vapor que desprendía intentar descubrir el contenido de ese sobre misterioso sin que se notara ninguna marca exterior.

Así lo hizo, abrió con facilidad el sobre, y leyó su contenido. Era una carta muy larga. Se tomó su tiempo y cuando terminó, tenía los ojos como platos, no podía creer lo que acababa de leer. Miró con más detenimiento la carta. Sin duda era la caligrafía de su padre y la tinta estaba aún fresca. Estaba recién escrita, en eso no había ninguna duda. La volvió a leer desde el principio. Le llevó su buena media hora de nuevo. Estaba estupefacto, asombrado y patidifuso por su contenido, todos los adjetivos se quedaban cortos. La vida de su familia había sido una mentira desde hacía más de cien años.

«Es muy importante que cuando termines de leer esta carta la arrojes a la chimenea, no puede quedar ningún testimonio escrito de lo que te acabo de narrar. Asume tu responsabilidad, desde la lectura de esta carta te acabas de convertir en un adulto. Siempre te querré, tu padre Johan».

Así terminaba la carta. Evidentemente, la carta estaba escrita pensando en que la leyera si su padre fallecía, por eso se despedía de esa manera tan efusiva. Batiste no la echó al fuego. Con mucho cuidado la volvió a plegar tal y como la había encontrado en su origen, cerró el sobre y lo guardó debajo de su colchón, como si nunca la hubiera leído.

Ahora entendía el interés de su padre por Luis Vives. Esto cambiaba por completo la perspectiva de la reunión de esta tarde. «¿Qué digo de la reunión de esta tarde, esta carta cambia toda mi vida!», pensó Batiste, que tenía cara de asustado ante la tremenda responsabilidad.

Con toda probabilidad su padre volvería del viaje a Brujas, pero él ya conocía el significado de *Las doce puertas* y quién era la familia Corbera en realidad, al igual que el papel que iba a jugar en todo el plan. Aunque aún no lo fuera formalmente, porque su padre seguía vivo y se suponía que no podía leer esa carta hasta su muerte, *de facto* se acababa de convertir en la tercera undécima puerta de la historia del Gran Consejo.

Tenía un nudo en la garganta. Jamás se hubiera imaginado quién era, en realidad, la familia Corbera, ni sus orígenes.

EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 14 DE SEPTIEMBRE

—¡Rebeca! No te esperábamos ver hoy por aquí —dijo Alba.

Rebeca acababa de aterrizar de su viaje a Madrid. No tenía obligación de acudir a *La Crónica*, ya que el director Fornell le había dispensado del trabajo hasta la semana próxima, pero eran las diez de la mañana y le sabía mal faltar tantos días seguidos, así que se presentó en la redacción con la maleta, sin pasar ni siquiera por su casa.

—Hola Alba —dijo Rebeca, sorprendida porque la secretaria del director la saludara. Habitualmente ni le dirigía la palabra.

—Te escuchamos todos por la radio. Interrumpimos el trabajo para oír tu entrevista, estuviste muy espontánea —dijo Alba.

—¡Qué vergüenza! —contestó Rebeca, ruborizándose en cuanto se imaginó la escena.

A medida que se iba acercando a su mesa, saludaba a todos sus compañeros, que no paraban de felicitarla.

—¡Eres una estrella! —le dijo su amiga Tere, nada más verla, dándole un gran abrazo.

—Tere tiene razón, reconozco el talento en cuanto lo veo, en este caso en cuanto lo oigo. Tu futuro no está aquí, sino en la radio —dijo Fabio, sentado al lado de su amiga.

—¿Ya os queréis deshacer de mí para quedaros solos?

Tere se puso roja como una gamba y Fabio se rio.

—¡Oye!, que lo decimos por tu bien —protestó su amiga.

La mañana se le pasó volando, mientras hablaba con todos sus compañeros de las anécdotas de su día en la radio y contestaba todas sus preguntas. A la una cogió un taxi y se fue hacia su casa. Después de todo el ajetreo de la semana, le apetecía algo de tranquilidad. Entró y se fue hacia la cocina. Su tía no había llegado todavía de la comisaría. Decidió esperarla para comer, además de que le apetecía verla después de haber pasado dos días fuera de casa, tenía cosas que contarle y algunas preguntas que hacerle.

Sin pretenderlo, Bartolomé Bennassar había abierto la caja de Pandora. Se había levantado la veda.

18 DE ABRIL DE 1524

Batiste y Amador se encontraron enfrente del Palacio Real a las siete y cuarto. No querían llegar tarde a su cita con Jero y con el Tribunal del Santo Oficio, sobre todo hoy.

—¿Estás nervioso? —preguntó Amador, viendo la cara un tanto desencajada de su amigo.

—No lo sabes tú bien —contestó Batiste, que debía concentrarse en que no se le notara nada lo que acababa de leer hacía unas horas en la carta de su padre.

Se acercaron a la puerta. El alguacil, tal y como los vio llegar, les hizo un gesto con la mano para que se detuvieran, sin decir ni una sola palabra. Entró en el palacio. A los pocos minutos salió, y les hizo otro gesto, esta vez para que lo acompañaran. Entraron. En esta ocasión ya no les impresionó tanto la monumental escalera como la primera vez que la vieron, ya la conocían. Observaron como bajaba Jero por ella.

—Tenemos un problema —les dijo, nada más ver a sus amigos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Amador, preocupado.

—Habitualmente en el ala de la derecha, que es la que usa el Santo Oficio, no suele estar habitada más que por los inquisidores, como ya sabéis. Cuando he vuelto de la escuela este mediodía, me he dado cuenta de que hay más gente hospedada en el palacio.

—¿Han venido para las deliberaciones de Luis Vives Valeriola? —preguntó Batiste, alarmado.

—Supongo que sí, se ve que son más importantes de lo que suponíamos. Quizá sea el final del proceso y vayan a decidir qué hacer con él.

—¿Pero es habitual que cuando los inquisidores discuten una sentencia haya más gente presente? —preguntó Batiste.

—No, no es nada habitual, pero lo he observado en otras ocasiones, en casos muy señalados. Por lo visto, este es uno de ellos.

—¿Y qué debemos hacer? —preguntó Amador.

—Vayamos con sigilo hasta mi habitación y no saldremos de ella hasta que no concluya la reunión que vamos a espiar. Tendremos que ir con mucho cuidado, para no coincidir en los pasillos con otras personas —dijo Jero—. Si escuchamos cualquier cosa, por ejemplo, que viene gente, nos escondemos en el primer lugar que veamos. El palacio suele estar en penumbra, así que lo más fácil es que no se den cuenta de nuestra presencia.

Subieron las escaleras y anduvieron por el pasillo. Pasaron por el salón con la chimenea encendida, abrieron la puerta y entraron en el otro pasillo hasta llegar a la habitación de Jero. Esta vez el camino se les hizo más largo que en la anterior ocasión. Ni oyeron nada ni se encontraron con nadie.

—Bueno, ya hemos salvado el primer escollo. Voy a retirar la rejilla. Aún no son las ocho, por lo que no habrán comenzado, pero así nos vamos preparando.

Quitó los tornillos como en la anterior ocasión y dejó despejada la oquedad para poder mirar y escuchar lo que ocurría justo debajo de su habitación.

Los tres se asomaron. La sala estaba iluminada, se veía una gran mesa, pero estaba vacía. No parecía haber nadie en el interior de la estancia.

—Aún no han empezado, pero suelen ser muy puntuales, así que apenas faltan cinco minutos para que comiencen las deliberaciones —dijo Jero.

Batiste se había quedado mirando por el agujero.

—Mirad, ahora está entrando gente en la sala. Parece que son cinco personas.

—¿Cinco? —preguntó extrañado Jero, mientras se asomaba también.

Efectivamente, Batiste tenía razón. Había cinco personas en la estancia.

Jero se sorprendió de forma evidente.

—Esto sí que es extraño. Nunca había visto tanta gente en una deliberación. Suelen estar los dos inquisidores, a veces se les une el fiscal, e incluso he llegado a ver a cuatro personas, pero jamás cinco —dijo, desconcertado.

—Vamos a escuchar lo que dicen —dijo Amador—. Parece que promete ser interesante.

Desde la distancia, no se les terminaban de ver las caras ni se les distinguía la voz, porque los ecos de la sala la distorsionaban, pero si permanecían en silencio sí que entendían lo que decían, aunque no supieran quién hablaba.

—Buenas noches, ¿qué tal el viaje?

—Pesado, como siempre, pero ya sabéis que mañana por la mañana parto hacia Brujas. Ese sí que será un viaje pesado.

«¿Mañana viaja a Brujas?», pensó Batiste con curiosidad. «Igual que mi padre. ¿También estará invitado a la boda de Luis Vives?».

—Empecemos cuánto antes, quiero retirarme a mi habitación lo más pronto posible —dijo la misma persona que viajaba a Brujas por la mañana.

Dos veces hicieron una explicación de todo el proceso al padre de Luis Vives. Disponían de la declaración de muchos testigos, incluyendo la de familiares directos, que le acusaban de judaizar. Hicieron referencia a una sinagoga que habían descubierto hace más de veinte años, cuyo rabino era su hermano, un tal Miguel Vives. En un principio no lo acusó de nada, pero sometido a tortura confesó que Luis Vives Valeriola frecuentaba la sinagoga clandestina junto con su esposa Blanquina March.

—¿Por qué no les capturaron entonces? —preguntó una voz.

—Luis Vives Valeriola fue apresado por el fiscal Vergara y prestó declaración al día siguiente ante los inquisidores Monasterio y Mercado. Ambos consideraron que tan solo disponían de una vaga declaración acusatoria de Miguel Vives contra su hermano Luis, además obtenida bajo tortura. Existían evidentes muestras de que Miguel Vives estaba medio trastornado y su comportamiento era muy extravagante, así lo atestiguaron todos sus vecinos de forma unánime,

incluso manifestaron que su madre lo encerraba en una habitación mientras profería gritos sin ningún sentido. Nadie más confesó haberlos visto judaizar. Los inquisidores resolvieron que no tenían pruebas suficientemente sólidas para iniciar un proceso por herejía contra él y lo dejaron libre casi de inmediato. Pensar que tan solo disponían de una vaga acusación de un chalado, además sometido a tortura —dijo otra voz—. La familia Vives abandonó la ciudad al día siguiente.

La voz de la persona que se iba a Brujas no parecía del todo convencida con las explicaciones.

—¿Esos fueron los Inquisidores relevados por el rey después del descubrimiento de la sinagoga, por su incompetencia o connivencia con los judíos?

—Sí, el rey los destituyó de forma fulminante. Les afeó su conducta negligente. Era una mancha para el Santo Oficio que estuviera activa una sinagoga clandestina durante muchos años, bajo las mismas narices de la inquisición. Nombró a Juan de Loaysa y a Justo de San Sebastián como nuevos inquisidores del Tribunal de Valencia.

—¿Y qué ha cambiado la acusación ahora con respecto a hace veinte años?

—Ahora disponemos de testigos recientes, de total confianza, que han aportado pruebas sólidas de que Luis Vives Valeriola respeta el Ayuno del Perdón y sigue haciendo los rituales típicos del *shabat*, sin trabajar ese día. Además, confesó que lo hacía en compañía de Joan Valeriola, Daniel Valeriola e Isabel Santángel. Salvo a Daniel Valeriola, que no lo hemos podido interrogar porque es difunto, le hemos tomado declaración a todos los demás, y sus declaraciones son coincidentes y contrastadas, no como hace veinte años. Ahora tenemos un caso sólido y con pruebas contundentes.

—¿Os habéis servido de la tortura?

—Sí, claro, pero hemos seguido el manual al pie de la letra. Todo se ha hecho según el procedimiento.

Jero tomó la palabra y se dirigió a sus amigos, que seguían atentos la conversación a través del hueco de la rejilla.

—Aunque no se les pueda ver la cara ni se les distinga la voz, supongo que los que están dando los datos contra el acusado son los inquisidores Juan de Churruca y Andrés Palacios. Los demás no sé quién son.

Siguieron escuchando.

—Luis Vives Valeriola debe ser relajado, no hay otra posible sentencia —dijo uno de los presentes.

Contrariamente a lo que se cree, los tribunales del Santo Oficio de la Inquisición no podían condenar a muerte a nadie, ya que tenían la categoría de tribunales eclesiásticos. Lo que hacían eran «relajar» al condenado para que el brazo secular, es decir, la justicia civil, pudiera pronunciar la sentencia de muerte. Si habían confesado sus penas, antes de ser quemados eran ejecutados por medio del garrote vil, pero si eran impenitentes, es decir, no habían confesado sus crímenes, eran quemados vivos. La relajación tenía lugar durante los llamados autos de fe.

—Además, lo antes posible —dijo una de las voces que había dado toda la explicación—. Llevamos casi cuatro años con este proceso y debemos concluirlo de una vez.

La persona que había anunciado su viaje a Brujas se levantó de la mesa, pegando un fuerte manotazo contra ella.

—¿Lleváis casi cuatro años de ineficacia, y ahora que su hijo se casa el mes que viene queréis quemar a su padre, justo unos días antes de su boda? —dijo gritando.

—Su excelencia, entienda que las pruebas son concluyentes —se atrevió a decir otra persona, con voz acobardada—, además, ya le hemos comentado que tenemos un caso muy sólido. Su excelencia tiene a su disposición toda la documentación que considere.

—No niego que Luis Vives Valeriola deba ser relajado, no estoy discutiendo la solidez del caso, pero ¿ahora? ¡Ni hablar! Me dispongo a partir hacia Brujas mañana mismo.

Estaba visiblemente enfadado. Continuó hablando, más que eso lo que parecía es que estaba dando órdenes.

—La sentencia se hará pública y se ejecutará dentro de cinco meses. No quiero que se aproveche la boda de su hijo para magnificar este asunto, ya de por sí desagradable. Estos procesos no se pueden alargar tanto. Quiero que organicéis un gran auto de fe para el próximo mes de septiembre, con, al menos, cincuenta personas. En él se relajará a Luis Vives Valeriola.

Todos se quedaron callados. Estaba claro que la persona que hablaba tenía mucha autoridad.

—¿Lo habéis entendido todos? ¿Lo tenéis claro? —repitió la misma voz—. No quiero que quede ninguna duda de mis instrucciones. Me parece que son muy precisas.

—Por supuesto su excelencia, todo se hará según sus deseos —dijo una de las voces, que debía corresponder con uno de los inquisidores.

—La reunión ha concluido —dijo la persona a la que se dirigían con el título de su excelencia—, mientras se levantaba de la mesa, visiblemente enojado.

Batiste, Amador y Jero se quedaron mirándose.

—¿Quién es esa persona a la que llaman su excelencia? —preguntó Amador, intrigado.

—No lo sé, pero desde luego se trata de alguien muy importante —dijo Jero.

Batiste estaba confundido.

—¿Quién tiene autoridad para comportarse así ante el tribunal del Santo Oficio? —preguntó, que aún estaba alucinado y, por qué no decirlo, algo acobardado.

Jero, más que confundido, estaba pasmado.

—¿Os hacéis una idea de lo que hemos sido testigos hoy?

—La verdad es que ha sido todo muy extraño —dijo Amador—. Es sorprendente ver tratar así a dos inquisidores. ¿Quién sería su excelencia?

—Si lo pensamos bien, tan solo dos personas tienen autoridad por encima de los inquisidores del tribunal de la ciudad —contestó Jero, pensativo.

—¿Quiénes son?

—El primero, el rey de España Carlos I, y dudo mucho que se preocupe de estos asuntos tan mundanos, además no le corresponde el tratamiento de su excelencia. El segundo, el mismísimo inquisidor general de España, que tampoco creo que se desplace hasta Valencia para un tema

menor como este. También podría ser un enviado de cualquiera de ellos, pero con mucha autoridad. Jamás he visto tratar con tanta rudeza y desprecio a los señores inquisidores, que además parecían asustados de verdad con el varapalo que estaban recibiendo. Hemos asistido a algo extraordinario, aunque no lo comprendamos —dijo Jero, que también estaba sorprendido.

—Sí que lo hemos comprendido. Os estáis perdiendo en los detalles. Lo importante es que en septiembre condenarán a morir en la hoguera a Luis Vives Valeriola —dijo Batiste—. Eso ha quedado muy claro.

«Debería contarle esta noticia a mi padre y no puedo», pensó Batiste. «Era importante que lo hubiera sabido antes de su viaje a Brujas».

—He suspendido el refrigerio que había encargado a Jimena, lo siento. Demasiado movimiento por esta zona del palacio, no quiero que nos descubran —dijo Jero, a modo de disculpa.

—No pasa nada, nos vamos ya —dijo Amador—. Además, se ha hecho algo tarde.

—Salgamos con cuidado. Recordar, si oís a alguien acercarse, esconderos en el primer sitio que veáis. Esta todo bastante oscuro y no creo que nos vean —repitió Jero.

Abrieron la puerta de la habitación y salieron al pasillo. Estaba en completo silencio. Caminaban de la forma más sigilosa posible. Cruzaron el salón con la chimenea encendida. En un momento dado, escucharon un ruido que provenía de uno de los sillones de la sala. Jero y Amador salieron por la puerta lo más rápido que pudieron, pero Batiste se quedó paralizado. Allí sentado, repantigado en uno de los butacones, había una persona que acababa de abrir los ojos y lo estaba mirando fijamente.

—¿Qué haces tú en el Palacio Real? —le preguntó de malas maneras.

Batiste no reaccionaba. Estaba como aturdido.

—¿No me vas a contestar? —insistió.

—Disculpa, no pensaba verte aquí —dijo al fin, completamente desconcertado. Por supuesto había reconocido de inmediato a su interlocutor y no salía de su asombro.

—Pues aquí me tienes, como puedes observar.

—Ya lo veo.

—Pues no lo has visto.

—¿Qué? —preguntó Batiste, que no comprendía ni lo que estaban diciéndose.

—Quiero decir que esta conversación jamás ha tenido lugar, tú no me has visto en el Palacio Real y cuando volvamos a encontrarnos, a mi retorno de Brujas, no hablarás ni una sola palabra de ello. Cuando te reencuentres con tus amigos, a la salida de esta sala, si ellos me han llegado a ver sentado en este sillón, les dices que no me he despertado. En este caso tampoco les contarás que me conoces. En resumen, olvida todo lo que acaba de ocurrir, ¿lo tienes claro?

—Clarísimo.

Su cara de estupefacción todavía alcanzó un grado superior cuando sospechó que la persona que estaba sentada en el sillón y con la que estaba hablando era la misma a la que se dirigían como su excelencia en la reunión del Santo Oficio que acababa de espiar. Ahora sí que estaba en

una nube. No sabía cómo reaccionar.

«Esto no puede estar sucediendo», pensó un aturdido Batiste, completamente boquiabierto.

«Ahora me despertaré y todo habrá sido un sueño».

No lo era.

EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 14 DE SEPTIEMBRE

Rebeca se abrió una *Chimay etiqueta roja*, la cerveza trapista belga tostada que tanto le gustaba, mientras esperaba que llegara su tía Tote del trabajo. Se tumbó en uno de los sillones del salón. «¡Qué placer de tranquilidad!», pensó, intentando dejar su mente en blanco. No lo consiguió, no podía quitarse de la cabeza a sus difuntos padres.

Escuchó cómo se abría la puerta de la casa y enseguida vio entrar a su tía en el salón.

—¡Has tardado poco en ponerte cómoda! —dijo Tote, mirando a su sobrina repantigada en el sillón. Rebeca se levantó y se dieron un abrazo.

—Estoy agotada y me apetecía relajarme —contestó.

—Te escuché en la radio, de hecho, lo hizo la mitad de la comisaría. Se corrió la voz y ahora eres una celebridad en mi trabajo también. ¿Te crees que el policía que te hizo pasar a mi despacho, la última vez que viniste, me ha preguntado si tienes novio?

—Oye, pues recuerdo que no estaba nada mal —contestó Rebeca, riéndose.

—No lo está, no, pero ni se te ocurra liarte con un subordinado mío, con todos los tíos libres que hay por ahí —dijo Tote, riéndose también.

Se trasladaron a la cocina. Su tía se puso a cocinar mientras Rebeca intentaba ayudarla, aunque era una negada.

—Anda, siéntate en la mesa con tu cerveza, que no haces más que incordiar en la cocina —dijo Tote.

—Qué conste que lo he intentado, no me llames vaga —dijo Rebeca, mientras le daba un sorbo a su *Chimay*.

—No lo hago, te llamo inútil directamente —dijo Tote, con una sonrisa en los labios—. Mientras hago la comida, por lo menos cuéntame cómo te fue tu día en la radio.

Rebeca le contó lo amables que habían sido todos con ella, las tremendas diferencias que existían con *La Crónica* y que a partir de ahora iba a tener una pequeña sección en la radio un día a la semana.

—¿En el programa *Buenos días*? ¿Pero si emiten desde Madrid?

—Claro, pero no necesitaré trasladarme allí. Saldré al aire desde la emisora de Valencia.

—¿Eres consciente del salto que va a dar tu carrera? Por lo visto, ese programa tiene mucha audiencia a nivel nacional, según me han contado en la comisaría. Yo no lo conocía.

—Lo sé, y no creas que no me espanta.

—Aparte de la visita a los estudios radiofónicos, ¿qué más hiciste en Madrid?

—En el viaje de ida coincidí en el tren con Carolina Antón, ¿te acuerdas de ella?

—¡Claro, qué casualidad! ¿Iba a ver a su padre a la embajada?

—Si, había organizado una recepción para un historiador francés muy famoso, un hispanista de reconocido prestigio internacional.

—¿No me digas que te invitó a semejante tostón?

—Lo hizo.

—¿Y fuiste?

—¡Pues claro!

—¡Así cómo vas a encontrar novio! Seguro que todos los invitados eran muy aburridos y mayores de sesenta años.

—Los de sesenta eran los jóvenes —contestó Rebeca, que no sabía cómo decirle a su tía que se había encontrado con Joana en Madrid, así que su comentario le vino al pelo.

—Lo que yo te decía, una reunión de ilustres jubilados.

—Bueno, todos no eran jubilados. Había una invitada que, curiosamente, tú también conoces —dijo con cierto misterio Rebeca.

—A ver, ¿quién puede asistir a semejante bodrio de acto que yo conozca? —preguntó con curiosidad Tote.

Rebeca le dio la noticia.

—Joana —contestó, con la voz más impersonal que pudo imitar.

Tote abrió los ojos como platos.

Le informó de su encuentro casual y lo que le contó, que ella no había sido la persona que había informado a Tania Rives de los progresos en sus investigaciones, cuando estaban buscando el árbol milenario del saber judío.

—Me dijo que te llamaría cuando llegara a Estados Unidos —concluyó Rebeca—, en septiembre, tal y como se había comprometido cuando se marchó.

—Eso no es lo importante ahora mismo. ¿Has pensando en las repercusiones de su revelación? —preguntó preocupada Tote.

—La verdad es que no he tenido tiempo, pero está claro que tenemos un topo en el *Speaker's Club*.

—¿No decías que conocías la existencia de la séptima puerta, que formaba parte de tu club?

—Si, eso creo, pero esa persona no tenía ninguna relación con Tania Rives. No me cuadra para nada que sea el topo que le pudiera filtrar esa información.

—¡Pues qué bien! ¿Entonces hay un miembro del Gran Consejo y un topo dentro del *Speaker's Club* al mismo tiempo? Casi nada. Tu grupo de amigos tiene más agujeros que un queso *gruyère*. ¡Cómo para fiarse de ellos!

Rebeca permaneció en silencio.

—Hay otra cosa que te preocupa todavía más, ¿verdad? —preguntó Tote, al ver a su sobrina con esa expresión en el rostro.

—¿Conoces a Bartolomé Bennassar? —preguntó Rebeca.

5 DE MAYO DE 1524

Johan Corbera, después de muchas vicisitudes, por fin llegó a Brujas. Había sido un viaje pesado, tal y como había previsto. Los dos primeros días los dedicó a descansar, prefirió no visitar a su amigo Luis Vives de inmediato, aprovechando que tampoco le había dicho cuando iba a llegar.

Al tercer día se dirigió a la residencia de los Valldaura, situada en el centro de la ciudad. Era un pequeño palacete cuyo lujo se correspondía con la acomodada vida que llevaba la familia, a cuya cabeza estaba Bernardo Valldaura, conocido comerciante valenciano que gozaba de excelente reputación en Brujas. Todos eran de origen judío. Había tenido tres hijos varones y una muchacha, Margarita, que ahora contaba con diecinueve años y que en unas semanas se iba a convertir en la esposa de su amigo.

Preguntó por Luis Vives y, en cuanto se vieron, se fundieron en un abrazo. Hacía dos años y medio que no se veían en persona, desde la última vez que Johan lo visitó, cuando todavía residía en Lovaina. Lo encontró un tanto desmejorado, estaba claro que su estancia en Inglaterra no le había sentado demasiado bien. Así se lo dijo.

—Pues si ahora te parezco más delgado, tenías que haberme visto hace un mes, cuando llegué a Brujas desde Oxford. Ahora, con los cuidados de mi futura esposa y su madre, he engordado algunos kilos —le contestó.

—Siempre te han gustado las buenas viandas y los mejores vinos —dijo Johan—. Me imagino tu sufrimiento en Inglaterra, dónde no hay nada de todo eso.

—¿Cómo está mi padre?

—Tu padre está enfermo y preso desde hace dos años. No saldrá de la Torre de la Sala. Me temo que, como muy tarde en septiembre, sea relajado y quemado. Con respecto a eso, no hemos podido hacer nada. No te voy a engañar, no tenemos ninguna esperanza.

—¿Y mis hermanas? ¿Cómo están?

—Beatriz y Leonor sobreviven como pueden y agradecen la ayuda económica que les enviaste. Gracias a ella pudieron conservar la vivienda familiar y todos sus muebles de las garras de la Inquisición.

—¿Y Isabel-Ana? No la has nombrado.

Johan hizo una pequeña pausa. Notaba la angustia de su amigo.

—Lo siento Luis. Lamento decirte que falleció hace casi un año, en concreto el día 31 de mayo de 1523, domingo de la Trinidad.

Luis se levantó de la silla, cubriéndose la mano con sus manos.

—¡Por favor, era muy joven! —se lamentó.

—Ni siquiera se llegó a desposar, falleció doncella con dieciséis años de edad.

—¿La maldita Inquisición también? —preguntó, con inmensa tristeza.

—En este caso fue la voluntad de Dios, aunque al Santo Oficio no le hubiera importado. Murió de *pestilencia*.

—Como mi madre Blanquina, hasta en la muerte se han terminado pareciendo —dijo Luis, que estaba al borde del llanto. Aunque Isabel-Ana era apenas un bebé de un año cuando abandonó Valencia, le tenía un especial cariño desde la distancia, porque todos le decían que se parecía, en cuerpo y alma, a su madre Blanquina, a la que siempre había venerado.

Con respecto a su padre, había enviado cartas a todas las personalidades con influencias que conocía, desde el rey hasta el mismísimo papa de Roma. Como suponía, no habían servido de nada. Había recibido amables respuestas, pero vacías de contenido y sin ningún efecto práctico.

Decidió cambiar de tema, pensar en su familia le derrumbaba. Le contó todas las vicisitudes de su supuesto viaje a España a principios de 1523, y de cómo el cardenal Wosley había maquinado para que se quedara en Inglaterra, aprovechando una escala imprevista en el puerto de Dover, a consecuencia de una galerna.

—Imprevista para ti, porque parece que el taimado cardenal lo tenía todo preparado —dijo Johan—. Estoy seguro de que hasta la tempestad fue cosa de él.

—Sé que no le tienes muchas simpatías, pero Wosley cumplió todas sus promesas. Envió dinero a mis hermanas para que pudieran mantener la vivienda familiar y soy catedrático de latín y griego en el Colegio Corpus Christi, en la Universidad de Oxford. Estoy levantando el estudio de las humanidades en Inglaterra, y asisto con frecuencia a eventos sociales organizados por el rey Enrique VIII y Catalina de Aragón, al margen de mi estrecha relación con Tomás Moro y su familia. Se puede decir que soy feliz.

Johan se quedó mirando a su amigo con detenimiento.

—Discúlpame Luis, pero no lo pareces en absoluto. Soy tu amigo desde hace dieciséis años, cuando apenas eras un niño. Has perdido esa chispa que siempre has tenido en tus ojos. Ahora están apagados.

—Es cierto que no me adapto al clima inglés, no tiene ni comparación con el valenciano, ni siquiera con el gris de Flandes. Tampoco ni yo ni mi estómago se han adaptado a la comida de las islas, me provocan problemas intestinales de forma continua. A veces es una auténtica tortura y me paso días enteros con unos dolores horribles.

—Luis, escúchame con atención. Ahora te vas a casar, vas a formar una nueva familia, que además son de origen valenciano. Tendrás que tomar decisiones acerca de tu vida futura.

—Ya veo que no te rindes en tu intento de que vuelva a España, ¿no?

—¿Tengo que recordarte que eres el número uno de un Gran Consejo que se encuentra paralizado por tu culpa?

—En eso te equivocas —contestó Luis, con un amago de sonrisa incierta.

—¿En que el Gran Consejo está paralizado por tu culpa?

—No, en lo otro.

—¿En qué otro?

—Ya no soy el número uno.

La cara de Johan Corbera era todo un poema.

—¿Qué dices! ¿Y cuándo me lo pensabas contar? —preguntó Johan, absolutamente sorprendido por la revelación de Luis.

—Ahora, en mi boda. Sabía que no te la perderías.

—¿A quién has iniciado? No tienes hijos.

—Eso te lo contaré más adelante, no hay tanta prisa. Primero tengo que informarte de algo mucho más importante, ahora que tengo claro que jamás volveré a pisar suelo español.

—¿Más importante que la identidad del número uno del Gran Consejo?

—Para nuestra desgracia, mucho más —contestó Luis, con un tono de voz que reflejaba tristeza—. ¿Recuerdas cómo nos despedimos la última vez que nos vimos el Lovaina?

—Si, me dejaste intrigado con una revelación que no había llegado el momento de hacerme.

—Pues ya ha llegado ese momento. Ahora es preciso que la conozcas.

—Soy todo oídos —dijo Johan, que no se explicaba qué podía ser aquello tan importante. Luis siguió hablando.

—En 1508 viniste a buscarme a mi casa en Valencia porque no encontrabas a nadie del Gran Consejo, ¿lo recuerdas? Apenas era un joven cargado de ideas que nadie parecía comprender.

—¿Cómo lo voy a olvidar! Fue el mismo día en que nos conocimos —contestó con cierta emoción Johan.

—¿Recuerdas también qué es lo que te contesté yo?

—Si, que había ocurrido un incidente unos años antes en el Gran Consejo, pero no quisiste contármelo, dijiste que ya llegaría el momento de que lo supiera.

—Pues ya ha llegado, ya tenemos dos momentos y dos sucesos clave.

Se hizo el silencio entre ambos. La tensión se podía cortar con un cuchillo. Luis continuó con la explicación.

—Lo que vas a escuchar te hará entender algunos acontecimientos pasados que quizá no comprendieras bien.

—¡Venga! Cuéntamelo de una vez, no le des más vueltas.

—Allá voy, no te sorprendas por lo que vas a escuchar. En marzo del año 1500, el Santo Oficio irrumpió en plena celebración de una reunión del Gran Consejo. Se produjo una desbandada general, incluso algún miembro fue arrestado y después quemado en la hoguera.

Johan estaba espantado.

—¿Qué no me sorprenda? ¡Es horrible!

—Pero eso no fue lo peor.

—¿Qué la Inquisición descubriera una reunión del Gran Consejo no fue lo peor? —preguntó

alucinado Johan—. ¿Y qué fue?

—Lo más relevante de aquellos hechos fue la decisión que tomó mi madre Blanquina, que, como sabes, era el número uno en ese momento.

—¿Y cuál fue esa decisión?

—La disolución del Gran Consejo. Por eso no los encontrabas. ¿Sabes por qué? Porque desde hace más de veinticuatro años que no existe. No hay Gran Consejo en la actualidad.

—¿Qué me estás diciendo! ¿Y quién cuida del árbol que, con tanto cuidado, ocultamos nosotros?

—Tan solo tú, nadie más.

Johan Corbera estaba escandalizado.

—¡Pero eso no puede ser! ¡El Gran Consejo debe ser reconstruido de inmediato!

Luis Vives estaba muy serio.

—Eso no es lo más grave. Aún hay más.

—¿Más grave? —preguntó Johan, con la cara desencajada—. ¡Pero si lo que me acabas de contar es catastrófico! Me acabas de contar que el Gran Consejo no existe desde hace veinticuatro años.

—Continuaremos con la conversación antes de que abandones Brujas. Aún quedan tres semanas para mi boda. Disfruta de la ciudad y de la hospitalidad de la familia Valldaura, ya tendremos tiempo de seguir hablando.

EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 14 DE SEPTIEMBRE

—¿Bartolomé qué? No me suena de nada. ¿Se supone que tengo que conocer a ese señor? —preguntó extrañada Tote.

—Era muy amigo de mi madre, es decir, de tu hermana —contestó Rebeca—, así que suponía que lo deberías conocer.

—¿Cómo sabes que eran amigos? Jamás había escuchado su nombre.

—Me lo dijo el propio Bartolomé Bennassar, incluso estuvo residiendo en nuestra casa durante dos meses, cuando yo tenía un año de edad.

—Pues no tengo ni idea de quién es, nunca me lo presentaron y tampoco debimos coincidir en ninguna ocasión.

Rebeca abordó el tema del que quería hablar, el tema que le preocupaba de verdad.

—¿Por qué nunca hablamos de mis padres? —preguntó.

Tote se quedó mirando a su sobrina. Siempre habían evitado esa conversación, pero ya había pasado mucho tiempo de aquel desgraciado accidente y Rebeca se hacía mayor. Era lógico que las preguntas brotaran de su mente. Al fin y al cabo, tenía derecho a saber.

—Pronto cumplirás veintidós años, creo que ha llegado el momento de que te entregue algo que era de mi hermana, de tu madre —dijo Tote.

—¿Qué me entregues algo? —preguntó extrañada Rebeca.

—Cuando sucedió el accidente, todo pasó muy rápido. Vivías feliz con tus padres, y de repente, con apenas ocho años de edad, tuviste que trasladarse a vivir con una tía que, a su vez, compartía el piso con otra mujer, su pareja —empezó a contar Tote.

—Tía, ya sabes que esa cuestión... —empezó a decir Rebeca.

—Ya sé que jamás te importó y desde bien pequeña lo vistes normal. Ya me daba cuenta, no era idiota —la interrumpió Tote—. No lo decía por eso, quería expresar que tu universo cambió de una manera radical de un día para otro. Aquello debía ser muy duro para una niña de ocho años, aunque fueras tú.

—Me daba perfectamente cuenta de lo que ocurría a mi alrededor, aunque no lo creas.

—Me lo creo y también me daba cuenta. Eres hija de tu madre, en lo físico y en lo intelectual. Aunque es una palabra que jamás me ha gustado, eras una superdotada y se te notaba perfectamente. En aquellos días, tus ocho años eran los quince de cualquier otra persona. Eras y eres extremadamente inteligente, pero aun así fueron demasiados cambios en muy poco tiempo —intentó explicar Tote—, y radicales.

Rebeca se quedó mirando a su tía, intentando comprender lo que quería transmitirle.

—En el fondo sé lo que quieres decir. Comprendía perfectamente lo que estaba pasando, era consciente de mi nueva situación desde el primer momento, pero es cierto que tuve una pequeña

época de confusión interior, no por no saber lo que ocurría a mi alrededor, sino por pensar que no merecía lo que me había pasado —dijo Rebeca—. ¿Por qué a mí? Esa era la pregunta que me hacía y que me martirizaba.

—Se te notaba, por eso decidí que ya llegaría el día en que tendríamos esta conversación, saldría de forma natural.

—Pues ya he llegado ese día. ¿Qué ocurrió?

Tote intentó medir sus palabras.

—Por no hacerlo muy largo, el coche en el que viajaban tus padres fue embestido por un conductor borracho. Tu padre, que iba al volante, falleció en el acto. Mi hermana, tu madre, lo hizo en el hospital unas horas después. No recuperó el conocimiento, ni siquiera me pude despedir de ella —dijo Tote, con lágrimas en los ojos. Aunque había pasado mucho tiempo, los recuerdos aún eran dolorosos.

Rebeca lanzó la pregunta que le preocupaba.

—¿Iba alguien más en el coche?

Tote puso cara de extrañeza.

—¿Qué pregunta más rara me haces? ¡Pues claro que no! —contestó con rotundidad.

A Rebeca le llamó la atención la vehemencia de su tía en la respuesta. Con un simple «no» hubiera bastado. «¿Por qué la gente a la que le hago esta pregunta reacciona de manera tan exagerada y fuera de lugar?», pensó. No era normal.

Rebeca salió de sus pensamientos y continuó la conversación.

—Me estabas diciendo que había llegado el momento de que me entregaras algo que era de mi madre.

—Si, durante estos años lo he guardado con mucho cariño, pero en realidad te pertenece —dijo Tote, mientras se levantaba y desaparecía por el pasillo de la casa. Al momento estaba de vuelta. Dejó una especie de libro encima de la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó Rebeca, casi sin atreverse ni a mirarlo.

—Es el álbum de fotos familiar. Está como tu madre lo dejó, no lo he tocado durante todos estos años —dijo Tote—. Consideré que era mejor esperar un tiempo para que lo tuvieras.

Rebeca no reaccionaba, se quedó mirándolo, sin saber si abrirlo o no. Al final lo hizo. Fue pasando página por página, sin detenerse demasiado en los detalles, ya lo haría más adelante. Había fotos de ella desde bebé hasta los ocho años, con sus padres y con otras personas. Reconoció en varias de ellas a los padres de Carolina, incluso en otra estaba en brazos de Bartolomé Bennassar.

Se dirigió a su tía.

—Este señor es el profesor Bennassar, la persona de la que te hablaba hace un rato —dijo Rebeca, mientras lo señalaba.

—Había visto la imagen, pero no lo conocía, no sabía quién era.

—Hay fotos rotas, el álbum no está demasiado bien conservado.

—Lo sé, pero así lo tenía tu madre. Se lo llevaba con ella a todas partes, por eso está bastante ajado —respondió Tote.

Rebeca tenía los ojos llorosos.

—Hay fotos preciosas, parecíamos una familia feliz —dijo Rebeca, que se notaba que estaba muy afectada.

—Lo erais, por eso consideré no dártelo hasta que tuvieras la edad suficiente para asumirlo.

—Podías haberlo hecho antes tía, voy a cumplir veintidós años —dijo Rebeca, a modo de reproche—. Hace mucho tiempo que dejé de ser una niña.

—La verdad es que sí, pero nunca vi el momento oportuno, lo siento —se disculpó Tote—. Supongo que yo también tenía mis motivos sentimentales.

—No, no te preocupes, sé que tu intención siempre ha sido protegerme. No tienes por qué disculparte. La que debería pedir perdón soy yo —dijo Rebeca.

—¿Por qué dices eso?

—¿En serio me lo preguntas? Porque por mi culpa has roto con dos parejas, con Sandra y con Joana. No puedo evitar tener la sensación de que la gente que está a mi alrededor no será feliz jamás. Es como una maldición.

—¡Vaya tontería acabas de decir! —contestó Tote—. Ni se te ocurra pensar eso.

—Tía, ¿sabías que mi madre era la undécima puerta? —preguntó Rebeca de forma aparentemente inocente.

—No. Hasta que tú no me lo dijiste no sabía nada del Gran Consejo ni del árbol —contestó Tote.

«¿Por qué no me dice la verdad?», se preguntó Rebeca, sorprendida por la mentira que no comprendía.

«Supongo que cada cosa llegará a su debido tiempo», pensó.

No le faltaba razón.

26 DE MAYO DE 1524

Johan Corbera se dedicó durante tres semanas a hacer turismo por Brujas y a disfrutar de la hospitalidad de la familia Valldaura, tal y como le había indicado su amigo Luis. La ciudad era preciosa, y se comía muy bien. A pesar de que no se podía quitar de la cabeza las revelaciones que le había hecho Luis, había disfrutado de su estancia. Ahora entendía algunas cosas, entre ellas que el Gran Consejo pareciera desaparecido. No es que pareciera, es que, en realidad, lo estaba. Según su amigo no existía, lo había disuelto su madre Blanquina, aunque a Johan le costaba comprender los motivos. Se suponen que debían proteger el árbol judío del saber milenario, y si no existían no lo podían hacer.

Pero hoy no era el día apropiado para pensar en esas cuestiones. Hoy se casaba Luis Vives con Margarita Valldaura. Era todo un acontecimiento social en Brujas, y habían venido personalidades de todos los rincones de Europa. Los esponsales se iban a celebrar por todo lo alto, a pesar de Luis, cuya timidez le había llevado a no invitar a amigos célebres como el propio Erasmo de Róterdam.

—Señor Corbera, tiene una nota.

Johan se sobresaltó y salió de sus pensamientos. Un criado le portaba una carta.

—¿Quién es el remitente?

—Don Luis Vives, señor.

«¿Luis me envía una nota el mismo día de su boda?», pensó Johan. Había estado tres semanas en Brujas sin hacer apenas nada, y ahora, unas horas antes de su enlace matrimonial, le mandaba una carta. La abrió con curiosidad.

«En una hora nos vemos en la Iglesia de San Salvador».

Desde luego la nota era escueta, ¿habría ocurrido algo? Se le pasó por la cabeza que su amigo se hubiera arrepentido de la boda y estuviera ideando un plan de escape. «Es absurdo», se dijo, pensándolo mejor. «No me hubiera citado en un lugar tan concurrido».

Aún era pronto, pero Johan decidió ir yendo a la iglesia dando un pequeño paseo por la ciudad y sus canales. No se cansaba de verla, Brujas era preciosa, sin duda la ciudad más bonita de Flandes, con permiso de Gante.

Entró en la Iglesia de San Salvador. Era una de las más antiguas de Brujas, después de la Catedral de San Donaciano, la más grande de la ciudad y de la espectacular Iglesia de Nuestra Señora, con su torre de ladrillo, que era una de las más altas del mundo.

Entró en la iglesia y se sentó. Aún faltaban quince minutos para su cita con Luis. No habían pasado ni diez cuando vio a su amigo entrar por la puerta. Le hizo un pequeño gesto y acudió a su encuentro. Se saludaron y Luis se sentó al lado de Johan.

—¿Te has vuelto loco? ¡Te casas en cuatro horas! He estado tres semanas en Brujas sin hacer

prácticamente nada y ni siquiera nos hemos visto. Me has ignorado y, ahora, de repente, me citas apenas a unas horas de tu boda. ¡Estás chalado!

—Quería esperar al último momento.

—¡Desde luego que lo has hecho! Un poco más y, sea lo que sea lo que me tienes que contar, lo haces en el altar.

—¿Has disfrutado de tu estancia en Brujas? —pregunto Luis.

—¡Por supuesto! Es una ciudad única, pero no te vayas por las ramas. No tenemos mucho tiempo, por lo menos tú. En breve todo el mundo empezará a preguntar por ti.

—Es cierto y tengo cosas importantes que contarte.

—¿Más importantes que el Gran Consejo no existe? Aún estoy conmocionado por la noticia.

—Y tanto.

—Pues empieza a hablar.

—¿Te acuerdas cuándo ocultamos el árbol del saber milenario judío en Valencia, hace dieciséis años?

—Claro que me acuerdo, ¡cómo me voy a olvidar! Nos acabábamos de conocer.

—¿Te acuerdas que creamos un mensaje secreto, y lo dividimos en dos partes, y cada uno de nosotros se quedó una de ellas? ¿Recuerdas que también lo dividimos en diez partes, para que yo se lo entregara a cada miembro del Gran Consejo? —preguntó Luis.

—Claro que me acuerdo. Es el procedimiento establecido según las normas que crearon los fundadores del Gran Consejo.

—¿Y qué es lo que te conté cuándo llegaste a Brujas?

Johan se quedó pálido cuando comprendió qué quería decirle su amigo.

—¡No repartiste la décima parte del mensaje a cada miembro del Gran Consejo porque desde el año 1500 no existía! —exclamó Johan—. ¡Tu madre, el anterior número uno, lo había disuelto hace veinticuatro años!

—No grites, que la gente de alrededor nos mira. Solo falta que me reconozcan —dijo Luis.

—Pero eso es una catástrofe —dijo Johan, tapándose la cara con las manos.

—Eso ya lo dijiste cuándo te informé que no existía el Gran Consejo.

—Sí, pero no había caído en sus consecuencias. Según esto, ahora tan solo sabemos el emplazamiento del árbol judío dos personas, tú y yo. Nadie más.

—Aunque a medias, te equivocas otra vez. ¿No recuerdas que te dije que ya no soy en número uno? En realidad, mi parte del mensaje la conoce el nuevo número uno del Gran Consejo. En cambio, tu mitad del mensaje tan solo la conoces tú.

Johan sonrió por primera vez desde que iniciaron la conversación.

—Ahora el que te equivocas eres tú —dijo.

—No te entiendo.

—Ya no soy joven, este viaje que emprendí a Flandes por tu boda es peligroso en tiempos de guerra y no sé si regresaré a España. Dejé un sobre escrito a la atención de mi hijo Batiste, con todas las explicaciones y sus funciones como nuevo número once, con la única condición de que tan solo lo abriera si no volvía, es decir, si fallecía durante el viaje.

—Entonces aún no lo habrá abierto.

—Tú no conoces a Batiste. Nada más ver el sobre, lo primero que habrá hecho es abrirlo. En consecuencia, tampoco soy el número once ahora mismo. Ya lo debe ser mi hijo.

Luis empezó a reírse. La gente en la iglesia se giró a mirarlos.

—¿Te das cuenta de la ironía? Estamos preocupados por el Gran Consejo y por el árbol, y ni tú eres el número once ni yo soy el número uno. Ya no somos puertas, no somos el *Keter* y el *Daat*, ni siquiera pertenecemos al plan.

Johan sonrió también, pero no dejaba de estar preocupado por todo lo que se había enterado.

—¿Y quién es el nuevo número uno del Gran Consejo, si se puede saber? —preguntó con curiosidad Johan.

—Le dije que se pusiera en contacto contigo, ¿no lo ha hecho?

—No, por lo menos si lo ha hecho no me he enterado.

—¿Qué raro! Ya ha pasado bastante tiempo —contestó extrañado Luis.

—¿Cuánto es bastante tiempo?

—Más de un año.

—¿Y en más de un año el nuevo número uno no ha considerado oportuno ponerse en contacto conmigo? —preguntó Johan—. Es más que extraño.

—Sí que es sorprendente.

—¿Y a quién has elegido para semejante honor o responsabilidad, según lo miremos?

Luis le dijo el nombre.

En cuanto lo escuchó, Johan se levantó de golpe del asiento en la iglesia. Su cara reflejaba un profundo terror.

—¡Por Dios Luis! ¿Qué has hecho? —acertó a decir, medio conmocionado.

EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 15 DE SEPTIEMBRE

Rebeca se despertó a las ocho, a pesar de ser sábado y poder levantarse más tarde. Se asomó a la ventana, hacía un día magnífico. Decidió ir a correr por la zona de la playa de la Malvarrosa y de La Patacona, ya en término de Alboraya, un lugar paradisiaco. Cada vez que corría por esa zona no podía evitar evocar al pintor Joaquín Sorolla y a sus óleos, con esa luz y esos colores típicos del Mediterráneo. Rebeca pensó que no sabría vivir sin esas sensaciones.

Se acordó de su amiga Carlota, no habían hablado desde el fallecimiento de su madre. No sabía nada de ella. Consideró mandarle un mensaje para que se viniera a hacer deporte con ella, pero después de la paliza que le había dado el sábado pasado, pensó que ni siquiera le contestaría, además tampoco sabía cómo se encontraba anímicamente. Decidió pasar por su casa y hacerle una visita, al fin y al cabo, vivía al lado de la playa de la Malvarrosa y le pillaba de camino. También recordaba que cuando se despidieron, la última vez que se vieron, le dijo que, cuando todo el tema de la muerte de su madre acabara, quería hablar con ella. Recordaba que había empleado la expresión «alucinante».

«Decidido, me voy a pasar por su casa», pensó Rebeca.

Llegó y llamó al timbre. Le abrió su hermana Rocío. Se abrazaron durante un instante. Le dijo que se sentara en el patio, que iba a avisar a Carlota, que permanecía encerrada en su habitación, como toda la semana. Rebeca se preocupó por su amiga. En silencio se sintió culpable de no haberle mandado ni un solo mensaje para preguntarle cómo estaba. La vorágine de la semana le había absorbido. Vio a su amiga bajar por las escaleras. Tenía una cara espantosa.

—Carlota, ¿cómo estás? —preguntó, mientras abrazaba a su amiga.

—Ya me ves, no demasiado bien, por decir algo.

—Perdona que no te haya mandado ni un mensaje, he estado... —empezó a disculparse Rebeca.

—...muy ocupada, lo sé —la interrumpió Carlota—. Te escuchamos todos por la radio, estuviste en tu línea, fantástica.

—Ya sabes que contigo soy sincera. Viéndote ahora, estoy un tanto intranquila.

—Pues no te preocupes por mí, en realidad creo que tengo casi superado el fallecimiento de mi madre.

—Disculpa, no quiero ser descortés, pero no lo parece en absoluto —le contestó Rebeca, mirándola de arriba abajo—. Tú eres una vitalista y ahora pareces una fantasma de ti misma.

—Gracias por los ánimos —dijo Carlota—, y por tu sinceridad, pero mi aspecto actual no tiene nada que ver con la muerte de mi madre exactamente.

—¿No exactamente? —preguntó extrañada Rebeca, sin comprender la expresión de su amiga.

—No —contestó Carlota con rotundidad.

—Te iba a ofrecer venirte conmigo a correr, pero ¿prefieres que hablemos?

—La verdad es que sí, te lo agradecería. No es por no hacer deporte, que sabes que me apasiona —dijo Carlota, con una mueca en su rostro que parecía simular media sonrisa.

—Lo sé, no tienes nada que agradecerme —dijo Rebeca, algo aliviada por ver que su amiga no había perdido del todo su sentido del humor. En realidad, Carlota odiaba el deporte.

—Subamos a mi habitación.

«¿A su habitación?», pensó Rebeca. Le pareció extraño, nunca habían hablado allí, siempre se habían sentado en el corral o patio de la vivienda, una zona muy agradable al aire libre, dónde se encontraban ahora.

—No te extrañes porque te pida que subas a mi habitación —dijo Carlota, mirando a su amiga—. En un momento comprenderás el motivo.

—No me acordaba que no te puedo esconder nada, sabes leer mi mente —contestó Rebeca, intentando animar a su amiga.

—Tu mente no, leo tus expresiones —contestó Carlota, sonriendo.

Rebeca nunca había entrado en su habitación. Era sencilla, aunque muy amplia. La decoración parecía del siglo XIX, incluyendo la cama.

—La miras como si fuera un museo —dijo Carlota.

—Es que lo es. Son los muebles originales de cuándo se construyó esta casa, ¿no?

—Sí. Toda la casa está amueblada así, excepto los electrodomésticos, que evidentemente son modernos. Nos han hecho muchas ofertas por ellos, incluso alguna absurdamente elevada por la cerámica de la cocina, pero mi madre siempre se negó a vender nada —le explicó Carlota—. Y no es porque no necesitara el dinero, nos hubiera venido bien.

—Pues acertó de pleno. Apenas quedan casas tradicionales como la tuya, en este estado de conservación tan bueno.

—Anda, vayamos al grano, no hemos subido a mi habitación para hablar de la decoración de mi casa. El motivo de estar aquí, las dos solas, es que no quiero que mis hermanos escuchen esta conversación.

—Eso ya me lo imagino, lo que no sé si es por el huevo Kinder de la fiesta en mi casa o por lo que me dijiste la última vez que nos vimos.

Carlota sonrió.

—¿Aún no has adivinado lo que desentonó de forma estridente en el tentempié de tu casa del sábado pasado? —preguntó Carlota, haciéndose la sorprendida—. Fue extraño y sorprendente al mismo tiempo.

—No tengo ni idea, te lo prometo —dijo Rebeca.

—Bueno, pues ahora eso no importa, ya te lo contaré en otra ocasión. No es la razón por la que estamos aquí y ahora.

—¿Y a qué se debe entonces?

—Mi madre, poco antes de morir, pidió hablar conmigo.

—¿Y qué tiene eso de extraño? Supongo que querría despedirse de sus hijos, sabiendo que se

moría.

—No me escuchas. Pidió hablar conmigo a solas.

—¿A solas? ¿Y tus hermanos? —preguntó extrañada Rebeca.

—Eso mismo le dije yo, pero insistió en hablar conmigo sin la presencia de ellos dos —dijo Carlota.

—Eso sí que es raro.

—Me contó una serie de cosas absolutamente alucinantes. Aún tengo que procesar algunas de ellas que no terminé de comprender. El oncólogo le acababa de visitar, y conociendo su muerte inminente, le había administrado una cantidad considerable de sedantes, así que su conversación no era del todo coherente, al final parecía una vieja loca.

—¡Oye, un respeto, que era tu madre! —dijo Rebeca.

—Esa es la cuestión, que no lo era.

Rebeca se quedó mirando a su amiga.

—¿Qué dices? —preguntó Rebeca, sin comprenderla.

—Que mi madre no era mi madre, ni mi padre mi padre, ni mis hermanos mis hermanos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rebeca, sin comprender nada.

—Que soy adoptada, eso es lo que precisamente mi madre me quería contar antes de morir, sin que lo supieran mis supuestos hermanos.

26 DE MAYO DE 1524

—¿Por qué pones esa cara de aterrado? —preguntó Luis Vives.

—¿Tú sabes a quién has nombrado número uno del Gran Consejo? —le devolvió la pregunta Johan Corbera.

—¡Pues claro! Es un buen hombre, no veo dónde está el problema —dijo Luis, que no entendía la negativa reacción de su amigo—. Lo conozco de hace muchísimo tiempo.

Johan no sabía cómo enfocar el tema, era una cuestión delicada.

—¿No te extraña que desde hace más de un año no se haya puesto en contacto conmigo? —preguntó—. Y voy más allá, ¿se ha puesto en contacto contigo desde que lo nombraste?

—No, pero que no se comunique conmigo es normal. Lo extraño es que no lo haya hecho contigo. ¿Estás seguro de ello?

—Luis, por favor, por supuesto que estoy seguro. Además, sería imposible que lo hiciera —dijo Johan, con una cara de espanto.

—Por tu expresión, cualquiera diría que he nombrado a un fantasma.

—Eso es precisamente lo que has hecho.

—¿Qué es lo que dices? No te entiendo. Explícate de una vez.

—Don Bertrán falleció hace más de un año en Nantes, en una emboscada del ejército francés. A pesar de que en 1522 organizó tu viaje en barco a España por motivos de seguridad, él intentó volver por vía terrestre, ignorando los peligros de la guerra con Francia.

Luis se quedó impávido.

—Me dijo que tenía cuestiones urgentes que atender en España y que debía retornar cuánto antes, por ello no se podía esperar a la fecha prevista de partida del barco —acertó a balbucear. Parecía impresionado por la noticia.

—Tan solo pudo huir de la emboscada un miembro de su séquito, que fue capaz de llegar a España y contar la historia. El rey francés Francisco I se negó a darle cristiana sepultura y quemó su cadáver públicamente.

—Es terrible —dijo Luis, con una mueca de espanto en su rostro—. Lo invité a mi boda, se supone que tiene que acudir.

—¿Cómo quieres que acuda si está muerto? ¿No te extrañó que no te contestara a la invitación ni confirmara su asistencia? ¿A qué no lo ha hecho? Sería un verdadero milagro.

Luis se quedó en silencio, parecía sinceramente conmocionado.

—¿Te das cuenta? Ahora no solo no existe el Gran Consejo, tampoco tenemos número uno y lo

necesitamos para su reconstrucción.

—El uno y el once —balbuceó Luis.

—Exacto. Debes nombrar a otra persona cuanto antes —le pidió Johan.

—No puedo —contestó rotundo Luis—. Es imposible.

—¿Por qué?

—Porque desde que designé a otro número uno, yo dejé de serlo. Ya no pertenezco al Gran Consejo desde hace más de un año. No puedo nombrar a nadie porque no tengo ninguna potestad para ello.

—Y entonces, ¿qué hacemos? ¿Ha desaparecido para siempre el Gran Consejo? ¿Quién cuidará del árbol del saber milenario en los siglos venideros? ¿Nos vamos a quedar de brazos cruzados ante este desastre?

Luis seguía con esa expresión de absoluto pasmo en su rostro. Johan pensó que estaba tomando conciencia de las tremendas consecuencias de la muerte de don Bertrán. La muerte del número uno desmontaba cualquier posibilidad de reconstruir el Gran Consejo.

En realidad, el asombro de Luis Vives era por otra cuestión que Johan desconocía.

«Definitivamente, el Gran Consejo no existe», pensó espantado Johan.

EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 15 DE SEPTIEMBRE

Rebeca no reaccionó de inmediato, después de escuchar la alucinante noticia que le acababa de dar su amiga Carlota. No se la esperaba.

—¿Estás segura de que eres adoptada? —dijo, lo primero que se le ocurrió. No sabía qué decir en este momento tan delicado.

—Claro que no, pero ¿por qué me iba a mentir mi madre en su lecho de muerte? Tengo que suponer que es cierto, que me adoptaron de bebé, tal y como me contó.

—Entonces, ¿tus hermanos no saben nada?

—Ni una palabra, ella lo quiso así.

—¿Y quiénes son tus padres biológicos?

—No lo sé, ni siquiera sé si intentó decírmelo. Me dio un libro bastante grande medio roto, según ella, me dijo que mi padre quería que lo tuviera. Dentro del libro había una fotografía de un bebé, supongo que seré yo con apenas unos meses de edad, aunque de la foto no me contó nada. Por momentos parecía delirar, supongo que fruto de los fuertes calmantes que le habían suministrado, pero en otras ocasiones aparentaba estar lúcida. Ya sabes lo que le gustaba el buen vino, pues casi al final de la conversación se atrevió a pedirme una copa, imagínate en qué estado mental se encontraba.

—¿Esos recuerdos que te dio eran de tu padre biológico?

—Esa es una de las cuestiones que te decía que no acababa de comprender. Apenas conocí al marido de mi supuesta madre, así que me inclino por pensar que se trata de recuerdos de mi padre biológico, pero aún tengo que analizarlo y reflexionar sobre ello. Aún estoy algo confusa.

De repente, escucharon que alguien llamaba a la puerta de la habitación. Entró la hermana de Carlota.

—Álvaro Enguix está en el patio, pregunta por ti, Carlota.

—Gracias Rocío, ahora bajo a por él —dijo.

Su hermana salió de la habitación.

—Ni una palabra de todo esto a Álvaro ni a nadie más, es un secreto entre nosotras —advirtió Carlota.

—Por supuesto —contestó Rebeca.

Carlota se fue en busca de su rollito de verano, como ella misma lo había definido. Para ser un simple rollito, se tomaba muchas molestias acudiendo a casa de su amiga en estos momentos tan delicados. Era todo un detalle.

Al momento entraron Carlota y Álvaro. Rebeca se levantó y le dio un par de besos. Se sentaron los tres.

—¿Cómo estás Carlota? No sabía si era adecuado que me presentara en tu casa para verte, disculpa si os he interrumpido o incomodado en estos momentos tan delicados —dijo Álvaro, en un tono muy educado, como siempre.

—Tú no me molestas nunca y tampoco nos has interrumpido —mintió Carlota, también por educación.

—Disculpa que te lo diga, pero te veo mala cara —continuó Álvaro—. No me has contestado a la pregunta, ¿estás bien? ¿Puedo hacer algo por ti? Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras.

—No logro superar la muerte de mi madre, por más que lo intento. Ha sido un golpe durísimo, supongo que me va a llevar mi tiempo —dijo Carlota, con una cara de compungida verdaderamente asombrosa.

«¡Qué actriz se ha perdido Hollywood!», pensó Rebeca, mientras observaba la fantástica actuación de Carlota. Si no fuera por la conversación previa que habían mantenido, ella también la habría creído.

Álvaro Enguix tampoco tenía muy buena cara.

—Te entiendo, yo también pasé por lo mismo que tú hace poco más de dos años. Aunque ahora lo veas todo negro, te aseguro que lo acabarás superando. Eres una mujer extraordinaria —dijo.

«¡Qué majo es este chico!», pensó Rebeca. «Cada vez me cae mejor».

—¿También falleció tu madre? —preguntó Carlota, con los ojos lagrimosos.

—No, mi madre aún vive.

—¿Entonces quién murió?

—Mi padre.

Rebeca y Carlota se levantaron de la silla de golpe y a la vez, casi sin darse cuenta, tirándolas al suelo. Álvaro se quedó sorprendido por la reacción simultánea, que casi parecía coordinada.

—¿Pero tu padre no se jubiló hace tres años, que fue cuándo tú te hiciste cargo de la joyería? —preguntó Carlota—. Nos lo contaste en la reunión del *Speaker's Club*.

—Y así fue.

—Pero nos acabas de decir que murió —insistió Carlota.

—Porque al poco de jubilarse, falleció de un infarto—contestó Álvaro, que miraba a sus dos amigas sin comprender su extraña reacción.

—¿Entonces tu padre lleva muerto más de dos años? —siguió preguntando Carlota, con los ojos abiertos como platos.

—Si, os lo acabo de decir. ¿Qué os pasa? Tenéis cara de asustadas, parece que os haya nombrado a un fantasma.

—Lo has hecho —dijo Carlota, mientras se quedó mirando a Rebeca con una expresión que quería decir «te lo dije, no me equivocaba. A ver por dónde sale el detective Richie ahora». Así lo entendió su amiga.

«Definitivamente el Gran Consejo existe», pensó espantada Rebeca.

Fin de la parte III

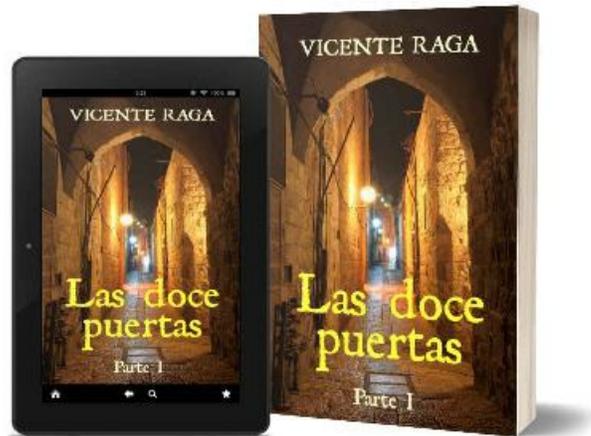
[Todo está muy oscuro](#)

Continúa en la parte IV

[Lo que crees es mentira](#)

Serie de novelas Las doce puertas

Todas disponibles en Amazon



1 - [Las doce puertas \(Parte I\)](#)



2 - [Nada es lo que parece \(Parte II\)](#)



3 - [Todo está muy oscuro \(Parte III\)](#)



4 - [Lo que crees es mentira \(Parte IV\)](#)



5 - [La sonrisa incierta \(Parte V\)](#)



6 - [Rebeca debe morir \(Parte VI\)](#)



7 - [El enigma final \(Parte VII\)](#)

Para los autores son muy importantes las opiniones en AMAZON, nos ayudan a seguir escribiendo

SI LE HA GUSTADO LA NOVELA, **POR FAVOR, ESCRIBA UNA RESEÑA EN AMAZON**

Si no le ha gustado o quiere ponerse en contacto conmigo, puede mandarme su comentario a:

[MANDARME UN COMENTARIO](https://www.vicenteraga.com/contacto)

<https://www.vicenteraga.com/contacto>

¿Desea recibir más información de las novelas?

[MÁS INFORMACIÓN](https://www.vicenteraga.com/contacto)

<https://www.vicenteraga.com/contacto>

Si lo desea, puede suscribirse como LECTOR VIP a mi lista de correo.
Recibirá promociones, información de primera mano, novedades exclusivas y muchas ventajas más, sin ningún coste para usted. No comparto sus datos con nadie.

[APUNTARSE A MI LISTA](https://www.vicenteraga.com/lista)

<https://www.vicenteraga.com/lista>

REDES SOCIALES

[Facebook](https://www.facebook.com/vicente.raga.escritor)

<https://www.facebook.com/vicente.raga.escritor>

[Twitter](https://www.twitter.com/vicent_raga)

https://www.twitter.com/vicent_raga

[Instagram](https://www.instagram.com/vicente.raga.segarra)

<https://www.instagram.com/vicente.raga.segarra>

www.vicenteraga.com